62.3
C337
4363, t.3

BOOK 862.3.C337 t.3 c.1
CERVANTES # TEATRO COMPLETO

3 9153 01858138 1

CERVANTES

TEATRO COMPLETO

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CXCIX

.722

TEATRO COMPLETO

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

TOMO III

MADRID
LIBRERÍA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA
Calle del Arenal, núm. 11.

1897

862.3
C337
t.3

MADRID.—Imprenta de Hernando y C.ª, calle de Quintana, núm. 35.

ADVERTENCIA

Al frente del tomo primero de esta obra pusimos una advertencia diciendo que ocupaciones urgentes habían impedido á D. Marcelino Menéndez y Pelayo terminar el estudio crítico del Teatro de Cervantes, con el cual comenzaría el tercer tomo.

La extensión dada á dicho estudio, y el deseo de añadirle otros trabajos que han de hacer esta edición especialmente meritoria para los aficionados á las buenas letras, nos inducen á publicar un tomo cuarto que contendrá, además del citado estudio crítico, todas las producciones dramáticas que con más ó menos fundamento han sido atribuídas á Cervantes.

De esta suerte, las comedias y los entremeses auténticos quedan comprendidos en los tres primeros tomos, y las interesantes ilustraciones al Teatro completo de Cervantes formarán tomo aparte.

EL LABERINTO DE AMOR

Los que hablan en ella son los siguientes:

ANASTASIO, duque.
Dos ciudadanos.
CORNELIO, criado de Anastasio.
EL DUQUE DE NOVARA.
UN PAJE.
UN EMBAJADOR DEL DE ROSENA.
UN EMBAJADOR DEL DE DORLÁN.
JULIA y PORCIA.
TÁCITO y ANDRONIO.
UN CARCELERO.
DAGOBERTO, hijo del Duque de Utrino.
MANFREDO.
ROSAMIRA.
UN HUÉSPED.
Dos jueces.
UN VERDUGO.
TRINO, correo.

JORNADA PRIMERA

Salen dos ciudadanos de Novara, y el duque ANASTASIO en hábito de labrador.

ANAST. Señores, ¿es verdad lo que se suena,
Que apenas treinta millas de Novara
Está Manfredo, duque de Rosena?
CIUD. 1.º Si esa verdad queréis saber más clara,
Aquí un embajador del Duque viene,
Que bien la nueva y su llegada aclara.
En Roso y sus jardines se entretiene,
Hasta que nuestro Duque le dé aviso
Para venir al tiempo que conviene.
ANAST. ¿Y es Manfredo galán?
CIUD. 2.º Es un Narciso,
Según que sus retratos dan la muestra;
Y aun le va bien de discreción y aviso.
ANAST. Y Rosamira, la duquesa vuestra,
¿Pone de voluntad el yugo al cuello?
CIUD. 1.º Nunca al querer del padre fué siniestra:
Cuanto más, que se ve que gana en ello,
Siendo el Duque quien es.
ANAST. Así parece,
Aunque, con todo, algunos dudan de ello.
CIUD. 2.º Del Duque es esta guarda que se ofrece,
Y aquí el Embajador vendrá sin duda.
CIUD. 1.º Mucho le honra el Duque.
CIUD. 2.º Él lo merece.

Entran FEDERICO, duque de Novara, y el EMBAJADOR DEL DE ROSENA, con acompañamiento.

DUQUE. Diréis también, que á recrearse acuda,
Y que en Modena ó Rezo se entretenga
Mientras del tiempo este rigor se muda,
Para que en este espacio se prevenga
Á su venida tal recebimiento,
Que más de amor que de grandeza tenga.
Añadiréis el singular contento
Que con sus donas recibió su esposa,
Y más de su llegada á salvamento.

EMBAJ. Tu condición, señor, tan generosa
Me obliga á que me haga lenguas todo,
Para decir el bien que en ti reposa;
Pero, aunque no las tenga, me acomodo
Á decir por extenso al señor mío
De tus grandezas el no visto modo;
De ellas no, mas de vos muy más confío.

Entra DAGOBERTO, hijo del duque de Utrino.

DAGOB. Si no supiera, ¡oh sabio Federico,
Gran duque de Novara generoso!
Que sabes bien quién soy, y que me aplico
Contino al proceder más virtuoso,
Juro por lo que puedo y certifico,
Que á este trance viniera temeroso;
Mas tráeme mi bondad aquí sin miedo,
Para decir lo que encubrir no puedo,
Tu honra puesta en deshonrado trance
Está por quien guardarla más debiera,
Haciendo della peligroso alcance
La fama, en esta parte verdadera.
Forzosa es la ocasión, forzoso el lance;

Las riendas he soltado en la carrera;
Imposible es parar hasta que diga
Lo que una justa obligación me obliga.
Tu hija Rosamira en lazo estrecho
Yace con quien pudiera declarallo,
Si á la grande importancia de este hecho
Tocara con la lengua publicallo.
Impide una ocasión lo que el derecho
Pide, y así es forzoso el ocultallo;
Basta que esto es verdad, y que me obligo
Á probar con las armas lo que digo.
Digo, que en deshonrado ayuntamiento
Se estrecha con un bajo caballero,
Sin tener á tus canas miramiento,
Ni á la ofensa de Dios, que es lo primero;
Y á probar la verdad de lo que cuento
Diez días en el campo armado espero;
Que esta es la vía que el derecho halla:
Do no hay testigos, suple la batalla.

DUQUE. Confuso estoy; no sé qué responderte;
Considero quién eres, é imagino
Que sólo la verdad pudo traerte
Á cerrar de mis glorias el camino.
¿Quién dará medio á extremos de tal suerte?
Es el que acusa un Príncipe de Utrino:
La acusada mi hija; él sabio y justo,
Ella cortada de la honra al justo.
Á que te crea tu valor me incita,
Puesto que la bondad de Rosamira
Tiene perpleja el alma, y solicita
Que no confunda á la razón la ira;
Mas si es que en parte la sospecha quita,
Ó muestra la verdad ó la mentira
La confesión del reo, oílla quiero,

Por ver si he de ser padre, ó juez severo.—
Traigan á Rosamira á mi presencia,
Que es bien que la verdad no se confunda;
Que el reo á quien le libra su inocencia,
La avisa en gloria y en su honor redunda.

EMBAJ. Dame, señor, para partir licencia;
Que aunque entiendas que el Príncipe se funda
En claro ó en confuso testimonio,
Borrado ha de Manfredo el matrimonio.
Calunia tal, ó falsa ó verdadera,
Deshará más fundadas intenciones;
Que no es prenda la honra tan ligera
Que se deba traer en opiniones.
Mira si mandas otra cosa.

DUQUE. Espera;
Quizá verás que sin razón te pones
Á llevar á Manfredo aquesta nueva,
Hasta que veas más fundada prueba.—
Tráiganme aquí á mi hija.

GUARD. Ya son idos
Por ella.

DAGOB. ¿Poca prueba te parece
La verdad que en mis hechos comedidos
Y en mis palabras la razón ofrece?

DUQUE. Yo he visto engaños por verdad creídos.

DAGOB. El que dellos se precia, bien merece
Que su verdad se tenga por mentira.

Entra ROSAMIRA.

GUARD. Ya viene mi señora Rosamira.

ROSAM. ¿Qué prisa es esta, buen señor?

DUQUE. ¿Qué prisa?
Dirála ahora el Príncipe de Utrino.

DAGOB. Diréla, y sabe Dios cuánto me pesa

El venirla á decir por tal camino.
Yo he dicho, ¡oh hermosísima Duquesa!
Lo que callarlo fuera desatino.
He dicho, que con torpe ayuntamiento
Un caballero está de ti contento:
Copia de ti le haces en secreto;
Y esta prueba remítola á mi espada,
Que ha de ser el testigo más perfeto
Que se halle en la causa averiguada;
Y esto será cuando de aqueste aprieto
Se admita tu disculpa mal fundada;
Mas sabes que es tan cierta esta tu culpa,
Que no te has de atrever á dar disculpa.

DUQUE. ¿Qué dices, hija? ¿Cómo no respondes?
¿Empáchate el temor ó la vergüenza?
Sin duda quieres, pues el rostro ascondes,
Que tu contrario sin testigos venza.
Mal á quien eres, hija, correspondes.

DAGOB. Con la verdad bien es que se convenza.

DUQUE. Culpada estás; indicio es manifiesto
Tu lengua muda, tu inclinado gesto.
¿Quién fué el traidor que te engañó, cuitada,
Ó cuál el que la honra me ha llevado,
Ó qué estrella en mi daño conjurada
Nos ha puesto á los dos en tal estado?
¿Do está tu condición tan recatada?
¿Adónde tu jüicio reposado?
Mal le tuviste con el vicio á raya.

PAJE. Señores, mi señora se desmaya.

(Desmáyase Rosamira.)

DUQUE. Llévenla como está luego á esta torre,
Y en ella esté en prisión dura y molesta,
Hasta que alguna espada ó pluma borre

La mancha que en la honra lleva puesta.

DAGOB. Porque luenga probanza aquí se ahorre,
Está mi mano con mi espada presta
A probar lo que he dicho, en campo abierto.

DUQUE. Paréceme que admito ese concierto,
Puesto que al parecer de mi Consejo
Tengo de remitir todo este hecho.

DAGOB. Pues yo en mi espada y mi verdad lo dejo,
Y en la sana intención de mi buen pecho.

EMBAJ. Confuso voy, atónito y perplejo,
Entre el sí y entre el no mal satisfecho.—
Adiós, señor; porque este extraño caso,
Junto con el dolor, acucia el paso. (Vase.)

DUQUE. Parte con Dios, y lleva mi deshonra
Á los oídos de mi yerno honrados,
Yerno con quien pensé aumentar la honra
Que tan por tierra han puesto ya mis hados.
Mostrado me has, fortuna, que quien honra
Tus altares, en humo levantados,
Por premio le has de dar infamia y mengua,
Pues quita cien mil honras una lengua.

(Éntrase el Duque y, al entrarse Dagoberto, le detiene Anastasio.)

ANAST. Oye, señor, si no es que tu grandeza
No se suele inclinar á dar oídos
Al bajo parecer de mi rudeza
Y á los que amenguan rústicos vestidos.

DAGOB. La gravedad de confirmada alteza,
No tiene aquesos puntos admitidos;
Habla cuanto te fuere de contento,
Que á todo te prometo estar atento.

ANAST. Por esta acusación que á Rosamira
Has puesto, tan en mengua de su fama,

Este rústico pecho, ardiendo en ira,
Á su defensa me convida y llama;
Que ora sea verdad, ora mentira
El relatado caso que la infama,
El ser ella mujer, y amor la causa,
Debieran en tu lengua poner pausa.
No te azores, escúchame. Ó tú solo
Sabías este caso, ó ya á noticia
Vino de más de alguno, que notólo,
Ó por curiosidad ó por malicia.
Si solo lo sabías, mal mirólo
Tu discreción, pues no siendo justicia,
Pretende castigar secretas culpas,
Teniendo las de amor tantas disculpas.
Si á muchos era el caso manifiesto,
Dejaras que otro alguno le dijera;
Que no es decente á tu valor, ni honesto
Tener, para ofender, lengua ligera.
Si notas de mi arenga el presupuesto,
Verás que digo, ó que decir quisiera,
Que espadas de los príncipes, cual eres,
No ofenden, mas defienden, las mujeres.
Si amaras al buen duque de Novara,
Otro camino hallaras, según creo,
Por donde, sin que en nada se infamara
Su honra, tú cumplieras tu deseo;
Mas tengo para mí, y es cosa clara,
Por mil señales que descubro y veo,
Que en ese pecho tuyo alberga y lidia,
Más que celo y honor, rabia y envidia.
Perdóname que hable de esta suerte,
Si es que la verdad, señor, te enoja.

CIUD. 1.º Apostad que le da el Príncipe muerte.
¿No veis el labrador cómo se arroja?

DAGOB. Quisiera de otro modo responderte,
Mas será bien que la razón recoja
Las riendas á la ira. Calla y vete;
Que más paciencia mi bondad promete.

(Éntrase.)

CIUD. 2.º Por Dios, que habéis hablado largamente,
Y que notando bien vuestro lenguaje,
Es tanto del vestido diferente,
Que uno muestra la lengua y otro el traje.

ANAST. Á veces un enojo hace elocuente
Al de más torpe ingenio; que coraje
Levanta los espíritus caídos,
Y aun hace á los cobardes atrevidos.
En fin, ¿este es el Príncipe de Utrino,
Digo, el hijo heredero del Estado?

CIUD. 1.º Él es.

ANAST. Pues ¿cómo aquí á Novara vino?

CIUD. 2.º Dicen que del amor blando forzado.

ANAST. Y ¿á quién daba su alma?

CIUD. 2.º Yo imagino,
Si no es que el vulgo en esto se ha engañado,
Que Rosamira le tenía rendido,
Pero ya lo contrario ha parecido.

ANAST. Si eso dijo la fama, cosa es clara
(Y no van mal fundados mis recelos,
Visto que en su deshonra no repara)
Que esta su acusación nace de celos.
¡Oh infernal calentura, que á la cara
Sale, y aun á la boca! ¡Oh santos cielos!
¡Oh amor! ¡Oh confusión jamás oída!
¡Oh vida muerta! ¡Oh libertad rendida!

(Éntrase.)

CIUD. 1.º So aquel sayal hay al, sin duda alguna,
Ó yo se poco, ó no sois vos villano.
CIUD. 2.º Mudan los trajes trances de fortuna,
Y encubren lo que está más claro y llano.
No sé yo si debajo de la luna
Se ha visto lo que he visto: ¡oh mundo insano!
¡Cómo tus glorias son perecederas,
Pues vendes burlas, pregonando veras!

(Éntranse.)

Salen JULIA y PORCIA en hábito de pastorcillos, con pellicos.

JULIA. Porcia amiga.
PORCIA. ¡Bueno es eso!
Rutilio me has de llamar,
Si es que quieres excusar
Un desastrado suceso.
Yo no sé cómo te olvidas
De nuestros nombres trocados.
JULIA. Suspéndenme los cuidados
De nuestras trocadas vidas;
Y no es bien que así te asombre
Ver mi memoria perdida;
Que quien de su ser se olvida,
No es mucho olvide su nombre.
Rutilio, amigo, ¡ay de mí!
¡Qué arrepentida me veo,
Muerta á manos de un deseo,
Á quien yo la vida di!
Mientras más, Rutilio, voy
Considerando lo hecho,
Más temor nace en mi pecho,
Más arrepentida estoy.

PORCIA. Eso, amigo, es lo peor
Que yo veo en tus dolores;
Que á donde sobran temores,
Hay siempre falta de amor.
Si el amor en ti se enfría,
Cuesta se te hará la palma,
Grave tormenta la calma,
Noche obscura el claro día.
Ama más, y verás luego
Esparcirse los nublados,
Todos tus males trocados
En dulce paz y sosiego;
Pero, quieras ó no quieras,
Ya estás puesta en la batalla,
Y tienes de atropellalla,
Sea de burlas, sea de veras.
Ya en el ciego laberinto
Te metió el amor cruel;
Ya no puedes salir dél
Por industria ni distinto.
El hilo de la razón
No hace al caso que prevengas;
Todo el toque está en que tengas
Un gallardo corazón,
No para entrar en peleas,
Que en ellas no es bien te pongas,
Sino con que te dispongas
Á alcanzar lo que deseas,
Cuéstete lo que costare;
Que si tu deseo alcanzas,
No hay cumplidas esperanzas
En quien el gusto repare.
Muestra ser varón en todo,
No te descuides acaso;

Algo más alarga el paso,
Y huella de aqueste modo.
Á la voz da más aliento,
No salga tan delicada;
No estés encogida en nada;
Espárcete en tu contento;
Y si fuere menester
Disparar un arcabuz,
Juro á Dios y á ésta, que es cruz,
Que lo tenéis de hacer.

JULIA. ¡Jesús! ¿quieres que me asombre
Rutilio, en verte jurar?

PORCIA. ¿Con qué podré yo mostrar
Más fácilmente ser hombre?
Un voto de cuando en cuando
Es gran cosa por mi fe.

JULIA. Yo, amiga, jurar no sé.

PORCIA. Iráte el tiempo enseñando.

JULIA. ¿Sabes, Porcia, lo que temo?
¡Ay! que el nombre se me olvida.

PORCIA. Juro á Dios que estás perdida.

JULIA. Ya aqueso pasa de extremo.
No jures más; si no, á fe
Que te deje y que me vaya.

PORCIA. Tanto melindre mal haya.

JULIA. Pues ¿por qué?

PORCIA. Yo me lo sé.

JULIA. En cólera me deshago
En verte jurar por Dios.

PORCIA. Pues también soy como vos,
Medrosa, y á todo hago;
Y no os llevo tantos años,
Que ellos puedan enseñarme
La experiencia de librarme

De no conocidos daños.
Avisad y tened brío;
Y pues ya estamos en esto,
Echad del ánimo el resto,
Que yo estaré con el mío.

JULIA. Porcia amiga, ello es así.
¡Ay! que el nombre se olvidó.

PORCIA. Mal haya quien me parió;
Di Rutilio, pesia á mí.

JULIA. No te enojes; que yo juro
De no olvidarme jamás.

PORCIA. Cuando jures, jura más,
Y estarás muy más seguro.

JULIA. Témome de estos pellicos,
Que nos han de descubrir.

PORCIA. Yo lo he querido decir;
Que es malo que sean tan ricos.

JULIA. No va en eso, sino en ser
Conocidos.

PORCIA. Pues ¿en qué?

JULIA. ¿No ves que yo los mandé
De aqueste modo hacer
Para la farsa ó comedia
Que querían mis doncellas
Hacer?

PORCIA. Haráse sin ellas,
Mas quizá será tragedia.

JULIA. Y no los echaron menos
Cuando nosotras faltamos;
Por esto en peligro estamos,
Y no por ser ellos buenos.

PORCIA. Como á Módena lleguemos,
Mudaremos este traje.

JULIA. Yo me vestiré de paje.

PORCIA. Entrambos nos vestiremos.
JULIA. Témome que está en Novara
Mi hermano.
PORCIA. ¡Pluguiese al cielo!
JULIA. Pues á fe que lo recelo;
Mas sin duda es cosa clara,
Que él de Rosamira está
En extremo enamorado,
Y sírvela disfrazado.
PORCIA. Esto importa poco ya;
Que en llegando el de Rosena,
Celia se casa con él;
Podrá tu hermano fiel
Morir ó dejar su pena.
JULIA. ¡Qué corta es nuestra ventura!
Tú enamorada de quien
Tiene á otra por su bien;
Yo, de quien mi mal procura,
De quien se casa mañana,
Y la fortuna molesta
Nos lleva á mirar la fiesta
De nuestra muerte temprana.
¡Qué de imposibles se oponen
Á nuestros buenos deseos!
¡Qué miedos, qué devaneos
Nuestra intención descomponen!
¡Ay Rutilio, y cuán en vano
Ha de ser nuestra venida.
PORCIA. Mientras esté con la vida,
Pienso que en ventura gano.
Confía, y no desesperes;
Que puesto en plática está
Que el diablo no acabará
Lo que no acaban mujeres.

Escucha, que gente suena;
Cazadores son, escucha;
Gente viene, y gente mucha.

PORCIA. No te dé ninguna pena;
Saludarlos y pasar,
Sin ponernos en razones.

Entran dos cazadores.

CAZ. 1.º ¿Tomó dos esmerejones?

CAZ. 2.º Sí.

CAZ. 1.º No hay más que desear.
Y el Duque, ¿quédase atrás?

CAZ. 2.º No, que veisle aquí adó viene.

CAZ. 1.º Mucho en Rezo se detiene.

CAZ. 2.º Sabed que no puede más;
Y hoy vendrá su embajador,
Y sabrá lo que ha de hacer.

PORCIA. Camilo, aquí es menester
Ingenio, esfuerzo y valor,
Que el de Rosena es aquel
Que allí viene, según creo.

JULIA. Amor, ayuda al deseo,
Pues que me pusiste en él.

Sale el DUQUE DE ROSENA de caza.

MANF. ¿La garza no parece?

CAZ. 1.º Ayer se descubrió en esta laguna
Que á la vista se ofrece.

MANF. Pues un pastor me ha dicho, que ninguna
Se ha visto en estos llanos.

CAZ. 2.º Pues de dos me dijeron dos villanos.

MANF. Dése á Rezo la vuelta;
Que aunque no es tarde, va creciendo el viento,

Y aquella nube suelta
Señala injuria de turbión violento.—
¡Oh, qué bellos zagales!
Mancebos, ¿sois de Rezo naturales?

JULIA. En Pavía nacimos.

MANF. Pues ¿dónde vais agora?

JULIA. Hacia Novara,
No más de porque oímos
Que el duque Federico allí prepara
Una fiesta, que admira,
Porque casa á su hija Rosamira
Con un señor llamado
Manfredo, que es gran duque de Rosena.

MANF. Verdad os han contado.

PORCIA. Pues á la fama que será tan buena
La fiesta y boda, vamos,
Y á nuestro padre en cólera dejamos.

MANF. Y ¿adónde queda el ganado?

PORCIA. Imagino que perdido.

MANF. Mucho atrevimiento ha sido.

JULIA. Á más obliga un cuidado.

MANF. ¿Úsanse aquestos pellicos
Ahora entre los pastores?

PORCIA. También muestran sus primores
Los villanos, si son ricos.

MANF. ¿Y lleváis bien qué gastar?

JULIA. Un tesoro de paciencia,
Si le acabáis de acabar.

PORCIA. Tal puede ser el suceso,
Que se acabe el sufrimiento.

MANF. Por Dios que me dais contento.

JULIA. Ya nos viéramos en eso.

MANF. ¿Cómo os llamáis?

JULIA. Yo, Camilo.

PORCIA. Y yo, Rutilio.
MANF. En verdad,
Que parecen de ciudad
Vuestros nombres y el estilo,
Y que en ellos, y aun en él,
Poco os mentís villanía.
PORCIA. Como hay estudio en Pavía,
Algo se nos pega dél.
JULIA. Díganos, señor, ¿qué millas
Desde aquí á Novara habrá?
MANF. Treinta, á lo más que creo, está.
CAZ. 2.º Y dos, mas son angostillas.
MANF. Conmigo os iréis, si os place;
Que yo ese camino hago.
JULIA. Yo por mí, me satisfago.
PORCIA. Pues á mí no me desplace;
Pero advierta que los dos
Vamos poco á poco á pie.
MANF. Bien está, que yo os daré
En qué váis.
PORCIA. Págueoslo Dios;
Que bien parecéis honrado,
Noble y rico y principal.
CIUD. 1.º Y aun vosotros de caudal
Mayor del que habéis mostrado;
Si no, dígalo el lenguaje,
Y el uno y otro pellico.
CIUD. 2.º Es en Pavía muy rico
Casi todo el villanaje,
Y éstos, hijos deben ser
De algun rico ganadero.
MANF. A Rezo volverme quiero;
Bien os podéis recoger.

Entra UNO.

UNO. Tu embajador ha llegado.
MANF. ¿Mompesir?
UNO. Sí, mi señor.
MANF. Esperadme, por mi amor;
Que luego vuelvo.
PORCIA. Haz tu grado.

(Éntranse todos, sino es Porcia, y Julia, que quedan.)

JULIA. Rutilio, ¿qué te parece?
PORCIA. Camilo amigo, que estás
En punto donde verás
Que es bueno el que se te ofrece:
La fortuna te ha traído
A poder del Duque; advierte,
Que un principio de tal suerte
Un buen fin tiene escondido.
JULIA. ¿Parécete que le diga
Quién soy por un modo honesto?
PORCIA. No te descubras tan presto.
JULIA. Pues ¿cómo quies que prosiga?
PORCIA. El tiempo vendrá á avisarte
De aquello que has de hacer.
JULIA. Mi mal no puede tener
En parte del tiempo parte.
Si no estará el Duque apenas
Tres días sin que se case,
¿Cómo dejaré que pase
El tiempo, como me ordenas?
PORCIA. Un caso tan grave y tal,
Con prisa mal se resuelve:
Silencio; que el Duque vuelve;
El semblante trae mortal.

Vuelve á entrar MANFREDO, y el EMBAJADOR que entró primero y los dos cazadores.

EMBAJ. Digo, señor, que el Príncipe de Utrino,
Dagoberto, heredero del Estado,
En mi presencia y la del Duque vino,
Y allí propuso lo que te he contado.
No con la triste nueva perdió el tino
El padre, padre no, mas recatado
Jüez, pues como tal mandó traella,
Y el Príncipe afirmó su culpa ante ella.
Rosamira la oyó, y en su defensa
Mover no pudo, ó nunca quiso, el labio:
Por esto el Duque que es culpada piensa,
Pues no responde á tan notable agravio.
El caso ponderó, y al fin dispensa
En todo, procediendo como sabio,
Que mientras se ve el caso, la Duquesa
En una torre esté encerrada y presa.
Dagoberto se ofrece con su espada
A probar en el campo lo que dice.
Yo, viendo á Rosamira así acusada,
Tus bodas al instante las deshice.
Esto resulta en fin de mi embajada:
Mira, señor, si bien ó si mal hice;
Que el Duque, ya rendido á su fortuna,
No quiso responderte cosa alguna.

MANF. ¡Válame Dios, qué miserable caso!
¿Dónde fabricas, mundo, estos vaivenes?
¿Daslos con luenga prevención ó acaso?
O ¿por qué antes de dallos no previenes?

CAZ. 1.° Señor, con largo y con ligero paso,
Cubierto de las plantas á las sienes
De luto, un caballero veo que asoma

Por el verde recuesto desta loma.

MANF. Y aun me parece que hacia aquí endereza
La rienda, y del caballo ya se apea.
¡Qué bien con la color de mi tristeza
Viene el que trae aquéste por librea!
¿Quién podrá ser?

CAZ 2.º La espada se adereza.

EMBAJ. Descolorido llega.

MANF. Y mal criado.

Entra un EMBAJADOR, el duque de Dorlán, vestido de luto.

DORLÁN. Gracias á Dios, Manfredo, que os he hallado.
Quien viene á lo que yo, Manfredo, vengo,
No le conviene usar de más crianza;
Que sólo en las razones me prevengo,
Que estarán en la lengua ó en la lanza.
La antigua ley de embajador mantengo:
Escúchame, y responde sin tardanza;
Que á ti el gran Duque de Dorlán me envía,
Y á guerra, á sangre y fuego desafia,
Dice; y esto es verdad, que habiendo dado
A tu corte en la suya alojamiento,
Y habiéndote en su casa agasajado,
Viniendo á efectüar su casamiento,
Como el troyano huesped, olvidado
Del hospedaje, con lascivo intento
Su hija le robaste y su sobrina;
Traición no de tu fama y nombre dina.
Por esto, si á su intento no te ajustas,
Y á la ley no respondes de hidalguía,
De poder á poder, ó si más gustas,
De persona á persona, desafía.

PORCIA. Nuestras sandeces causan estas justas;

¿Haslo notado bien? di, Julia mía,

JULIA. Calla, y entre estos árboles te esconde;
Veremos lo que el Duque le responde.

DORLÁN. Y tanto á la venganza está dispuesto
De aqueste agravio y malicioso hecho,
Que deste paño de color funesto
Que se vista su gente toda ha hecho,
En tanto, ó ya sea tarde, ó ya sea presto,
Que, á desprecio y pesar de tu despecho,
Castiga la insolencia de este ultraje,
Transgresor de la ley del hospedaje.
Este es el fin de mi embajada: mira
Si quieres responderme alguna cosa.

MANF. Reprima mi inocencia en mí la ira,
Que alborota tu lengua licenciosa.
Yo no sé qué responda á esa mentira;
Sólo sé que fortuna mentirosa
Debe ó quiere probar con su insolencia
Los quilates que tiene mi paciencia.
Diréisle al Duque que ante él mismo apelo
De aquesta acusación vana que ha hecho;
Porque por la deidad que rige el cielo,
Que jamás tal traición cupo en mi pecho.
Leal pisé de su palacio el suelo,
Leal salí, guardando aquel derecho
Que al hospedaje amigo se debía,
Y á la ley que profeso de hidalguía.
Ni vi á su hija, ni jamás la he visto,
Ni la intención de mi camino era
Hacerme con mis huéspedes malquisto,
Aunque el lascivo gusto lo pidiera;
Que entonces con mayor fuerza resisto,
Cuando la torpe inclinación ligera
Con más regalo acude al pensamiento,

Estando al ser quien soy contino atento.
Ni acepto el desafío, ni desecho;
Sólo lo que pretendo es dilatallo
Hasta que el Duque esté más satisfecho,
Y la misma verdad venga á estorballo;
Y cuando esto no fuese de provecho,
Y el engaño prosiga en engañallo,
Para entonces acepto el desafío,
Ajustando á su gusto el gusto mío.
Esto doy por respuesta, y no otra cosa.
Mirad si á Rezo queréis ir conmigo.

DORLÁN. Es el camino largo, y presurosa
La gana de volver al suelo amigo:
Adiós quedad.

MANF. Fortuna rigurosa,
¿Qué es esto? ¿Quién soy yo, ó qué pasos sigo
Tan malos, que se extrema así tu furia
En hacerme una injuria y otra injuria?
Infamada mi esposa, y yo infamado,
Y por lo menos de traición: ¿qué es esto?
.....
En tan triste sazón me tiene puesto.

EMBAJ. Señor, si en nada desto estás culpado,
No es bien que te congoje nada desto.
Tu esposa aun no era tuya; estótra culpa
En tu pura verdad tiene disculpa.

MANF. No me aconsejes ni me des consuelo,
Y á Rosena mi gente luego vuelva;
Que este rigor con que me trata el cielo,
Quiere que en esto solo me resuelva.

EMBAJ. Aunque con vengativo, airado celo,
Su fuerza el hado contra ti resuelva,
Yo no le he de dejar.

MANF. Escucha un poco:

Quizá dirás de veras que estoy loco.

PORCIA. ¿Qué hemos de hacer, Camilo?

JULIA. ¿No está claro?
Seguir del Duque las pisadas todas.

PORCIA. ¿Con qué ocasión?

JULIA. En eso no reparo.

PORCIA. ¿No ves que se han deshecho ya las bodas?

JULIA. Ventura ha sido mía.

MANF. No me aclaro
Más por agora.

EMBAJ. En fin, ¿que te acomodas
A ir desa manera?

MANF. Ten á punto
Los vestidos que digo.

EMBAJ. Harélo al punto.

MANF. Y no quede ninguno de los míos,
Y en esto no me hagas más instancia;
Que la mudable rueda en desvaríos
Tiene encerrada á veces la ganancia;
Y estos dos pastorcillos, que en sus bríos
Muestran más sencillez que no arrogancia,
Si de ello gustan, quedarán conmigo.

PORCIA. ¿Entendístele?

JULIA. Y ¡cómo! ¡Oh cielo amigo!—
Señor, si es que la ida de Novara,
Según que hemos creído, se te impide,
Volver queremos á la patria cara,
Si otra cosa tu gusto no nos pide.

MANF. Puesto que la fortuna y suerte avara,
Su querer con el mío jamás mide,
Por esta vez entiendo que me ha dado
En los dos lo que pide mi cuidado.
Quedaos conmigo; que á Novara iremos,
Donde, puesto que fiestas no veamos,

Quizá cosas más raras hallaremos,
Con que el sentido y vista entretengamos.

PORCIA. Por tuyos desde aquí nos ofrecemos,
Que bien se nos trasluce que ganamos
En servirte, señor, cuanto es posible.

MANF. Haz lo que he dicho.

EMBAJ. ¡Oh caso no creíble!

Éntranse todos, y salen ANASTASIO y CORNELIO, su criado.

ANAST. Poco me alegra el campo ni las flores.

CORNEL. Ni á mi tus sinsabores me contentan,
Porque es cierto que afrentan los amores
Que en tan bajos primores se sustentan;
Y en mil partes nos cuentan mil autores
Cien mil varios dolores que atormentan
Al miserable amante no entendido,
Poco premiado y menos conocido,

ANAST. Ya te he dicho, Cornelio, que te dejes
De darme esos consejos excusados,
Y nunca á los amantes aconsejes
Cuando tienen por gloria sus cuidados,
Que es como quien predica á los herejes,
En sus vanos errores obstinados.

CORNEL. Muy bien te has comparado. Advierte y mira,
Que ya no es Rosamira Rosamira.
Las trenzas de oro y la espaciosa frente,
Las cejas y sus arcos celestiales,
El uno y otro sol resplandeciente,
Las hileras de perlas orientales,
La bella aurora que del nuevo oriente
Sale de las mejillas, los corales
De los hermosos labios, todo es feo,
Si, á quien lo tiene, infama infame empleo.

La buena fama es parte de belleza,
Y la virtud perfecta hermosura,
Que ado suele faltar, naturaleza
Suple con gran ventaja la cordura,
Y entre personas de subida alteza,
Amor hermoso á secas es locura.
En fin, quiero decir que no es hermosa,
Siéndolo, la mujer no virtuosa.
Rosamira en prisión, la causa infame,
Tú disfrazado y muerto por libralla;
Ignoras la verdad, y ¿quies que llame
Justa la pretensión desta batalla?

ANAST. Tu sangre harás, Cornelio, que derrame,
Pues procuras la mía así alteralla
Con tus razones vanas y estudiadas
Y entre libres discursos fabricadas.
Vete, déjame, y calla; si no, juro...

CORNEL. Yo callaré, no jures; sino advierte
Que gente viene alrededor del muro,
Y temo al fin, que habrán de acometerte.

ANAST. Desto puedes estar muy bien seguro
Que en la ciudad he estado desta suerte
Seis días hace hoy, y estaré ciento;
Que salió este disfraz á mi contento.

Entran TÁCITO y ANDRONIO, estudiantes capigorristas.

ANDRON. Deja los libros, Tácito;
Digo, deja el tomar de coro agora,
Y á nuestro beneplácito
Gozando el fresco de la fresca aurora,
Por aquí nos andemos.

TÁCITO. ¡Por Dios que es buen encuentro el que tene-
Villano es el morlaco. [mos!
¿Quieres que le tentemos las corazas,

Y veremos si es maco?

ANDRON. Siempre en las burlas, Tácito, que trazas,
Salimos mal medrados.

ANAST. Talle tienen los mozos de avisados.

TÁCITO. Por esta vez probemos;
Que si el pacho consiente bernardinas,
El tiempo entretendremos.

ANDRON. ¡Con qué facilidad te determinas
Á hacer bellaquerías!

CORNEL. Hacia nosotros vienen.

TÁCITO. No te rías.—
Díganos, gentil hombre,
Así la diosa de la verecundia
Reciproque su nombre,
Y el blanco pecho de tremante enjundia
Soborne en confornino,
¿Á dónde va, si sabe, este camino?

ANAST. Mancebo, soy de lejos,
Y no sé responder á esa pregunta.

TÁCITO. Dígame: ¿son reflejos
Los marcucios que asoman por la punta
De aquel monte, compadre?

CORNEL. Vellaco sois, por vida de mi madre.
¿Bernardinas á horma?
Yo apostaré que el Duque no le entiende.

ANAST. Habláisme de tal forma,
Que no sé responderos.

TÁCITO. Pues atiende,
Gancibo, y está atento.

CORNEL. ¡Qué donäire y qué gracioso acento!

TÁCITO. Digo que si mi paso
Tiendo por los barrancos deste llano,
Si podrá hacer al caso.

ANAST. Digo que no os entiendo, amigo hermano.

TÁCITO. Pues bien claro se aclara
Que es clara, si no es turbia, el agua clara.
Quiero decir que el Tronto,
Por do su curso lleva al horizonte,
Está á caballo y pronto
Á propagar la cima de aquel monte.
ANAST. Ya, ya, ya estoy en ello.
TÁCITO. Pues ¿qué quiero decir, gozmio, camello?
ANAST. Que son bellacos grandes
Los mancebitos de primer tonsura.
TÁCITO. Tontón, no te desmandes;
Que llevarás del sueño la soltura.
CORNEL. Mi señor estudiante,
Mire no haga que le asiente el guante.
ANAST. Confieso, que al principio
Yo no entendí la flor de los mancebos.
ANDRON. Arena, cal y ripio
Trago, mi señorazo papa-huevos.
CORNEL. Su flor se ha descubierto.
TÁCITO. Pues zarpo deste, y voyme á mejor puerto.
CORNEL. No se vayan; que asoman
Otros dos de su traza y compostura,
Y este camino toman.
También son éstos de primer tonsura,
Y á lo que yo imagino,
De aquí no son, y vienen de camino.

Entran JULIA y PORCIA, como estudiantes, de camino.

PORCIA. Querría que no errásemos
En lo que el Duque nos mandó, Camilo,
Y es que aquí le esperásemos.
JULIA. ¿Entendístelo bien?
PORCIA. Bien entendilo.
ANDRON. Argumentando vienen.

Lleguémonos, si acaso se detienen;
Y déjennos con ellos,
Gustarán de la burla.

CORNEL. Que nos place.

ANAST. Yo no estoy para vellos.
¡Qué mal la alegre burla satisface
Al alma que no alcanza
Á ver si no es burlada su esperanza!

(Éntranse Anastasio y Cornelio.)

JULIA. En esta tierra asiste,
En disfrazado traje, aquel mi hermano
Á quien tú adoras. ¡Triste
Si me encuentra y conoce!

PORCIA. Es temor vano,
Que en tal traje nos vemos,
Que á la misma verdad engañaremos.
Á mí una vez me ha visto,
Y esa de noche.

JULIA. Á mí casi ninguna.
Mal al temor resisto.
Estudiantes son éstos.

TÁCITO. La fortuna
Mi atrevimiento ayude.
Si en trabajo me viere, Andronio, acude.—
¿Son estudiantes, señores?

PORCIA. Sí, señor, y forasteros.

TÁCITO. ¿Pacacios, ó caballeros?

JULIA. No somos de los peores.

TÁCITO. Y ¿qué han oído?

PORCIA. Desgracias.

JULIA. Y en ellas somos maestros.

ANDRON. Por mi vida, que son diestros
Y que saben decir gracias.

Pues háganme este latín,
Ansí Dios les dé salud:
«Yo soy falto de virtud,
Tan bellaco como ruin.»

PORCIA. No venimos dese espacio.

ANDRON. No se deben de excusar,
Si es que nos quieren mostrar
Que son hombres de palacio.

JULIA. Ni aun de nada somos hombres.

ANDRON. Pues ya que se excusan desto,
Díganños, y luego, y presto,
De dónde son y sus nombres;
Qué estudian, la edad que tienen,
Si es rico ó pobre su padre;
La estatura de su madre,
Donde van y de á dó vienen.
Turbados están; apriesa
Respondan, que tardan mucho.

PORCIA. Con gran paciencia te escucho,
Mancebito de traviesa.
Váyase, y déjenos ir,
Y serále muy más sano.

ANDRON. ¡Jesús! ¡qué mal cortesano!
¿Tal se ha dejado decir?

JULIA. Es tarde, y hay que hacer,
Y servimos y tardamos.

TÁCITO. Ténganse; que aquí cobramos
La alcabala del saber;
Porque cuando el sacrilegio
Á Mahoma se entregó,
Esta autoridad nos dió
Nuestro famoso colegio.
Miren si voy arguyendo
Con razones circunflejas.

PORCIA. Atruénasme las orejas,
Mancebito, y no te entiendo.
TÁCITO. Andronio...
ANDRON. Ya estoy al cabo.

(Pónese Andronio detrás de Julia para hacerla caer, pero no la ha de derribar.)

TÁCITO. Volviendo á nuestro comienzo,
El asado San Lorenzo,
Cuyas virtudes alabo,
En sus *Cuntiloquios* dice...
JULIA. Esta es gran bellaquería,
Y juro por vida mía...
TÁCITO. Y dirán que yo lo hice.
JULIA. Pero aquí viene nuestro amo,
Y mala ventura os mando.
TÁCITO. *Signori, me ricomando,*
Y á la corona me llamo.
Y á *revederci altra volta,*
Dove finitemo il resto;
Or non piú, et visogna presto,
Sugire di quí si ascolta.

(Éntranse Tácito y Andronio.)

Entra MANFREDO, como estudiante, de camino.

MANF. Rutilio y Camilo, pues,
¿Hé por ventura tardado?
PORCIA. Más de una hora hemos estado
Esperando como ves;
Y aun nos han dado mal rato
Dos bonitos estudiantes,
Que tienen más de chocantes
Que no de letras su trato.
Pero ¿en qué te has detenido

Tanto tiempo?

MANF. Fuí escuchando
Dos que iban razonando
Deste caso sucedido.
Y apostaré que estos dos
Que vienen, tratan también
Deste hecho: escucha bien
Si acierto, así os guarde Dios.

JULIA. ¿De qué sirve el escuchar,
Pues podemos preguntallo?

Entran los dos ciudadanos que entraron al principio.

CIUD. 1.° Por mil conjeturas hallo
Que ella habrá de peligrar.

CIUD. 2.° En fin, ¿que no se disculpa?

CIUD. 1.° Esa es una cosa extraña.

CIUD. 2.° El pensamiento me engaña,
Ó ella no tiene culpa.

MANF. Mis señores, ¿qué se suena
Del caso de la Duquesa?

CIUD. 1.° Que se está todavía presa,
Y el silencio la condena.

MANF. ¿Quién la acusa?

CIUD. 2.° Dagoberto.

MANF. ¿Da testigos?

CIUD. 2.° Ni aun indicio.

MANF. Cierto que no es ese oficio
De caballero.

CIUD. 1.° No, cierto.

MANF. ¿Y su padre?

CIUD. 1.° ¿Qué ha de hacer?
Sólo ha hecho pregonar,
Que á quien la acierte á librar
Se la dará por mujer,

Como sea caballero
El que se oponga á la empresa.
MANF. Y ¿qué? ¿Calla la Duquesa?
CIUD. 2.º Como si fuese un madero.
MANF. Y del Duque, ¿qué se suena?
Que había de ser su esposo.
CIUD. 1.º Que en sabiendo el caso astroso
Dió la vuelta hacia Rosena;
Y aun otras nuevas nos dan
(Ni sé si es verdad ó no);
Que estando en Dorlán, sacó
Una hija al de Dorlán;
Y también á una parienta,
Del mismo Duque sobrina,
Y que el Duque determina
Vengarse de aquesta afrenta.
MANF. Y ¿qué? ¿Se tiene por cierto
Que la sacó el de Rosena?
CIUD. 2.º Hasta agora ansí se suena:
Ni sé si es cierto ó incierto.
MANF. Y si como eso es mentira,
Como me doy á entender,
Podrá ser que venga á ser
Lo mismo de Rosamira;
Que sé que el Duque es muy bueno,
Y que traición ni ruindad,
Si no es razón y bondad,
Jamás albergó en su seno.
CIUD. 1.º ¿Sois acaso milanés?
Porque de sello dais muestra.
MANF. Aunque la lengua lo muestra,
No soy, sino boloniés;
Mas he estudiado en Pavía,
Y algo la lengua he tomado.

CIUD. 2.º Y ¿qué es lo que se ha estudiado?
MANF. Humanidad.
CIUD. 1.º Sí haría;
Que todos los de su edad
Eso es lo que estudian más.
MANF. Sin estudiarla, jamás
Se aprende esta facultad.
CIUD. 1.º Y ¿á qué venis á Novara?
MANF. Á ver la boda venía.
CIUD. 2.º No quiso en tanta alegría
Ponernos la suerte avara;
Y en lugar della, podréis
Ver, si gustáis, la batalla.
MANF. ¿Si no hay quien salga á tomalla?
CIUD. 1.º Poco tiempo os detendréis;
Que no quedan más de seis
Días para el plazo puesto.
MANF. De quedarme estoy dispuesto.
CIUD. 1.º Sin duda lo acertaréis:
Y adiós.
MANF. Con él vais los dos.
CIUD. 2.º Luego ¿aquí os queréis quedar?
MANF. Sí, porque aquí he de aguardar
Á un amigo.
CIUD. 2.º Pues adiós.
MANF. Yo no sé en qué se confía
Mi dudosa voluntad,
Y si no es curiosidad,
Qué locura es esta mía.
Creo que á darme deshonra,
Ingrato amor, te dispones,
Pues cuando está en opiniones
La honra, no hay tener honra.

(Éntranse Julia, Porcia y Manfredo.)

Sale el DUQUE FEDERICO y el CARCELERO que tiene á la duquesa Rosamira.

DUQUE. ¿Cómo está la Duquesa?
CARCEL. Negro luto
Cubre su faz, y sola en su aposento,
Al suelo da de lágrimas tributo
Con doloroso amargo sentimiento.
DUQUE. ¡Oh bien hermoso y mal nacido fruto,
Marchito en la sazón de más contento!
Y ¡cómo al mejor tiempo me has burlado,
Quedando en mis designios defraudado!
Y ¿qué? ¿no se disculpa?
CARCEL. Ni por pienso.
DUQUE. ¿De quién se queja?
CARCEL. De su corta suerte.
En breve tiempo de su vida el censo
Dará á una infame inevitable muerte.
¿Sabes, señor, lo que imagino y pienso?
DUQUE. ¿Qué piensas é imaginas?
CARCEL. Que es muy fuerte
De creer, que el de Utrino verdad diga.
DUQUE. A que lo crea su bondad me obliga,
Y el ver que Rosamira en su disculpa
El labio no ha movido ni le mueve,
Y es muy cierta señal de tener culpa,
El que á volver por sí nunca se atreve.
La culpa es grave, grave el que la culpa,
El plazo á la batalla corto y breve,
Defensor no se ofrece: indicio claro
Que á su desdicha no ha de hallar reparo.
CARCEL. Si quisiere por dicha dar descargo
Con otro, pues no quiere en tu presencia,
Quizá turbada del infame cargo.

¿Dejarla he visitar?

DUQUE. Con mi licencia.

CARCEL. Puesto que el bien guardalla está á mi cargo,
No está á mi cargo usar de esta inclemencia;
Que á fe, si su remedio se hallase,
Que muy poco tus órdenes guardase.

JORNADA SEGUNDA

Entran CORNELIO y ANASTASIO.

CORNEL. Volviendo á lo comenzado,
Señor, ¿qué piensas hacer?
ANAST. Lo que procuro es saber
Si el Príncipe se ha engañado,
Ó qué causa le ha movido
A acusar á Rosamira:
Si fueron celos ó ira;
Ser llamado y no escogido.
Y cuando desta querella
No sepa verdad jamás,
Por gentileza no más
Me dispongo á defendella.
CORNEL. Propongo que Dagoberto
Es vencido en la batalla,
Y que ella libre se halla
De la tormenta en el puerto.
¿Tendrás por cosa notoria
El poder asegurarte,
Que la razón vino á darte,
Y no fuerza, la victoria?
Porque de Dios los secretos
Son tan incomprehensibles,
Que á veces vemos visibles
De bienes, malos efetos.

ANAST. Ya entiendo tus argumentos,
Y con ellos me das pena:
Haga el cielo lo que ordena;
Yo honraré mis pensamientos.

Entran JULIA y PORCIA.

CORNEL. Los estudiantes son estos
De quien los otros burlaron.
ANAST. Sus burlas ¿en qué pararon?
CORNEL. Eran algo descompuestos.
Forastero me parece
En cierto modo su traje:
Eso veré en su lenguaje,
Si el hablallos se me ofrece.
PORCIA. Camilo, no te descuides
En mostrar en dicho y hecho
Que eres varón, á despecho
De cuantos cuidados cuides.
Deja melindres aparte,
Da á las ternezas de mano,
Y mira que está en tu mano
El perderte ó el ganarte.
Mira que amor te ha traído
Por un nunca visto enredo,
A ser paje de Manfredo,
Y paje favorocido,
Que es principio que asegura
Buen fin á tu pretensión.
JULIA. Tienes, Rutilio, razón;
Mas no tengo yo ventura,
Pues cuando más me acomodo
A hacer lo que me ordenas,
Embebecida en mis penas,

Se me olvida á veces todo.
Mas ¡ay de mí desdichada!
Que éste es el Duque mi hermano.

PORCIA. Vuelve el rostro á esotra mano,
Y vuélvete á la posada;
Que él no me conoce á mí,
Y conviéneme hablalle.

JULIA. ¿Por do he de ir?

PORCIA. Por esa calle.

JULIA. ¿Vendrás presto?

PORCIA. Voy tras ti.—

(Vase Julia.)

Buen hombre, ¿sois de esta tierra?

ANAST. Ni soy della, ni buen hombre.

PORCIA. Pues ¿cómo la vuestra ha nombre?

ANAST. Como el cielo que la encierra.

CORNEL. (Aparte.) Querrá decir Rosamira,
Que es tierra y cielo ado vive;
Estas quimeras concibe
Quien más por amor suspira.

ANAST. Y vos ¿sois deste lugar,
Señor estudiante?

PORCIA. No.

ANAST. Pues ¿de dónde?

PORCIA. Aun no sé yo
De adó me podré llamar;
Que el cielo y tierra hasta agora
Me tratan como extranjero,
Y ni de él ni de ella espero
Ver en mis cuitas mejora.

ANAST. ¿Vos con cuitas en edad
Tan tierna? A fe que me espanta.

PORCIA. A los años se adelanta

Tal vez la calamidad;
Y más cuando son de aquellas
Que trae el amor en sus alas.

CORNEL. Sus razones no son malas,
Aunque yo no sé entendellas;
Mas, con todo, apostaré
Que está el rapaz traspasado
Del agudo harpón dorado,
Como el señor su merced.

ANAST. ¿Amáis por ventura?

PORCIA. Sí;
Mas no sé si por ventura,
Aunque alguna me asegura
Ver ahora lo que vi.

ANAST. Pues ¿qué véis?

PORCIA. No será honesto
Hacer que me ponga en mengua
Tan fácilmente mi lengua,
Como mis ojos me han puesto.
Ni vuestro traje me mueve,
Ni mi deseo, á mostrar
Lo que en silencio ha de estar
Hasta que otras cosas pruebe.

ANAST. ¿Tan mal os parece el traje?

PORCIA. No por cierto, porque veo
Que dese rústico aseo
Es muy contrario el lenguaje,
Y podrá ser que el sayal
Encubra el ál del refrán.

ANAST. ¿De dónde sois?

PORCIA. De Dorlán.

ANAST. De ahí soy yo natural.
¿Cuanto há que de allá venistes?

PORCIA. Poco más de doce días.

ANAST. ¿Qué hay de nuevo?
PORCIA. Niñerías,
Aunque son un poco tristes.
ANAST. Y ¿qué son?
PORCIA. Que el de Rosena,
Que el de Dorlán hospedó,
A Julia y Porcia robó,
Como Paris hizo á Elena.
ANAST. ¿Tiénese eso por verdad?
PORCIA. Sí tiene, mas yo imagino,
Que no lleva más camino,
Que del cielo la maldad.
ANAST. Pues ¿qué dicen?
PORCIA. Yo entreoí.
Que la Porcia quería bien
A Anastasio.
ANAST. ¿Cómo? ¿A quién?
PORCIA. A Anastasio.
CORNEL. Como á mí.
¿A su primo hermano? Bueno.
PORCIA. Quizá guiaba su intento
Por vía de casamiento.
ANAST. Deso está mi bien ajeno.
Mas eso ¿qué importa al hecho
De roballa?
PORCIA. No sé yo.
Dícese que la sacó
El mismo amor de su pecho;
Mas deben de ser hablillas
Del vulgo mal informado.
CORNEL. A mí me han maravillado.
ANAST. Pues ¿de qué te maravillas?
Di, ¿no puede acontecer,
Sin admiración que asombre,

Que una mujer busque á un hombre,
Como un hombre una mujer?

CORNEL. Sí puede, y es tan agible
Lo que dices, que se ve;
Que en las posibles no sé
Otra cosa más posible.

ANAST. Como á su centro camina,
Esté cerca ó apartado,
Lo leve, ó lo que es pesado,
Y á procuralle se inclina;
Tal la hembra y el varón,
El uno al otro apetece,
Y á veces más se parece
En ella esta inclinación;
Y si la naturaleza
Quitase á su calidad
El freno de honestidad,
Que tiempla su ligereza,
Correría á rienda suelta
Por do más se le antojase,
Sin que la razón bastase
A hacerla dar la vuelta.
Y ansí cuando el freno toma
Entre los dientes del gusto,
Ni la detiene lo justo,
Ni algun respeto la doma.

PORCIA. En poca deuda os están
Las mujeres.

CORNEL. Si así fuera,
Ni yo este traje trujera,
Ni él vistiera aquel gabán.

ANAST. No es tan poca, que si hago
La cuenta, no sé yo paga
Que á la deuda satisfaga,

Puesto que en ella me pago.

PORCIA. En fin, ¿amáis?

ANAST. Alma tengo,
Y no he de estar sin amor.

PORCIA. Hay amor bueno y mejor.

ANAST. Yo, con el mejor me avengo.

PORCIA. ¿Es labradora?

ANAST. El tabarro
Que me cubre así lo dice.

PORCIA. Pues todo lo contradice
El talle y horro bizarro;
Que el tabarro es tosca caja
Que encierra el fino diamante.

CORNEL. El diablo es el estudiante;
¡Qué bien su razón encaja!
Apostaré que mi amo,
Sin más ni más, le da cuenta
De quién es y lo que intenta.
Por aquesto le desamo,
Que presume de discreto,
Y no ve que es ignorancia
En las cosas de importancia
Fiar de nadie el secreto.

ANAST. Ahora bien; si vuestra estada
No es de asiento en el lugar,
Y queréis conmigo estar
En una misma posada,
En la que tengo os ofrezco
El género de amistad
Que engrandece la igualdad.

PORCIA. Daisme lo que no merezco;
Mas heme de despedir
Primero de un cierto amigo.

CORNEL. Aquesto es lo que yo digo:

Él se vendrá á descubrir.

ANAST. A la insignia del Pavón
Es mi estancia.

PORCIA. Andad con Dios;
Que mañana soy con vos.—
¡Oh venturosa ocasión!

(Éntranse Anastasio y Cornelio.)

Si al fuego natural no se le pone
Materia que en la tierra le sustente,
Volveráse á su esfera fácilmente;
Que así naturaleza lo dispone.
Y el amante que quiere que se abone
Su fe, con afirmar que no consiente
En su alma esperanza, poco siente
De amor, pues que á su ley justa se opone.
Cual sin el agua quedaría la tierra,
Sin sol el cielo, el aire sin vacío,
El mar en tempestad, nunca en bonanza,
Y sin su objeto, que es la paz, la guerra,
Forzado sin su gusto el albedrío;
Tal quedará el amor sin esperanza. (Éntrase.)

Salen TÁCITO y ANDRONIO.

ANDRON. Vamos hacia la prisión
De la Duquesa, que importa.

TÁCITO. Reporta, Andronio, reporta
Tu arrojada condición;
Que siempre quieres saber
Lo que no te importa un pelo.

ANDRON. Soy curioso.

TÁCITO. Yo recelo,
Que aqueso te ha de ofender.
Necio llamaré del todo,

No curioso, al que se mete
En lo que no le compete
Ni toca por algún modo.
Hay algunos tan simplones,
Que desde su muladar
Se ponen á gobernar
Mil reinos y mil naciones;
Dan trazas, forman Estados,
Y repúblicas sin tasa,
Y no saben en su casa
Gobernar á dos criados.
De aquellos mi Andronio es,
Y esto lo sé con certeza,
Que enmiendan á la cabeza,
Y apenas son ellos pies.
Llaman, con su ceguedad
Y mal fundada opinión,
Al recato, remisión,
Al castigo, crueldad.
El gobierno no les cuadra
Más justo, y más nivelado,
Siguen del vulgo engañado
La siempre mudable escuadra.
El que es buen vasallo, atiende
A rogar por su señor,
Si es bueno, que sea mejor,
Y si es malo, que se enmiende.
De los viejos que enterramos
Fué sentencia singular
Que el mundo hemos de dejar
Del modo que le hallamos.
¿Qué te importa á ti si hace
Bien ó mal el Duque en esto?

ANDRON. ¿Hasme oído tratar desto?

TÁCITO. Y tanto, que me desplace.
Que quemen á la Duquesa,
No se te dé á ti un ardite.
ANDRON. Desde hoy más guardaré el chite,
Y de lo hablado me pesa.
TÁCITO. A la espada me remito
De Dagoberto en la riña.
ANDRON. ¿Si vence?
TÁCITO. Pague la niña;
Que á buen bocado, buen grito.
Quien de honestidad los muros
Rompe, mil males se aplica.
ANDRON. Cuando la zorra predica,
No están los pollos seguros.

Éntranse Tácito y Andronio: sale PORCIA como labrador y JULIA como estudiante.

JULIA. ¿Por qué quieres intentar,
Rutilio, tan gran locura?
PORCIA. Porque en el mal es cordura
No temer, sino esperar:
Y la negligencia estraga
Los remedios del dolor,
Y no quiero yo que amor
Conmigo milagros haga.
El que padece tormenta,
Si es que de piloto sabe,
Si puede, guíe la nave
A donde menos la sienta.
Yo en la mía un puerto veo
A los ojos de mi fe,
Y allá me encaminaré
Con los soplos del deseo.

Ya viste que era tu hermano
El labrador que aquí vimos;
Que los dos le conocimos,
Aunque en el traje villano;
Y ha muchos días que sabes,
Y yo también, por mi mal,
Que tiene de su caudal
El amor todas las llaves,
Y que Rosamira es
La que así le tiene aquí.

JULIA. Ya yo te he dicho que sí.

PORCIA. Pues dime ahora; ¿no ves
Que será muy acertada
La traza que te he contado?

JULIA. Caminas tras tu cuidado:
En fin, como enamorada.
¿Que podrás dejarme á solas?

PORCIA. ¿Á solas dices que estás,
Quedando con quien podrás
Contrastar de amor las olas?
Ingenio tienes y brío,
Y ocasión tienes también
Para procurar tu bien,
Como yo procuro el mío.

JULIA. ¿Y si te conoce á dicha?

PORCIA. Engañada en esto estás;
Que él no me ha visto jamás.

JULIA. Puede mucho una desdicha.
Nuestro mucho encerramiento
Y libertad oprimida,
Como causó esta venida,
Cegará su entendimiento.

JULIA. Pues si el cielo mi enemigo
Te hiciere conocer,

Nunca lo des á entender
Que te veniste conmigo.
Sigue á solas tu ventura,
Que yo seguiré la mía,
Y el blando amor que nos guía
Abone nuestra locura.
Yo á Manfredo le diré
Que á la patria te volviste;
Mas ¿qué gente es esta? ¡ay triste!

PORCIA. No sé; disimularé.

Entran ANASTASIO, MANFREDO y los dos ciudadanos.

CIUD. 1.º Es el caso inaudito, y la insolencia
Del duque de Rosena demasiada,
Mala en el hecho y mala en la apariencia.

ANAST. Cuando del apetito es sojuzgada
La razón, no hay respeto que se mire,
Ni justa obligación que sea guardada.

CIUD. 2.º ¿Quién lo vendrá á entender, que no se ad-
Que faltando á la ley del hospedaje, [mire,
Con las prendas del huesped se retire?
Y más aquel que debe por linaje,
Por ser, por calidad, por gentileza,
Hacer á todos bien, á nadie ultraje.

ANAST. Debe de ser de vil naturaleza,
Ó á quien soberbia natural inclina
Á tan infames hechos de bajeza.
Pues á fe que fabricas tu rüina,
Manfredo ingrato; que Dorlán bien suele
Amansar tu arrogancia repentina.

MANF. Á un pobre labrador, ¿por qué le duele
Tanto de Julia y Porcia el robo incierto?
Quizá miente la fama.

PORCIA. ¿Hablaréle?

JULIA. Háblale, pero no te ha descubierto.
ANAST. Siempre son ciertas las desdichas mías.
MANF. ¿Desdichas tuyas? Bueno estás por cierto.
ANAST. Qué scita vive en sus regiones frías;
Qué garamanta en su abrasada arena,
Ó en tierras, si las hay, de Amubacías,
Que apruebe que un gran duque de Rosena,
Siendo del de Dorlán huesped, y amigos...
JULIA. (Ap. á Porcia.) Aquestos argumentos me dan pena.
ANAST. Como astuto ladrón, como enemigo,
Haberle de sus prendas despojado,
Sin que diga lo mismo que yo digo:
Que fué Manfredo ingrato y mal mirado.
JULIA. Apostaré que el Duque te conoce.
PORCIA. Desvíate en buen hora á esotro lado.
MANF. Buen hombre, no es razón que se alboroce
Así vuestro sentido; que á Manfredo
No le estima cual vos quien le conoce.
JULIA. Que han de reñir los dos tengo gran miedo.
PORCIA. Pues por Dios, que si riñen...
JULIA. Calla, ó vete.
PORCIA. Añade á lo que dices, si es que puedo.
ANAST. Tampoco no sé yo á que se entremete
Á defender un hecho un estudiante,
Donde tan gran pecado se comete.
CIUD. 2.° Señores, no paséis más adelante;
Que si es verdad que el Duque hizo tal hecho,
Aquel que lo defienda es ignorante.
ANAST. Vive Dios, que se me arde en rabia el pecho.
MANF. Por Dios que está el villano muy donoso.
JULIA. Cuajóse la cuestión; ello está hecho.
ANAST. ¿Villano á mí? Escolar sucio y astroso,
Capigorrón, brodista, pordiosero.
MANF. ¡Oh villano otra vez, loco furioso!

PORCIA. Mal haré si no ayudo á quien bien quiero.
CIUD. 1.º ¿Qué es esto? ¿Con puñal á un desarmado?
ANAST. Dejad que llegue aquese vil grosero.
CIUD. 2.º Cada cual de los dos sea bien mirado;
Miren quién está en medio.
MANF. ¿Tanto brío
En un villano pecho está encerrado?
JULIA. ¿Piedras á mi señor?
PORCIA. ¿Piedras tú al mío?
JULIA. ¡Oh, también tú, villano!
PORCIA. ¡Oh sucio paje!
JULIA. Rutilio, di, ¿no es éste desvarío?
¿Bofetada en mi rostro? ya el coraje
Ha llegado á su punto, y no es posible
Que temor ó respeto aquí le ataje.
CIUD. 1.º Los dos criados con furor terrible
Se han asido también.
CIUD. 2.º Téngase, digo.
MANF. Hasta que mate á éste, es imposible.
ANAST. No estimo su puñal en solo un higo.
CIUD. 2.º Otra vez digo que se tengan, ea.
JULIA. Deja estar los cabellos, enemigo;
¿Quieres con esparcirlos, que se vea
Quién somos?
PORCIA. Pues. hereje, estásme dando.
Y no te he yo de dar?
CIUD. 1.º Otra pelea
Es ésta más cruel, que estoy mirando.
JULIA. ¡Ay! que la boca toda me deshaces.
PORCIA. Suelta tú el labio.
JULIA. Ya le voy soltando.
PORCIA. Acaba de soltar.
CIUD. 1.º Quitad, rapaces.
JULIA. ¡Ay! que me muerde.

PORCIA. ¿Echáisme zancadilla?
JULIA. ¿Qué haces, enemigo?
PORCIA. Y tú, ¿qué haces?
CIUD. 2.º Envainad vos, señor, y esta rencilla
Quédese así, pues no os importa nada.
MANF. Dios sabe por qué gusto diferilla.
PORCIA. Quitásteme el gabán, desvergonzada;
La mano digo, que tal fuerza tiene;
Pero esta mía me hará vengada.
CIUD. 1.º ¿Han visto con qué brío el mozo viene?
Y ¿éste es vuestro criado?
ANAST. No por cierto.
MANF. Rutilio, ¿cómo es esto?
PORCIA. No conviene
Que mi designio aqui sea descubierto.
MANF. Pues ¿por qué peleabas con tu hermano?
PORCIA. De ignorancia nació mi desconcierto;
Que como vi este traje de villano,
Tan parecido á aquellos de mi tierra,
Dejarle de ayudar no fué en mi mano;
Y creo, si la vista no se yerra,
Que ese es un mi pariente conocido,
Que de todo mi gusto me destierra.
MANF. El seso, al parecer, tienes perdido;
Mas no le pierdas tanto, que señales
Pieza por donde yo sea conocido.
PORCIA. Seguro está, señor, que ni por males
Ni bienes que á Rutilio el cielo envíe,
Dará de ser quién eres las señales;
Y en tal seguro el tuyo se confíe.
MANF. ¿De modo que á la patria quies volverte?
PORCIA. Antes que el tiempo cargue y más enfríe.
MANF. Adiós, que yo no quiero detenerte.
PORCIA. Mi hermano queda acá.

MANF. Gusto infinito.
PORCIA. Plega á Dios, que en servirte en todo acierte.

(Vanse Manfredo y los dos ciudadanos.)

JULIA. Dime, Rutilio: ¿á dicha queda escrito
En el alma el rencor que hemos mostrado?
PORCIA. Á la ocasión y al gusto lo remito.
JULIA. ¿Iré de tu buen pecho confiado?
PORCIA. Pues ¿quién lo duda?
JULIA. Adiós, pues, firme amigo.

(Vase.)

PORCIA. Adiós, mocito mal aconsejado.—
Ya me tienes, señor, aquí contigo,
Á tu gusto me manda; que yo espero
Que amor me ha de ayudar al bien que sigo.
ANAST. Pues yo de todo bien ya desespero.—
¡Oh amor, que con la vida me atropellas
La honra, pues sin ella vivo y muero!
Allí llega el ardor de sus centellas,
Donde pueda quitar el sentimiento
De las cosas, que es muerte el no tenellas.
Julia robada, el Duque en salvamento,
Yo, á quien el caso toca, descuidado
Con el cuidado que en el alma siento;
De un estudiante vil mal afrentado;
Socorrido de un pobre pastorcillo,
Aunque en esto me doy por bien pagado;
Padezco el mal; no sé á quien descubrillo;
Mas, aunque lo supiese, no osaría,
Pues no es para sufrillo ni decillo.
PORCIA. Si acaso éste no fuera el primer día
Que de buena amistad te doy la mano,

Pudiéraste fiar de la fe mía.
Acomódome al traje de villano,
Por servirte en el tuyo; señal clara
Que soy de proceder fácil y llano.
Si en algunos escrúpulos repara
Tu voluntad, el tiempo tendrá cargo
De mostrarte la mía abierta y clara.
Yo de serte fiel sólo me encargo,
Con pecho noble, sin torcido enredo,
Sin que dificultad me ponga embargo.

ANAST. Sabrás... basta, no más.

PORCIA. ¡Qué! ¿Tienes miedo
De descubrirte á mí? Pues yo te juro.
Por todo aquello que jurarte puedo,
Que puedes, sin escrúpulo, al seguro,
Fiar de mí cualquier tu pensamiento.

ANAST. Conviéneme creer que estoy seguro,
Porque para salir con el intento
Que tengo, sólo entiendo que tú eres
El más fácil y cómodo instrumento;
Y es menester, si gusto darme quieres,
Que fingiendo ser moza labradora...
¿De qué te ríes?

PORCIA. Di lo que quisieres;
Que no me río, á fe.

ANAST. Si es que no mora
Voluntad en tu pecho de servirme,
Dímelo y callaré luego á la hora.

PORCIA. No digo de mujer; pero vestirme
De diablo lo haré, pues que te agrado,
Con pronta voluntad y ánimo firme.

ANAST. Serás de mí tan bien gratificado,
Que iguale á tu deseo el beneficio.

PORCIA. Quedo en solo servirte bien pagado.

Prosigue, pues.

ANAST. Ha dado en sacrificio
Un amigo su alma á la Duquesa,
Que está acusada de un infame vicio.
No se puede saber, como esta presa,
Si tiene culpa ó no, y él, sin sabello,
Duda el ser defensor de tal empresa.
Á mí me ha dado el cargo de entendello,
Y con este gabán disimulado,
Ha algunos días que he entendido en ello.

PORCIA. Y ¿has alguna verdad averiguado?

ANAST. Ninguna.

PORCIA. Pues ¿qué ordenas?

ANAST. Que te pongas
En el traje que digo, disfrazado,
Y á dar á Rosamira te dispongas
Un papel, y á sacarle de su pecho
Cuanto tuviere en él.

PORCIA. Como compongas
Bien el rústico traje, ten por hecho
Lo que pides.

ANAST. La entrada está segura,
Dejando al carcelero satisfecho.
Has de llevar el rostro con mesura.

PORCIA. Para una labradora poco importa;
Basta que lleve el pecho con cordura.
La carta escribe y la partida acorta;
Que yo de parecer mujer no dudo.

ANAST. Habla sutil y en pláticas sé corta.

PORCIA. ¡Ah ciego amor, de piedad desnudo,
Y en qué trance me pones!

ANAST. ¿Te arrepientes?

PORCIA. Nunca del buen intento yo me mudo.
Aunque tuviera el caso inconvenientes

Mayores, con mi industria los venciera,
Y buscara los medios suficientes.

ANAST. Si supieses la paga que te espera,
Cual yo la sé, mancebo generoso,
Á más tu voluntad se dispusiera;
Que soy otra persona que este astroso
Hábito muestra.

PORCIA. Y yo seré un criado
Para ti el más fiel y cuidadoso
Que se pueda hallar en lo criado. (Éntrase.)

Salen MANFREDO, y JULIA.

MANF. Brioso era el villano.

JULIA. Y atrevido además, según dió muestra.

MANF. Y muy necio tu hermano.

JULIA. La juventud lo causa, poco diestra
En lazos de importancia.

MANF. ¿Volvióse?

JULIA. Y no le arriendo la ganancia.

MANF. Torna, pues, ¡oh Camilo!
Y dime aquello que decías agora,
Usando el mismo estilo;
Que el modo de decirlo me enamora,
Y el caso me suspende.

JULIA. Pues dello gustas, buen señor, atiende.
Llegóse á mí un mancebo,
De agradable presencia, bien tratado,
Con un vestido nuevo,
Que creo que por éste fué trazado;
Llegóse, como digo,
Y díjome: «Escuchadme, buen amigo.»
Volví, miréle, y vile
Lloviendo perlas de sus bellos ojos.
La mano entonces díle,

De lástima movido, y él, de hinojos,
Temeroso tomóla;
Y bañándola en lágrimas, besóla.
Yo, del caso espantado,
Le alcé y le pregunté lo que quería;
Él, casi desmayado,
Me dijo que merced recibiría
Si un poco le escuchase
En parte donde nadie nos notase.
Llevéle á mi aposento,
Sentóse, sosegóse, y después dijo
Con desmayado aliento,
Con voz turbada, y anhelar prolijo:
«Yo soy»... y calló luego,
Y el rostro se le puso como un fuego.
Por estos movimientos
Conocí que vergüenza le estorbaba
Á decir sus intentos,
Y como yo sabellos deseaba,
Lleguéme á él, diciendo
Razones que le fueron convenciendo.
En fin, de ellas vencido,
Tras de un suspiro doloroso, ardiente,
Ya el rostro amortecido,
El codo y palma en la rodilla y frente,
Dijo: «Yo soy aquella
Á quien persigue su contraria estrella.
Yo soy la sin ventura
Que á la primera vista de unos ojos,
Sin valor ni cordura,
Rendí la libertad de los despojos
De la honra y la vida,
Pues una y otra cuento por perdida.
Yo soy Julia, la hija

Del Duque de Dorlán, cuyo deseo
Ya no hay quien le corrija.
Ni el cielo ofrece, ni en la tierra veo
Remedio al dolor mío,
Y es bien que no le tenga un desvarío.»
Quedé, en oyendo aquesto,
Bien como estatua, mudo y sin hablalla.
Quise escuchar el resto,
Temiendo con mi plática estorballa,
Y prosiguió diciendo
Lo que me fué encantando y suspendiendo.
«Yo, dijo, vi á Manfredo,
Aqueste dueño venturoso tuyo;
Que ya no tengo miedo,
Ni de contar, y más á ti, rehuyo
La mal tejida historia,
Digna de infame y de inmortal memoria.
Teníame mi padre
Encerrada do el sol entraba apenas,
Era muerta mi madre,
Y eran mi compañía las almenas
De torres levantadas,
Sobre vanos temores fabricadas.
Avivóme el deseo
La privación de lo que no tenía;
Que crece, á lo que creo,
La hambre que imagina carestía;
Mas no era de manera
Que yo no respondiese á ser quien era,
Hasta que mi desdicha
Hizo que este Manfredo huesped fuese
De mi padre, que á dicha
Tuvo que la ocasión se le ofreciese
De mostrar su grandeza,

Sirviendo á un Duque de tan grande alteza.
En fin, yo, de curiosa,
Un agujero hice en una puerta,
Que á la vista medrosa,
Y aun al alma, mostró ventana abierta
Para ver á Manfredo.
Vile, y quedé cual declarar no puedo»;
Ni aun yo puedo contarte
Más por agora, porque gente viene.

MANF. Vamos por esta parte,
Que está más fresca y menos gente tiene.
Anda; que estoy suspenso,
Y vame dando el cuento gusto inmenso.

(Éntranse Manfredo y Julia.)

Sale PORCIA como labradora, con un canastico de flores y fruta.

PORCIA. Amor, bien será que abajes
Mi vida á tu proceder,
Pues no me quieres comer,
Aun hecho tantos potajes.
Primeramente pastor
Me hiciste, y luego estudiante,
Y andando un poco adelante,
Me volviste en labrador,
Para labrar mis desdichas
Con hierros de tus marañas;
Que éstas son de tus hazañas
Las más venturosas dichas.
Flores llevo, donde el fruto
Que cogeré ha de ser tal,
Que al corazón de mortal
Le sirva de triste luto.—

Papel que vas encerrado
Entre estas flores, advierte
Que eres sierpe, que á mi muerte
Ha el amor determinado.
No pienses, yendo conmigo,
Ver tu intención declarada;
Que no he de poner la espada
En manos de mi enemigo.
Tú de mi alma lo eres,
Y éstos del cuerpo lo son.

Entran TÁCITO y ANDRONIO.

Del diablo es esta visión.
Vade retro, ¿qué me quieres?

TÁCITO. ¡Oh, qué buen rato se ofrece
Con la pulida villana!

PORCIA. Por Dios, que vengo de gana.

ANDRON. Bonísima me parece.
¿Qué es lo que cogió del suelo?

TÁCITO. Algo que se le cayó.
Ó tú llega, ó llego yo.

PORCIA. Algún mal caso recelo;
Que estos son grandes bellacos,
Y me tienen de envestir.
¡Oh, quién pudiera huir
El encuentro de estos cacos!

TÁCITO. Mi señora labradora,
Vengáis con los años buenos,
De paz y abundancia llenos.

ANDRON. Vengáis muy mucho en buen hora.

TÁCITO. ¿Qué trae aquí, por mi vida?
¡Oh pese á quien me parió!

ANDRON. ¿Dióte?

TÁCITO. Sí; y cómo me dió;

La mano tengo aturdida —
Con otro me has de pagar
El garrote que me has dado.

PORCIA. ¡Que me roban en poblado!
¿No hay quien me venga á ayudar?
¡Que me roban! ¡Ay de mí!
Ladrones, dejad la cesta.
¿Qué soledad es aquésta?
¿Nadie pasa por aquí?

Sale el CARCELERO.

CARCEL. ¿Qué es esto, desvergonzados?

TÁCITO. ¡Ojo! el señor, ¿con qué viene?
Bien parece que no tiene
Los amplíficos cuidados,
Ni la cuenta del negocio
De los dolientes distintos,
Cuando destos laberintos
Es la propia causa el ocio.

CARCEL. ¿Qué es lo que decís, malditos?

ANDRON. Que se vaya dilatando
En paz con él, como y cuando
Tenga los ojos marchitos,
Porque nos cumple acabar
Con aquesta labradora.

CARCEL. Y vos, ¿qué decís, señora?

PORCIA. Que me querían robar
Aquesta fruta que llevo
Á la señora Duquesa.

CARCEL. ¿Á la presa?

PORCIA. Sí, á la presa.

TÁCITO. Nego.

ANDRON. Probo.

(Meten la mano en el canastillo y comen de la fruta.)

TÁCITO. Y yo las pruebo.
CARCEL. Hi de puta, sin vergüenza;
Andad, bellacos, de aquí.
TÁCITO. Nunca el comer puso en mí
Género de desvergüenza.
ANDRON. Agradezca la villana
Que ha tenido buen padrino;
Mas si hacéis otro camino,
Yo reharé mi sotana.
TÁCITO. ¡Mal haya la suerte avara!
ANDRON. Vamos, amigo, á lición.

(Éntranse Tácito y Andronio.)

CARCEL. Tan grandes bellacos son,
Como los hay en Ferrara.—
Vamos, labradora, adonde
Podáis ver á la Duquesa,
Que en mi poder está presa.
PORCIA. Guíe, que no sé por donde. (Éntranse.)

Salen MANFREDO y JULIA.

MANF. Prosigue; que no hay gente
Que aquí nos pueda oir.
JULIA. La desdichada
Prosiguió en voz doliente
Su historia, en desvaríos comenzada,
Y dijo: «Vi á Manfredo,
Vile, y quedé cual declarar no puedo;
Que en un instante pudo,
Y quiso amor con mano poderosa,
De pïedad desnudo,
La imagen de Manfredo generosa
Grabar así en mi alma,
Que della luego le entregué la palma.

Volvíme á mi aposento,
Llevando en la memoria y en el seno,
Con gusto y descontento,
La mirada belleza y el veneno
De amor, que me abrasaba,
Y la virtud honrosa refriaba.
Hice discursos varios,
Fundé esperanzas en el aire vano,
Atropellé contrarios,
Dile al amor renombre de tirano
Y de señor piadoso,
Y al cabo el entregarme fué forzoso.
Dejé mi padre, ¡ay cielos!,
Dejé mi libertad, dejé mi honra,
Y en su lugar, recelos
Y sujeción tomé, muerte y deshonra,
Y á buscar he venido
Este huésped, apenas conocido.
Hoy en tu compañía
Le he visto, y aunque en traje disfrazado,
Como en el alma mía
Traigo su rostro al vivo dibujado,
Al punto conocíle:
Vile, alegréme y hasta aquí seguíle.
Quiero, pues, ¡oh mancebo!
(Y esto, cubriendo perlas sus mejillas,
Hincándose de nuevo
Ante mi visión bella de rodillas);
Quiero, dijo, que digas
Al tuyo, que es mi dueño, mis fatigas;
Que yo no tengo lengua
Para decir mi mal, ni la dolencia
Mi honestidad amengua,
Para poder ponerme en su presencia.

Tú á solas le relata
La muerte con que amor mi vida mata;
Que no estará tan duro
Cual peñasco al tocar de leves ondas,
Ni cual está al conjuro
Del sabio encantador, en cuevas hondas,
La sierpe, en esto cauta,
Ni cual airado viento al Euste Nauta.
No le habrán leche dado
Leonas fieras de la Libia ardiente,
Ni habrá sido engendrado
De algún cíclope bárbaro inclemente,
Para que no se ablande
Oyendo mi dolor y amor tan grande.
Rica soy y no fea,
Tan buena como él en el linaje,
Si ya no es que me afea
Y me deshonra ese trocado traje;
Mas cuando amor las causa,
En todas estas cosas pone pausa.
Rosamira infamada;
Justamente impedido el casamiento,
Yo dél enamorada,
Cual la tierra del húmido elemento,
Si esto no es desvarío,
¿Quién lo podrá estorbar que no sea mío?»
Esto dijo, y al punto
Dejó caer los brazos desmayados,
Quedó el rostro difunto,
Los labios, que antes eran colorados,
Cárdenos se tornaron,
Y sus dos bellos soles se eclipsaron.
Levantósele el pecho,
Su rostro de un sudor frío cubrióse;

Púsela sobre el lecho;
De allí á un pequeño rato estremecióse;
Volvió en sí suspirando,
Siempre lágrimas tiernas derramando.
Consoléla y roguéla
Que en aquel aposento se estuviese,
Sin temor de cautela,
Hasta que yo su historia te dijese.
Encerrada la dejo:
Mira si es raro de mi cuento el dejo.

MANF. Y tan raro, que no puedo
Persuadirme á que es verdad,
Aunque amor y liviandad
No se apartan por un dedo.
Y ¡qué! ¿queda en tu aposento?

JULIA. Como digo, sin mentir.

MANF. No me pudiera venir
Nueva de mayor contento.

JULIA. Luego ¿piénsasla gozar?

MANF. Mal me conoces, Camilo;
Que tan mal mirado estilo
No se puede en mí hallar.

JULIA. Pues ¿qué piensas hacer de ella?

MANF. Envialla al padre suyo;
Que con esto restituyo
Mi inocencia y su querella.

JULIA. Mal pagas lo que te quiere.

MANF. La honra se satisfaga;
Que un torpe amor esta paga
Y aun otra peor requiere.

JULIA. Amar tan alto sujeto
¿Es error?

MANF. Y conocido,
Porque amor tan atrevido,

Aunque es amor, no es perfeto.
Es el amor, cuando es bueno,
Deseo de lo mejor;
Si eso falta, no es amor,
Sino apetito sin freno.
Con todo, vamos á vella;
Mas no será bien miralla,
Que en tales visitas se halla
Ocasión para perdella;
Que yo no soy Scipión,
Ni Alejandro en continencia,
Para hacer la experieneia
De mi blanda condición;
Y yo soy de parecer,
Y la experiencia lo enseña,
Que ablandaran una peña
Lágrimas de una mujer.

JULIA. Si no te ablanda su amor,
No lo hará su hermosura.

MANF. Con todo, será cordura
Huir del daño mayor.
Si la recibo, me hago
En su huída culpado;
Si la vuelvo, habré mostrado
Que á ser quien soy satisfago.
Excusaré el desafío,
Cobraré el perdido honor.

JULIA. ¡Oh, mal haya tanto amor,
Mal pagado y mal nacido!
¡Desdichada de la triste,
Que te quiso sin por qué!

MANF. En estos trances se ve,
Quien su gusto no resiste.
Pero vámonos á casa;

Que, con todo, pienso vella.

JULIA. Quizá vendrás á querella.

MANF. No es mi fuego desa brasa. (Éntrase.)

JULIA. ¡Ay cruel, cómo te vas,
Triunfando de mis despojos!
¿Qué consejo en mis enojos
Es ¡oh amor! el que me das?
En gran confusión me veo;
¿Quién me podrá aconsejar?
En fin, habré de acabar
Á las manos del deseo. (Vase.)

Sale ROSAMIRA con un manto hasta los ojos.

ROSAM. Quien me viere desta suerte,
Juzgara sin duda alguna
Que me tiene la fortuna
En los brazos de la muerte.
Pues no es así, porque amor,
Cuando se quiere estimar,
Con el velo del pesar
Suele encubrir su favor.
Honra, eclipse padecéis,
Porque entre vos y mi gusto,
La industria ha puesto un disgusto,
Por el cual escura os veis:
Mas pasará esta fortuna
Que así vuestra luz atierra,
Como sombra de la tierra
Puesta entre el sol y la luna.

Entran el CARCELERO y PORCIA.

CARC. Veisla ahí; habladla, y luego
Os salid con brevedad.

¡Ay obscura claridad!
Mal haya el vendado ciego.
Mirad cuál la tiene puesta.

ROSAM. Pues, amiga, ¿qué buscáis?

PORCIA. Señora, que recibáis
Lo que traigo en esta cesta,
Que son unas bellas flores,
Con alguna fruta nueva.

ROSAM. Vos sola habéis hecho prueba
De consolar mis dolores.
Sentaos aquí par de mí,
Y esas flores me mostrad,
Y ese rebozo os quitad.

PORCIA. Señora, veislas aquí;
Pero sentarme, eso no;
El embozo ya le quito.

ROSAM. Sentaos conmigo un poquito;
Basta que lo diga yo.

PORCIA. Estaba determinada,
Señora, de no lo hacer,
Mas dicen que es mejor ser
Necia que no porfiada;
Y así, me asiento, y suplico,
Si mi ruego puede tanto,
Que os alcéis del rostro el manto
Otro poco, otro tantico.

ROSAM. Vesme descubierta, amiga;
Que á más fuerza tu cordura.

PORCIA. ¡Jesús! ¿Qué tanta hermosura
Ha puesto en tanta fatiga?

ROSAM. Amiga, déjate deso
Y dime qué te movió
Á venirme á ver.

PORCIA. Sé yo

Que fué de amor el exceso,
Y el ver que ya el señalado
Plazo llega á más correr,
Adonde el mundo ha de ver
Tu inocencia ó tu pecado;
Y querría ver si puedo
Serte en algo de provecho
Antes de llegar al hecho
Que al más fuerte pone miedo;
Que es Dagoberto valiente.

ROSAM. Así le conviene ser
Quien tiene de defender
Que es culpada la inocente.
Sale del curso ordinario
El caso de mi porfía,
Porque está la salud mía
En la lengua del contrario.
Quien me deshonra ha de ser
El mismo que me ha de honrar,
Y esto me hace callar,
Y culpada parecer.
Mas dime: ¿acaso has oído
¿Qué se hizo el de Rosena?

PORCIA. Por todo el lugar se suena
Que volvió al suyo, corrido.
Otros la culpa le dan
De que la hija sacó,
Cuando alegre le hospedó
El gran Duque de Dorlán,
Y con ella, otra su prima;
Pero yo sé que es mentira.

ROSAM. Ya no es sola Rosamira,
Á quien fortuna lastima.

PORCIA. Y ésta su prima es hermana

De Dagoberto el traidor.

ROSAM. Sabes muy poco de amor,
Discreta y bella aldeana.

PORCIA. El hijo del de Dorlán
Se suena que te defiende.

ROSAM. ¿Quién lo dice?

PORCIA. Quien lo entiende.

ROSAM. En vano toma ese afán;
Mas su intención le agradezco,
Porque al fin es de quien es.

PORCIA. Que él no pida el interés,
Aunque venza, yo me ofrezco,
Porque por su gentileza
Lo hace, y no por su amor.

ROSAM. Así mostrará mejor
Su valentía y nobleza;
Pero, puesto que él venciese,
Con él no me casaré.

PORCIA. Pues ¿porqué?

ROSAM. Yo sé el porqué.

PORCIA. ¿Y si él el premio pidiese?

ROSAM. No llegará á aquese extremo,
Si me vale mi justicia;
Mas, como reina malicia,
De cien mil azares temo.
Ven conmigo á otro aposento,
Labradora de mi vida,
Que en parte más escondida
Te quiero hablar un momento;
Que me ha dado el corazon
Que el cielo aquí te ha traído,
Para que en gozo cumplido
Vuelvas mi amarga prisión.
Ven, que ya en tu voluntad

Está mi vida ó mi muerte,
Mi buena ó mi mala suerte,
Mi prisión ó libertad.

PORCIA. Vamos, señora, do quieres,
Y de mí date á entender
Que te puedes prometer,
Aun más de lo que quisieres;
Que desde aquí te consagro
La voluntad y la vida.

ROSAM. Sin duda que tu venida
Ha sido aquí por milagro.

JORNADA TERCERA

Salen MANFREDO y JULIA.

MANF. ¿Que se fué?
JULIA. Como lo cuento.
MANF Pues ¿por qué no la tuviste?
JULIA. Porque muy mal se resiste
Un determinado intento.
Apenas abrí la puerta,
Cuando dijo: «Amigo mío,
Yo sé que mi desvarío
En ninguna cosa acierta.
No digas al Duque nada,
Pues sé que no ha de importar,
Y es mejor el acabar
Con mi muerte esta jornada.
Quédate adios», y salióse,
Sin podella resistir,
Y aunque la quise seguir,
Al punto desparecióse.
MANF. Mucho descuido has tenido;
¿Por dó se fué?
JULIA. No sé á fe.
MANF. ¿Que es posible que se fué?
JULIA. Del modo que he referido;
Mas, si no la puedes ver,
Mejor es que no esté en casa.

MANF. ¿No sabes ya lo que pasa?
JULIA. Más de lo que he menester.
¡Ay de mí! ¡cómo me veo,
Puesta en dudosa balanza,
Esperando la esperanza
Cuando revive el deseo!
MANF. ¿Qué es lo que dices?
JULIA. No, nada.
Solo digo que va tal,
Que será el fin de su mal
Acabar desesperada.
MANF. En eso echarás de ver,
Camilo, bien claramente,
Que apenas hay accidente
Que sea bueno en la mujer.
Quieren, do han de aborrecer;
Vanse, de á donde han de estar;
Temen donde han de esperar,
Esperan do han de temer.
JULIA. Pues si la vuelvo á encontrar,
¿Quieres, señor, que la diga
Que te duele su fatiga?
MANF. Á nadie supe engañar;
Mas dile lo que quisieres,
Como hagas que la vea.
JULIA. De modo haré que así sea,
Si haces como quien eres.
MANF. ¿Qué es lo que tengo de hacer?
JULIA. Ni reñilla ni afrentalla,
Ni al padre suyo envialla.
MANF. No sé cómo podrá ser.
Sin duda te dejó el pecho
Blando Julia con su llanto.
JULIA. Tanto, que á entender tú el cuánto,

Ya la hubieras satisfecho.
¿Lágrimas eran aquellas
Para no ablandar un canto,
Y hay cielo que se alce tanto,
Do no alcancen sus querellas?
¡Ah señor Manfredo!

MANF. Á fe,
Camilo, que estás rendido.

JULIA. Tengo el corazón herido
De lo que en Julia noté.
El agradable reposo,
Las razones tan sentidas,
Aquellas perlas vertidas
Por aquel rostro hermoso,
Los desmayos, los temores,
La vergüenza y sobresaltos,
El darle el corazón saltos,
En fin, el morir de amores;
Con otras cosas, que á vellas
Tú, señor, como las vi,
Así como han hecho á mí,
Te ablandaran sus querellas.

MANF. Vamos; que pues ya se fué,
No hay della tratarme más;
Mas si vuelve, le dirás...

JULIA. ¿Qué?

MANF. Por Dios, que no sé qué.
Dicen que dejan hablar
Ya á la presa Rosamira.

JULIA. Esa cuerda es la que tira
De tu gusto y mi pesar.

MANF. Y he de procurar, si puedo,
Hablalla, porque me importa.

JULIA. (Para sí.) En fin, mi ventura es corta:

No hay que esperar en Manfredo;
Mas antes que el fin funesto
Llegue, que temo y deseo,
Yo echaré de mi deseo,
En la plaza todo el resto.

(Éntranse Julia y Manfredo.)

Sale ROSAMIRA con el vestido y rebozo de Porcia, y PORCIA sale con el de Rosamira, con el manto hasta cubrirse todo el rostro.

ROSAM. Abrázame, y adiós queda,
Y de mi palabra fía.
PORCIA. Advertid, señora mía,
Que es varïable la rueda
De la fortuna, y que es bien
Que á la prisión no volváis,
Porque, aunque sin culpa estáis,
Hasta agora no veo quien
Os defienda.
ROSAM. Yo haré en eso
Lo que á entrambas más importe.
PORCIA. Dad en vuestras cosas corte,
Sin temor de mi suceso;
Que á mí no me han de matar
Por hacer tan buena obra,
Y yo sé que mi alma cobra
En ella un bien singular;
Y en que vos no parezcáis
Está este bien escondido.
Idos, que siento rüido,
ROSAM. Yo volveré.
PORCIA. No volváis. (Vase Rosamira.)

Entra el CARCELERO en la mano un manto, la mitad de arriba abajo de tafetán negro, y la otra mitad de tafetán verde.

CARCEL. Vais norabuena, labradora hermosa;
Si de volver gustárades, prometo
De daros puerta franca á todas horas,
Y aun á todos aquellos que quisieren
Comunicar con mi señora.

PORCIA. Bueno.

CARCEL. No, sino no le den al delincuente
Procurador y niéguenle abogado,
Ciérrenle los caminos y los medios
De su defensa, tápenle la boca;
Quedarse ha á buenas noches de la vida.
¡Oh señora! ¿aquí estabas? yo te hacía
En el otro aposento, donde sueles
En ciega oscuridad pasar los días.
Orden es de tu padre que te pongas
Mañana, cuando salgas á la plaza
Al triste, temeroso, amargo trance,
Este manto que ves de dos colores.
Ha ordenado también que te acompañen
La mitad de su guarda con insignias
De dolor y tristeza, y que asimismo
Vaya la otra mitad de gala y fiesta.
Al lado izquierdo has de llevar, señora,
Al verdugo blandiendo el terso acero,
Instrumento mortal, que te amenace
Á muerte irreparable si por dicha
Venciere Dagoberto en tu deshonra.
De verde lauro una corona hermosa
Al diestro lado ha de llevar un niño,
Para que del suceeo que resulte,
Alegre ó triste, ó ya el cuchillo corra

Por tu bella garganta, ó ya tus sienes
Del victorioso lauro veas ceñidas:
Esto vengo á decirte, y no otra cosa.
¿No me respondes? Pues á fe que sabes
La voluntad que tengo de servirte;
Y que, como el soltarte no me pidas,
Porque, en fin, soy leal al señor mío,
Que no habrá cosa que por ti no haga,
Y así una pura voluntad te ofrezco.
¿Qué me respondes?

PORCIA. Que te lo agradezco. (Éntrase.

CARCEL. Extraño silencio es éste;
Mucho me da que pensar;
Mas téngola de ayudar
Aunque la vida me cueste. (Vase.)

Entran ANASTASIO y CORNELIO.

CORNEL. De un mozo no conocido
Fiarte así; ¿quién tal vió?

ANAST. Pues ¿qué ha de hacer?

CORNEL. ¿Qué se yo?

ANAST. ¿Hase de ir así vestido?

CORNEL. Con todo, digo que fué
Error conocido y claro.

ANAST. Á lo hecho no hay reparo;
Mas ¿no es éste?

CORNEL. Yo, ¿qué sé?

Sale ROSAMIRA con el embozo.

ANAST. Él es.—Vengas en buen hora,
Rutilio, mi buen amigo.

CORNEL. Tal estás, que afirmo y digo
Que eres pura labradora.

ANAST. No porque estemos los dos,

Vayas el caso encubriendo.

ROSAM. Hermanos, yo no os entiendo.
Dejadme y andad con Dios,
Que no soy la que pensáis.

ANAST. (Ap. No es de Rutilio la habla.
Mal mi negocio se entabla.)
Pues ¿quién sois? ¿Adónde vais?
Ó ¿quién os dió este vestido?
Porque le conozco yo.

ROSAM. Mi dinero me le dió.

ANAST. Y el vendedor, ¿quién ha sido?
Porque hasta que lo digáis,
No habéis de pasar de aquí.

ROSAM. ¡Desventurada de mí!
Mal término es el que usáis.
No me quitéis el embozo,
Porque á fe que os cueste caro.

ANAST. ¡En amenazas reparo!
Venga el vestido ó el mozo.
¿Qué dije? muy mal hablé.
Este vestido os demando.

Salen DAGOBERTO y un criado suyo.

DAGOB. Alza los ojos, mirando
Si la ves.

ROSAM. Ya me escapé,
Porque aquéste es Dagoberto,
Á quien yo vengo á buscar.

ANAST. Pues ¡qué! ¿pensaste escapar?

ROSAM. Tenga; si no, juro cierto...

DAGOB. ¿Qué pendencia es ésta, amigos?

ROSAM. Príncipe, hablarte quisiera
Á solas, si ser pudiera,
Ó no con tantos testigos;

Y para facilitallo,
Mira quién soy.

(Descúbrese ROSAMIRA á solo Dagoberto.)

DAGOB. ¿Qué es aquésto?
Amigos, váyanse presto.
ANAST. En gran confusión me hallo;
Que este no es Rutilio, no,
Puesto que trae su vestido.
CORNEL. Algún mal le ha sucedido.
ANAST. ¿Mal ha de ser?
CORNEL. No sé yo.
ANAST. Yo he de hablar á Rosamira,
Y de ella lo he de saber.
CORNEL. Á mucho te quies poner. (Vanse.)
DAGOB. Señora, el verte me admira.
¿Cómo vienes deste modo?
¿Quién te puso en este traje?
ROSAM. El tiempo, que es corto, ataje
El darte cuenta de todo.
Sólo vengo á que me lleves
Luego á Utrino.
DAGOB. ¿Cómo así?
ROSAM. Y lo ordenado hasta aquí,
Ni lo intentes, ni lo pruebes.
No quiero en un cadahalso
Verme puesta, hecha terrero
Del vulgo bajo y grosero,
Ni á ti juzgado por falso.
DAGOB. ¿Tienes más que me decir?
ROSAM. No.
DAGOB. ¿Ni veniste á otra cosa?
ROSAM. No.
DAGOB. Mi aldeana hermosa,

Mal me sabéis persuadir.
Vamos; que yo daré medio
Á lo que más nos importe.

ROSAM. Yo no sé otro mejor corte.

DAGOB. Mil tiene nuestro remedio.

(Éntranse Rosamira, Dagoberto y su criado.)

Salen el CARCELERO, MANFREDO y JULIA.

CARCEL. Señor, yo os pondré con ella,
Y pues venís por su bien,
Á los dos nos está bien,
Á mí mostralla, á vos vella.
Si la prisión os he abierto,
Es que me da el corazón
Que tiene poca razón
El Príncipe Dagoberto.
Esperad aquí un poquito,
Entraré á llamalla yo.

MANF. Camilo, vete.

CARCEL. No, no;
Estése aquí el pajecito;
Que mejor es que haya gente,
Por carecer de sospechas. (Éntrase.)

JULIA. ¡Ay triste, con cuántas flechas
Me hiere amor inclemente!

MANF. ¿Qué dices, Camilo?

JULIA. Digo,
Que es Julia muy desdichada.

MANF. No anduvo en irse acertada.

JULIA. Fué huyendo de su enemigo.

MANF. Esta es la Duquesa; calla.

JULIA. ¡Qué cubierto el rostro tiene!

Salen PORCIA y el CARCELERO.

CARCEL. Digo, señora, que viene
Á hacer por vos batalla:
Y es de gentil contenencia,
Y de persona despierta.—
Yo me quiero ir a la puerta,
Por si viene su Excelencia. (Vase.)

MANF. Aunque de quien sois se infiere,
Y nace seguridad,
Que no os toca la maldad,
Que os ahija el que no os quiere,
Será bien que vuestra lengua
Descubra lo que hay en esto,
Porque su silencio ha puesto
Á vuestro crédito en mengua.
Quien lleva en el desafío
Á la razón de su parte,
De hombre tierno, se hace un Marte,
De flaco y torpe, con brío.
Si estáis sin culpa, no os pene
Que Dagoberto sea tal,
Que el mundo no le dé igual
En cuantos valientes tiene;
Porque sabed, Rosamira,
Que los filos de verdad
Cortan con facilidad
Las armas de la mentira.
Y si acaso estáis culpada,
Y de amor la culpa fué,
Asimismo probaré
Con el contrario mi espada;
Que en fe de que él no hizo bien
En descubrir lo secreto,

De mi vitoria os prometo
Que os den más de un parabien;
Y soy persona, que puedo
Prometer esto y aun más.
¿Para qué en silencio estás?
Habla, desecha ya el miedo.

PORCIA. Esta noche, y no durmiendo,
Porque entre el sueño y mis cuitas,
Nunca el reposo hizo treguas,
Ni de veras, ni de burlas;
Digo que estando despierta,
Desvelada en mis angustias,
Se me ofreció ante mis ojos
De ti mesmo una figura.
Las razones que aquí has dicho,
Dijo aquel tú, y otras muchas,
Que todas se encaminaban
Á desear mi ventura.
Dijo que le asegurase
De mi inocencia ó mi culpa,
Aunque de cualquier manera,
Se ofrecía á darme ayuda.
Yo, sepultada en silencio,
Y con el miedo confusa,
Hice lengua de los ojos,
Por tener la lengua muda.
Con ellos le di á entender
Ser traidor el que me acusa,
Y que mi silencio nace
De considerada astucia.
Ya la visión se volvía,
Cuando vi, sin poner duda
Entre el sí y el no, una sombra
¿Qué digo sombra? á la luna

Vi, y al sol, en dos mejillas
De una doncella importuna,
Que arrodillada á tu imagen,
Tales razones pronuncia:
«Yo soy, dijo, señor mío,
La desventurada Julia,
Que cual Clicia, voy siguiendo
Esa luz del sol y tuya;
Soy quien te ha entregado el alma
Con la fe más tierna y pura
Que vió amor en cuantos pechos
Ha rendido á su ley justa.
Tú ofreces favor á quien
Ni te quiere ni te escucha,
Y niegas de dar oídos
Á quien te sigue, aunque huyas.
Promete, acorre, defiende,
Ofrece, trabaja y suda;
Que amor tiene decretado,
Que al fin fin yo he de ser tuya.»
Á estas sentidas razones
Acompañaba una lluvia
De vivas líquidas perlas,
Correos de su tristura.
Tu imagen se le humilló,
Y aun le dijo. «Estad segura,
Señora, que he de ser vuestro,
Á pesar de la fortuna.»
Si esto es así, ¿qué me ofreces?
¿Para qué siempre procuras
Otro bien, si te da el cielo
El mayor, dándote á Julia?
Mas ¿con quién hablo, cuitada?
La misma visión, sin duda,

4363

Es aquésta que vi anoche,
Ó en muy poquito se muda.
Del varón ésta es la imagen;
La de aquéste la de Julia.
¡Oh visiones amorosas!
Dejadme en mi desventura,
Idos á buscar verdades,
Y no os curéis de mis burlas;
Haced cierto lo que amor
Os da á entender por figuras.—
¿No os váis? Por Dios, que dé gritos;
Que mis ojos no acostumbran
Á ver visiones, aunque éstas
Más alegran que atribulan.
¿No os váis? Á fe que dé voces.
¿No hay ninguno que me acuda?

MANF. Ya nos vamos; calla un poco.—
Ella está loca sin duda.

JULIA. Antes parece profeta
Quien te ha dicho lo de Julia.

MANF. Calla, que su guarda vuelve.
El alma llevo confusa.

Vánse Manfredo y Julia, y entra el CARCELERO.

CARCEL. Otro Cipión está abajo;
Que si aqueste no os contenta,
Por sacaros de esta afrenta,
Se pondrá en cualquier trabajo.
Vestido trae de villano,
Pero á fe que es caballero,
Que el lenguaje no es grosero,
Y el brío es de cortesano.
Dice que os quiere hablar,
Y yo estoy puesto en que os hable.

Hablad más, mostraos afable;
Que os mata tanto callar. (Vase.)

PORCIA. ¿Si fuese Anastasio? ¡Ay cielos!
¿Qué he de hacer si acaso es él?
¿He de estar muda con él,
Ó héle de decir mis duelos?
En gran confusión me veo.
Ingenio, cielos, ayuda;
Que no es posible estar muda
Con tan parlero deseo.

Entran ANASTASIO y ÇORNELIO, su criado, y el CARCELERO.

CARCEL. Despachad con brevedad,
No os suceda algún desmán;
Que estos negocios están
De muy mala calidad;
Que el silencio de esta dama
Tiene á Novara suspensa;
Y no imagino en qué piensa
La que no piensa en su fama.
Yo estaré con ojo alerta
Por algún pequeño espacio,
Mirando si de palacio
Alguno llega á esta puerta. (Éntrase.)

PORCIA. ¿Sois vos, Anastasio?

ANAST. Sí.

PORCIA. ¿El que envió este papel?

ANAST. Señora, yo soy aquél
Que ha mucho que el alma os di.
Soy quien por vuestra desgracia
Á más desventuras vino
Que las que vió en su camino
El gran músico de Tracia.

Soy aquel que alegre piensa,
Fiado en vuestro valor,
Poner la vida y honor,
Y el alma en vuestra defensa.

PORCIA. ¿No leistes la respuesta
Que os llevó la labradora?

ANAST. No la he visto más, señora,
Y harto el buscarla me cuesta.

PORCIA. Quizá, como forastera,
Debió de errar la posada;
Pues á fe que es avisada,
Y que os fué buena tercera.
En efeto, respondía
Con justos comedimientos,
Que vuestros ofrecimientos
Con el alma agradecía;
Y que de mi honestidad,
Que ahora la infamia lleva,
Hiciésedes vos la prueba
Que os mostrase la verdad.
Jurábaos que Dagoberto,
Jamás en dicho ó en hecho
Pudo ver cosa en mi pecho
Que apruebe su desconcierto.
En vuestros brazos valientes
Me resignaba, y ponía
En ellos la suerte mía,
Segura de inconvenientes.
Ofrecía, finalmente,
De tomaros por esposo,
Señal de que es mentiroso
Dagoberto, y yo inocente.

ANAST. ¡Oh dulce fin de mis males,
Y principio de mis bienes!

Cielo, que en la tierra tienes
Glorias que son sin iguales;
Vesme rendido á tus pies;
Dispon á tu voluntad,
Con toda seguridad,
De cuanto valgo.

PORCIA. ¿No ves
Que soy tuya, y que á ti toca
Disponer de mí á tu gusto?

ANAST. Alma, ahora sí que es justo
Que os vuelva este gusto loca.

CORNEL. Déjate desas sandeces;
Haz, señor, lo que has de hacer,
Que no es tiempo de expender
El tiempo así todas veces.
Recíbela por esposa;
Acaba, y vamos de aquí.

ANAST. Señora, ¿queréislo ansí?

PORCIA. Sí, y me tengo por dichosa.

ANAST. Pues dadme esa hermosa mano,
Y tomad mi fe y la mía.

(Danse las manos.)

PORCÍA. Veisla ahí; que una porfía,
Cualquier risco vuelve en llano.

ANAST. Ya, pues, que hasta vuestro cielo
Levantaste mi caída,
Sed, mi señora, servida
De alzar dél el negro velo,
Para que las luces bellas
Vea, cuyos rayos fueron
Los que han hecho y deshicieron
Las nubes de mis querellas,
Y para que con su llama

Alentado el corazón,
De la esperada quistión
Se prometa triunfo y fama.

PORCIA. No verán ojos mortales,
Destos que vos amáis tanto,
Levantado el negro manto,
Ni más alegres señales,
Hasta que mi fama obscura,
A pesar de Dagoberto,
Vuelva por vos á buen puerto,
Limpia, alegre, clara y pura;
Y perdonadme, señor,
Negaros la primer cosa
Que pedís á vuestra esposa;
Echad la culpa á mi amor.

ANAST. Dadme un abrazo siquiera.

PORCIA. Eso, de muy buena gana.

CORNEL. Vamos, y espere mañana
Vuestro invierno primavera.

(Vanse Anastasio y Cornelio.)

PORCIA. Hasta agora en popa el viento
Lleva mi barca amorosa;
¡Oh fortuna poderosa!
Condúcela á salvamento. (Éntrase.)

Sale JULIA con una rica rodela y una espada, todo en la mano. Sale también MANFREDO.

JULIA. En fin, ¿las armas son estas
Que señaló Dagoberto?

MANF. Sí, amigo.

JULIA. El está en lo cierto;
Que son livianas y prestas,
Y él tiene fama de diestro,

Y de ligero además.

(Toma Manfredo la espada y la rodela.)

MANF. Muestra, Camilo, y verás
Cómo soy dellas maestro.
JULIA. Pues ¿con quién te has de probar?
MANF. Llama al huésped.
JULIA. Vesle aquí.

Sale el HUÉSPED.

HUÉSPED. ¡Ah Camilo! pesia mí,
Venid, que os ando á buscar
Más ha de una hora.
JULIA. Pues bien,
¿Qué hay de nuevo?
HUÉSPED. Que os espera
Vuestra mujer allí fuera.
JULIA. ¿Mujer á mí?
HUÉSPED. Y aun de bien,
Según tu traje.
JULIA. Imagino
Que es Julia.
MANF. Sí Julia es,
Hazla entrar.
JULIA. ¿Qué harás después
De entrada?
MANF. Yo determino
De hablarla y ver qué es su intento.
JULIA. ¿Y enviarásla do dijiste?
MANF. No por Dios.
JULIA. No, que la triste
No puede más, según siento.
¡Oh, á qué buen tiempo llegaste,
Huésped! yo os lo serviré.

¿Y el vestido que ordené?
HUÉSPED. Está donde lo ordenaste.

(Entrase Julia á vestirse de mujer lo más breve que se pueda.)

MANF. Si otra rodela tenéis,
Id por ella, y volved luego.
HUÉSPED. ¿Queréis probar en el juego
Lo que en las veras haréis?
MANF. Sí, amigo.
HUÉSPED. Yo vuelvo presto
Con una que es de provecho. (Entrase.)
MANF. El corazón en el pecho
Me da saltos; ¿qué es aquesto?
Mas ¿si anuncia que es verdad
Lo que Rosamira dijo?
Por vanas cuentas me rijo;
No tengo yo voluntad,
Como sentidos no tengo,
No tengo libre albedrío.
Pues ¿qué miedo es este mío?
Mal con mi esfuerzo me avengo.
Conque ¿para que me venza,
Julia me ha obligado á mí?
Pues no es señal, verla aquí,
De amor, mas de desvergüenza.
¿A dicha solicitéla?
¿Dónde ve ricos despojos?
¿Viéronla jamás mis ojos,
Ó por ventura habléla?
No por cierto. Pues ¿qué cargo
Me puede Julia hacer?
¿Que me quiere y es mujer?
No me faltará descargo.

Vuelve á entrar el HUÉSPED, con una rodela.

HUÉSPED. Vesla aquí.
MANF. Toma tu espada,
Y vente hacia mí con ella.—
Muy mejor fuera no vella.
HUÉSPED. ¿Qué dices?
MANF. No digo nada.
HUÉSPED. ¿Hela de desenvainar?
MANF. Poco importa; desenvaina.
HUÉSPED. Más seguro es con la vaina.
MANF. Mucho me das que pensar,
Julia.
HUÉSPED. Mas yo desenvaino.
¿Estoy bien puesto? ¿No entiendes,
Señor? ¿De qué te suspendes?
Si no te ensayas, envaino.
MANF. No vella fuera mejor,
Digo otra vez y otras ciento.—
Vente á mí.
HUÉSPED. Dios ponga tiento
En sus manos.
MANF. Las de amor
Son las que me desatientan.
HUÉSPED. ¿Qué es lo que entre dientes hablas?
MANF. Mal tus negocios entablas,
Amor, cuando al fin afrentan.—
Ponte en aquesta postura,
La rodela junto al pecho,
Y parte con pie derecho.—
Extraña desenvoltura
Ha sido la desta loca.
HUÉSPED. ¿Qué es lo que dices, señor?
MANF. ¡A qué locura ¡oh amor!

Tu locura me provoca!
No hay piloto tan famoso,
Que en tus mares no se ahogue.
Hieres, amor, como azogue
Penetrante y bullicioso.

HUÉSPED. Cordura será dejarte,
Mejor sazón aguardando;
Que estás del amor tratando
Cuando has de tratar de Marte.

MANF. Mas quizá no será ella.

HUÉSPED. El temor le desatienta.

MANF. Si él aquesta treta tienta,
Bien sé yo la contra della.
¡Valate Dios, la mujer,
Cuál me tienes sin por qué!

Entra TÁCITO.

TÁCITO. Señor huésped, óigame,
Que una merced me ha de hacer,
Y es que me preste su haca,
Para ver el desafío
Mañana.

HUÉSPED. A la fe, hijo mío,
Ya no puede andar, de flaca.

TÁCITO. No importa; que poco peso,
Y no he de estar mucho allá.

HUÉSPED. Sobre su espinazo está
Subido un palmo de hueso.

TÁCITO. Hacedle la silla atrás
Ó adelante, si es que importa.

HUÉSPED. ¿No sabéis que es pasicorta,
Y que es rijosa además?

TÁCITO. Yo le tiraré del freno,

Y me pondré desviado
De otras bestias.

HUÉSPED. Hale dado
Torozón de comer heno.

TÁCITO. Tendréla yo sin comer
Dos días, y sanará.

HUÉSPED. Para comer, sana está,
Pero no para correr.

TÁCITO. ¿Yo corrella? ni por lumbre.

HUÉSPED. Digo que está ciega y manca.

TÁCITO. Eso no importa una blanca;
¿No sabe ya mi costumbre,
Que correré sobre un palo,
Sin pies y manos, si quiero?

MANF. ¡Qué gracioso chocarrero!

HUÉSPED No es el jinete muy malo,
Que no acaba de entender
Que no la quiero prestar.

TÁCITO. Acabara ya de hablar.

MANF. Y vos de importuno ser.

TÁCITO. Pues présteme seis rëales,
Para alquilar un rocin.

HUÉSPED. ¿Yo prestar? Ni aun un cuatrín.

TÁCITO. ¿Tanto era, pesia mis males?
¿Pedíalo algún chocante
Ó algún mozuelo ordinario,
Sino un mero bacalario,
Diestro músico, estudiante?

MANF. Veislos aquí. Andad con Dios;
Que vuestro donaire fuerza
A que os den más.

TÁCITO. Y esme fuerza,
Señor, llevar otros dos,
Para alquilar un pretal

De cascabeles.

MANF. Tomad.

TÁCITO. Vuestra liberalidad
Es de persona rëal.
¡Oh, si al pretal se añadieran
Un par de espuelas!

MANF. Compraldas.

HUÉSPED. Pedí un puño de esmeraldas.

TÁCITO. ¿Qué mucho que las pidiera?
Tan ahína este señor
Las tuviera aquí á la mano.

HUÉSPED. Idos en buen hora, hermano.

TÁCITO. Prospere el cielo tu honor,
Y á tu haca dé salud,
Y á mí gracia de corrella. (Vase.)

HUÉSPED. No echaréis la pierna en ella,
Por vida de Casalúd,
Que este es mi nombre.

MANF. Camina;
Que me importa quedar solo.

HUÉSPED. Encubierta trae este Apolo
Su angelica faz divina.

Vase el Huésped, y entra JULIA muy bien aderezada de mujer, cubierta con su manto hasta los ojos, y pónese de rodillas ante Manfredo.

JULIA. Si no halla en tu valor
Disculpa mi atrevimiento,
En las disculpas no siento
Que la pueda haber mejor;
Y si no tiempla el rigor
De tu indignación mi pena,
Acabaré esta jornada,
Culpada y desesperada,

Como mi suerte lo ordena.

MANF. Levanta, señora mía;
Que esta tu tamaña culpa,
El deseo la disculpa,
Que en tus entrañas se cría;
Que de amor la tiranía
A peores cosas fuerza,
Y sé yo por experiencia,
Que no hay hacer resistencia
A los golpes de su fuerza.
Pues ya amor me ha descubierto
Tus pasos, tu intento y celo,
Descúbreme tú ese cielo,
Que traes con nubes cubierto;
Y si lo ignoras, te advierto
Que son seguras verdades
Las que la experiencia apura:
Que es parte la hermosura
Para mudar voluntades.

JULIA. Harélo, como es razón;
Mas ¡ay de mí! que barrunto,
Que ha de llegar en un punto
Mi muerte y tu admiración.
No te espante esta visión,
Ni este nunca visto estilo;
Que el amor, que en mí se esmera,
De Julia la verdadera,
Hizo un fingido Camilo.

MANF. Gran desenvoltura es ésta,
Camilo, y pensando voy
Por qué te burlas, si estoy
Más de luto, que de fiesta;
Y es cosa muy descompuesta
Burla de tal proceder

En tiempo turbado y triste,
Y el que de mujer se viste.
Mucho tiene de mujer.

JULIA. Julia soy, la desdichada,
Y entre mi pena crecida,
Más siento el no ser creída
Que siento el ser mal pagada.
Como no repara en nada
Aquel que llaman amor,
Quiere que sus hechos cante
Julia, vuelta en estudiante,
Que primero fué pastor.
Soy la que vió Rosamira
En visión ante tus pies;
Soy, señor, la que no es
En los ojos de tu ira;
Soy la que de sí se admira,
Viendo las muchas mudanzas
Que amor en sus trajes pone,
Y que en ninguno dispone
El fin de sus esperanzas.

MANF. Yo te creo, pues tus ojos
No pudieran fingir tanto,
Que mostraran con su llanto
Entregarme tus despojos.
Pon ya tregua á tus enojos,
Julia hermosa, y ven conmigo;
Que quizá en estos rodeos
Descubrirán tus deseos,
Que no es amor tu enemigo;
Servirásme de padrino
En la batalla que espero;
Que por gentileza quiero
Ponerme en este camino;

Y si el cielo y el destino
Ordenan que yo sea tuyo,
No por salir á este trance,
Se ha de borrar este lance,
Y más si yo no le huyo.
No te arrodilles; levanta,
Que eres mi igual, y aun mejor. (Éntrase.)

JULIA. De hoy más diré que es amor,
Tu rigor, blandura santa;
Ya mi pena se adelanta
Mi gozo; ya me contemplo
Libre del mar de mis penas,
Colgar ¡oh amor! las cadenas
En los muros de tu templo. (Éntrase.)

Suenan trompetas tristes; sale el DUQUE DE NOVARA con su acompañamiento, y dos jueces; siéntase en su trono, que ha de estar cubierto de luto, y dice:

DUQUE. Traigan á Rosamira de aquel modo
Que yo tengo ordenado.

UNO Ya ella viene,
Según lo dice el triste son que suena.

Sale PORCIA cubierta con el manto que le dió el carcelero, acompañada de la misma manera que dijo, con la mitad del acompañamiento enlutado, y la otra mitad de fiesta; el VERDUGO al lado izquierdo, desenvainando el cuchillo; y al derecho el NIÑO con la corona de laurel; los atambores delante, sonando triste y ronco; la mitad de la caja de verde, y la otra mitad de negro, que será un extraño espectáculo; siéntase Porcia, cubierta, en un asiento alto, que ha de estar á un lado del teatro, desviado del de su padre. Entran asimismo DAGOBFRTO y ROSAMIRA como peregrinos embozados.

DUQUE. ¿Cómo no viene Dagoberto? ¿Espera
Que se le pase el día? Pues ya es hora.

JUEZ. Sin duda debe ser este que viene;
Que el actor es costumbre se presente
Antes que el reo en la estacada.
DUQUE. Es claro.

Entran ANASTASIO, y CORNELIO por padrino, y Anastasio viene cubierto el rostro con un tafetán; viene con sus atambores; serán los mismos que trujeron á Porcia.

¿No es este Dagoberto?
ANAST. Ni aun quisiera
Serlo por la mitad de todo el mundo.
DUQUE. Pues ¿quién sois?
ANAST. Su enemigo, sólo en cuanto.
Lo es de la duquesa Rosamira,
Cuya defensa tomo yo á mi cargo.
DUQUE. Yo os lo agradezco.
JUEZ. Dagoberto tarda.
DUQUE. Cajas oigo sonar; él es sin duda.

Entra MANFREDO con un tafetán por el rostro; trae á Julia por padrino, que asimesmo viene embozada.

JUEZ. Tampoco es éste Dagoberto.
DUQUE. El talle
No nos dice que es él.
JUEZ. Sin duda pienso
Que ha de tener de sobra defensores
La Duquesa.
DUQUE. Sepamos quién es éste.
JUEZ. ¿Quién sois, ó á qué venís, buen caballero?
MANF. El saber quien yo sea importa poco;
Saber á lo que vengo, sí que importa:
Á defender á la Duquesa vengo.
DAGOB. ¿Quién serán estos dos?
ROSAM. No los conozco,

Ni sé quién puedan ser.

ANAST. Á mí me toca
Por derecho y razón esa defensa,
Pues fuí el primero que llegué á este punto.

TÁCITO. Razón tiene el primero, ó yo sé poco
De esto de desafíos y estacadas.

JUEZ. Á la Duquesa toca el declararse
Cuál quiere de los dos que la defienda.

DUQUE. Eso es razón.

ANAST. Y yo por tal la tengo.

MANF. Y yo también; que no me queda cosa
Por saber de las leyes de la guerra.

DUQUE. Pregúntenselo, pues, y vea qué dice
Mi hija. ¡Oh nombre dulce cuando el cielo
Quiso que sin escrúpulo llegase
Á mis oídos!

JUEZ. Id vos y sabeldo.

UNO. El Duque, mi señor, dice, señora,
Que estos caballeros han venido
Á ser tus defensores, y que escojas
Cuál quieres de los dos que te defienda.

PORCIA. En Dios y en el primero deposito
Mi agravio, mi inocencia y esperanza.

DAGOB. ¿Labradora ésta es? Mejor me ayude
El cielo que la crea; ya se tarda
Mi criado.

ROSAM. Confusa estoy, amigo;
No sé en qué ha de parar tan grande enredo.

JUEZ. Bien se oyó lo que dijo: á vos os toca
Su defensa, señor.

MANF. Tener paciencia
Es lo que más importa en este caso;
Basta que se ha mostrado al descubierto
Mi voluntad.

DUQUE. El cielo así os lo pague,
Como yo os lo agradezco.
JUEZ. No hay disculpa
Que pueda disculpar ya la tardanza
De Dagoberto.
DUQUE. Mas que nunca venga.
TÁCITO. Ciéguele San Antón, quémele un brazo;
Destrónquele un tobillo; nunca acierte
Á venir á este sitio; salga en palmas
Nuestra buena Duquesa, que es un ángel,
Una paloma duenda, una cordera,
Que no tiene más hiel que cuatro toros.

Entra un CORREO con una carta.

CORREO. Es de tanta importancia este despacho
Que traigo, ¡oh buen señor!, que me es forzoso
Dártéle aquí, que así me lo mandaron,
Porque es de Dagoberto, y que te importa
DUQUE. ¿De Dagoberto? Muestra. ¿Cómo es esto?
¿Cómo toma la pluma por la espada?
¿Tiempo es éste de cartas?
CORREO. No sé nada.
Ello dirá.
JUEZ. Vuestra Excelencia lea
Lo que la carta dice.
DUQUE. Así lo hago.
DAGOB. Parece que se turba el Duque.
ROSAM. ¡Ay triste!
¡Cuánto mejor nos fuera habernos ido,
Y esperar desde lejos el suceso
Deste tan grande enredo y desventura!
Temblando estoy.
TÁCITO. ¿Carticas á tal tiempo?
Apostaré que no llega esta danza

Á hacer con las cindojas el tretoque.

DUQUE. ¿Hay cosa igual? Leed aquesta carta
En alta voz; que es bien que la oigan todos.

Después de haber leído el Duque la carta, se la da al Juez, que la lee en alta voz:

Carta. La presta resolución que tomaste de entregar á Manfredo por esposa á tu hija Rosamira, me forzó á usar de la industria de acusalla, por evitar entonces el peligro de perdella. La mejor señal que te podré dar de que es buena, es el haberla yo escogido por mi legítima mujer. Considera, señor, antes que del todo me culpes, que soy tan bueno como Manfredo, y que tu hija escogió lo que quizá tú no le dieras, casándola contra su voluntad. Si con ella usares término de piadoso padre, usaré yo contigo el de obediente hijo, aunque de cualquier manera que me trates, lo habré de ser hasta la muerte.—Tu hijo, DAGOBERTO.

ANAST. ¿Hase visto maldad tan insolente?
Á no estar seguro deste hecho,
Saliera Dagoberto fácilmente
Con el embuste que forjó en su pecho.

DUQUE. Si esto permite el cielo, y lo consiente,
¿Qué puedo yo hacer? Ello está hecho;
Gócela en paz.

ANAST. Aquesto es sin justicia,
Y contra todo estilo de milicia.
Según tu bando, mía es Rosamira,
Porque tú prometiste de entregalla
Por legítima esposa al que la mira
Pusiese en defendella y libertalla.
Lo que el de Utrino dice es gran mentira,
Y podrá la experiencia averigualla;
Luego en este momento yo he vencido,

Pues mi contrario al puesto no ha venido,
Y la excusa que da no es de importancia;
Porque es todo al revés de lo que cuenta.

MANF. Venciste, pero mía es tu ganancia,
Si aquí al buen proceder se tiene cuenta.
Si de otro es Rosamira, es ignorancia
Pensar que ha de ser tuya.

ANAST. No consienta
El cielo que mi esposa de otro sea.

MANF. Esta verdad haré que aquí se vea.

ANAST. ¿En qué la fundas?

MANF. En que soy Manfredo,
De Rosamira, por concierto, esposo;
Que la has librado tú, yo lo concedo
No más de porque yo fuí perezoso;
Por cuatro pasos, bien decirlo puedo,
Que llevaste á los míos, fin dichoso
Has alcanzado en la dudosa empresa,
Mas no por esto es tuya la Duquesa;
Que la razón que así te da el derecho
Por primer defensor que llegó al puesto,
La turba, según siento, estar ya hecho,
Conmigo el casamiento antes de aquesto.

PORCIA. Saltando el corazón me está en el pecho.

JULIA. ¡Válame Dios! ¿En qué ha de parar esto?

ROSAM. ¿Adónde vas?

DAGOB. Sosiégate.

ROSAM. Recelo.

DUQUE. ¿Ha visto cosa semejante el suelo?

ANAST. Quedaos, amor, un poco aquí arrimado;
Venid en su lugar, honra, conmigo.—
Oye, Manfredo, huesped mal mirado,
Ladrón de paz y engañador amigo:
¿Dó están las ricas prendas que has robado?

¿Por qué tan sin porqué, como enemigo,
Usando en la amistad tan mal decoro,
Á mi padre robaste su tesoro?

MANF. ¿Quién eres?

ANAST. Anastasio, el heredero
De Dorlán, y de Julia único hermano,
De Porcia primo, por las cuales quiero
Probar que eres ladrón torpe y villano.

MANF. Si como eres valiente caballero,
Fueras más atentado, claro y llano,
Vieras que esas razones afrentosas
Se fundan en quimeras fabulosas.
Yo no robé á tu hermana ni á tu prima;
Mas de alguna sabrás, como tú hagas
Que á la quistión primera se dé cima,
Con que tu gusto al mío satisfagas.

DAGOB. La honra de mi hermana me lastima.

ROSAM. ¿Dónde vas, Dagoberto? No deshagas
El buen principio que la suerte muestra
De dar buen fin á la desdicha nuestra.

DAGOB. Sabe que soy Dagoberto,
Manfredo, y sabe que soy
Aquel que agraviado estoy
De tu infame desconcierto.
Dame á mi hermana, traidor,
De fe falsa y alevosa.

MANF. Restituye tú á mi esposa
Antes el robado honor.
No te desmiento, porque
De aquí á bien poco verás
En el engaño en que estás,
Y la bondad de mi fe.

ANAST. Primo... mas quédese aparte
El parentesco, hasta ver,

Si del justo proceder
Os dió el cielo alguna parte.
¿Vos decís, que es vuestra esposa
Rosamira?

DAGOB. Y es verdad.

ANAST. ¿Tenéis otra claridad
De este hecho no dudosa,
Como es el decirlo vos?

DAGOB. ¿Bastará que ella lo diga?

ANAST. ¿Quién duda?

DAGOB. Pues no se diga
Más contienda entre los dos,
Ni entre los tres; que yo haré,
Que ella lo declare al punto.

DUQUE. El bien me ha venido junto,
Cuando menos lo pensé.
Escoja mi hija y haga
Su gusto; que todos tres
Son iguales.

JUEZ. Así es.

MANF. Bien cierta tengo la paga,
Pues tan de su voluntad
Se entregaba por mi esposa.

ANAST. No está mi suerte dudosa,
Si es que es que es firme la verdad.

DAGOB. ¡Qué engañados quedarán,
Los dos en este suceso!

JULIA. Cerrado está ya el proceso;
Mirad qué sentencia os dan,
Corazón. ¡Ay de mí triste!
Que el miedo crece y desmengua
La esperanza. Callad, lengua;
Que mal tal, mal se resiste.

PORCIA. ¿Si es tiempo de descubrir

La verdad de mí mentira?

MANF. Señor, manda á Rosamira
Diga á quién quiere admitir.

DUQUE. Dígalo en buen hora.

PORCIA. Digo,
Que es Anastasio mi esposo.

JULIA. Alentad, pecho amoroso.

ROSAM. Lo que tú dices desdigo,
Que Dagoberto es mi bien.

ANAST. Y vos, señora, mi gloria.

MANF. Tragedia ha sido mi historia.

JULIA. Aun quedan glorias que os den:
¿Tuya no soy, pena vuestra?

(Tome la mano Rosamira á Dagoberto y Anastasio á Porcia, y á este instante se declaren entrambas.)

TACITO. ¿De qué Anastasio se admira?

JULIA. Aquélla, ¿no es Rosamira?

ANAST. ¡Ay suerte airada y siniestra!
¿Quién eres?

PORCIA. Soy la que quiso
El cielo, en todo piadoso,
Sacarla de un riguroso
Infierno á tu paraíso.
Soy la que en traje mudado,
Trayendo amor en el pecho,
Procurando tu provecho,
He mi gusto procurado.
Soy aquella á quien tú diste
De esposo la fe y la mano;
Soy quien tiene amor ufano,
Por ver que no se resiste.
Soy de Dagoberto hermana,
Y soy tu prima, y soy quien,

Cuando me falte tu bien,
No soy más que sombra vana.

ANAST. ¿Dónde está Julia?

PORCIA. Señor,
Yo sé que la verás presto.

JULIA. ¿Podré esperar, según esto,
Blandura de tu rigor?
Mira con qué mansedumbre
Anastasio á Porcia mira;
Mira que es de Rosamira
Ya Dagoberto su lumbre;
Mira que yo sola quedo
En los brazos de la muerte,
Si tu clemencia no advierte
Que soy Julia, y tú Manfredo.

MANF. Levanta, pues; que ya el cielo
Tus deseos asegura,
Gracias á tu hermosura,
Y á mi siempre honrado celo.—
Anastasio, mira agora
Con gusto y admiración
Que yo nunca fuí ladrón
Ni de condición traidora.
Aquesta es Julia tu hermana,
Y esa tu prima, cual dice,
Con las cuales nunca hice
Traición ni fuerza villana.
Ellas te dirán después
Del modo que aqui vinieron;
Basta que el fin consiguieron,
Y es gusto de su interés.
Tu industria y el cielo han hecho,
Que les seamos esposos:
Ellos son lances forzosos;

No hay sino hacerles buen pecho.
Quien se pudiera quejar
De Rosamira, era yo;
Mas, si el cielo esto ordenó...

ANAST. ¿Qué? Paciencia y barajar.

DAGOB. ¡Oh hermana mía!

PORCIA. ¡Oh mi hermano!

DAGOB. Buenos pasos son aquéstos.

PORCIA. Nunca pasos descompuestos
Ganaron lo que yo gano.

ANAST. Más es tiempo de aliviallas
Aqueste que de reñillas.

DUQUE. Aquestas son maravillas,
Dignas solas de admirallas.

ANAST. En fin, mi hermana es tu esposa.

MANF. Así es.

ANAST. Y Porcia es mía,
Si no lo impide y desvía
Ser mi prima.

DUQUE. Fácil cosa
Es haber dispensación
En caso tan importante.

TÁCITO. Hoy del campo de Agramante
He visto la confusión,
Y la paz de Otavïano
He visto en espacio breve.
No hay camino que amor pruebe,
Difícil, que no sea llano.

DUQUE. Entremos en la ciudad,
Donde despacio sabremos
De estos no vistos extremos
Toda la puntualidad,
Y allí se harán regocijos,
Y desposorios honrosos

De los seis tan venturosos,
Que ya los tengo por hijos.

TÁCITO. Estos son ¡oh amor! en fin,
Tus disparates y hazañas;
Y aquí acaban las marañas
Tuyas, que no tienen fin.

LA ENTRETENIDA

Los que hablan en ella son los siguientes:

OCAÑA, lacayo.
CRISTINA, fregona.
DON ANTONIO.
MARCELA, su hermana.
DON FRANCISCO.
CARDENIO.
TORRENTE, su criado.
MUÑOZ, escudero de Marcela.
DOROTEA.
DON AMBROSIO.
QUIÑONES, paje.
ANASTASIO.
Músicos.
UN BARBERO.
Un alguacil.
CLAVIJO.
UN CARTERO.
AMBROSIO, padre de Marcela.

JORNADA PRIMERA

Salen OCAÑA, lacayo, con un mandil y arnero, y CRISTINA, fregona.

OCAÑA. Mi sora Cristina, denmos...
CRISTINA. ¿Qué hemos de dar, mi so Ocaña?
OCAÑA. Dar en dulce, no en uraña,
Ni en tan amargos extremos.
CRISTINA. ¿Querría el sor que anduviese
De pa y vereda contino?
OCAÑA. No hay quien ande ese camino,
Que algún gusto no interese.
Siempre la melancolía
Fué de la muerte parienta,
Y en la vida alegre asienta
El hablar de argentería:
Motes, cuentos, chistes, dichos,
Pensamientos regalados,
Muy buenos para pensados,
Y mejores para dichos.
OCAÑA. Sé yo, Cristina, con quién
Te burlas, y no es conmigo.
CRISTINA. ¿Sabe, Ocaña, qué le digo?
OCAÑA. ¿Qué dirás, que me esté bien?
CRISTINA. Dígole, que no malicie
Con tan dañados intentos.
OCAÑA. Pues á fe que en estos cuentos
Ando por la superficie.

Que si llegase hasta el centro,
¡Oh, qué diría de cosas!

CRISTINA. Muchas, pero maliciosas.

OCAÑA. Sálenme mil al encuentro
Del corazón á la lengua.

CRISTINA. No te pienso escuchar más.

OCAÑA. Vuelve, Cristina; ¿á dó vas?

CRISTINA. Es el escucharte mengua,
Y enfádanme tus ruindades,
Y tus modos de decir.

OCAÑA. El que está para morir,
Siempre suele hablar verdades.
Yo estoy muriendo, y confieso
Que quieres bien á Quiñones.

CRISTINA. De tus malas intenciones
Agora se ve el exceso;
Agora se echa de ver
Que eres loco, y lacá...

OCAÑA. Bueno:
Pronuncia de lleno en lleno,
Aunque el *yo* no es menester;
Que el ser lacayo no ignoro,
Sin rodeos y sin cifras,
Y mal tu venganza cifras
En no guardar el decoro
Que debes á ser fregona
De las más lindas que vi,
Entre Quiñones y mí
Ya cordera y ya leona.

CRISTINA. ¿Soy por ventura mujer
Que he de avasallarme á un paje?
Ó ¿vengo yo de linaje
De tan bajo proceder?
¿No soy yo la que en mi flor,

Por no querer ofendella,
Presumo más de doncella,
Que no el Cid de campeador?
¿No soy yo de los Capoches
De Oviedo? ¿Hay más que mostrar?

OCAÑA. Con todo, te has de quedar,
Cristina...

CRISTINA. ¿A qué?

OCAÑA. A buenas noches.
Eres muy solicitada
Y muy vista, y no está el toque
En que la flor no se toque,
Si al serlo está aparejada.
Las flores del campo están
Sujetas á cualquier mano,
A las del bajo villano,
Y á las del alto galán;
Al arado y al pie duro
Del labrador que le guía;
Pero la flor que se cría
Tras el levantado muro
Del recato, no la ofende
El cierzo murmurador,
Ni la marchita el ardor
Del que tocarla pretende.
La mujer ha de ser buena,
Y parecerlo, que es más.

CRISTINA. Gran predicador estás,
Mas tu dotrina condena
A tus lascivos intentos.

OCAÑA. Levántasles testimonio;
Que al blanco del matrimonio
Afectan mis pensamientos.

CRISTINA. A mucho te has atrevido;

Muestra, aquí está la cebada.

OCAÑA. Toma el arnero, agraviada
Deste que de ti lo ha sido.—

(Dale el arnero; éntrase Cristina.)

¡Oh pajes, que sois alcones
Destas duendas fregoniles;
De su salario alguaciles,
De sus vivares hurones,
Lleváis-os la media nata
Deste común beneficio;
Dais en ella rienda al vicio,
Sin hallar ninguna ingrata;
Gozáis del justo botín
Y de la limpia chinela,
Y os reís de la arandela
Y del dorado chapín:
Hacéis con modos süaves
Burla, que os cueste barata,
De aquellas lunas de plata
Que van pisando las graves.
¡Qué presto Cristina vuelve
Con la cebada y Quiñones!
Corazón, triste te pones;
La sangre se me revuelve
En ver á estos dos tan juntos,
Tan domésticos y afables.

Entra CRISTINA con la cebada, y QUIÑONES el paje.

CRISTINA. No le mires ni le hables;
Si le hablares, no sea en puntos
Que te descubran celoso,
Que hará mil suertes en ti.

QUIÑON. Aunque mozo, nunca fuí,

Ni soy, ni seré medroso.
CRISTINA. Advierte que está delante.—
Tome, galán, la cebada.
OCAÑA. ¿Bien medida?
CRISTINA. Y bien colmada.
OCAÑA. ¿Midióla mi so galante?
CRISTINA. No la midió sino el diablo,
Que tu mala lengua atiza.
OCAÑA. Voyme á mi caballeriza,
Por no ver este retablo
Destas dos figuras juntas,
Que no se apartan jamás.
QUIÑON. En tales malicias das,
Que, con una, mil apuntas,
Y que te engañas sé yo.
OCAÑA. Y también sé yo muy bien
Que á los dos estará bien
El callar.
CRISTINA. Yo sé que no:
Porque quien calla, concede
Con el mal dél que se dice.
OCAÑA. Ninguno te dije ó hice.
QUIÑON. Ni él decir ó hacerle puede.
OCAÑA. Por vida suya, que abaje
El toldo; que en mi conciencia,
Que hay muy poca diferencia
Entre un lacayo y un paje.
La longura de un caballo
Puede medirla á compás,
Yo delante y él detrás:
Andallo, mi vida, andallo. (Éntrase.)
CRISTINA. ¡Y que tú no tengas brío
Para responderle! Creo
Que he de recobrar mi empleo,

Y volverme á lo que es mío.

QUIÑON. ¿Qué tengo de responder?
¿Ciño espada? No la ciño;
Y más, que es mengua si riño
Con...

CRISTINA. Quiñones, á placer;
Que es Ocaña hombre de bien,
Y espadachín además.

Entran DON ANTONIO y su hermana MARCELA.

ANTONIO. Porfiada, hermana, estás;
Quiero, mas no diré á quién.
Tengo ausente mi alegría,
Sin saber adónde yace;
Y de aquesta ausencia nace
Toda mi melancolía.
Hanla escondido, y no sé
Adónde en cielo ni en tierra:
Muévenme los celos guerra,
Y dan alcance á mi fe;
No porque la menoscaben;
Que celos no averiguados,
Ministran á los cuidados
Materia por que no acaben;
Son la leña del gran fuego
Que en el alma enciende amor;
Viento, con cuyo rigor
Se esparce ó turba el sosiego.

QUIÑON. Aun no han echado de ver
Que estamos aquí nosotros.

ANTONIO. Dejadnos aquí vosotros.

CRISTINA. Entra aquí el obedecer.

(Éntranse Quiñonese y Cristina.)

MARCELA. ¿Siquiera no me dirás
El nombre de esa tu dama?
ANTONIO. Como te llamas se llama.
MARCELA. ¿Como yo?
ANTONIO. Y aun tiene más:
Que se te parece mucho.
MARCELA. (Para sí. ¡Válame Dios! ¿Qué es aquésto?
¿Si es amor éste de incesto?
Con varias sospechas lucho.)
¿Es hermosa?
ANTONIO. Como vos,
Y está bien encarecido.
MARCELA. El seso tiene perdido
Mi hermano. ¡Válgale Dios!

Entra DON FRANCISCO, amigo de Don Antonio.

FRANCIS. ¿Andan hinchadas las olas
Del mar de tu pensamiento?
ANTONIO. Entraos en vuestro aposento;
Dejadnos, hermana, á solas:
Retiraos, hermana mía.
MARCELA. Dios tus intentos mejore. (Éntrase.)
ANTONIO. ¿Traéis desdichas que llore?
¿Ó ya venturas que ría?
FRANCIS. Promesas que se han cumplido
Con dádivas se han probado,
Industrias se han intentado
Del Sinón más entendido.
Las diligencias que he hecho
Frisan con las imposibles:
Linces ha habido invisibles,
Y espías de trecho á trecho;
Pero no puede mostrar
Sagacidad ó cautela,

Dónde han llevado á Marcela,
Cosa que es para admirar.
Solamente se imagina
Que una noche la sacó
Su padre, y se la llevó;
Pero adónde, no se atina.

ANTONIO. ¿Si podrá la astrología
Judiciaria declarallo?

FRANCIS. Yo no pienso interrogallo;
Que tengo por fruslería
La ciencia, no en cuanto á ciencia,
Sino en cuanto al usar della
El simple que se entra en ella
Sin estudio ni experiencia.
Si acaso Marcela fuera
Alguna joya perdida,
Yo buscara otra salida,
Que buena en esto la diera.
Santos hay auxiliadores,
Veinte ó más, ó no sé cuantos;
Pero no querrán los santos
Curarnos de mal de amores.
A la justa petición
Siempre favorece el cielo.

ANTONIO. Pues ¿no es muy justo mi celo?
¿No está muy puesto en razón?
¿Busco yo á Marcela acaso
Sino para ser mi esposa?
¿Della pretendo otra cosa?

FRANCIS. Ó vámonos, ó habla paso;
Que no sabes quién te escucha.

ANTONIO. Vamos, amigo, y advierte,
Que fío mi vida y muerte
De tu discreción, que es mucha. (Éntranse.)

Entran CARDENIO con manteo y sotana, y tras él TORRENTE, capigorrón, comiendo un membrillo, ó cosa que se le parezca.

CARDEN. Vuela mi estrecha y débil esperanza
Con flacas alas, y aunque sube el vuelo
A la alta cumbre del hermoso cielo,
Jamás el punto que pretende alcanza.
Yo vengo á ser perfecta semejanza
De aquel mancebo que de Creta el suelo
Dejó, y contrario de su padre al celo,
A la región del cielo se abalanza.
Caerán mis atrevidos pensamientos,
Del amoroso incendio derretidos,
En el mar del temor turbado y frío;
Pero no llevarán cursos violentos,
Del tiempo y de la muerte prevenidos,
Al lugar del olvido el nombre mío.—
¿Comes? Buena pro te haga;
La misma hambre te tome.

TORREN. No puede decir que come
El que masca y no lo traga.
No se me vaya á la mano,
Que desta, si acaso es culpa,
Ser, me sirve de disculpa,
El membrillo toledano.
Sé cierto que decir puedo,
Y mil veces referillo:
«Espada, mujer, membrillo,
Á toda ley, de Toledo.»
Las acciones naturales
Son forzosas, y el comer
Una dellas viene á ser,
Y de las más principales;
Y esto aquí de molde viene,

Y es una advertencia llana:
Come el rico cuando ha gana,
Y el pobre cuando lo tiene.

CARDEN. Con todo, me darás gusto
De que en la calle no comas.

TORREN. Si estas niñerías tomas
Por deshonra ó por disgusto,
Yo me aturaré la boca
Con cal y arena á pisón.

CARDEN. Sé que tienes discreción.

TORREN. Y golosina no poca.

CARDEN. Sabes lo que nunca supo
El diablo.

TORREN. Y aun soy peor.

CARDEN. ¿Vuelves á comer, traidor?

TORREN. Ya no como, sino chupo.

Entra MUÑOZ, escudero de Marcela.

¡Pero ves dónde parece
Tu Santelmo!

CARDEN. Así es verdad,
Puesto que mi tempestad
Nunca mengua y siempre crece.
En estas benditas manos
Tengo mi remedio puesto.

MUÑOZ. Vos veréis cómo echo el resto
En daros consejos sanos.
Advertid, hijo, que son
Las canas el fundamento,
Y la basa á do hace asiento
La agudeza y discreción.
En la mucha edad se muestra
Que asiste toda advertencia,
Porque tiene á la experiencia

Por consejera y maestra,
Y estas canas no han nacido
En aqueste rostro acaso.

CARDEN. Hablad, señor Muñoz, paso;
Que ya os tengo conocido,
Y sé que sabéis cortar
Colgado del aire, un pelo.

MUÑOZ. Así me ayude á mí el cielo,
Como os pienso de ayudar;
Porque el premio es el que aviva
Al más torpe ingenio y rudo.

CARDEN. Si es premio este pobre escudo,
Vuestra merced le reciba
Con aquella voluntad
Sana con que yo le ofrezco.

MUÑOZ. ¡Oh señor! que no merezco
Tanta liberalidad.

TORREN. (Ap.) Tomóle, besólo y dióle
Quizá perpetua clausura;
Del oro la color pura
Sin duda que enamoróle,
Porque tiene una virtud
De alegrar el corazón,
Y la avara condición
Vive con la senetud.
Pero ¿á qué pecho no doma
La hambre del oro?

MUÑOZ. Escucha,
Y con advertencia mucha.
Hijo, este consejo toma.
De Marcela no hay pensar
Que es de tan tiernos aceros,
Que la han de ablandar terceros,
Ni rogar, ni porfiar,

Ni lágrimas, ni suspiros,
Ni voluntad verdadera;
Que son con ella de cera
De amor los más fuertes tiros.
Á las olas que se atreven
Á embestirla por amar,
Se muestra roca en la mar,
Que la tocan, y no mueven.
Esto con Marcela pasa.

CARDEN. No me acobardes y espantes.

TORREN. ¡Oh cuántos destos diamantes
He visto volver de masa!
¡Cuántas he visto rendidas
Á un billete trasnochado!
¡Cuántas, sin darlas, han dado
De ganadas en perdidas!
¡Cuántas siguen sus antojos
En mitad de su recato!
¡Cuántas en el dulce trato
Tropiezan, y aun dan de ojos!

MUÑOZ. Pues ni Marcela tropieza,
Ni cae.

TORREN. ¡Gran milagro!

GARDEN. Calla,
Que es extremo que se halla
Hoy en la naturaleza;
Y el señor Muñoz bien sabe
Lo que dice.

MUÑOZ. Yo estoy cierto,
Que aun más bien del que os advierto,
Todo en mi señora cabe.
Pero vengamos al punto
De lo que quiero decir.

CARDEN. Hasta acabarle de oir

Estoy, Torrente, difunto.

MUÑOZ. Es el caso, que está en Lima
Un hermano de su padre
De Marcela, caballero
De ilustre y claro linaje.
De los bienes de fortuna
Dicen que le cupo parte
Tanta, que entre los más ricos
Suelen por rico nombrarle.
Tiene un hijo que se llama
Don Silvestre de Almendarez,
El cual con Doña Marcela,
Aunque prima, ha de casarse.
Cada flota le esperamos;
Mas si en ésta, que se sabe
Que ha llegado á salvamento,
No viene, echado ha buen lance.
Fíngete tú Don Silvestre;
Que yo te daré bastantes
Relaciones con que muestres
Ser el mismo; y serán tales,
Que por más que te pregunten
Podrás responder con arte,
Que acreditando el engaño,
Tus mentiras sean verdades.
Aposentaránte en casa;
Haránte agasajos grandes,
Y tú dentro, una por una,
Podrás ver cómo te vales.

CARDEN. Está bien; pero si acaso
En aquesta flota traen
Cartas de ese Don Silvestre,
Y de que no viene saben,
Yo dentro en casa, ¿qué haré?

¿Cómo podrá acreditarse
Tan conocida mentira,
Para que pase adelante?

MUÑOZ. Dirás, que después de escritas
Y dadas, quiso tu madre
Que te vinieses á España,
Aunque á hurto de tu padre;
Que ella, deseando verse
Con nietos, en quien dilate
Su nombre y posteridad,
No quiso que más tardases.
Y este venirte á escondidas
Podrá, señor, excusarte
De no venir con riquezas,
Que el ser quien eres señalen;
Mas no dejes de traer
Algunas piedras bezares,
Y algunas sartas de perlas,
Y papagayos que hablen.

CARDEN. En eso yo daré trazas
Que dese aprieto me saquen,
Y tales, que satisfagan.

TORREN. Todo aquesto es disparate.

CARDEN. La memoria sea cumplida,
Y los puntos importantes
Que en este nuevo edificio
Han de ser fundamentales,
Vengan especificados
De modo, que me declaren
Por el mismo Don Silvestre.

MUÑOZ. Ven por ellos esta tarde.

CARDEN. Volverá este mi criado.

TORREN. Volveré, si á Dios le place;
Que sin su ayuda no puedo,

Ni estornudar ni mudarme.

MUÑOZ. Señor, si á caso, si á dicha,
Si por buena suerte traes
Otro escudillo, bien puedes
Con liberal mano darle,
Que es invierno y no hay bayeta,
Y no será bien que pase
Frío el que al incendio tuyo
Procura refrigerarle.

CARDEN. No le traigo, en mi conciencia;
Pero yo haré que se os saque
Un vestido de bayeta,
Y á mi cuenta le hará el sastre.

MUÑOZ. Venderéle, ¡vive Roque!
No consentiré se ensanche
Marcela con mis trofeos,
Que cuestan gotas de sangre.
Vístame la que quisiere
Que polido la acompañe;
Que gastar yo mi bayeta
En servicio ajeno, tate,
Y voyme, porque conviene
Que la memoria se estampe,
Que fortifique este embuste,
Y adiós quedéis.

CARDEN. Él os guarde.

MUÑOZ. Mire que no se le olvide
Lo de la bayeta y sastre;
Que en este punto consisten
Sus gustos ó sus pesares. (Éntrase.)

CARDEN. Gran principio á mi quimera.

TORREN. Llámala, señor, dislate,
Torre fundada en palillos,
Como casica de naipes.

Dime: ¿donde están las perlas?
¿Dónde las las piedras bezares?
¿Adónde las catalnicas
Ó los papagayos grandes?
¿Dónde la prática de Indias,
De los puertos y los mares
Que se toman y navegan?
¿Dónde la bayeta y sastre?
Si quieres que tus negocios
En felice punto paren,
Lleva (y esto te aconsejo)
Siempre la verdad delante.
Capigorrista soy tuyo,
Y como padezco hambre,
Tengo sotil el ingenio,
Y en dar consejos soy sacre.

CARDEN. Yo me remito á la lista
De Muñoz; tú no desmayes;
Que en las empresas de amor,
Tal vez se ha visto que valen
El ingenio y la ventura
Más que las riquezas grandes.

TORREN. Deste laberinto el cielo
Con las narices nos saque. (Éntranse.)

Entran MARCELA y DOROTEA, su doncella.

DOROTEA. Dime, señora: ¿qué muestra
Te ha dado tu hermano tal,
Que sea indicio y señal
De alguna intención siniestra?
No puedo darme á entender
Que te ama viciosamente,
Aunque es caso contingente.

MARCELA. Y ¡cómo si puede ser!

¿Ya no se sabe que Amón
Amó á su hermana Thamar?
Y ¿no nos vienen á dar
Mirra y su padre ocasión
De tener estos incestos?

DOROTEA. Con todo, señora, creo,
Que encamina su deseo
Por términos más compuestos,
Y esto tengo por verdad.

MARCELA. Mi querida Dorotea,
Plega al cielo que así sea;
Él rija su voluntad.
De contino trae en la boca
Mi nombre, á hurto me mira,
Gime á solas y suspira,
Las manos me besa y toca,
Y da por disculpa desto
Que me parezco á su dama,
Que de mi nombre se llama.

DOROTEA. ¿Hase á dicha descompuesto
Á hacer más de lo que dices?

MARCELA. No por cierto, ni querría.

DOROTEA. Pues desto, señora mía,
No es bien que te escandalices,
Pues podrá ser que su dama
Se llame, señora, así,
Y que se parezca á ti,
Si de hermosa tiene fama.

Entra DON ANTONIO, hermano de Marcela.

MARCELA. Mira do viene suspenso,
Tanto, que no echa de ver
Que aquí estamos; de su ser,
Que está trastrocado pienso.

Escuchémosle, y advierte
Cómo de Marcela trata.

ANTONIO. Es tu ausencia la que mata;
No el desdén, aunque es tan fuerte.
¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!
¡Cuán lejos debió estar de conocerte
El que al furor de la invencible muerte
Igualó tu poder y tu violencia;
Que cuando con mayor rigor sentencia,
Que puede más su limitada suerte,
Que deshacer la liga y nudo fuerte,
Que á cuerpo y alma tiene en conveniencia!
Tu duro alfanje á mayor mal se extiende,
Que un espírtu en dos mitades parte.
¡Oh milagros de amor, que nadie entiende!
¡Que del lugar de do mi alma parte,
Dejando su mitad con quien la enciende,
Consigo traiga la más frágil parte!
¡Oh Marcela fugitiva
Y sorda al lamento mío!
¿Cómo quiere tu desvío
Que ausente muriendo, viva?
¿Dónde te ascondes? ¿Qué clima
Inhabitable te encierra?
¿Cómo á tu paz no da guerra
El dolor que me lastima?
Téngote siempre delante,
Y no te puedo alcanzar.

MARCELA. Para temer y pensar,
¿Esto no es causa bastante?

DOROTEA. Sí por cierto: nunca estés
Sola, si fuese posible;
De que aspire á lo imposible
Jamás ocasión le des;

Rómpase en tu honestidad,
En tu advertencia y recato
La fuerza de su mal trato,
Que nace de ociosidad;
Y vámonos, no nos vea;
Dé á solas rienda á su intento.

MARCELA. Yo estoy en tu pensamiento,
Que es muy bueno, Dorotea.

(Éntranse Marcela y Dorotea.)

Sale OCAÑA, de lacayo, con una varilla de membrillo y unos anteojos de caballo en la mano, y pónese atento á escuchar á su amo.

ANTONIO. Amor, que lo imposible facilitas
Con poderosa fuerza blandamente,
Allanando las cumbres,
¿Por qué las nubes de mi sol no quitas?
¿Por qué no muestras por algún oriente
Las dos hermosas lumbres
Que dan rayos al sol, luz á tus ojos,
Por quien te rinde el mundo sus despojos?
¿Que quieres, Ocaña?

OCAÑA. Quiero
Herrar el bayo, señor,
Y no acierta el herrador
Á herralle si no hay dinero.
Débense cuatro herraduras,
Y un brevajo; mira, pues,
Si andarán aquellos pies,
Siendo tus manos tan duras.
Y vengo por seis raciones
Que me deben; que amohína
Ver que sobren á Cristina,

Y resobren á Quiñones,
Y que falten para mí,
Que sirvo mejor que todos,
De tres y de cuatro modos.

ANTONIO. Confieso que ello es así,
Ocaña amigo, y sabed
Que todo se os pagará,
Y andad con Dios.

OCAÑA. Siempre está
Conmigo vuestra merced
Riguroso por el cabo.

ANTONIO. ¿En qué modo?

OCAÑA. ¿Yo no veo,
Que, cual si fuera guineo,
Bezudo y bozal esclavo,
Apenas entro en la sala
Por alguna niñería,
Cuando cualquiera me envía,
Si no en buena, en hora mala?
Á nadie se le trasluce,
Por más que yo lo procuro,
El ingenio lucio y puro
Que en este lacayo luce.
Anda conmigo al revés
Fortuna poco discreta;
Que si tú fueras poeta,
Quizá fuera yo marqués,
Ó por lo menos, ya fuera
Tu consejero y privado;
Pero de mi corto hado
Tamaño bien no se espera.
Hay poetas tan divinos,
De poder tan singular,
Que pueden títulos dar,

Como condes palatinos;
Y aun, si lo toman despacio,
En tiempo y caso oportuno,
No habrá lacayo ninguno
Que no casen en palacio
Con doncellas de la Reina,
De valor único y solo;
Que por la gracia de Apolo,
Esta gracia en ellos reina.
Pero yo nací sin duda
Para la caballeriza,
Haciendo en mis dichas riza
Mi suerte, que no se muda.
El discreto es concordancia
Que engendra la habilidad;
El necio, disparidad,
Que no hace consonancia.
Del cuerpo por los sentidos
Obra el alma, y cuales son,
Ó muestra su perfección,
Ó términos abatidos.
De aquésto quiero inferir
Que tan sotil cuerpo tengo,
Que en un instante prevengo
Lo que he de hacer y decir.
Lacayo soy, Dios mediante,
Pero lacayo discreto;
Y á pocos lances, prometo
Ser para marqués bastante,
Como aquel de Marinán
De *dinare e piú dinare,*
Si la suerte no estorbare
Este bien que no me dan.

ANTONIO. Alto; vos habéis hablado

De modo, que me obligáis
Á que de humilde, subáis
Á más eminente estado,
Siendo al primero escalón
Servirme de consejero;
Y así, amigo Ocaña, quiero
Mostraros mi corazón,
Para que viendo patentes
Las ansias que en él se anidan,
Ellas á tu ingenio pidan
Los remedios suficientes;
Que tal vez una dolencia
Casi incurable, la sana
De una vejezuela cana,
Una fácil experiencia.

OCAÑA. Dime tu mal, mi señor,
Y verás cómo en tantico
Tantos remedios aplico,
Que sanes con el menor.
Y si por ventura es
El ciego el que te atormenta,
Puedes, señor, hacer cuenta
De que ya sano te ves;
Porque no se ha de tomar
Conmigo el dios ceguezuelo.

ANTONIO. Que no estás en ti recelo.

OCAÑA. Pues ¿en quién había de estar?
Que, á no tomarme del vino
Por costumbre ó por conhorte,
No hubiera en toda la corte
Otro Catón censorino
Como yo.

ANTONIO. Ya desvarías;
Vuélvete, Ocaña, á tu establo. (Éntrase.)

OCAÑA. Aunque más sentencias hablo,
Y elevadas fantasías,
Se me trasluce y figura,
Congeturo, pienso y hallo
.....
Ha de ser mi sepultura.
Y está muy puesto en razón;
Que el que quiere porfiar
Contra su estrella, ha de dar
Coces contra el aguijón.
Cristinica estará agora
En la plaza; allá me impele
Aquella fuerza que suele,
Que dentro del alma mora.
Búscola como á mi centro;
Y si la encontrase yo,
Nunca jugador echó
Tan rico y gustoso encuentro.
De este gusto no me prive
Amor, que en mi ayuda llamo,
Y siquiera con mi amo
Ni más medre ni más prive. (Entrase.)

Salen DON AMBROSIO, caballero, y CRISTINA con un billete en la mano.

CRISTINA. Hasta ponerle yo en parte
Donde le vea, harélo;
Pero en lo demás, recelo
Que no podré contentarte.
AMBR. Haz, amiga, que le lea;
Que en solo aquesto consiste
La alegría de este triste.
CRISTINA. Digo que haré que le vea.
Quizá por curiosidad

Querrá leerle Marcela;
Que se ha de usar de cautela
Con su mucha honestidad.
No desplegaré la boca
Para decirla palabra;
Que en sus entrañas no labra
Fuerza de amor, mucha ó poca,

AMBR. ¿Regálala por ventura
Don Antonio?

CRISTINA. Como á hermana.

AMBR. De ser su intención tan sana,
No sé yo quien lo asegura.
¡Oh padre mal advertido!

CRISTINA. No le tiene.

AMBR. Sí le tiene;
Pero á mí no me conviene
El darme por entendido.
De las cosas que sospecho,
Y de las que son tan graves,
Tenga la lengua las llaves,
Y no las arroje el pecho.

CRISTINA. Vete, señor, que allí asoma
Un paje de casa.

AMBR. Amiga,
Por tu industria y tu fatiga
Este pobre premio toma;
Y prométete de mí
Montes de oro, que bien puedes.

(Dale una cajita pintada.)

CRISTINA. La menor de tus mercedes
Suele ser un Potosí.

Vase Ambrosio y entra QUIÑONES.

QUIÑON. ¿Quién era, Cristina, el lindo,
Que con tanta sumisión
Debió encajar su razón,
«Tuyo soy, y á ti me rindo?»
Vive el Dador de los cielos,
Que es la fregona bonita:
Ordena, manda, pon, quita:
CRISTINA. Ta, ta, ¿también pide celos
El so paje? Por su entono,
Que primero se tarace
La lengua, que otra vez trace
Palabras, y no en mi abono.
¿Hásenos vuelto otro Ocaña?
¿Celos y más celos?
QUIÑON. Calle.
Y advierta que está en la calle.
CRISTINA. ¡Ay, por fe que se ensaña
El mancebito frión!
QUIÑON. Cristina, menos gallarda:
Que esa gallardía aguarda...
CRISTINA. ¿Qué, mi ruso?
QUIÑON. Un bofetón.
CRISTINA. ¿En mi cara?
QUIÑON. En la del cura
Le diera, á venir á mano.
CRISTINA. Y ¡qué! ¿alzaras tú la mano
Contra tanta hermosura
Como pusieron los cielos
En mis mejillas rosadas?
QUIÑON. Siempre son desatinadas
Las venganzas de los celos.
Ocaña es éste; camina,
Y escóndete entre la gente.

Éntranse Quiñones y Cristina, y sale OCAÑA.

OCAÑA. Partió mi sol de su oriente,
Y al ocaso se encamina,
Y tras sí lleva la sombra
Que le sirve de arrebol;
Para mí no es este sol,
Sino niebla que me asombra.
Plega á Dios, humilde paje,
Asombro de mi esperanza,
Que ni valgas por privanza,
Ni te estimen por linaje.
Sirvas á un cata-ribera,
Que te dé corta ración;
Sea tu estado un bodegón;
No te dé luto, aunque muera.
Y cuando el cielo te adiestre
Á servir á un titulado,
Tu enemigo declarado
El maestresala se muestre.
De las hachas no te valgas,
Ni de relieves veas gozo,
Y nunca te salga el bozo,
Porque de paje no salgas.
Póngante infames renombres,
Juegues, pierdas la ración,
Que es la mayor maldición
Que pueden darte los hombres. (Entrase.)

Sale MUÑOZ.

MUÑOZ. Despierto y durmiendo, estoy
Pensando siempre y soñando
Cuándo ha de llegar el cuando
Mude el pellejo en que estoy.
¿Cuándo querrá aquél planeta
Que sobre mí predomina,

Que remedien mi rüina
El gran sastre y la bayeta?
Diles la memoria, y diles,
Previniendo mil barruntos,
De los más sotiles puntos
Las respuestas más sotiles;
Pero, con todo, me pesa
De haberme empeñado así,
Porque tengo para mí
Ser de peligro la empresa.

Entran DON ANTONIO y TORRENTE, en hábito de peregrino.

ANTONIO, Mucho más es melindre que advertencia,
Y hase tenido confianza poca
De quien yo soy. Por Dios que estoy corrido.

MUÑOZ. ¡Válgate el diablo! ¿Qué disfraz es este?
Esto no puse yo en la lista.

TORREN. Digo,
Que el señor don Silvestre de Almendarez
No pudo más; el caso fué forzoso,
Y la borrasca tal, que nos convino
Alijar el navío, y echar cuanto
En su anchísimo vientre recogía
Al mar, que se sorbió, como dos huevos,
Catorce mil tejuelos de oro puro;
Al cielo las promesas y oraciones
Volaban más espesas que las nubes
Que la cara del sol cubrían entonces;
Entre las cuales oraciones, una
Envió don Silvestre al sumo alcázar
Con tan vivos y tiernos sentimientos,
Que penetró los cascos de los cielos.
Conteníase en ella que de Roma

Aquello que se llama siete iglesias
Andaría descalzo, peregrino,
Si Dios de aquel peligro le sacaba.
Añadió á su promesa mi persona;
Añadidura inútil, aunque buena
En parte, pues que soy su amparo y báculo.
En fin, salimos mondos y desnudos
Á tierra, ni sé á donde, ni sé cómo,
Habiéndose engullido el mar primero
Hasta una catalnica que traíamos,
De habilidad tan rara y tan discreta,
Que, si no era el hablar, no le faltaba
Otra cosa ninguna.

ANTONIO. Bien, por cierto,
La habéis encarecido, aunque yo pienso
Que catalnicas mudas valen poco.

TORREN. Por señas nos decía todo cuanto
Quería que entendiésemos.

MUÑOZ. ¡Milagro!

TORREN. De perlas, ¡qué de cajas arrojamos
Tamañas como nueces de buen tomo,
Blancas como la nieve aun no pisada!
De esmeraldas las peñas como cubas,
Digo como toneles, y aun más grandes;
Piedras bezares, pues, dos grandes sacos:
Anís y cochinilla fué sinnúmero.

MUÑOZ. Entre esas zarandajas, ¿por ventura
Fué bayeta á la mar?

TORREN. Y el sastre y todo.

MUÑOZ. Á malísimo viento va esta parva;
No me cuadra ni esquina esta tormenta,
Puesto que viene bien para el embuste.

ANTONIO. ¿En qué paraje sucedió el naufragio?

TORREN. Estaba yo durmiendo en aquel trance,

Y no pude del paje ver el rostro.

ANTONIO. Paraje dije: pero no me espanto,
Que aun hasta aquí os conturba la borrasca,
Ni que en ella hoy durmiésedes; que el miedo
Tal vez suele causar sueño profundo.

TORREN. No quiso mi señor, ni por semejas,
De cuatro mil y más ofrecimientos
Que de darle dineros se le hicieron,
Recibir, sino aquellos que bastasen
Á no pedir limosna en su vïaje;
Pero no supo bien hacer la cuenta,
Porque ya casi todos son gastados.

MUÑOZ. Válgate Satanás, ¡qué bien lo enredas!

TORREN. La primera estación fué á Guadalupe,
Y á la Imagen de Illescas la segunda,
Y la tercera ha sido á la de Atocha.
Á hurto quiso verte, y esta tarde
Quiere partirse á Roma; agora queda
En San Ginés, hincado de hinojos,
Arrojando del pecho mil suspiros,
Vertiendo de sus ojos tiernas lágrimas,
Pidiendo á Dios que le encamine y guíe
En el vïaje santo prometido.
Yo, señor, soy ternísimo de plantas,
Á quien callos durísimos enclavan,
De tan largo camino procedidos;
Querría que se diese alguna traza
De que por quince días descansásemos,
Para tomar aliento y refrigerio
En el nuevo camino que se espera;
Además que también él es ternísimo,
Y podría el cansancio fatigalle
De modo, que el camino con la vida
Se acabase en un punto; caso triste,

Si tal viniese á ser, por el tremendo
Dolor que sintiría mi señora
Doña Ana de Briones, Madre suya.

ANTONIO. Vamos; que yo pondré remedio en todo.

TORREN. No hay decir, señor, que yo te he visto,
Porque me ha de matar si es que tal sabe.
¡Oh pecador de mí! éste es que viene:
En la red me ha cogido; negativa,
Señor; si no, yo muero.

ANTONIO. No hayas miedo

Entra CARDENIO como peregrino.

Mi señor don Silvestre de Almendárez,
¿Para qué es encubriros de quien tiene
Tantas obligaciones de serviros?

CARDEN. ¡Oh traidor, mal nacido! ¡Por Dios vivo,
Que os engaña, señor, este embustero;
Que yo no soy aquese don Silvestre,
Que dices, de Almendárez, sino un pobre
Peregrino, y tan pobre...

TORREN. ¿Qué me miras?
Yo no le he dicho nada; y si lo he dicho,
Digo que miento una y cien mil veces.—
¡Vive Dios, que es el mismo que te digo!
Apriétale y conjúrale, y confiese.

ANTONIO. ¡Por Dios, primo y señor, que es caso fuerte
Negarme esta verdad! ¿Qué importa vengas
Rico, ó pobre á tu casa, que es la mía?

TORREN. Eso es lo que yo digo, pesia al mundo.

ANTONIO. ¿Mandabas tu á los vientos, ó pudiste
Del proceloso mar las altas olas
Sosegar algún tanto? ¿No es locura
Hacer caso de honra los sucesos

Varios que la fortuna, siempre instable,
Ó por mejor decir del cielo firme?

TORREN. Ea, señor, que ya pasa de raya
Tan grande pertinacia. ¡Vive Roque,
Señor, que es don Silvestre de Almendárez,
Vuestro primo y cuñado, el peregrino,
Y mi amo, que es más!

CARDEN. Pues tú lo dices,
No quiero más negarlo, pues no importa.—
Dadme, señor, las manos.

ANTONIO. Doy los brazos,
Y el alma en su lugar, querido primo.

CARDEN. Tomad los míos; que entre aquestos brazos
También os doy mi alma en recompensa.—
No te la cubrirá pelo, si puedo.

TORREN. Que no temo amenazas mal nacidas,
Porque esto es lo que importa á nuestro hecho.

MUÑOZ. Y ¡cómo!

ANTONIO. No hayáis miedo que se os toque
Al pelo de la ropa por lo dicho.

TORREN. Mi señor es discreto, y verá presto
De cuán poca importacia era el silencio
En semejante caso.

ANTONIO. Señor primo,
Vamos á casa, y sepa vuestra esposa
Vuestra buena venida y deseada.

CARDEN. Siempre he de obedecer.

MUÑOZ. ¡Qué bien trazada
Quimera! Si ella llega á colmo, espero
Un Potosí de barras y dinero.

TORREN. ¿Qué os parece, Muñoz?

MUÑOZ. ¿Qué me parece?
Que es verdad cuanto ha dicho, y que lo veo.

TORREN. Y ¡cómo que es verdad! Sin que le falte

Un átomo, una tilde, una meaja.

(Éntranse D. Antonio, Cardenio y Torrente.)

MUÑOZ. Términos tienen estos socarrones
De hacerme á mi entender que la borrasca
Y el alijo de ropa es verdadero.
Ahora bien; veremos lo que pasa,
Que una por una, dos ya están en casa.

JORNADA SEGUNDA

Salen MARCELA y DOROTEA con una almohadilla, y CRISTINA.

MARCELA. Andas con vergüenza poca
Cristina, muy inquïeta,
Y con puntos de discreta,
Das mil puntadas de loca.
Sabed, señora, una cosa;
Que entre las prendas de honor,
Es tenida por mejor
La honesta que la hermosa.

CRISTINA. ¿Señora me llama? Malo;
Que ya sé por experiencia,
Que no hay dos dedos de ausencia
De esta cortesía á un palo.

MARCELA. ¿Qué murmuras, desatada,
Maliciosa y atrevida?

CRISTINA. Nunca murmuré en mi vida.

MARCELA. ¿Qué dices?

CRISTINA. No digo nada.
Tenga el Señor en el cielo
Á mi señora la vieja.

MARCELA. Desas plegarias te deja.

CRISTINA. Pronúncialas mi buen celo.
Si ella fuera viva, sé
Que otro gallo me cantara,

Y que ninguna no osara
Reñirme, no, en buena fe.
Tristes de las mozas,
Á quien trujo el cielo
Por casas ajenas
Á servir á dueños;
Que entre mil no salen
Cuatro apenas buenos;
Que los más son torpes
Y de antojos feos.
Pues ¿qué, si la triste
Acierta á dar celos
Al alma que piensa
Que le hace tuerto?
Ajenas ofensas
Pagan sus cabellos,
Oyen sus oídos
Siempre vituperios,
Parece la casa
Un confuso infierno;
Que los celos siempre
Fueron vocingleros.
La tierna fregona,
Con silencio y miedo
Pasa sus desdichas,
Malogra requiebros
Porque jamás llega
Á felice puerto
Su cargada nave
De malos empleos;
Pero, ya que falte
Este detrimento,
Sobran los del alma,
Que no tienen cuento.

«Ven acá, suciona;
¿Dónde está el pañuelo?
La escoba te hurtaron
Y un plato pequeño.
Buen salario ganas,
Dél pagarme pienso,
Porque despabiles
Los ojos y el seso.
Vas, y nunca vuelves,
Y tienes bureo
Con Sancho en la calle,
Con Mingo y con Pedro.
Eres, en fin, pu....
El *ta* diré quedo,
Porque de cristiana
Sabes que me precio.»
Otra vez repito
Con cansado aliento,
Con lágrimas tristes
Y suspiros tiernos:
Triste de la moza
Á quien trujo el cielo
Por casas ajenas...

DOROTEA. Señores, ¿qué es esto?
Cristinica amiga,
Dime: ¿con qué viento
Esta polvareda
Has alzado al cielo?

MARCELA. La desenvoltura
Es un viento cierzo,
Que del rostro ahuyenta
La vergüenza, y miedo.
Pero yo haré,
Si es que acaso puedo,

Si ella no se enmienda,
Lo que callar quiero.

Entra QUIÑONES, el paje.

QUIÑON. Don Antonio, mi señor,
Entra con dos peregrinos.

Entran DON ANTONIO, CARDENIO, TORRENTE y MUÑOZ.

ANTONIO. Vuestros intentos divinos
Fueran disculpa al rigor
Del no vernos.
CARDEN. Así es;
Pero yo, señor, holgara,
Que esta deuda se pagara
Depacio, y fuera después
De mi peregrinación,
Que no se puede excusar.
ANTONIO. Fácilmente habéis de hallar
En mi voluntad perdón.
CARDEN. ¿Es mi señora y mi prima?
ANTONIO. La misma.
CARDEN ¡Oh mi señora!
Rico archivo, donde mora
De la belleza la prima,
No me niegues esos pies,
Pues no merezco esas manos.
DOROTEA. Peregrinos cortesanos
Son estos.
ANTONIO. No tan cortés,
Señor primo, que mi hermana
Está del caso suspensa.
MUÑOZ. La traza de lo que él piensa,

Es más *cortés,* que no *sana.*

MARCELA. Señor, para que me muestre
Con el respeto debido
Á quien sois, el nombre os pido.

ANTONIO. Vuestro primo Don Silvestre
De Almendárez, vuestro esposo,
Ó el que lo tiene de ser.

MARCELA. Mudaré de proceder
Con un huesped tan famoso.
Los brazos habré de daros,
Que no los pies, primo mío.

MUÑOZ. De estos principios yo fío,
Que son más dulces que caros.

CARDEN. No fué huracán el que pudo
Desbaratar nuestra flota,
Ni torció nuestra derrota
El mar insolente y crudo;
No fué del tope á la quilla
Mi pobre navío abierto,
Pues he llegado á tal puerto
Y pongo el pie en tal orilla;
No mis riquezas sorbieron
Las aguas que las tragaron,
Pues más rico me dejaron
Con el bien que en vos me dieron.
Hoy se aumenta mi riqueza,
Pues con nueva vida y ser,
Peregrino, llegó á ver
La imagen de tu belleza.

Entra OCAÑA.

OCAÑA. De esta común alegría
Alguna parte quizá
Mi tristeza alcanzará,

Que está como estar solía.
Desde aquí quiero mirarte,
Si es que te dejas mirar,
De mi suerte amargo azar,
De mi bien el todo y parte.
Puesto en aqueste rincón,
Como lacayo sin suerte,
Veré quizá de mi muerte
Alguna resurrección.

MARCELA. La desventura mayor,
Más espantosa y temida,
Es la de perder la vida.

ANTONIO. Primero es la del honor.

MARCELA. Ansí es; y pues vos, primo,
Con honra y vida venís,
Mal haréis si mal sentís
Del mal que por bien yo estimo.
Y en llegar adonde os veis,
Habéis de tener por cierto
Que habéis arribado á un puerto
Adonde restauraréis
Las riquezas arrojadas
Al mar, siempre codicioso.

CARDEN. Tendrá el que fuere tu esposo
Las venturas confirmadas.

TORREN. (Á Cristina.) ¿Doncella acaso es de casa?

CRISTINA. No soy sino de la calle.

TORREN. Eso no, que aquese talle,
Á los de palacio pasa.
¿Sirve en ella?

CRISTINA. Soy servida.
La respuesta ha sido aguda.

OCAÑA. Ten, pulcra, la lengua muda;
No la descosas, perdida.

TORREN. ¿El nombre?
CRISTINA. Cristina.
TORREN. Bueno,
Que es dulce, con ser de rumbo.
¿Túmbase?
CRISTINA. Yo no me tumbo:
Basta; que tiene barreno
El indianazo gascón.
TORREN. Yo, señora, como ves,
Soy criollo perulés,
Aunque tiro á borgoñón.
ANTONIO. Reposaréis, primo mío,
Y después saber querría
Del buen estar de mi tía,
De vuestro padre y mi tío.
OCAÑA. ¡Oh peregrino traidor,
Cómo la miras! ¡Oh falsa,
Como le vas dando salsa,
Al gusto de su sabor!
TORREN. Pluguiera á Dios que nunca aquí viniera;
Ó ya que vine aquí, que nunca amara;
Ó ya que amé, que amor se me mostrara,
De acero no, sino de blanda cera.
CARDEN. Depositario fué el mar
De tus cartas y presentes.
OCAÑA. El alma tengo en los dientes;
Casi estoy para expirar.
TORREN. Ó que de aquesta fregonil guerrera,
De los dos soles de su hermosa cara,
No tan agudas flechas me arrojara,
Ó menos linda y más humana fuera.
MARCELA. Entrad, señor, do podáis
Mudar vestido decente.
CARDEN. Mi promesa no consiente

Que esa merced me hagáis.

TORREN. Esas sí son borrascas no fingidas,
De quien no espero verdadera calma,
Sino naufragios de más duro aprieto.

CARDEN. No puedo mudar de traje
Por un tiempo limitado;
Que esta pobreza ha causado
La tormenta del vïaje.

TORREN. ¡Oh tú, reparador de nuestras vidas,
Amor, cura las ansias de mi alma,
Que no pueden caber en un soneto!

ANTONIO. Á no ser tan perfeto,
Primo, vuestro designio, yo hiciera
Que por otra persona se cumpliera.

(Éntranse Marcela, Don Antonio, Dorotea y Cristina, y Cardenio. Quedan en el teatro Muñoz, Torrente y Ocaña.)

MUÑOZ. No me habléis, Torrente hermano,
Que nos escuchan, y siento,
Que en nuestro famoso intento
El callar es lo más sano. (Éntrase.)

OCAÑA. Si á mí el ojo no me miente,
Sé con gran certinidad
Que vuestra paternidad
Tiene el alma algo doliente.
Es Cristinica un harpón,
Es un virote, una jara,
Que el ciego arquero dispara
Y traspasa el corazón.
Es un incendio, es un rayo;
¿Cómo un rayo? dos y tres.

TORREN. Y vuesa merced, ¿quién es?

OCAÑA. Soy de esta casa el lacayo.
Y aunque en la caballeriza

Me arrinconó el amor ciego,
Con su hielo y con su fuego
Me consume y martiriza.
Entre el arnero y pesebre,
Entre la paja y cebada,
De noche y de madrugada
Me embiste de amor la fiebre.

TORREN. Y ¿es Cristina la ocasión
De tan grande encendimiento?

OCAÑA. No sé quién es; sé que siento
El alma hecha de un carbón.

TORREN. Si es Cristina, pondré pausa
En ciertos recién nacidos
Pensamientos atrevidos
Que su memoria me causa.
No pienso en manera alguna
Seros rival; que sería
Género de villanía,
Que al ser quien yo soy repugna.
Honestísimo decoro
Se guardará en esta casa,
Puesto que me arda la brasa
De esa niña á quien adoro.
Quebrantaré en la pared
Mis pensamientos primeros,
Con gusto de conoceros,
Para haceros merced;
Porque no han de naufragar
Siempre las flotas; que alguna
Tendrá próspera fortuna,
Para podérnosla dar.

OCAÑA. Beso tus pies, peregrino,
Único, raro y bastante
Á ablandar en un instante

Un corazón diamantino.
Yo, en quien nacieron barruntos
De celos cuando te vi,
Á tus pies los pongo aquí
Semivivos y aun difuntos.

TORREN. Alzaos, señor; no hagáis
Sumisión tan indecente;
Que humillaré yo mi frente,
Si es que la vuestra no alzáis.
Dadme los brazos de amigo;
Que lo hemos de ser los dos
Gran tiempo, si quiere Dios,
Que es de mi intención testigo.

OCAÑA. Como tú, señor, me abones
Con tu amistad peregrina,
Doy por cordera á Cristina,
Y por cabrito á Quiñones.

TORREN. Por verte con gusto, voy
Alegre, así Dios me salve.

OCAÑA. Para éstas. que yo os calve,
O no seré yo quien soy. (Éntranse).

Entra DON AMBROSIO.

AMBROS. Por ti, Virgen hermosa, esparce ufano,
Contra el rigor con que amenaza el cielo,
Entre los surcos del labrado suelo,
El pobre labrador el rico grano.
Por ti surca las aguas del mar cano
El mercader en débil leño á vuelo;
Y en el rigor del sol, como del hielo,
Pisa alegre el soldado el risco y llano.
Por ti infinitas veces, ya perdida
La fuerza del que busca y del que ruega,
Se cobra, y se promete la victoria.

Por ti, báculo fuerte de la vida,
Tal vez se aspira á lo imposible, y llega
El deseo á las puertas de la gloria.
¡Oh esperanza notoria,
Amiga de alentar los desmayados,
Aunque estén en miserias sepultados!

Entra CRISTINA.

CRISTINA. Habrá fiesta y regodeo,
Y la parentela toda
Vendrá sin duda á la boda.
AMBROS. Mi norte descubro y veo.—
¡Oh dulcísima Cristina!
CRISTINA. De alcorza debo de ser.
AMBROS. Tribunal do se ha de ver
Lo que el amor determina
En mi contra ó mi provecho.
CRISTINA. ¡Extraña salutación!
AMBROS. La lengua da la razón,
Como la saca del pecho.
Pero vengamos al punto:
Mi esperanza ¿cómo está?
¿Ha de morir? ¿Vivirá?
¿Contaréme por difunto?
¿Dificúltase la empresa?
Presto; que me vuelvo loco.
CRISTINA. Idos, señor, poco á poco;
Que preguntáis muy apriesa.
AMBROS. Más apriesa me consume
El vivo incendio de amor.
CRISTINA. En solo un punto el rigor
Suyo se abrevia y resume;
Y es, que puedes ya contar

Á Marcela por casada;
Ya no es suya, ya está dada
Á quien la sabrá estimar.

AMBROS. No me digas el esposo,
Que sin duda es don Antonio.

CRISTINA. Levantas un testimonio,
Que pasa de mentiroso.
¿Con su hermana?

AMBROS. ¡Ah Cristinica!
¿Qué es esto? ¿Cubierta y pala,
Conque una obra tan mala
Se apoya y se fortifica?

CRISTINA. Que es con su primo.

AMBROS. ¿Qué es esto,
Cielo siempre soberano?
¿Hoy primo el que ayer fué hermano?
¿Cámbiase un hombre tan presto?

CRISTINA. Digo que es un peregrino,
Primo suyo y perulero,
De tan soberbio dinero,
Que de las Indias nos vino.
De oro más de cien mil tejos
Se sorbió el mar, como un huevo,
Deste peregrino nuevo
Que no está de ti muy lejos,
Porque vesle allí dó asoma.

AMBROS. Y ¡que esto en el mundo pase!

CRISTINA. Puesto que antes que se case,
Entiendo que ha de ir á Roma.

Entran CARDENIO, TORRENTE y MUÑOZ.

AMBROS. Embustero y perulero,
Atrevido é insolente,

¿Por qué te haces pariente
De la vida por quien muero?

TORREN. Descornado se ha la flor;
Perecemos.

MUÑOZ. Malo es esto;
La traza se ha descompuesto
Al primer paso.

CARDEN. Señor,
No te entiendo, ni imagino
Por qué tan acelerado
La maldita has desatado
Contra un noble peregrino.

MUÑOZ. Quien dijere que yo di
Lista á nadie, mentirá
Cuantas veces lo dirá;
No, sino lléguense á mí,
Que fabrico en ningún modo
Castillos mal prevenidos.

TORREN. Antes de ser convencidos,
Éste lo ha de decir todo.
¡Oh levantadas quimeras
En el aire, cual yo dije!

AMBROS. Por el cielo que nos rige,
Que si acaso perseveras
En el embuste que intentas,
Primero que en algo aciertes,
Ha de ser una y mil muertes
El remate de tus cuentas.
Vuélvete á tu Potosí;
Deja lograr mi porfía.

CARDEN. Aqueste ya desvaría.

TORREN. Así me parece á mí.

CRISTINA. Don Francisco y mi señor
Son éstos. Pies, á correr.

Éntrase Cristina; salen DON FRANCISCO y DON ANTONIO.

FRANCIS. Todo aqueso puede ser,
Que á más obliga el rigor
De un celoso, si es honrado,
Como el padre de Marcela
AMBROS. Éste es el que urdió la tela,
Que tan cara me ha costado.—
¿Qué rigor de estrella ha sido,
Señor Don Antonio, aquel,
Que, de piadoso, en cruel
Contra mí os ha convertido?
Y ¿qué peregrino es este,
Tan medido á vuestro intento,
Que queréis que su contento
Á mí la vida me cueste?
Mía es Marcela, si el cielo
Quisiere y si vos queréis;
Que en vuestra industria tenéis
De mi mal todo el consuelo.
No es desigual mi linaje
Del suyo, y su padre, creo
Que de este igual himeneo
No ha de recibir ultraje.
Si él la escondió en vuestra casa
Por quitármela delante,
Ved, si acaso sois amante,
Lo que el alma ausente pasa.
FRANCIS. Este habla de Marcela
Osorio, y no de tu hermana.
ANTONIO. La presunción está llana;
Gran mal mi alma recela.—
De esa vana presunción

Y mal formados antojos,
Os han de dar vuestros ojos
La justa satisfacción.
Veníos conmigo, y veréis
En el engaño en que estáis.

AMBROS. Si á Marcela me lleváis,
Al cielo me llevaréis.

(Éntrause Don Antonio, Don Francisco y Don Ambrosio; quedan en el teatro Muñoz, Torrente y Cardenio.)

CARDEN. ¡Ah, Muñoz, con cuán pequeña
Ocasión habéis temblado!

MUÑOZ. Temo de verme brumado,
Y molido como alheña.
Temo que mis trazas den,
Mis embustes y quimeras,
Con mi cuerpo en las galeras,
Que no le estará muy bien.

TORREN. ¿Sin apretaros la cuerda
Os descoséis? Mala cosa.

MUÑOZ. La conciencia temerosa,
De los castigos se acuerda;
Pero desde aquí adelante
Pienso ser mártir, y pienso
Que paga á la culpa censo
Con temor el más constante.
Pésame que fué la lista
De mi letra y de mi mano,
Y este temor, que no es vano,
Todas mis fuerzas conquista.

TORREN. Vamos á ver en qué para
El comenzado desastre.

MUÑOZ. Aquella bayeta y sastre,
Nunca el cielo lo depara. (Éntranse todos).

Salen MARCELA y DOROTEA.

MARCELA. Este primo no me agrada,
Dulce amiga Dorotea.
Plegue á Dios que por bien sea
Su venida no esperada.
DOROTEA. Como le ves mal vestido,
No te parece galán.
MARCELA. Las galas no siempre dan
Aire y brío, ni el vestido.
Desmayado me parece,
Aunque atrevido tal vez.
DOROTEA. De su causa eres jüez.
MARCELA. Basta; poco me apetece.
DOROTEA. Parece que se ha templado
Tu hermano en su pensamiento.
MARCELA. Todavía, á lo que siento,
Anda un poco apasionado.
No se le cae de la boca
Mi nombre, y aun todavía
Descubre una fantasía,
Que en lascivos puntos toca;
Mas yo no le doy lugar
De que esté á solas conmigo.
DOROTEA. Eso es lo que yo te digo,
Y lo que has de procurar.

Aquí han de entrar DON AMBROSIO, DON ANTONIO, DON FRANCISCO, CARDENIO, TORRENTE y MUÑOZ.

ANTONIO. Mirad, señor, destas dos
Cuál es la Marcela hermosa
Que con fuerza poderosa
Os tiene fuera de vos.
AMBROS. Esta le parece en algo,

Y no es ella; mas ya veo
Sin duda que es devaneo,
Y que de sentido salgo.
Téngame amor de su mano,
Y los cielos si me ofenden.

MARCELA. ¿Ó me compran ó me venden?
Decidme qué es esto, hermano.

AMBROS. No es otra cosa alguna,
Sino que la belleza
Incomparable y sola
De otra que tiene el propio nombre vuestro;
Su donaire, su gracia,
Su honesta compostura,
Su ingenio, su linaje,
Se llevaron tras sí mis pensamientos.
Améla honestamente,
Adoréla rendido,
Solicitéla mudo,
Aunque los ojos son parleros siempre.
Su padre, recatado,
Por algún su desinio,
Ó por mi desventura,
Llevóla, y no sé á donde.

ANTONIO. Esta es mi historia.

AMBROS. No con más diligencia
La diosa de las mieses
Buscó á su hija amada
Hasta los escondrijos del infierno,
Como yo la he buscado,
Por cuanto las sospechas
Han podido llevarme,
Pensativo, solícito y ansioso.
En esto, á mis oídos
El nombre de Marcela

Llegó y vuestra hermosura,
Pero no el sobrenombre de Almendárez.
Creí que Don Antonio,
Vuestro querido hermano,
Por orden de su padre
De la Marcela Osorio, que yo busco,
En casa la tenía;
Y mal considerado
Y con los celos ciego,
Hice los disparates que habéis visto.

FRANCIS. Éstas ¿no son lanzadas
Que te pasan el alma?

ANTONIO. Y aun rayos, que la envisten,
La hieren, desmenuzan y quebrantan.

DOROTEA. Apostaré, señora,
Que es esta la Marcela
Por quien tu hermano gime,
Suspira y con angustia se lamenta.

TORREN. Un canto pesadísimo,
Una montaña dura,
Una máquina inmensa
De acero, un monte dilatado y grave,
De sobre el pecho quito.

MUÑOZ. Y yo de sobre el alma
Una carcoma aguda.
Maldito seas de Dios, amante simple.
¡Qué confusos nos tuvo
Aqueste mentecato!
¡Con cuán pocos indicios
Trocó las dos Marcelas el cuitado!
Ya pensé que mi lista
Andaba por la casa
De mano en mano. ¡Ay duro
Trance, no imaginado y repentino!

FRANCIS. Pues en esta Marcela veis patente
De vuestro pensamiento el desengaño,
Mostraos, señor, más cauto y más prudente
Otra vez que os acose vuestro engaño,
Y volved á buscar más diligente
La causa original de vuestro daño.

AMBROS. Tiene cualquiera enamorado culpa
Fácil, y compasiva la disculpa.
Erré, mas no es el yerro de tal suerte,
Que perdón no merezca.

CARDEN. Yo imagino
Que ministró ocasión al atreverte,
Este pobre sayal de peregrino.

ANTONIO. La rabia de los celos es tan fuerte,
Que fuerza á hacer cualquiera desatino:
Sélo yo bien, que ya me vi celoso,
Atrevido, arrojado y malicioso.

AMBROS. En siglos prolongados tu ventura
Goces, ¡oh peregrino!, y tus biznietos
Te lleven á la honrada sepultura
Sobre sus hombros, para el caso eletos.
No menoscabe el tiempo la hermosura
De tu Marcela; celos indiscretos
No perturben tu paz en tanto cuanto
De vida os diere aliento el cielo santo.
Yo vuelvo á renovar mi pena antigua,
Buscando aquella que me encubre el cielo;
Y mientras dnóde está no se averigua,
Un Sísifo seré nuevo en el suelo.
De noche, como sombra ó estantigua,
Llena la vista de inmortal desvelo,
Por ver el fin de mis trabajos largos,
Un lince habré de ser con ojos de Argos.

(Éntrase.)

MARCELA. Desesperado se parte.
ANTONIO. Yo sin esperanza quedo,
Dulce Marcela, de hallarte.
TORREN. De mí se ha arredrado el miedo.
MUÑOZ. En mí ya no tiene parte;
Pero con todo, quisiera
Que la lista se rompiera,
Que di escrita de mi mano;
Que cualquier susto, aunque vano,
La mala conciencia altera.
FRANCIS. Haz cuenta, amigo, que envías
En este amante curioso
A buscar tu gloria, espías.
ANTONIO. Con todo, estoy temeroso;
Que son tiernas sus porfías,
Y muchas, que es lo peor.
FRANCIS. Yo lo tengo por mejor;
Que este anzuelo ha de sacar
Del profundo de la mar
La perla que escondió amor.

(Éntranse Don Francisco y Don Antonio.)

CARDEN. ¿No ha sido extremado el cuento,
Señora prima?
MARCELA. Sí ha sido,
Aunque dél me ha parecido
Ir mi hermano descontento,
Pensativo y desabrido;
Y es la causa, que la dama
Que aquél busca, adora y ama
Como quiere amor tirano,
Es la misma que mi hermano
Quiere, busca, nombra y llama.
Y yo, simple, imaginaba

Ser yo la hermosa Marcela
A quien mi hermano llamaba,
Y con malicia y cautela
A las manos le miraba,
A los ojos y á la boca,
Y con no advertencia poca
Ponderaba sus razones,
Sus movimientos y acciones.

DOROTEA. Curiosidad simple y loca.
Pídele perdón.

MARCELA. No quiero,
Pues nunca arraigó en mi pecho
El pensamiento primero.

CARDEN. Y más, que te ha satisfecho
Tan llano y tan por entero.

MUÑOZ. ¿Hemos de hacer la visita
De mi señora doña Ana?

MARCELA. Todavía es de mañana,
Y el frío la gana quita
De hacer visitas agora.—
Ven, amiga Dorotea;
Vamos donde el sol nos vea.

DOROTEA. Y ¡como que iré, señora!
Que tirito. Ti, ti, ti.
Insufrible frío hace.

(Éntranse Marcela y Dorotea.)

TORREN. El tuyo á mí me desplace.
¿Para qué viniste aquí,
Cardenio, si te has de estar
Como una estatua sin lengua?
Allá voy, y no hago mengua.
Piensas que se te ha de entrar
La ventura por la puerta,

Y arrojársete en la cama?

CARDEN. A mi hielo y á mi llama
Ningún medio las concierta.
Cuando de Marcela ausente
Algun breve espacio estoy,
Ardo de atrevido, y doy
En pensar que soy valiente;
Pero apenas me da el cielo
Lugar para á solas vella,
Cuando estoy, estando ante ella,
Frío mucho más que el hielo.

TORREN. Con ese hielo no habrá
Hostugo que nos alcance.

MUÑOZ. Cierto que yo he echado un lance
Que á los ojos me saldrá,
Si á las espaldas no sale
Primero. ¡Oh viejo imprudente!
Bien merecéis, inocente,
Que se evapore y exhale
El alma con el más chico
Temor que te sobresalte.

CARDEN. Cuando yo, Muñoz, os falte,
Cuando yo no os haga rico,
Jamás del Pirú me venga
El mi esperado tesoro.

MUÑOZ. ¿Qué no me vuelva yo moro,
Y que yo paciencia tenga
Para escuchar lo que escucho?
¿Dónde está el oro, señores
Socarrones, embaidores?

TORREN. Muñoz, que ha de venir mucho.

MUÑOZ. ¿De qué Pirú ha de venir,
De qué Méjico ó qué Charcas?

TORREN. Cuatro cofres y seis arcas

Puedes desde luego abrir
Para echar cuatro mil barras,
Y aun son pocas las que digo.

MUÑOZ. Tente, que Dios sea contigo,
Torrente, que te desgarras.
Con el sastre y la bayeta
Estaría yo contento.

TORREN. Sastres, pasarán de ciento.

MUÑOZ. La bayeta es la que aprieta
Al deseo de tenella.

TORREN. Déjenme los dos aquí,
Que viene Cristina allí,
Y me importa hablar con ella.

Vánse Muñoz, y Cardenio; entra CRISTINA.

¿Que es posible, flor y fruto
Del árbol lindo de amor,
Que ha de andar, por tu rigor,
Siempre mi alma con luto?
¿Que es posible que un potente
Indiano no te remate,
Ni que á tu dureza mate
La blandura de Torrente?

Entra OCAÑA en calzas y en camisa, con un mandil delante y con un arnero y una almohaza; entra puesto el dedo en la boca, con pasos tímidos, y escóndese detrás de un tapiz, de modo que se le parezcan los pies no más.

¿Que es posible que no precies
Los montones de oro fino,
Y por un lacayo indino,
Un perulero desprecies?
¿Que no quieras ser llevada
En hombros, como cacique?
¿Que huyas de verte á pique

De ser reina coronada?
¿Que por las faltas de España,
Que siempre suelen sobrar,
No quieras ir á gozar
Del gran país de Cucaña?
¿Que te tenga avasallada
Un lacayo de tal modo,
Que por él dejes el todo,
Y te acojas al nonada?
¿Que á un borracho te sujetes,
Que cuela tan sin estorbos,
Que unos sorbos y otros sorbos
Son sus briznas y luquetes?
¡Oh mujeres, que tenéis
Condición de escarabajo!

CRISTINA. Hablad, Torrente, más bajo,
Si por ventura podéis;
Que dicen que las paredes
A veces tienen oídos.

TORREN. Los tuyos tienes tapidos
A la voz de mis mercedes.
Deja aquese socarrón
Que tu deshonra procura,
Y fabrica tu ventura
Con tu mucha discreción.

CRISTINA. Pues ¿quierole yo, mezquina,
Ó ¿por ventura hago caso
Yo de buzaque?

TORREN. Hablad paso,
Moderad la voz, Cristina;
Que no sabéis quién os oye;
Y haced con prudencia diestra
Que la humilde suerte vuestra
Con la que tengo, se apoye,

Y veréis-os encumbrada
Sobre el cerco de la luna.

CRISTINA. Esa próspera fortuna
Para mí no está guardada,
Que soy una pecadora
Inútil, una mozuela
De mantellina y chinela,
No buena para señora,
Y más estando abatida
Y murmurada de Ocaña.

TORREN. Muéveme ese llanto á saña.
Perderá Ocaña la vida.

CRISTINA. Con sólo media docena
De palos que tú le des,
Rendida vendré á tus pies.

TORREN. Blanda y moderada pena
A tanta culpa le das;
Mejor fuera que la lengua
Que se desmandó en tu mengua,
Se le cortara, y aun más.

CRISTINA. Palos bastan. Vete en paz.

TORREN. El cielo quede contigo.

CRISTINA. Procura hacer lo que digo,

(Éntrase Torrente.)

Secreto, astuto y sagáz.
¡Ay Jesús! ¿Quién está aquí?
¿Qué pies son estos, cuitada?

Sale OCAÑA.

OCAÑA. Cacica, en hombros llevada
Desde Lima á Potosí,
Yo soy, vesme aquí presente,
Hecho estafermo sufrible,

A tu rancor tan terrible
Y á los palos de Torrente.
Pocos son media docena:
La piedad en ti florece;
Que mi culpa bien merece
Cuatro doblada la pena;
Mas yo no tengo por culpa
El amarte, y avisarte
Que de aquello has de guardarte,
Que te obligue á dar disculpa.

CRISTINA. Por vida tuya, lacayo
El más discreto de España,
Que todo ha sido maraña
Burlona y de alegre ensayo;
Porque pensaba avisarte
En viéndote.

OCAÑA. Una por una,
Tú estarás sobre la luna,
Sobre el sol y aun sobre Marte;
Yo mísero, apaleado,
Tendido por ese suelo.

CRISTINA. Nunca tal permita el cielo.

OCAÑA. Tú misma me has condenado.

CRISTINA. Ya te he dicho la verdad:
Que burlaba, y esto baste.

OCAÑA. Pues ¿por qué, di, le intimaste
Secreto y sagacidad?

CRISTINA. Porque advirtiéndote á ti
Del caso, y estando alerta,
Fuese la burla más cierta
Y más buena.

OCAÑA. Fuera ansi,
Cuando tú no confirmaras
Con lágrimas tu deseo.

CRISTINA. Luego ¿no me crees?
OCAÑA. Sí creo,
Mas reparo...
CRISTINA. ¿En qué reparas?
OCAÑA. En las lágrimas, y en ver
Que no son burlas risueñas
Las que descubren por señas,
Matar, rajar y hender.
Pero tú forja en tu fragua
Tus embustes; que yo espero
Que ha de ver el mundo entero
El que lleva el gato al agua.
Entra, y dame la cebada,
Ó darásmela después.
«¡Rendida vendré á tus pies!»
CRISTINA. Esa razón no te agrada;
Pero él no verá cumplida
Tal promesa en vida suya.
OCAÑA. Tomara yo alguna tuya,
Puesto que fuera fingida.
CRISTINA. No seas tan ignorante.
Muestra; que yo volveré.—

(Dale Ocaña el arnero.)

Con esto me quitaré
Dos importunos delante. (Éntrase.)
OCAÑA. Que de un lacá—la fuerza poderó—;
Hecha á machamartí—con el trabá—,
De una fregó—le rinda el estropá—,
Es de los cié—no vista maldició—.
Amor el ár—en sus pulgares tó—,
Sacó una flé—de su pulí-carcá—,
Encaró al có—y dióme una flechá—,
Que el alma tó—y el corazón me dó—,

Así rendí—, forzado estoy á cré—
Cualquier mentí—de aquesta helada pú—,
Que blandamén—me satisface y hié—.
¡Oh de Cupí—la antigua fuerza y dú—,
Cuanto en el ros—de una fregona pué—,
Y más si la sopil—se muestra crú—!

JORNADA TERCERA

Entra DON ANTONIO.

ANTONIO. En la sazón del erizado invierno,
Desnudo el árbol de su flor y fruto,
Cambia en un pardo desabrido luto
Las esmeraldas del vestido tierno.
Mas aunque vuela el tiempo, casi eterno,
Vuelve á cobrar el general tributo,
Y el árbol seco y de su humor enjuto,
Halla con muestras de verdor interno.
Torna el pasado tiempo al mismo instante
Y punto que pasó; que no lo arrasa
Todo, pues tiemplan su rigor los cielos.
Pero no le sucede así al amante,
Que habrá de perecer si una vez pasa
Por él la infernal rabia de los celos.

Entra DON FRANCISCO.

FRANCIS. ¿Siempre han de herir los vientos,
Amigo, en cualquier sazón,
Los ayes de tu pasión,
Los ecos de tus lamentos?
ANTONIO. Si acaso quiero entonar
Alguna voz de alegria,
Siento que la lengua mía
Se me pega al paladar.

Á mi angustia, á mi dolencia
No dan alivio los cielos;
Que no le tienen los celos,
Ni le consiente la ausencia.

FRANCIS. No hay extremo sin su medio,
Ni es eterna humana suerte;
Sólo no tiene la muerte
En la vida algún remedio.
Naturaleza compuso
La suerte de los mortales
Entre bienes y entre males,
Como nos lo muestra el uso.
Esta verdad sé bien yo,
Sin que en probarla porfíe:
Ayer lloraba el que hoy ríe,
Y hoy llora el que ayer rió.

ANTONIO. ¡Oh que filósofo vienes,
Don Francisco!

FRANCIS. Yo confieso,
Que lo soy por el progreso
De tus males y tus bienes.
Dame los brazos y albricias.

ANTONIO. Los brazos veslos aquí,
Y las albricias de mí
Llevarás si la codicias;
Pero yo no sé de qué
Me las pides.

FRANCIS. Yo las pido
De que el amor ha entendido
Los quilates de tu fe,
Y te la quiere premiar
Con entregarte á Marcela.

ANTONIO. Sé que es burla, y llevaréla
Con tu gusto y mi pesar;

Pero no sé qué te mueve
Á hacer burla de un amigo
Tal como yo.

FRANCIS. Verdad digo;
Y escucha, que seré breve.
Su padre de Marcela...

ANTONIO. ¡Oh nombres cordialísimos,
De Marcela y su padre!

FRANCIS. Escucha, no seas tonto.

ANTONIO. Escucho y soylo.

FRANCIS. Esta mañana, estando
En misa en San Jerónimo,
Al salir de la iglesia,
Me tomó por la mano...

ANTONIO. ¡Oh dulce toque!

FRANCIS. ¿Qué toque dulce puede
Dar la mano de un viejo?
Traslúceseme, amigo,
Que así estáis vos en vos como en el cuento.

ANTONIO. Luego ¿no fué Marcela
La que os tocó la mano?

FRANCIS. Que no, sino su padre.

ANTONIO. No entendí bien. Seguid, que estoy suspenso.

FRANCIS. Las pacíficas plantas
De las olivas verdes
Fueron testigos ciertos
De estas palabras, que deciros quiero...

ANTONIO. ¡Oh santísimos orbes
De todas las esferas,
Á quien inteligencias
Supernas rigen, mueven y gobiernan!
Haced que estas razones
En mi provecho sean;
Lleguen á mis oídos,

Siquiera esta vez sola, alegres nuevas.

FRANCIS. Por vida... juro; muérdome
La lengua. ¡Voto á chito,
Que estoy por... Lleve el diablo
Á cuantos alfeñiques hay amantes.
¡Que un hombre con sus barbas,
Y con su espada al lado,
Que puede alzar en peso
Un tercio de once arrobas de sardinas,
Llore, gima y se muestre
Más manso y más humilde
Que un santo capuchino,
Al desdén que le da su carilinda!

ANTONIO. Paréntesis es éste,
Que se lleva colgada
De cada razón suya
Mi alma aquí y allí.

FRANCIS. Pues otro queda.
Pidióle á una fregona
Un amante alcorzado
Le diese de su ama
Un palillo de dientes, y ofrecióle
Por él cuatro doblones,
Y la muchacha boba
Trújole de su amo,
Que era viejo y sin muelas, el palillo.
Él dió lo prometido,
Y engastándole en oro,
Se lo colgó del cuello,
Cual si fuera reliquia de algún santo.
Gemía ante él de hinojos,
Y al palo seco y suyo
Plegarias enviaba
Que en su empresa dudosa le ayudase.

¡Y el otro presumido,
Que va á las embusteras
Del cedacillo y habas,
Y da crédito y firme á disparates!
¡Cuerpo del mundo todo!
Descubra el hombre siempre
Tal valor y tal brío,
Que le muestren varón á todo trance.
No se ande con esferas,
Con globos y con máquinas
De inteligencias puras;
Atienda, espere, escuche, advierta y mire,
Ó lo que en daño suyo,
Ó en su pro, sus amigos
Quisieren descubrirle.

ANTONIO. Atiendo, espero, escucho, advierto y miro.

FRANCIS. Digo, pues, que Don Pedro,
El padre de Marcela,
Me dijo estas palabras...

ANTONIO. ¿Es mucho que te diga que apresures
La comenzada plática,
De cuyo fin depende,
Ó mi vida ó mi muerte?

FRANCIS. Díjome, en fin...

ANTONIO. Primero vendrá el mío.

FRANCIS. Colérico, enfadoso
Estás.

ANTONIO. ¡Cuerpo del mundo!
Acaba, Don Francisco,
Que está pendiente el alma de tu boca.

FRANCIS. Dijo que yo sea parte,
Como que él nada entiende
Que á Marcela, su hija,
Se la demandes por mujer.

ANTONIO. ¿Qué escucho?
¿Búrlaste, amigo, ó quieres
Con falsas esperanzas
Entretener las mías?
FRANCIS. No burlo, juro á Dios; verdad te digo.
ANTONIO. Dame esos pies...
FRANCIS. Levanta.
ANTONIO. Y pídeme en albricias
El alma, y te la diera,
Si ya á Marcela dado no la hubiera.
Mas dime, dulce amigo:
¿Tocaste por ventura
El cuerpo de Don Pedro?
¿Viste si era fantasma ó no?
FRANCIS. Perdido
Estás de esa cabeza.
ANTONIO. ¿Qué era Don Pedro Ossorio,
El padre de Marcela?
FRANCIS. El mismo.
ANTONIO. ¿El mismo?
FRANCIS. El mismo. ¿Qué es aquesto?
ANTONIO. Á tanta desventura
Está el corazón hecho,
Que no puede dar crédito
Á las dichosas nuevas que le intimas;
Pero habrá de creerte,
En fe que tú las dices;
Que el buen amigo, vemos
Que es pedazo del alma de su amigo.
FRANCIS. Busca á Don Pedro Ossorio,
Y pídele á su hija
Por legítima esposa.
ANTONIO. ¿Dónde la tiene?
FRANCIS. En Santa Cruz la tiene,

Un monesterio santo,
Que está puesto muy cerca
De Torrejón y Cubas,
Orden del rico capitán de pobres.

ANTONIO. ¿Qué le movió á llevarla
Á tanto encerramiento?

FRANCIS. No me metí en dibujos;
No le pregunté nada; sólo estuve
Atento á su demanda,
Y con la ligereza
Posible vine á darte
La dulce, que has oído, alegre nueva.

Entran MARCELA y CRISTINA.

MARCELA. Llega, Cristina, y dile
Lo que quieres.

CRISTINA. Ocúpame
El rostro la vergüenza,
Y enmudece la lengua.

MARCELA. ¡Qué melindres!
Tomarte has con un toro
Y con un hombre armado,
Y ¿de mi hermano tiemblas?

ANTONIO. Pues, hermana,
¿Queréis alguna cosa?
¿Mandáis que os sirva en algo?
Pedid á vuestro gusto;
Que estoy en ocasión de hacer mercedes.

MARCELA. En nombre de Cristina
Os pido deis licencia,
Para que aquesta noche
Os hagan una fiesta los de casa,
Muñoz y Dorotea,
Torrente con Ocaña.

CRISTINA. Y nuestro buen vecino,
El barbero, también, y la barbera,
Que canta por el cielo,
Y baila por la tierra,
Con otro oficial suyo,
Nos tienen de ayudar. Dígalo todo.
MARCELA. Dígolo todo. y digo,
Hermano, que yo gusto
Que esta fiesta se haga.
ANTONIO. Digo que soy contento, y doy licencia
Para que el cielo rompa
En diferentes lenguas,
Y en fiestas diferentes,
Las cataratas del placer, y salga
Á playa mi contento;
FRANCIS. Y aun, á ser necesario,
Haré yo mi figura.
ANTONIO. Y aun yo, que soy valiente recitante.
CRISTINA. Mil años, señor, vivas;
Mil regocijos buenos
El corazón te ocupen;
Hacerme tengo rajas esta noche.
ANTONIO. El término decente
De honestidad se guarde,
Cristina.
CRISTINA. Bueno es eso;
Bailaremos á fuer de palaciegos.
ANTONIO. Vamos, amigo.
FRANCIS. Vamos,
Aunque Don Pedro agora
No está en Madrid.
ANTONIO. Pues ¿dónde?
FRANCIS. Á Santa Cruz es ido,
Y volverá mañana.

ANTONIO. Vamos á dar al cielo
Gracias, porque ha mirado mi buen celo.

(Éntranse Don Francisco y Don Antonio.)

MARCELA. Mira, Cristina, que sea
El baile y el entremés,
Discreto, alegre y cortés,
Sin que haya en él cosa fea.
CRISTINA. Hanle compuesto Torrente
Y Muñoz, y es la maraña
Casi la mitad de Ocaña,
Que es un poeta valiente.
El baile, te sé decir
Que llegará á lo posible
En ser dócil y apacible,
Pues tiene que ver y oir;
Que ha de ser baile cantado,
Al modo y uso moderno;
Tiene de lo grave y tierno,
De lo melifluo y flautado.
Es lacayuno y pajil
El entremés, y me admira
De verle una tira mira,
Que tiene de fregonil.
MARCELA. La fiesta será extremada.
CRISTINA. Basta que agradable sea.
MARCELA. ¿Sabe el dicho Dorotea?
CRISTINA. Ninguno no ignora nada
De lo que á su parte toca.
Dame, señora, lugar,
Que nos hemos de ensayar.
MARCELA. Vamos.
CRISTINA. De gusto voy loca. (Éntranse.)

Salen TORRENTE y OCAÑA, cada uno con garrote debajo del brazo.

TORREN. Señor Ocaña, á esta parte,
Que está más llano el camino.
OCAÑA. Por esta vez, peregrino
Traidor, no pienso de honrarte
Con darte el lado derecho,
Porque he de tomar el tuyo.
De esas ceremonias huyo,
Lánguidas y sin provecho.
Adonde quiera voy bien,
Al diestro ó siniestro lado,
Y no quiero, acomodado,
Que otros lugares nos den
Del que me cupiere acaso;
Y sé yo, Señor Torrente,
Que tiene de lo imprudente
Hacer destas cosas caso.
TORREN. ¿Es daga aquese garrote,
Señor Ocaña?
OCAÑA. Es un palo,
Que por martas lo señalo,
Para ablandar un cogote.
Y ¿es puñal aquése vuestro?
TORREN. Es una penca verduga,
Que las espaldas arruga
Del maldiciente más diestro.
OCAÑA. Luego ¿vais á castigar
Algún maldiciente?
TORREN. Sí.
OCAÑA. Pues no pasemos de aquí;
Que yo también he de dar
Doce palos á un bellaco,

Socarrón, traidor y miente.

TORREN. Si lo dices por Torrente,
Daré destierro á este saco,
Y haré en calzas y en jubón,
Ya con el palo ó sin él,
Que confieses ser tú aquel
Desmentido y socarrón.

OCAÑA. Tente, Torrente; ¿estás loco?
Ten tus cóleras á raya,
Si quieres que yo me vaya
En las mías poco á poco.
¿Han de fenecer aquí,
Por gustos de mozas viles,
Dos Hectores, dos Aquiles?

TORREN. Mueran; ¿qué se me da mí?

OCAÑA. Vive Dios, que Cristinilla
Me mandó te apalease,
Á lo menos te reglase
La una y otra mejilla
Con una navaja aguda,
Que es, si en ello mirar quieres,
Entre las crudas mujeres,
La más insolente y cruda.
Lo mismo á mí me mandó,
Que á ti.

TORREN. Sin duda ansí es.

OCAÑA. Y ¿saldrá con su interés?

TORREN. Amigo Ocaña, eso no.
Vivamos para beber,
Pues para beber vivimos,
Y estos dijes y estos mimos,
Con otros se han de entender
De más tiernas intenciones
Y de más sufribles lomos;

No con nosotros, que somos
Malos, sobre socarrones.
Disimula; vesla allí
Donde víene, disimula.

OCAÑA. Esta es la más mala mula
Que en mi vida rasqué ó vi.

TORREN. Contemporicémosla,
Quizá mudará el rigor;
Que en su mudanza en mejor,
Se ha de poner en quizá.

Entra CRISTINA.

CRISTINA. Apostaré que están hechos
Pedazos mis dos amantes;
Que revientan de arrogantes
Y de coléricos pechos.
Pero allí están sosegados
Más que en misa. ¿Cómo es esto?
Aun no se habrán descompuesto;
Que son rufos recatados.

TORBEN. ¿Señora Cristina mía?

CRISTINA. ¿Tuya? bueno.

TORREN. Pues ¿qué? ¿no?

CRISTINA. ¿Quién á ti á Cristina dió?

TORREN. El dinero y la porfía.

CRISTINA. ¿Qué dinero?

TORREN. Aquel que pienso
Darte en llegando la flota,
Si no es que, de puro rota,
Da al mar el usado censo.

CRISTINA. Tú, ¿no me das algo, Ocaña?

OCAÑA. Cristina, ¿yo te he dado,
Como poeta rodado,
Del entremés la maraña?

¿Hay día que no te cebe
Con dos cuartos y aun con tres?

CRISTINA. Si es que sale el entremés
Tal, que mi señor le apruebe,
Yo me daré por pagada,
Y satisfecha, que es más.

TORREN. Cristina, ¿no nos dirás,
Si es que el caso no te enfada,
Á cuál de los dos más quieres?

CRISTINA. Es injusta petición,
Y aquesa declaración
No la han de hacer las mujeres
Como yo; mas si gustáis
Que por señas os lo diga,
Haré lo que más me obliga
El amor que me mostráis.
Muestra, si traes, un pañuelo,
Ocaña.

OCAÑA. Sí traigo, y roto,
Y te le ofrezco, devoto,
Con sano y humilde celo.

CRISTINA. Toma este mío, Torrente:
Y con esto he declarado
Lo que me habéis preguntado,
Honesta y discretamente:
Y adios, y venid; que es hora
De ensayar el entremés. (Éntrase.)

TORREN. Si no te aclaras después,
Más confuso estoy agora
Que antes de hacer la pregunta.

OCAÑA. Pues yo me aplico la palma;
Que en mi provecho mi alma
Estas razones apunta:
Á ti dió, sin darle nada,

Y arme á mí, tomó;
Con el darte te pagó;
Llevando, queda obligada
Al pago que recibió.

TORREN. Aquí, en tomar lo que tiene,
Dan muestra que se aborrece,
Y en el dar, claro parece
Que más amor se contiene,
Pues con las dádivas crece.

OCAÑA. La verdád desta cuestión
Quede á la mosquetería;
Que tal hay, que él se cría
El ingenio de un Platón.
Estos capipardos son
Poetas casi los más,
Y tal vez alguno oirás
Que á socapa dice cosas,
Que parecen, de curiosas,
Que las dicta Barrabás.

(Éntranse Torrente y Ocaña.)

Salen DON ANTONIO, DON FRANCISCO, CARDENIO, MARCELA y MUÑOZ.

ANTONIO. Quiera Dios que la fiesta corresponda
Al buen deseo de los recitantes.

MUÑOZ. Será maravillosa, porque danza
Nuestro vecino el barberito, y ¡cómo!

Asómase á la puerta del teatro CRISTINA, y dice:

CRISTINA. Pónganse todos bien; que ya salimos.

MARCELA. ¿Han venido los músicos?

CRISTINA. Ya tiemplan.

(Éntrase.)

Salen OCAÑA y TORRENTE como lacayos, embozados.

TORREN. Paréceme que vas algo dañado,
Ocaña.
OCAÑA. Cuando voy desta manera,
Va el jüicio en su punto. ¿Tú no sabes
Cómo el calor vinático despierta
Los espíritus muertos y dormidos?
De suerte voy, que pelearé con ciento,
Sin volver el pie atrás una semínima.
CARDEN. No es muy mala entrada.
MUÑOZ. ¿Cómo mala?
Digo que es la mejor cosa del mundo;
Yo soy su medio autor.
TORREN. Ocaña, ¿es este
El zaguán de la fiesta?
OCAÑA. No diviso;
Que tengo las lumbreras algo turbias.
Adonde oyeres música repara.
TORREN. Escucha; que aquí ya salen Cristina
Y Dorotea.
OCAÑA. Cáigome de sueño.

Salen DOROTEA y CRISTINA como fregonas.

DOROTEA. Aquesta tarde, Cristinica amiga,
Pienso bailar hasta molerme el alma.
CRISTINA. Y yo hasta reventar he de brincarme.
¡Cómo tarda Aguedilla, la del sastre!
DOROTEA. ¿Díjote que vendría?
CRISTINA. Y Julianilla,
La del entallador, con Sabinica,
Que sirve á la beata en Cantarranas.
DOROTEA. Todas son bailadoras de lo fino;

En fregando, vendrán.

CRISTINA. Como nosotras,
Que lo dejamos todo hecho de perlas.
De la cena no curo; que mi amo
Dos huevos frescos sorbe, y á Dios gracias.

DOROTEA. El mío nunca cena, que es asmático,
Y con dos bocadillos de conserva
Que toma, se santigua y se va al lecho.

CRISTINA. Y tu ama, ¿qué hace? ¿No se acuesta?

DOROTEA. No toméis menos: puesta de rodillas
Dentro de un oratorio, papa santos
Dos horas más allá de los maitines.

CRISTINA. También es mi señora una bendita,
Y por nuestra desgracia, ellas son santas.

DOROTEA. Pues ¿no es mejor, amiga, que lo sean?

CRISTINA. No, ni con cien mil leguas. Si ellas fueran
Resvaladoras de carcaño, acaso
Tropezaran aquí, y allí rodaran;
Y sabiendo nosotras sus melindres,
Tuviéramos la nuestra sobre el hito;
Ellas fueran las mozas, y nosotras
Fuéramos las patronas á baqueta,
Como dice el Toscano.

DOROTEA. Verdad dices:
Que el ama de quien sabe su criada
Tiernas fragilidades, no se atreve,
Ni aun es bien que se atreva, á darle voces
Ni á reñir sus descuidos, temerosa
Que no salgan á plaza sus holguras.

CRISTINA. ¿Has visto qué calzado trae Lorenza,
La que sirve al letrado boquituerto?
¿Quién se le dió, si sabes?

DOROTEA. Un su primo,
Donado, que es un santo.

CRISTINA. ¡Ay Dorotea,
Cómo los canonizas!
DOROTEA. Oye, hermana;
Que los músicos suenan, y el barbero,
Gran bailarín, es éste que aquí sale.
MUÑOZ. Vive el cielo, que es cosa de los cielos
El entremés.
OCAÑA. Aquel viejo me enfada;
Qué le he de dar, pondré, una bofetada.

Entran los músicos y el BARBERO, danzando al son de este romance:

«De los danzantes la prima
Es este barbero nuestro,
En el compás acertado
Y en las mudanzas ligero;
Puede danzar ante el Rey,
Y aquéso será lo menos,
Pues alas lleva en los pies
Y azogue dentro del cuerpo.
Anda, aguija, salta y corre
Aquí y allí, como un trueno;
Adóranle las fregonas,
Respétanle los mancebos.»
OCAÑA. Óiganme; pido atención:
No gusto destos paseos,
Deste dar coces al aire
Y puntapiés á los vientos.
Toquen unas seguidillas,
Y entendámonos; y advierto
Que se juegue limpiamente,
Y sepan que no me duermo.
MUÑOZ. ¿Hay tal Ocaña en el mundo?
¿Hay tal lacayo en el cielo?

BARBERO. Alto pues, vayan seguidas.
CRISTINA. Sí, amigo, porque bailemos.
MÚSICOS. «Madre la mi madre,
Guardas me ponéis;
Que si yo no me guardo,
Mal me guardaréis »
TORREN. Esto sí, ¡cuerpo del mundo!
Que tiene de lo moderno,
De lo dulce, de lo lindo,
De lo agradable y lo tierno.
MÚSICOS. «Dicen que está escrito,
Y con gran razón,
Que es la privación
Causa de apetito.
Crece en infinito,
Encerrado, amor;
Por esto es mejor
Que no me encerréis;
Que si yo no me guardo, etc.»
OCAÑA. Ya les he dicho que bailen
Á lo templado y honesto;
Qu no gusto que se beban
De las niñas el aliento.
BARBERO. Por vida del so lacayo,
Que nos deje; que aquí haremos
Lo que más nos diere gusto.
OCAÑA. Bailen; después nos veremos.
MÚSICOS. «Es de tal manera
La fuerza amorosa,
Que á la más hermosa
La vuelve en quimera;
El pecho de cera,
De fuego la gana,
Las manos de lana,

De fieltro los pies,
Que si yo no me guardo, etc.»

TORREN. Tampoco á mí me contentan
Estas vueltas ni floreos;
Que se requiebran bailando,
Pues son requiebros los quiebros.

MÚSICOS. Señores lacayos, vayan
Y monden la haza, y déjennos.

OCAÑA. Musiquillo de mohatra,
Canta y calla; que queremos
Estar aquí, á tu pesar.

MÚSICOS. Está bien dicho: cantemos.
«Quien tiene costumbre
De ser amorosa,
Como mariposa,
Se va tras su lumbre,
Aunque muchedumbre
De guardas le pongan,
Y aunque más propongan
De hacer lo que hacéis;
Que si yo no me guardo, etc.»

TORREN. Varilla de volver tripas,
No hagas tantos meneos;
Lagartija almidonada,
Baila á lo grave y compuesto.

DOROTEA. Bodegón con pies, camine;
Que aquí no le conocemos;
Calle ó pase, porque olisca
Á lacayo y á gallego.

MÚSICOS. Estas sí que son matracas
Que tienen del caballero,
De lo ilustre y de lo lindo,
De lo propio y lo risueño.

OCAÑA. Bailar quiero con Cristina.

TORREN. No con mi consentimiento.
¿No se acuerda el sor Ocaña,
Que á mí me dió su pañuelo;
Y que en fe de ser su cuyo,
Sobre ella dominio tengo,
Y que los rayos del sol
No la han de tocar, si puedo?

OCAÑA. Y ¿no sabe el so Torrente,
Que soy aquel que merezco
Bailar con un arzobispo,
Aunque sea el de Toledo?

CARDEN. ¿No pasa el baile adelante?

OCAÑA. No; que ha de pasar primero
De Ocaña la valentía,
Su venganza y su denuedo.

TORREN. ¡Ay narices derribadas
Y tendidas por el suelo!
Pero toma esta respuesta:
De Tarpeya mira Nero.

MÚSICOS. Dióle; ¡mal haya la farsa.
Y el autor suyo primero!
Pero yo no di esta traza,
Ni escribí tal en mis versos.

BARBERO. Pasado de parte á parte
Está el pobre Ocaña.

MARCELA. ¡Ay cielos!

BARBERO. Yo les tomaré la sangre,
Que para esto soy barbero.

DOROTEA. Mi señora se desmaya.

ANTONIO. Yo tengo la culpa desto,
Pues que sabía que Ocaña
Es buzaque en todo tiempo.

BARBERO. ¡Paños! ¡estopas! ¡aguijen!
¡Tráiganme claras de huevos!

CARDEN. Huye, traidor enemigo;
Huye, traidor; que le has muerto.
TORREN. Mire si halla mis narices,
Porque sin ellas no pienso
Salir un paso de casa.
CARDEN. Sal; que le has muerto.
TORREN. No quiero.
DOROTEA. ¡Ay sin ventura señora!
ANTONIO. Las dos llevadla allá dentro.
Miren quién llama á esa puerta;
Y la rompen; ¿qué es aquesto?
FRANC. Yo pondré que es la justicia,
Que á los llantos lastimeros
Destas muchachas acude.
CRISTINA. Aqueso tengo yo bueno:
Que no lloraré una lágrima
Si viese á mi padre muerto,
Y más, viéndome vengada
Destos dos amantes ciegos,
Importunos, maldicientes,
Socarrones, sacrilegos,
Pobres sobre todo y ruines;
Mirad qué extremos, extremos.

Entran un ALGUACIL y un CORCHETE.

ALGUAC. ¿Qué griteria es aquesta?
CORCH. Aquí hay sangre. ¿Qué es aquésto?
TORREN. Yo soy, que estoy sin narices.
OCAÑA. Y yo, que estoy casi muerto.
ALGUAC. No se me vaya ninguno;
Cierren esas puertas luego.
MÚSICOS. De aquí habremos de ir...
DOROTEA. ¿Adónde?
MUSICOS. Á la cárcel por lo menos.

ANTONIO. ¿No la habéis echado el agua?
DOROTEA. Ya vuelve en sí
CORCH. ¿Qué haremos?
¿Han de ir á la cárcel todos?
ALGUAC. El caso sabré primero.
TORREN. ¿Que tengo de ir á Turpia?
OCAÑA. ¡Que esté tan cerca mi entierro!
Mete la tienta, cuitado,
Con más blandura y más tiento.
BARBERO. Más de dos palmos le cuela.
OCAÑA. Si yo cuatro azumbres cuelo,
No es bien se mire conmigo
En dos varas más ó menos.
CORCH. Veamos estas narices.
TORREN. Paso, detente; reniego
De tus pies y de tus patas;
Que las pisas, y tendremos
Que enderezarlas, si acaso
Quedan chatas.
CORCH. Yo no veo
En el suelo tus narices.
TORREN. Verdad, porque aquí las tengo.
MÚSICOS. ¡Milagro! ¡milagro grande!
OCAÑA. Tú, compasivo barbero,
Por lo hueco de una bota
Entraste la tienta á tiento.
ANTONIO. Luego ¿todo esto es fingido?
OCAÑA. Sí, señor.
ANTONÍO. Por Dios del cielo,
Que estoy por hacer que salga
Lo que es fingido, por cierto.
¿Desnudar donde hay mujeres
Espadas?
TORREN. ¡Ah señor bueno,

Qué mal sientes de sus bríos!

ANTONIO. Digo que sois majadero.

ALGUAC. Luego ¿todo aquesto es burla?

OCAÑA. Todo aquesto es burla luego;
Pero después serán veras.

TORREN. ¿Qué buen relente tenemos?

FRANCIS. El picón, por Dios bendito,
Que ha sido de los más buenos
Que he visto hacer en mi vida.

DOROTEA. ¿Bailaremos más?

CRISTINA. Bailemos.

MARCELA. No, porque aun no estoy en mí
Del sobresalto, y deseo
Reparar el accidente,
Que me ha puesto en recio extremo.

ANTONIO. Entraos, hermana.

MARCELA. Reñíd
Conmigo vosotros.

TORREN. Demos
Sobresaltado remate
Al principio de sosiego.

(Éntranse Crisina, Marcela y Dorotea.)

ALGUAC. De que todo sea comedia,
Y no tragedia, me alegro;
Y así, á mi ronda, señores,
Con vuestra licencia, vuelvo.

(Éntranse el Alguacil y el Corchete.)

CARDEN. Ocaña y Torrente, digo
Que el asunto fué discreto,
Del picón, y que se hizo
Con propiedad en extremo.

MUÑOZ. El principio todo es mío,

Pero no lo fué el progreso;
El perulero y Ocaña
Tienen el diablo en el cuerpo.

OCAÑA. Miren la herida por quien
Metió la tienta el barbero,
Que mientras es más profunda,
Más vida bien me prometo.

(Enseña una bota de vino.)

TORREN. Preguntar quiero otra vez,
Mis señores mosqueteros,
Quién ha de llevar la gala
De los trocados pañuelos;
Pensadlo para otra vez,
Que en este sitio saldremos
Con preguntas más agudas,
Con entremeses más buenos:
Y advertid que soy Torrente,
Perulero por lo menos,
Y os daré selvas de plata,
Y mil montes de oro llenos.

OCAÑA. Hermanos, yo soy Ocaña,
Lacayo, mas no gallego;
Sé brindar y sé gastar
Con amigos cuanto tengo. (Éntranse todos.)

Entran DON SILVESTRE DE ALMENDÁREZ, el verdadero, con una gran cadena de oro, ó que le parezca, y CLAVIJO, su compañero.

SILVEST. Si no llega al retrato su hermosura,
Y della ha declinado alguna parte,
Podrá buscar en otra su ventura.

CLAVIJO. Señor, lo que yo puedo aconsejarte
Es, que procures que la vista sea

La que de esta verdad ha de informarte;
Y si tu prima acaso fuere fea,
No faltarán excusas con que impidas
El lazo que se teme y se desea;
Que á darse el matrimonio por dos vidas,
Las glorias que no diera la primera,
Fueran en la segunda prevenidas.
Un nudo solo, dado á la ligera,
Aprieta, estrecha y liga de tal suerte,
Que dura hasta la hora postrimera.
No fué de Gordïano el lazo fuerte
Tan duro de romper, como este ñudo,
Que sólo se desata con la muerte.
Mancebo eres, pero muy sesudo;
Y así, de que has de hacer como discreto,
Tan confiado estoy, que en nada dudo.

SILVEST. De seguir tus consejos te prometo.
Esta es buena coyuntura,
Porque imagino, que es ésta
Mi prima.

CLAVIJO. Como es hoy fiesta,
Saldrá á misa.

SILVEST. ¡Gran ventura!
De mi primo esta es la casa;
Ella es, no hay que dudar.

CLAVIJO. Toda la puedes mirar,
Si es que descubierta pasa.

Salen MARCELA y DOROTEA, con mantos, y detrás QUIÑONES, con una almohada de terciopelo, y MUÑOZ, que lleva á Marcela de la mano.

MARCELA. Delantero cargó Ocaña,
Muñoz, en el entremés.

MUÑOZ ¿No sabes, señora, que es

El mayor cuero de España?

MARCELA. Desenvainar las espadas
Me dió pena.

MUÑOZ. Aquellas monas
Nunca las sacan tizonas,
Porque todas son coladas.
Embebe, como esponja,
Vino Ocaña y aun Torrente
Bebe como hombre valiente,
Sin melindre y sin lisonja.

MARCELA. Don Silvestre, ¿queda en casa?

DOROTEA. Sí, señora, y acostado.

MARCELA. Mi primo es tan regalado,
Que ya de lo honesto pasa.
¿Traes, Dorotea, las *Horas?*

DOROTEA. Sí, señora.

MUÑOZ. El corazón
Me dice que hoy el sermón
Tiene de durar tres horas;

(Al pasar, Don Silvestre y Clavijo hacen á Marcela una gran reverencia, y ella ni más ni menos.)

Pero yo le oiré de modo,
Que fastidio no me pille.

MARCELA. Luego, ¿no pensáis oílle?

MUÑOZ. Alguna parte, no todo.

(Éntranse Marcela, Muñoz, Dorotea y Quiñones.)

SILVEST. Esta es Marcela, mi prima,
Y el retrato le parece.

CLAVIJO. Por cierto que ella merece
Ser tenida por la prima
De hermosura y gentileza,
Y estaría en perfección

Grande, si su discreción
Llega donde su belleza.

SILVEST. *Primo y don Silvestre* dijo,
Y que quedaba acostado,
Y que era muy regalado;
¿Qué infieres desto, Clavijo?

CLAVIJO. De lo que pueda inferir,
Ingenio no se resuelve;
Mas el escudero vuelve,
Que nos lo podrá decir.

Vuelve MUÑOZ.

MUÑOZ. Viejo en pie, largo sermón,
Temblores de puro frío
Y el estómago vacío,
No llaman la devoción.
Aquí al sol estaré en tanto
Que se quiebra la cabeza
Este fraile, rica pieza,
Que todos tienen por santo.

CLAVIJO. Díganos, señor galán:
¿Quién es aquesta señora
Que entró de la mano ahora?

MUÑOZ. ¿Adónde?

CLAVIJO. En San Sebastián.

MUÑOZ. Es Marcela de Almendárez,
Doncella la más garrida
Que vive en toda la corte,
Más honesta y recogida.
Es su hermano don Antonio
De Almendárez. Tiene en Indias
Un hermano de su padre,
Rico á las mil maravillas,
Un hijo del cual en casa

Se huelga á pierna tendida,
Esperando si de Roma
El Padre Santo le envía
Licencia para casarse
Con Marcela, que es su prima.

SILVEST. Y ¿llámase?

MUÑOZ. Don Silvestre
De Almendárez, y es de Lima,
Y á nuestra casa llegó,
Puedo decir en camisa,
Porque en una gran tormenta
Echó al mar dos mil valijas,
Llenas de tejuelos de oro
Finísimo y plata fina,
Y entre ellas fué mi bayeta,
Que fué oída y no fué vista.

CLAVIJO. ¡Válame Dios! ¡Grave caso!

MUÑOZ. Éste que viene podría
Contaros el caso grave
Con más luenga narrativa,
Que se halló presente á todo,
Con gran dolor de su aníma.

SILVEST. *Ánima* querréis decir.

MUÑOZ. No me importa á mí una guinda
Pronunciar con dinguinduges.

Entra TORRENTE.

TORREN. Muñoz, ¿en que está la misa?

MUÑOZ. En el misal: ahora empieza.

TORREN. ¿Pasó por aquí Cristina?

MUÑOZ. Entre la cruz creo que andáis,
Torrente, y la agua bendita,
Bastan las de vuestros ojos,
Sin buscar ajenas niñas;

Que es Ocaña apitonado,
Y sabe mucho de esgrima.

TORREN. En este caso y en otros,
¿Mondo yo por dicha níspolas?
Y cuando no, su cabeza
Tiene de guardar la mía.

Entra un CARTERO de esos que andan por la corte dando las cartas del correo.

CARTERO. Don Antonio de Almendárez,
¿Saben donde vive, á dicha,
Señores?

MUÑOZ. Hombre de bien,
Á la vuelta, en una esquina.
¿Son de Roma?

CARTERO. Sí, señor.

MUÑOZ. La dispensación sería
Que aguarda el gran peregrino,
Y la en beldad peregrina.
¿Cuánto es el porte?

CARTERO. Un escudo.

MUÑOZ. Hoste, puto; vaya y diga
Al mayordomo de casa,
Que le pague y la reciba.

(Éntrase el Cartero.)

TORREN. Agora sí que tendremos
Gusto abierto y rica gira,
Regodeos hasta el tope,
Lautas y limpias comidas.
Mudaremos este pelo
De sayal con cebollinas
Martas.

MUÑOZ. Procurad que sean

Ajunas, que son más finas.

SILVEST. Con tantos gustos, sin duda
Que olvidaréis la tormenta
Que pasastes, que á mi cuenta
Debió ser en la Bermuda;
Que siempre en aquel paraje
Hay huracanes malinos.

TORREN. Tanto, que de peregrinos
Hicimos pleito homenaje
Yo y mi señor Don Silvestre;
Mas yo tengo por lunático
Quien sube en caballo acuático,
Cuando le tiene terrestre.
Á la sorda y á la muda
Íbamos muy sin placer,
Cuando llegamos á ver
La venta de la Barbuda;
Pero tenía cerradas
Las puertas, si viene á mano,
Y no hay fiarse cristiano
De viejas que son barbadas.

SILVEST. Y la Canal de Bahama
¿Pasóse sin detrimento?

TORREN. Otra canal yo no siento,
Que aquesta por do derrama
Sus dulces licores Baco.

CLAVIJO. ¿Dónde se alijó el navío?

TORREN. No le alijó el señor mío,
Que le tuvo por bellaco,
Y más, que espera tener
Hijos en su prima hermosa.

MUÑOZ. La respuesta, aunque graciosa,
Nos ha de echar á perder.

SILVEST. En el golfo de las Yeguas

Sería el trance cruel.

TORREN. Creo que pasamos dél
Desviados cuatro leguas.

CLAVIJO. Y ¿dónde se tomó tierra?

TORREN. En el suelo.

SILVEST. Dice bien.

MUÑOZ. Vuestras mercedes nos den
Licencia.

SILVEST. Donaire encierra
El peregrino; en verdad
Que si aspirara á piloto,
Que yo le diera mi voto
Con poca dificultad,
Porque describe los puertos
Y los golfos bravamente. (Éntranse.)

MUÑOZ. Es estimado Torrente
De los pilotos más ciertos
Que encierra Guadalcanal,
Alanis, Jeréz, Cazalla.

TORREN. Baco en sus Indias se halla,
Pasando por mi canal.

MUÑOZ. Si la plática no atajo
En ocasión oportuna,
Vos os veis, sin duda alguna,
Torrente amigo, en trabajo.

(Éntranse Torrente y Muñoz.)

Salen DON ANTONIO, DON FRANCISCO y DON AMBROSIO, que trae un papel en la mano.

AMBROS. Si desto albricias no dais,
Ó esta verdad no creéis,
Ni de mi mal os doléis,
Ni de mi bien os holgáis.

Tras la noche triste mía,
Amarga, lóbrega, escura,
Hizo salir la ventura
Claro sol y alegre día.
Por las levantadas cumbres
De imposibles que temí,
Mi luz clara salir vi,
Llena de piadosas lumbres,
Que como nortes me guían
Al puerto con dulces modos,
Y de los peligros todos
Del mar de amor me desvían.
Ya Marcela ha parecido,
Y con esa letra y firma,
Todos mis bienes confirma:
Ya, cual veis, soy su marido.

ANTONIO. ¿Sabéis vos que ésta es su mano
Y firma?

AMBROS. Sin duda alguna.

ANTONIO. Con tan próspera fortuna,
Bien es que os mostréis ufano;
Pero de su padre sé,
Que la casa en otra parte.

AMBROS. Él ni nadie será parte
Á que se rompa la fe
Que con sangre viene escrita
En este papel que veis.

ANTONIO. Haga amor que la gocéis
Luengo tiempo en paz bendita.
Tomad, y hágaos buen provecho
Vuestra ventura extremada.

FRANCIS. La mujer determinada
Pone á todo trance el pecho.
Pero veis aquí do viene

El padre de vuestra esposa.

AMBROS. Esperarle aquí no es cosa
Que á mis designios conviene.

Entra el PADRE de MARCELA y vase Ambrosio, y entra también OCAÑA.

PADRE. Como fué demanda honesta
La que os hice, vengo á ver,
Si vino á corresponder
Con mi intención la respuesta,
Que ya en público la pido;
Que no quiero que rodeos
Encubran que mis deseos
No son de padre advertido.
Daré al señor Don Antonio
(Deste modo lo diré)
Mi alma, pues le daré
Á mi hija en matrimonio.
En ella le daré esposa
Bien nacida, cual se sabe,
Y aun extremo á donde cabe
El mayor de ser hermosa;
Una niña, á quien apenas
El sol ni el viento han tocado;
Un armiño aprisionado
Con religiosas cadenas;
Una, que son sus cuidados
De simple y tierna doncella,
Y ofrezco en dote, con ella,
De renta dos mil ducados.

ANTONIO. Con mucho gusto, señor
Don Pedro Osorio, hiciera
Lo que tan bien me estuviera,
Mirando á vuestro valor;

Mas la señora Marcela
Ha ganado por la mano
Á vuestro intento tan sano,
Que en honrarla se desvela.
Ella se ha escogido esposo,
Que es el que salió de aquí.

PADRE. ¿Mi hija Marcela?

FRANCIS. Sí.

PADRE. Padre triste, viejo astroso,
¿Qué escuchas? ¿Cómo es aquésto?

FRANCIS. Una cédula le ha dado
De su mano, donde ha echado
De lo que es amor el resto.

PADRE. Será falsa.

FRANCIS. Podría ser,
Pero imagino que no.

PADRE. Pues ¿para qué os la mostró?

ANTONIO. Turba el sentido el placer.
Primero que él la vea,
Primero que él la toque,
Primero que la goce,
Ha de perder la vida ó yo la mía.
¿Qué venga un embustero,
Con sus manos lavadas,
Y no limpias por esto,
Y el alma os robe y saque de las carnes?
Mitades son del alma
Los hijos, más las hijas
Son mitad más entera,
Por cuyo honor el padre ha de ser lince.

OCAÑA. Por Cristo benditísimo,
Que la razón le sobra
Por cima los tejados
Á este pobre señor, de quien me duelo;

¿Que aquestos pisaverdes,
Que aquestos tiquimiquis,
De encrespados copetes,
Se anden á pescar bodas con embustes?

ANTONIO. Majadero, ¿qué es esto?

OCAÑA. Yo callo y me arrepiento
De lo dicho.

ANTONIO. Mostrenco,
¿De cuándo acá os metéis vos en docena?

OCAÑA. ¿Qué no pueda hacer baza
Yo con este mi amo?
Y si á las discreciones
Jugamos, quince y falta puedo darle.

PADRE. No os quiero pedir nada,
Ni es razón que os la pida,
Hijo; que si lo fuérades,
Remozara mis canas y mis días.—
Hijas inobedientes,
Que al curso de los años
Anticipáis el gusto,
Destrúyaos Dios, los cielos os maldigan.

(Éntrase.)

ANTONIO. Mi gozo está en el pozo.

FRANCIS. ¿Y si es falsa la cédula?

ANTONIO. Aunque lo sea, amigo,
Ya el honor titubea de Marcela;
Cuanto más, que se sabe
Que es bueno Don Ambrosio,
Y no levantaría
Tan grande testimonio.

FRANCIS. Así lo creo.

ANTONIO. Doncella de escritorios,
De públicas audiencias,

De pruebas y testigos,
No es para mí.

OCAÑA. Sentencia aristotélica.

Entran TORRENTE y CARDENIO.

TORREN. ¿Á cuándo, cuitado, aguardas?
¿Qué diligencias has hecho
Que te sean de provecho?
¿Á qué esperas? ¿Á qué tardas?
Lugar tienes y ocasión,
Para rogar y fingir.

CARDEN. Yo tengo para morir,
No para hablar, corazón.

TORREN. Tu silencio ha de ser causa
De toda tu desventura.

CARDEN. Su honestidad y hermosura
Ponen en mi intento pausa.
Al cabo habré de morir
Callando.

TORREN. ¡Qué simple amante!

CARDEN. Medroso, mas no ignorante.

TORREN. Todo lo puedes decir.

Entran MARCELA, DOROTEA, MUÑOZ, CRISTINA y QUIÑONES.

MARCELA. La torpeza en vos se halla;
Caminad, que os valga Dios.

OCAÑA. Uno á uno, dos á dos,
Juntado se ha gran batalla.

Entran SILVESTRE y CLAVIJO.

SILVEST. ¿Un Don Silvestre está aquí,
Que tiene por sobrenombre

De Almendárez?

CARDEN. Gentilhombre,
Yo soy; ¿qué quereis de mí?

SILVEST. Dadme, señor, vuestros pies;
Que soy grande servidor
De vuestro padre.

CARDEN. Señor,
Cortés, más no tan cortés.

SILVEST. Diez mil pesos ensayados,
Con vos, me escribe mi padre,
Me envía, y tres mil mi madre.

TORREN. ¡Pesos serán bien pesados!
Catorce mil se tragó
El mar, como soy testigo.

SILVEST. Trece mil son los que digo.

TORREN. Catorce mil digo yo.

CARDEN. Es verdad, yo recibí,
Señor, todo ese dinero;
Pero el mar...

CLAVIJO. Aquí no hay pero.

SILVEST. Yo responderé por mí;
Callad vos. También me envía
De vuestra prima un retrato.

TORREN. Sorbiósele el mar ingrato,
Sin guardarle cortesía.
Pensamos que se amansara
Tocándole su figura,
Y por respeto y mesura
En su lecho se acostara;
Pero fué tan mal mirado,
Que alzó montes sobre montes,
Y escondió los horizontes,
Y aun la faz del sol dorado.

MARCELA. No era reliquia el retrato.

CLAVIJO. No, pero si él le arrojara
Con devoción, se mostrara
Manso el mar, y el cielo grato.
TORREN. Todo esto en la memoria
No está, Muñoz, que nos diste;
Y si nos caen en el chiste,
Nuestra desdicha es notoria.
SILVEST. ¿Vuesa merced tiene acaso
Otro hermano?
CARDEN Sí, señor.
MUÑOZ. No, señor. ¡Oh grande error!
Mil sustos de muerte paso.
CLAVIJO. ¿Cómo se llama?
TORREN. Don Juan
De Almendárez.
SILVEST. ¿Qué edad tiene?
TORREN. Aquella que le conviene.
OCAÑA. Examinando les van,
Y yo no sé para qué.
SILVEST. ¿Tocaron en la Bermuda?
TORREN. Ya he dicho desa Barbuda
Otra vez lo que yo sé.
SILVEST. No ingenio, mas ignorancia
Es fabricar la maldad,
De quien está la verdad
No dos dedos de distancia.
Yo soy, señor Don Antonio,
Vuestro primo verdadero,
Y de ser éste embustero
Darán claro testimonio
Mis papeles y el retrato
De mi señora Marcela.
MUÑOZ. El alma se me rebela;
Si hoy no me muero, me mato.

SILVEST. Dadme, señora, esos pies,
Por vuestro primo y esposo.
FRANCIS. Este es caso prodigioso.
MARCELA. Cortés, mas no tan cortés.
TORREN. Tres días ha, desventurado,
Que por no querer hablar,
Te has de ver, á bien librar,
En galeras y azotado.
Embistiérasla malino,
Y no aguardaras á verte
En la desdichada suerte,
Y en el traje peregrino.
FRANCIS. ¿Quién eres?
CARDEN. Un estudiante.
TORREN. Y yo su capigorrón,
Que tengo de socarrón
Harto más que de ignorante.
CARDEN. Solicitóme el amor
Á entrar en esta conquista,
Á la sombra de una lista...
TORREN. Que la escribió este traidor
De Muñoz.
MUÑOZ. Dios sea conmigo;
Llegó de Muñoz el fin.
ANTONIO. ¡Ah escudero viejo y ruin!
OCAÑA. Eso pido y eso digo.
CARDEN. Esos soles sobrehumanos
Por quien mi mal crece y mengua,
Pusieron freno á mi lengua,
Como esposas á mis manos.
En los rayos de sus ojos
Se despuntaban los míos,
Y nunca mis desvaríos
Llegaron á darla enojos.

Si me queréis castigar,
Primero advertid, señores,
Que los yerros por amores
Son dignos de perdonar.

ANTONIO. En albricias el perdón
Te diera; mas ten aviso,
Que el Pontífice no quiso
Conceder dispensación
Entre mi primo y mi hermana.

MARCELA. Casamientos de parientes
Tienen mil inconvenientes.

CLAVIJO. El favor todo lo allana.
Yo iré á Roma y la traeré.

SILVEST. Yo, aunque primo verdadero,
Ni quedarme en casa quiero,
Ni poner en ella el pie;
Que la honra de mi prima
Ha de ir contino adelante,
Sin que haya otro estudiante
Que la asombre ó que la oprima.

CRISTINA. ¿No ha de haber un casamiento
En esta casa jamás?

OCAÑA. Tú, Cristina, le harás,
Si te ajustas á mi intento.

CRISTINA. Yo me ajusto al de Quiñones.

QUIÑON. Pues yo no me ajusto al tuyo.

CRISTINA. ¿Tú para no ser mi cuyo
Hallas razón?

QUIÑON. Y razones.

CRISTINA. Ocaña, si me deseas,
Vesme aquí.

OCAÑA. No es mi linaje
Tal, que lo que arroja un paje
Escoja yo, ni tal creas.

TORREN. Á no estar temiendo aquí
La penca de algún verdugo,
Ese arrojado mendrugo
Le tomara para mí.
CRISTINA. Malos años y mal mes.
TORREN. Acordársete debía,
Facinorosa arpía,
Del pañuelo y entremés.
MARCELA. Con licencia de mi hermano
Y de mi primo, yo quiero
Sentenciar al escudero,
Y al gran embustero indiano.
Trocara la mano el juego,
Á cuyas leyes me arimo:
Quedarse ha en casa mi primo,
Y él se salga de ella luego.
Lleve su vergüenza acuestas,
Que es la venganza mayor
Que puede tomar amor
De invenciones como aquéstas.
Á Muñoz le doy la pena
Que da el arrepentimiento,
Y el destierro.
MUÑOZ Yo bien siento
Ser ángel el que condena.
Mi alma no se alboroza
Con sentencia que es tan pía,
Pues ve que yo merecía
Azotes, si no coroza.
OCAÑA. Bien haya la lacayuna,
Humilde y valiente raza,
Pues que traiciones no traza
Para subir su fortuna.
Junto á la caballeriza,

Y al olor de su caballo,
Con sus brindez siento y hallo,
Que sus gustos soleniza.

CRISTINA. De Quiñones desechada,
Y de Ocaña no escogida,
Aun no he de quedar perdida,
Porque espero ser ganada.
Hace quien se desespera
Un grandísimo pecado,
Y es refrán muy bien pensado
Que «Tal vendrá que tal quiera.»

DOROTEA. Yo sola soy sin ventura.
Es tan corto el hado mío,
Que no ha alcanzado mi brío
Lo que impide la hermosura.
Nunca he sido requebrada,
Ni sé amor á lo que sabe;
Mas esto y mucho más cabe
En la ventura quebrada.

TORREN. Siento en aqueste desastre
Sólo el perder á Cristina.

MUÑOZ. Camina, Muñoz, camina,
Pobre, sin bayeta y sastre. (Éntrase.)

DOROTEA. Sin Marcela Don Antonio,
Se entra amargo el corazón. (Éntrase.)

SILVEST. Y yo sin dispensación. (Éntrase.)

CRISTINA. Cristina sin matrimonio. (Éntrase.)

CLAVIJO. Yo seguiré de mi amigo
Los pasos, medio contento. (Éntrase.)

FRANCIS. Yo alabaré el pensamiento
De Don Antonio, á quien sigo. (Éntrase.)

MARCELA. Yo quedaré en mi entereza,
No procurando imposibles,
Sino casos convenibles

Á nuestra naturaleza. (Éntrase.)

OCAÑA. Esto en este cuento pasa:
Los unos por no querer,
Los otros por no poder,
Al fin ninguno se casa.
Desta verdad conocida
Pido me den testimonio,
Que acaba sin matrimonio
La comedia *Entretenida.* (Éntrase.)

FIN DE LA COMEDIA

ENTREMESES

LOS DOS HABLADORES

Los que hablan en él son los siguientes:

ROLDÁN.
SARMIENTO.
DOÑA BEATRIZ, su mujer.
INÉS, criada.
UN PROCURADOR.
UN ALGUACIL.
UN ESCRIBANO.
UN CORCHETE.

Salen EL PROCURADOR, SARMIENTO y ROLDÁN, en hábito roto, con su espada y calcillas.

SARM.— Tome, señor procurador, que ahí van los doscientos ducados; y doy palabra á usted que aunque me costara cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

PROC.— Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.

ROLDÁN.—¡Ah, caballero! ¿Es usted procurador?

PROC.—Sí soy; ¿qué manda usted?

ROLDÁN.—¿Qué dinero es ese?

PROC.—Dámele este caballero, para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.

ROLDÁN.—Y ¿cuánto es el dinero?

PROC.—Dosciendos ducados.

ROLDÁN.—Vaya usted con Dios.

PROC.—Dios guarde á usted. (Vase.)

ROLDÁN.—¡Ah, caballero!

SARM.—¿Á mí, gentilhombre?

ROLDÁN.—Á usted digo.

SARM.—Y ¿qué es lo que manda?

ROLDÁN.—Cúbrase usted; que si no, no hablaré palabra.

SARM.—Ya estoy cubierto.

ROLDÁN.—Señor mío: yo soy un pobre hidalgo; aunque me he visto en honra: tengo necesidad, y he sabido que usted ha dado doscientos ducados á un hombre á quien ha dado una cuchillada; y por si usted tiene deleite en darlas, vengo á que usted me dé una adonde fuere servido; que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro.

SARM.—Si no estuviera tan mohino, me obligara á reir usted. ¿Dícelo de veras? Pues venga acá. ¿Piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?

ROLDÁN.—Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No dicen que tiene cara de hereje? Pues ¿dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un hereje?

SARM.—Usted no debe de ser muy leído; que el proverbio latino no dice, sino que *necesitas caret lege,* que quiere decir, que la necesidad carece de ley.

ROLDÁN.—Dice muy bien usted; porque la ley fué inventada para la quietud: y la razón es el alma de la ley; y quien tiene alma tiene potencias: tres son las potencias del alma; memoria, voluntad y entendimiento; usted tiene muy buen entendimiento; porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter; aunque Vénus le mire en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

SARM.—¡Por el diablo que acá me trujo, esto es lo

que yo había menester, después de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada!

Roldán.—¿Cuchillada dijo usted? Está bien dicho: cuchillada fué la que dió Caín á su hermano Abel, aunque entonces no había cuchillos; cuchillada fué la que dió Alejandro Magno á la Reina Pantasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada; y asimismo Julio César al conde don Pedro Anzures, sobre el jugar á las tablas con don Gaiferos entre Cavañas y Olías; pero advierta usted que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traición y alevosía: la traición se comete al rey; la alevosía contra los iguales: por las armas lo han de ser; y si yo riñere con ventaja: porque dice Carranza en su *Filosofía de la espada,* y Terencio en la *Conjuración de Catilina* ..

Sarm.—¡Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio! ¿No echa de ver que me dice bernardinas?

Roldán.—¿Bernardinas dice usted? Y dijo muy bien, porque es lucido nombre, y una mujer que se llamase Bernardina, estaba obligada á ser monja de San Bernardo; porque si se llamase Francisca, no podía ser: que las Franciscas tienen cuatro efes: la F es una de las letras del A. B. C.: las letras del A. B. C. son veintitrés: la K sirve en castellano cuando somos niños, porque entonces decimos la caca, que se compone de dos veces esta letra, K: dos veces pueden ser de vino: el vino tiene grandes virtudes: no se ha de tomar en ayunas, ni aguado: porque las partes raras del agua penetran los poros y se suben al celebro, y entrando puras...

Sarm.—Téngase, que me ha muerto, y pienso que algún demonio tiene revestido en esa lengua.

Roldán.—Dice usted muy bien; porque quien tiene lengua, á Roma va: yo he estado en Roma y en la Man-

cha, en Trasilvania y en la Puebla de Montalván: Montalván era un castillo, de donde fué señor Reynaldos: Reynaldos era uno de los doce Pares de Francia, y de los que comían con el emperador Carlo Magno en la mesa redonda; porque no era cuadrada ni ochavada: en Valladolid hay una placetilla, que llaman el ochavo: un ochavo es la mitad de un cuarto: un cuarto se compone decuatro maravedís: el maravedí antiguo valía tanto como agora un escudo; dos maneras hay de escudos: hay escudos de paciencia y hay escudos...

SARM.—¡Dios me la dé para sufrille! Téngase, que me lleva perdido.

ROLDÁN.—Perdido dijo usted y dijo muy bien; porque el perder no es ganar: hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija ó un lienzo, perder...

SARM.—¡Acabe, con el diablo!

ROLDÁN.—¿Diablo dijo usted? y dijo muy bien; porque el diablo nos tienta con varias tentaciones: la mayor de todas es la de la carne: la carne no es pescado; el pescado es flemoso: los flemáticos no son coléricos. De cuatro elementos está compuesto el hombre: de cólera, sangre, flema y melancolía; la melancolía no es alegría; porque la alegría consiste en tener dineros: los dineros hacen á los hombres: los hombres no son bestias: las bestias pacen; y finalmente...

SARM.—Y finalmente, me quitará usted el juicio, ó poco podrá; pero le suplico en cortesía me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que me caeré muerto.

ROLDÁN.—¿Qué manda usted?

SARM.—Señor mío: yo tengo una mujer, por mis pecados, la mayor habladora que se ha visto desde que

hubo mujeres en el mundo: es de suerte lo que habla, que yo me he visto muchas veces resuelto á matalla por las palabras, como otros por las obras: remedios he buscado, ninguno ha sido á propósito; á mí me ha parecido que si yo llevase á usted á mi casa, y hablase con ella seis días arreo, me la pondría de la manera que están los que comienzan á ser valientes delante de los que ha muchos días que lo son. Véngase usted conmigo, suplícoselo; que yo quiero fingir que usted es mi primo, y con este achaque tendré á usted en mi casa.

ROLDÁN.—¿Primo dijo usted? ¡Oh, qué bien dijo usted! Primo decimos al hijo del hermano de nuestro padre: primo, á un zapatero de obra prima: prima es una cuerda de una guitarra: la guitarra se compone de cinco órdenes; las órdenes mendigantes son cuatro: cuatro son las que no llegan á cinco: con cinco estaba obligado á reñir antiguamente el que desafiaba de común; como se vió en don Diego Ordoñez y los hijos de Arias Gonzalo, cuando el rey don Sancho...

SARM.—¡Téngase, y téngase por Dios, y véngase conmigo, que allí dirá lo demás!

ROLDÁN.—Camine delante usted, que yo le pondré esa mujer en dos horas muda como una piedra; porque la piedra...

SARM.—No le oiré palabra.

ROLDÁN.—Pues camine, que yo le curaré á su mujer.

(Vanse Sarmiento y Roldán.)

Sale DOÑA BEATRIZ é INÉS, su criada.

BEAT.—¡Inés! ¡Hola, Inés! ¿Qué digo? ¡Inés, Inés!

INÉS.—Ya oigo señora, señora, señora.

BEAT.—Bellaca, desvergonzada; ¿cómo me respon-

déis vos con ese lenguaje? ¿No sabéis vos que la vergüenza es la principal joya de las mujeres?

INÉS.—Usted, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama doscientas veces.

BEAT.—Pícara, el número de doscientos es número mayor, debajo del cual se pueden entender doscientos mil añadiéndole ceros: los ceros no tienen valor por sí mismos.

INÉS.—Señora, ya lo tengo entendido: dígame usted qué tengo de hacer, porque haremos prosa.

BEAT.—Y la prosa es para que traigáis la mesa, para que coma vuestro amo: que ya sabéis que anda mohíno, y una mohína en un casado es causa de que levante un garrote, y comenzando por las criadas, remate con el ama.

INES.—Pues ¿hay más de sacar la mesa? Voy volando.

Salen SARMIENTO y ROLDÁN.

SARM.—¡Hola! ¿No está nadie en esta casa? ¡Doña Beatriz! ¡Hola!

BEAT. — Aquí estoy, señor. ¿De qué venís dando voces?

SARM.—Mirad que traigo este caballero, soldado y pariente mío, convidado: acaricialde y regalalde mucho, que va á pretender á la corte.

BEAT.—Si usted va á la corte, lleve advertido que la corte no es para Carlos tan encogido; porque el encogimiento es linaje de bobería, y un bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones humanas, y toda la acción consiste...

ROLDÁN.—Quedo, quedo: suplico á usted, que bien sé que consiste en la disposición de la naturaleza; porque

la naturaleza obra por los instrumentos corporales, y va disponiendo los sentidos: los sentidos son cinco: andar, tocar, correr y pensar, y no estorbar: toda persona que estorbare es ignorante, y la ignorancia consiste en no caer en las cosas; quien cae y se levanta, Dios le da buenas Pascuas: las Pascuas son cuatro: la de Navidad, la de Reyes, la de Flores y la de Pentecostés: Pentecostés es un vocablo exquisito.

Beat.—¿Cómo exquisito? Mal sale usted de exquisitos: toda cosa exquisita es extraordinaria: la ordinaria no admira: la admiración nace de cosas altas: la más alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza: la más baja es la malicia, porque todos caen en ella: el caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas: el principio, el aumento y la declinación.

Roldán.—Declinación dijo usted y dijo muy bien: porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan, y los que se casan se llaman con este nombre; y los casados son obligados á quererse, amarse y estimarse, como lo manda la Santa Madre Iglesia; y la razón de esto es...

Beat.—Paso, paso.—¿Qué es esto, marido? ¿Tenéis juicio? ¿Qué hombre es éste que habéis traído á mi casa?

Sarm.—Por Dios, que me huelgo, que he hallado con qué desquitarme. Dad acá la mesa presto, y comamos: que el señor Roldán ha de ser huésped mío seis ó siete años.

Beat.—¿Siete años? Malos años; ni una hora, que reventaré, marido.

Sarm.—Él era harto mejor para serlo vuestro.—¡Hola! Dad acá la comida.

Inés.—¿Convidados tenemos? Aquí está la mesa.

ROLDÁN.—¿Quién es esta señora?

SARM.—Es criada de casa.

ROLDÁN.—Una criada, que se llama en Valencia, *fadrina;* en Italia, *masara;* en Francia, *gaspirria;* en Alemania, *filimoquia;* en la corte, *sirvienta;* en Vizcaya, *moscarra;* y entre pícarsos *daifa.* Venga la comida alegremente, que quiero que vuesas mercedes me vean comer al uso de la Gran Bretaña.

BEAT.—Aquí no hay que hacer sino perder el juicio marido; que reviento por hablar.

ROLDÁN.—¿Hablar dijo usted? y dijo muy bien: hablando se entienden los conceptos; éstos se forman en el entendimiento; quien no entiende, no siente: quien no siente, no vive: el que no vive, es muerto; un muerto echalle en un huerto.

BEAT.—¡Marido, marido!

SARM.—¿Qué quieres, mujer?

BEAT.—Echadme de aquí este hombre con los diablos; que reviento por hablar.

SARM.—Mujer, tened paciencia; que hasta cumplidos los dichos siete años no puede salir de aqui: porque he dado mi palabra, y estoy obligado á cumplirla, ó no seré quien soy.

BEAT.—¿Siete años? Primero veré yo mi muerte. ¡Ay, ay, ay!

INÉS.—Desmayóse. ¿Esto quiere usted ver delante de sus ojos? Vela ahí muerta.

ROLDÁN.—¡Jesús! ¿de qué le ha dado este mal?

SARM.—De no hablar.

(Dentro la Justicia.)

ALG.—¡Abran aquí á la Justicia, abran á la Justicia!

ROLDÁN.—¡La Justicia! ¡Ay, triste de mí! Que yo ando huído, y si me conocen me han de llevar á la cárcel.

SARM.—Pues señor, el remedio es meterse en esta estera usted, que las habían quitado para limpiarlas, y así se podrá librar; que yo no hallo otro.

Métese en la estera Roldán, y salen EL ALGUACIL, ESCRIBANO y CORCHETE.

ALG.—¿Era para hoy el abrir esta puerta?

SARM.—¿Qué es lo que usted manda, que tan furioso viene?

ALG.—El señor Gobernador manda que, no obstante que usted ha pagado los doscientos ducados de la cuchillada, venga usted á darle la mano á este hombre, y se abracen y sean amigos.

SARM.—Querría comer agora.

ESCR.—El hombre está aquí junto, y luego se volverá usted á comer despacio.

SARM.—Vamos en buen hora.

INÉS.—Vuelve en ti, señora: que si de no hablar te has desmayado, agora que estás sola hablarás cuanto quisieres.

BEAT.—Gracias á Dios que agora descansaré del silencio que he tenido.

Saca ROLDÁN la cabeza de entre la estera, y mirando á Doña Beatriz, dice:

ROLDÁN.—¿Silencio dijo usted? y dijo muy bien: porque el silencio fué siempre alabado de los sabios, y los sabios hablan á tiempos, y callan á tiempos; porque hay tiempos de hablar, y tiempos de callar; y quien calla otorga, y el otorgar es de escrituras; y una escritura ha menester tres testigos, y si es de testamento cerrado siete; porque...

BEAT.—Porque el diablo te lleve, hombre, y quien acá

te trujo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo á desmayarme.

(Vuelven á salir todos.)

SARM.—Ya que se han hecho las amistades, quiero que vuesas mercedes beban con una caja. ¡Hola! Dad acá la contimplora y aquella perada.

BEAT.—¿Agora nos metéis en eso? ¿No véis que estamos ocupados sacudiendo estas esteras? (Muestra el palo.) Y tú con ese otro, démosles hasta que queden limpias.

ROLDÁN.--Paso, paso, señoras: que bien entendí que hablaban mucho; pero no que jugaban de manos.

ALG.—¡Oiga!, ¿qué es esto? ¿No es quel bellaco de Roldanejo el hablador, que hace las maulas?

ESCR.—El mismo.

ALG.—Sed preso, sed preso.

ROLDÁN.—¿Preso dijo usted? y dijo muy bien; porque el preso no es libre, y la libertad...

ALG.—Que no, no; aquí no han de valer la habladuría; vive Dios, que habéis de ir á la cárcel.

SARM. — Señor alguacil, suplico á usted que por haberse hallado en mi casa, esta vez no se le lleve; que doy palabra á usted de darle con que se vaya del lugar en curando á mi mujer.

ALG.—Pues ¿de qué la cura?

SARM —Del hablar.

ALG.—¿Y como?

SARM.—Hablando: porque, como habla tanto, la enmudece.

ALG.—Soy contento, por ver ese milagro: pero ha de ser con condición que si la diere sana, me avise usted luego, porque la lleve á mi casa: que tiene mi mujer la propia enfermedad, y me holgaría que me la curase de una vez.

SARM.—Yo avisaré con lo que hubiere.

ROLDÁN.—Yo sé que la dejaré bien curada.

ALG.—¡Vete, pícaro hablador!

SARM.—No me desagrada el verso.

ALG.—Pues si no le desagrada, oiga, que yo tengo alguna vena de poesía.

ROLDÁN.—¡Oiga! ¿Poesía ha dicho usted? Pues repare, que por Dios que la ha de llevar de puño.

(Hácense unos á otros la salva, y van diciendo las glosas.)

ALG. La condición del hablar
Más parece tentación
De quien nos suele tentar;
Ni puede ser condición
En hombre que es muladar.
Parte á servir de atambor
Con esa lengua, embaidor;
Y pues que con mayor ruído
Suenas á un discreto oído,
Vete, pícaro hablador.

ESCR. Después de muerto sé yo
Que ha de ponerse en lugar
De epitafio: «Aquí murió
Quien, muerto, no ha de callar
Tanto como vivo habló.»

INÉS.—Esa quiero yo acabar.

ESCR.—Diga, veamos.

INÉS. Y pues de hablar el rigor
Á un muerto pone temor,
Á un monte, donde á ninguno
Seas hablando importuno,
Vete, pícaro hablador.

SARM.—Va la mía.
¡Oh tú, que hablaste por veinte,

Y hablaste por veinte mil...

BEAT. Yo la acabaré, detente.

ROLDÁN. Por hablar; traza sutil.

BEAT. Repare, señor pariente.
Vete á donde tu rumor
No suene para tu mengua;
Y pues se sabe tu flor,
Vete, enfermo de la lengua.
Vete, pícaro hablador.

ROLDÁN.—Oigan y reparen vuesas mercedes, que no será peor la mía:

Aquí he venido á curar
Una mujer habladora,
Que nunca supo callar,
Á quien pienso desde agora
Enmudecer con hablar.
Convidóme este señor,
Y comeré con rigor,
Aunque diga su mujer,
Por no me dar de comer:
Vete, pícaro hablador.

(Éntranse todos dándose vaya, con que se da fin.)

FIN DE ESTE ENTREMÉS

LA ELECCIÓN DE LOS ALCALDES DE DAGANZO

Los que hablan en él son los siguientes:

EL BACHILLER PEZUÑA.
EL ESBRIBANO PEDRO ESTORNUDO.
PANDURO y ALONSO ALGARROBA, regidores.
UN HOMBRE.
HUMILLOS, RANA, BERROCAL y JARRETE, labradores.
UN SOTA-SACRISTÁN.
Gitanos y gitanas.
Músicos y bailarinas.

Salen EL BACHILLER PEZUÑA, PEDRO ESTORNUDO, escribano; PANDURO, regidor, ALONSO ALGARROBA, regidor.

PAND. Rellánense; que todo saldrá á cuajo,
Si es que lo quiere el cielo benditísimo.

ALGAR. Mas echémoslo á doce, y no se venda;
Paz, que no será mucho que salgamos
Bien del negocio, si lo quiere el cielo.
Que quiera, ó que no quiera, es lo que importa.

PAND. Algarroba, la lengua se os desliza;
Habrad acomedido y de buen rejo;
Que no me suenan bien esas palabras,
«Quiera ó no quiera el cielo»; por San Junco,
Que como presomís de resabido,
Os arrojáis á troche moche en todo.

ALGAR. Cristiano viejo soy á todo ruego,
Y creo en Dios á pies jontillas.
BACH. Bueno;
No hay más que desear.
ALGAR. Y si por suerte
Hable mal, yo confieso que soy ganso,
Y doy lo dicho por no dicho.
ESC. Basta;
No quiere Dios, del pecador más malo,
Sino que viva y se arrepienta.
ALGAR. Digo
Que vivo y me arrepiento, y que conozco
Que el cielo puede hacer lo que él quisiere,
Sin que nadie le pueda ir á la mano,
Especial cuando llueve.
PAND. De las nubes,
Algarroba, cae el agua, no del cielo.
ALGAR. ¡Cuerpo del mundo! si es que aquí venimos
Á reprochar los unos á los otros,
Díganmoslo; que á fe que no le falten
Reproches á Algarroba á cada paso.
BACH. *Redeamus ad rem,* señor Panduro,
Y señor Algarroba; no se pase
El tiempo en niñerías excusadas.
¿Juntámonos aquí para disputas
Impertinentes? Bravo caso es este,
Que siempre que Panduro y Algarroba
Están juntos, al punto se levanta
Entre ellos mil borrascas y tormentas
De mil contradictorias intenciones.
ESC. El señor bachiller Pezuña tiene
Demasiada razón; véngase al punto,
Y mírese qué alcaldes nombraremos
Para el año que viene, que sean tales,

Que no los pueda calumniar Toledo,
Sino que los confirme y dé por buenos,
Pues para esto ha sido nuestra junta.

PAND. De las varas hay cuatro pretensores:
Juan Berrocal, Francisco de Humillos,
Miguel Jarrete y Pedro de la Rana;
Hombres todos de chapa y de caletre,
Que pueden gobernar, no que á Daganzo,
Sino á la misma Roma.

ALGAR. Á Romanillos.

ESC. ¿Hay otro apuntamiento? Por san Pito,
Que me salga del corro.

ALGAR. Bien parece
Que se llama Estornudo el escribano,
Que así se le encarama y sube el humo.
Sosiéguese, que yo no diré nada.

PAND. ¿Hallarse han por ventura en todo el sorbe?

ALGAR. ¿Qué es *sorbe?* ¿Sorbe-huevos? Orbe diga
El discreto Panduro, y serle ha sano.

PAND. Digo que en todo el mundo no es posible
Que se hallen cuatro ingenios como aquestos
De nuestros pretensores.

ALGAR. Por lo menos,
Yo sé que Berrocal tiene el más lindo
Distinto.

ESC. ¿Para qué?

ALGAR. Para ser sacre
En esto de mojón y cata-vinos.
En mi casa probó los días pasados
Una tinaja, y dijo que sabía
El claro vino á palo, á cuero y hierro:
Acabó la tinaja su camino,
Y hallóse en el asiento de ella un palo
Pequeño, y dél pendía una correa

De cordobán y una pequeña llave.

ESC. ¡Oh rara habilidad! ¡Oh raro ingenio!
Bien puede gobernar, el que tal sabe,
Á Alanis y Acazalla y aun á Esquivias.

ALGAR. Miguel Jarrete es águila

BACH. ¿En qué modo?

ALGAR. En tirar con un arco de bodoques.

BACH. ¿Qué, tan certero es?

ALGAR. Es de manera,
Que si no fuese porque los más tiros
Se da en la mano izquierda, no había pájaro
En todo este contorno.

BACH. Para alcalde
Es rara habilidad, y necesaria.

ALGAR. ¿Qué diré de Francisco de Humillos?
Un zapato remienda como un sastre.
Pues ¿Pedro de la Rana? no hay memoria
Que á la suya se iguale; en ella tiene
Del antiguo y famoso perro de Alba
Todas las coplas, sin que letra falte.

PAND. Este lleva mi voto.

ESC. Y aun el mío.

ALGAR. Á Berrocal me atengo.

BACH. Yo á ninguno ,
Si es que no dan más pruebas de su ingenio
Á la jurisprudencia encaminadas.

ALGAR. Yo haré un buen remedio, y es aqueste:
Hagan entrar los cuatro pretendientes,
Y el señor bachiller Pezuña puede
Examinarlos, pues el arte sabe,
Y conforme á su ciencia, así veremos
Quién podrá ser nombrado para el cargo.

ESC. ¡Vive Dios, que es rarísima advertencia!

PAND. Aviso es, que podrá servir de arbitrio

Para su Jamestad; que como en corte,
Hay potra-médicos, haya potra-alcaldes.

ALGAR. *Prota*, señor Panduro; que no potra.

PAND. Como vos no hay friscal en todo el mundo.

ALGAR. *Fiscal*, pese á mis males.

ESC. ¡Por Dios Santo,
Que es Algarroba impertinente!

ALGAR. Digo
Que, pues se hace examen de barberos,
De herradores, de sastres, y se hace
De cirujanos y otras zarandajas,
También se examinasen para alcaldes,
Y al que se hallase suficiente y hábil
Para tal menester, que se le diese
Carta de examen, con la cual podría
El tal examinado remediarse;
Porque de lata en una blanca caja,
La carta acomodando, merecida,
Á tal pueblo podrá llegar el pobre,
Que le pesen á oro; que hay hogaño
Carestía de alcaldes de caletre
En lugares pequeños casi siempre.

BACH. Ello está muy bien dicho y bien pensado:
Llamen á Berrocal, entre, y veamos
Dónde llega la raya de su ingenio.

ALGAR. Humillos, Rana, Berrocal, Jarrete
Los cuatro pretensores, se han entrado.

(Entran estos cuatro labradores.)

Ya los tienes presentes.

BACH. Bien venidos
Sean vuesas mercedes.

BERR. Bien hallados
Vuesas mercedes sean.

PAND. Acomódense;

Que asientos sobran.

HUM. Siéntome y me siento.

JARR. Todos nos sentaremos, Dios loado.

RANA. ¿De qué os sentís, Humillos?

HUM. De que vaya
Tan á la larga nuestro nombramiento;
¿Hémoslo de comprar á gallipavos,
Á cántaros de arrope y abiervadas,
Y botas de lo añejo tan crecidas,
Que se arremetan á ser cueros? Díganlo,
Y pondráse remedio y diligencia.

BACH. No hay sobornos aquí, todos estamos
De un común parecer, y es, que el que fuere
Más hábil para alcalde, ése se tenga
Por escogido y por llamado

RANA. Bueno;
Yo me contento.

BERR. Y yo.

BACH. Mucho en buen hora.

HUM. También yo me contento.

JARR. Dello gusto.

BACH. Vaya de examen, pues.

HUM. De examen venga.

BACH. ¿Sabéis leer, Humillos?

HUM. No por cierto,
Ni tal se probará que en mi linaje
Haya persona de tan poco asiento,
Que se ponga á aprender esas quimeras,
Que llevan á los hombres al brasero,
Y á las mujeres á la casa llana.
Leer no sé, mas sé otras cosas tales,
Que llevan al leer ventajas muchas.

BACH. Y ¿cuáles cosas son?

HUM. Sé de memoria

Todas cuatro oraciones, y las rezo
Cada semana cuatro y cinco veces.

RANA. Y ¿con eso pensáis de ser alcalde?

HUM. Con esto, y con ser yo cristiano viejo,
Me atrevo á ser un senador romano.

BACH. Está muy bien. Jarrete diga agora
Qué es lo que sabe.

JARR. Yo, señor Pezuña,
Sé leer, aunque poco; deletreo,
Y ando en el *be-a-ba* bien ha tres meses,
Y en cinco más daré con ello á un cabo;
Y además de esta ciencia que ya aprendo,
Sé calzar un arado bravamente,
Y herrar, casi en tres horas, cuatro pares
De novillos briosos y cerreros;
Soy sano de mis miembros, y no tengo
Sordez ni cataratas, tos ni reumas;
Y soy cristiano viejo como todos,
Y tiro con un arco como un Tulio.

ALGAR. Raras habilidades para alcalde,
Necesarias y muchas.

BACH. Adelante.
¿Qué sabe Berrocal?

BERR. Tengo en la lengua
Toda mi habilidad y en la garganta;
No hay mojón en el mundo que me llegue;
Sesenta y seis sabores estampados
Tengo en el paladar, todos vináticos.

ALGAR. Y ¿quiere ser alcalde?

BERR. Y lo requiero;
Pues cuando estoy armado á lo de Baco,
Así se me aderezan los sentidos,
Que me parece á mí que en aquel punto
Podría prestar leyes á Licurgo

Y limpiarme con Bártulo.

PAND. Pasito;
Que estamos en concejo.

BERR. No soy nada
Melindroso ni puerco; sólo digo
Que no se me malogre mi justicia,
Que echaré el bodegón por la ventana.

BACH. ¿Amenazas aquí? Por vida mía,
Mi señor Berrocal, que valen poco.
¿Qué sabe Pedro Rana?

RANA. Como Rana,
Habré de cantar mal; pero, con todo,
Diré mi condición, y no mi ingenio.
Yo, señores, si acaso fuese alcalde,
Mi vara no sería tan delgada
Como las que se usan de ordinario:
De una encina ó de un roble la haría,
Y gruesa de dos dedos, temeroso
Que no me la encorvase el dulce peso
De un bolsón de ducados, ni otras dádivas,
Ó ruegos, ó promesas, ó favores,
Que pesan como plomo, y no se sienten
Hasta que os han brumado las costillas
Del cuerpo y alma; y junto con aquésto,
Sería bien criado y comedido,
Parte severo y nada rigoroso,
Nunca deshonraría al miserable
Que ante mí le trajesen sus delitos;
Que suele lastimar una palabra
De un jüez arrojado, de afrentosa,
Mucho más que lastima su sentencia,
Aunque en ella se intime cruel castigo.
No es bien que el poder quite la crianza,
Ni que la sumisión de un delincuente

Haga el juez soberbio y arrogante.

ALGAR. ¡Vive Dios, que ha cantado nuestra Rana
Mucho mejor que un cisne cuando muere!

PAND. Mil sentencias ha dicho censorinas.

ALGAR. De Catón Censorino; bien ha dicho
El regidor Panduro.

PAND. Reprochadme.

ALGAR. Su tiempo se vendrá.

ESCR. Nunca acá venga.
Terrible inclinación es, Algarroba,
La vuestra en reprochar.

ALGAR. No más, so escriba.

ESCR. ¿Qué *escriba*? Fariseo.

BACH. ¡Por San Pedro,
Que son muy demasiadas demasías
Estas!

ALGAR. Yo me burlaba.

ESCR. Y yo me burlo.

BACH. Pues no se burlen más, por vida mía.

ALGAR. Quien miente, miente.

ESCR. Y quien verdad pronuncia,
Dice verdad.

ALGAR. Verdad.

ESCR. Pues punto en boca.

HUM. Esos ofecimientos que ha hecho Rana,
Son de lejos. Á fe, que si él empuña
Vara, que él se trueque y sea otro hombre
Del que ahora parece.

BACH. Está de molde
Lo que Humillos ha dicho.

HUM. Y más añado:
Que si me dan la vara, verán cómo
No me mudo ni trueco ni me cambio.

BACH. Pues veis aquí la vara, y haced cuenta

Que sois alcalde ya.

ALGAR. ¡Cuerpo del mundo!
La vara le dan zurda.

HUM. ¿Cómo zurda?

ALGAR. Pues ¿no es zurda esta vara? Un sordo ó mudo
Lo podrá echar de ver desde una legua.

HUM. ¿Cómo, pues, si me dan zurda la vara,
Quieren que juzgue yo derecho?

ESCR. El diablo
Tiene en el cuerpo este Algarroba; miren
Dónde jamás se han visto varas zurdas.

(Entra uno.)

UNO. Señores, aquí están unos gitanos,
Con unas gitanillas milagrosas;
Y aunque la ocupación se les ha dicho,
En que están sus mercedes, todavía
Porfían que han de entrar á dar solacio
Á sus mercedes.

BACH. Entren, y veremos
Si nos podrán servir para la fiesta
Del *Corpus,* de quien yo soy mayordomo.

PAND. Entren mucho en buen hora.

BACH. Que entren luego.

HUM. Por mí, ya los deseo.

JARR. Pues yo, pajas.

RANA. ¿Ellos no son gitanos? pues adviertan
Que no nos hurten las narices.

UNO. Ellos,
Sin que los llamen, vienen; ya están dentro.

Entran los músicos de gitanos y dos gitanas bien aderezadas, y al son de este romance, que han de cantar los músicos, ellas dancen.

MÚS. «Reverencia os hace el cuerpo,
Regidores de Daganzo,
Hombres buenos de repente,
Hombres buenos de pensado;
De caletre prevenidos
Para proveer los cargos
Que la ambición solicita
Entre moros y cristianos.
Parece que os hizo el cielo,
El cielo, digo, estrellado,
Sansones para las letras,
Y para las fuerzas Bártulos.»

JARR. Todo lo que se canta toca á historia.

HUM. Ellas y ellos son únicos y ralos.

ALGAR. Algo tienen de espesos.

BACH. Ea, *sufficit.*

MÚS. «Como se mudan los vientos,
Como se mudan los ramos,
Que desnudos en invierno
Se visten en el verano,
Mudaremos nuestros bailes
Por puntos, y á cada paso,
Pues mudarse las mujeres
No es nuevo ni extraño caso.
¡Vivan de Daganzo los regidores,
Que parecen palmas, puesto que son robles!»

(Bailan.)

JARR. Brava trova, por Dios.

HUM. Y muy sentida.

BERR. Estas se han de imprimir, para que quede

Memoria de nosotros en los siglos
De los siglos. Amén.

BACH. Callen, si pueden.

MÚS. «Vivan y revivan,
Y en siglos veloces
Del tiempo, los días
Pasen con las noches,
Sin trocar la edad,
Que treinta años forme,
Ni tocar las hojas
De sus alcornoques.
Los vientos, que anegan
Si contrarios corren,
Cual céfiros blandos
En sus mares soplen.
¡Vivan de Daganzo los regidores,
Que palmas parecen, puesto que son robles!»

BACH. El estribillo en parte me desplace;
Pero, con todo, es bueno.

BERR. Ea, callemos.

MÚS. «Pisaré yo el polvico,
Á tan menudico,
Pisaré yo el polvó,
Á tan menudó.»

PAND. Estos músicos hacen pepitoria
De su cantar.

HUM. Son diablos los gitanos.

MÚS. «Pisaré yo la tierra
Por más que esté dura,
Puesto que me abra en ella
Amor sepultura,
Pues ya mi buena ventura
Amor la pisó;
Á tan menudó.

Pisaré yo lozana
El más duro suelo,
Si en él acaso pisas
El mal que recelo;
Mi bien se ha pasado en vuelo,
Y el polvo dejó
Á tan menudó.»

Entra UN SOTA-SACRISTÁN, muy mal endeliñado.

SACR. Señores regidores, voto á dico,
Que es de bellacos tanto pasatiempo.
¿Así se rige el pueblo, noramala,
Entre guitarras, bailes y bureos?
BACH. Agarradle, Jarrete.
JARR. Ya le agarro.
BACH. Traigan aquí una manta; que por Cristo,
Que se ha de mantear este bellaco,
Necio, desvergonzado é insolente,
Y atrevido además.
SACR. Oigan, señores.
ALGAR. Volveré con la manta á las volandas. (Éntrase.)
SACR. Miren que les intimo que soy présbiter.
BACH. ¿Tú presbítero, infame?
SACR. Yo presbítero;
Ó de prima tonsura, que es lo mismo,
PAND. Agora lo veredes, dijo Agrajes.
SACR. No hay Agrajes aquí.
BACH. Pues habrá grajos
Que te piquen la lengua y aun los ojos.
RANA. Dime, desventurado: ¿qué demonio
Se revistió en tu lengua? ¿Quién te mete
Á ti en reprender á la justicia?
¿Has tú de gobernar á la república?
Métete en tus campanas y en tu oficio.

Deja á los que gobiernan; que ellos saben
Lo que han de hacer, mejor que no nosotros.
Si fueren malos, ruega por su enmienda;
Si buenos, porque Dios no nos los quite.

BACH. Nuestro Rana es un santo y un bendito.

Vuelve ALGARROBA, que trae la manta.

ALGAR. No ha de quedar por manta.

BACH. Asgan, pues, todos
Sin que queden gitanos ni gitanas.
¡Arriba, amigos!

SACR. ¡Dios, que va de veras!
¡Vive Dios, si me enojo, que bonito
Soy yo para estas burlas! ¡Por San Pedro,
Que están descomulgados todos cuantos
Han tocado los pelos de la manta!

RANA. Basta, no más: aquí cese el castigo;
Que el pobre debe estar arrepentido.

SACR. Y molido, que es más. De aquí adelante
Me coseré la boca con dos cabos
De zapatero.

RANA. Aqueso es lo que importa.

BACH. Vénganse los gitanos á mi casa;
Que tengo qué decilles.

GIT. Tras ti vamos.

BACH. Quedarse ha la elección para mañana,
Y desde luego doy mi voto á Rana.

GIT. ¿Cantaremos, señor?

BACH. Lo que quisiéredes.

PAND. No hay quien cante cual nuestra Rana canta.

JARR. No solameute canta, sino encanta.

(Éntranse cantando: *Pisaré yo el polvico.*)

FIN DE ESTE ENTREMÉS.

LA CÁRCEL DE SEVILLA

Los que hablan en él son los siguientes:

GARÁY.	ESCARRAMÁN.
SOLAPO.	UN ESCRIBANO.
PAISANO.	TORBELLINA.
ALCAIDE.	BELTRANA.
COPLILLA, pícaro.	UN PROCURADOR.
BARRAGÁN.	Dos músicos.

(Suena dentro ruido de grillos, carcel y presos, y dicen, sin salir fuera:)

GARÁY.—Abre aquí, alcaide; que nos comen chinches.

SOL.—Abra aquí, so alcaide; que nos comen garrapatas.

PAIS.—Sáquenos á mear, seor alcaide.

Salen GARÁY, SOLAPO y PAISANO, con grillos en los pies y guitarras.

GARÁY.—Loado sea Dios, que veo el cielo de Cristo.

SOL.—Loado sea Dios, que veo el nubífero.

PAIS.—Loado sea Dios, que veo el Sempiterno.

SOL. — Seores míos, ¿todos con guitarras? ¿Qué es esto?

PAIS.—Ya sabrá voacé que compuse sobre aquella letrilla, que dice: «Cantando reniega.»

GARÁY.—¿Que voacé compuso?

PAIS.—Sí, seor.

GARÁY.—Yo también.

PAIS.—¿Y voacé y todo? Pues escuche voacé la mía.

Tañen, y canta Paisano.

Alta mar esquiva,
De ti doy querella,
Siete años anduve
Por fuerza en galeras:
Ni comí pan tierno,
Ni la carne fresca;
Siempre anduve en corso,
Nunca salté en tierra,
Sino en una isla
Llamada Cerdeña;
¡Y agora en prisión,
Que es la mayor pena!
La mayor que siento
Son celos de aquella
Beltrana la brava,
Que fué la primera
Que me hinchó este gusto,
Y la faltriquera.
Alzóla Goróseo,
Llevóla á Antequera,
Y al padre ordinario
La entrega y empeña;
Y alguno que canta,
Cantando reniega.

(Dicen todos á una.)

TODOS. ¡Bueno! ¡Víctor! ¡Bueno!

GARÁY. Agora va la mía, escuchen voacedes.
Peor es la mía,
Porque es otra queja;
Estoy sentenciado
Á diez de galeras,
Del fiscal padrasto
Mi Dios me defienda,
De los soplavivos
Y la corchetea,
De los centenarios,
Verdugo y la penca;
Y alguno que canta,
Cantando reniega.

TODOS. ¡Víctor! ¡Bueno! ¡Víctor!

SOL. Agora, pues, vaya la mía; escuchen voacedes
Peor es la mía,
Que es otra querella
Que tienen conmigo
Presos de la trena.
Cuchillos de cachas,
Taladro y barrena,
El ojo avizor
Todo el hombre tenga;
Porque si acometen,
Tengamos defensa,
Y mis camaradas
Hagan resistencia.
Suenen los valientes
De la cárcel fuera;
Y alguno que canta,
Can tando reniega.

Suena ruido dentro de presos y grillos, á modo de pendencia, y salen afuera, unos por una parte y otros por otra, riñendo con almaradas y cuchillos; y saldrá el Alcaide y ellos huirán dentro; y quedan solos BARRAGÁN, el PAISANO y el ALCAIDE.

ALC.—¿Qué ruido es éste? Por vida del Rey, que he de pasar alguno á la otra cárcel, ó que ha de dormir en el cepo.

BARR.—Cuando voacé haga pasar alguno á la otra cárcel, hay aquí hombres que no se les da ésta.

(Da una castañeta.)

PAIS.—Cuando voacé haga pasar alguno á la otra cárcel, hay aquí alguno que no se le dará nada; y voto á Cristo, que ha de soterrar alguno algún puñal, que no se le saque del cuerpo otro que Dios.

ALC.—Por vida de quien soy, que si yo puedo, que no ha de haber en mi cárcel horro de ladrones.

PAIS.—Seor Alcaide, que todos hurtamos, todos entendemos de la manifatura, extender la cerra, y meter el dinero en la faltriquera, y decir: «No hay para qué.»

ALC.—¿Qué es esto Barragán? ¿Ya tomáis vos las mañas del Paisano?

BARR.—Á lo menos, no dirá voacé, seor Alcaide, que no hay en la cárcel hombre más pacífico que yo y el señor Paisano.

ALC.—Pues sois la principal causa de la pendencia, ¿y decís eso?

PAIS.—Calle, seor Alcaide, que no sabe nada, aunque perdone: ésta no era pendencia; era un juguete y una manera de retozo. Deme voacé que ésta fuera pendencia redomada, que entendiéndolo los dos cónsules que estamos aquí, no hubiera cirujano en Sevilla que no estuviera en la cárcel ocupado, devanando tripas y remendando asaduras.

ALC.—¡Vean aquí éstos de la braveza, y vienen después á parar como los melones de invierno! Agora bien, yo quiero tener mi cárcel quieta; denme las manos, iré á tomar las de los otros.

BARR.—So Alcaide, advierta voacé, que yo y el seor Paisano tenemos alguna carga desta pesadumbre; pero aclárome que, en la calle y en la libertad, cada uno volverá por su persona.

ALC.—Digo que en el navío y cárcel, ni en cuerpo de guardia, no hay hombre cargado, que esto lo he sido por mis pecados; que yo también he sido carga de muladar

PAIS.—Calle, seor Alcaide, que no sabe nada; tiempla muy á lo viejo. Basta, agora la mano de amigos; pero en saliendo del purgatorio desta cárcel al cielo de la calle, todo hombre, avizor; porque ha de haber el punto de almarada como barbas.

ALC.—Agora bien, esténse quietos y sosegados. (Vase.)

PAIS.—¿Quién tiene bueyes, para quitar esta pesadumbre?

BARR.—En mi rancho los hay. ¡Hola, Coplilla!

Sale COPLILLA, pícaro.

COP.—¿Qué manda voacé?

BARR.—Daca el libro real, impreso con licencia de su Majestad.

COP.—Vele aquí.

BARR.—¡Qué á mano le tenías, ladrón! ¿Quién tiene granos que jugar?

PAIS.—Seis granos tengo, y esos juego.

(Pónense á jugar.)

BARR.—Alce voacé por mano.

PAIS.—Yo la doy.

BARR.—Ahí la gano.

PAIS.—Váyase voacé, y deje que baraje; que quiero quitar esos encuentros.

BARR.—Alce voacé.

PAIS.—Sácola.

BARR.—Meto el corazón y las barbas, en saliendo suerte de lo que fuere. ¿Y dice eso?

PAIS.—¡Ah, sotas pútas! A la despedida.

Sale GARÁY con la ropilla de Solapo, que se la ha ganado, y sale SOLAPO con él.

SOL.—Seor Garay, voacé tiene obligación de jugar hasta ganarme las prendas que me quedan, y si nó, dígalo el seor Paisano, que es de los tahúres de la prima.

PAIS.—¿Voacé jugó?

GARÁY.—Seor, sí.

PAIS.—¿Ganóle?

GARÁY.—Sí, seor.

PAIS.—Pues dé la sentencia el seor Barragán, que es hombre que á todos los hombres del mundo les puede meter la baraja en la boca.

BARR.—A pagar de mi dinero, está obligado voacé á jugar con él hasta dejarle en carnes como Adán.

SOL.—Pues vayan las prendas que me quedan. Si esto me gana, me voy á mi rancho, y me cubro la delantera con una hoja de higuera.

Salen el ALCAIDE y el ESCRIBANO.

ALC.—Paisano, aquí os vienen á notificar una sentencia; pésame, que es de muerte.

ESC.—Oid, hermano, lo que os quiero notificar.

PAIS.—Baraje voacé, y quite esos encuentros.

ESC.—¿Oye lo que le digo, hermano?

PAIS.—Aguarde voacé; que más me va en esto que en esotro.

ESC.—¡Y si bien lo supiésedes!—Señores, vuesas mercedes sean testigos cómo el juez que entiende de su causa le condena á muerte.

PAIS.—¿A quién? ¿A mí?

ESC.—¡No, sino á mí!

PAIS.—¡Digo la parte!

ESC.—Oid, hermano, lo que os vengo á notificar.

PAIS.—Veamos esta barahunda. ¿Qué buenas Pascuas nos viene á notificar?

(Lee el Escribano la sentencia en voz alta.)

ESC.—«Fallo que por la culpa que contra Paisano re»sulta, le debo condenar, y condeno, á que, de la cárcel »do está, sea sacado públicamente en un asno de albar»da, y un pregonero delante que manifieste su delito; »y sea llevado por las calles acostumbradas, y de allí »sea llevado á la plaza, donde estará una horca hecha; »y della será colgado del pescuezo, donde naturalmente »muera. Y nadie sea osado á quitarle sin mi licencia. »Y mando, so pena de la vida,» etc.

PAIS.—¿Quién dió esta sentencia?

ESC.—El juez que entiende de vuestra causa.

PAIS.—Puédelo hacer, que es mi juez. Mas dígale voacé que sea tan honrado, que nos veamos en el campo solos, él con su fallo y yo con una espada de siete palmos; veamos quién mata. Estos juecicos, en tiniendo un hombre embanastado como besugo, luego le fallan, como espada de la maesa: «¡Fallo que debo de condenar, »y condeno, que sea sacado por las calles acostumbra»das, en un asno de albarda... que todo lo diga.» ¡Válgate el diablo, sentencia de pepitoria! ¿No es mejor decir que muera este hombre, y ahorrar de tanta guarnición?

Esc.—Por Dios, que estoy por ponello así, visto tanta desvergüenza.

Alc.—Váyase vuesa merced, señor Escribano, y no haga caso desta gente desalmada.

Garáy.—Señor Paisano, llámele voacé, y dígale que apela.

Pais.—A él digo: ¡ah, seor escribano! venga acá voacé.

Esc.—¿Qué queréis, hermano?

Pais.—¿Cómo se va voacé, después que queda un hombre cargado hasta las entrañas? Ponga ahí voacé que apelo treinta veces.

Esc.—Con una basta. Y ¿para quién diremos que apeláis?

Pais.—Apelo para Dios; que si yo apelo para esos señores padres de la Audiencia, remediadores de los fallos, pienso que no tendré ningún remedio.

Esc.—Señor Alcaide, oiga vuesa merced una palabra al oído.

(Háblale al oído, y vase.)

Pais.—Ea, ¿qué se quiere hablar al oído?

Alc.—Hermano, esto va muy de rota; el Escribano me ha notificado que os suba á la enfermería, y que os ponga el hábito de la Caridad.

Pais.—¿Y no se puede hacer otra cosa, seor Alcaide?

Alc.—No, hermano; llamad á vuestro procurador, y decid que apeláis, por si esos señores os oyeren; que yo me holgaré en el alma.

Pais.—Pues, seor Alcaide, voacé me haga merced de que no se me ponga el hábito de la Caridad que sacó el ahorcado del otro día, que estaba viejo y apolillado, y no me le he de poner por ninguna cosa; que ya que haya de salir, quiero salir como hombre honrado, y no hecho un pícaro; que antes me quedaré en la cárcel.

ALC.—Yo os daré gusto en eso.

PAIS.—Y voacedes me harán merced de visitarme en la enfermería, y decirme las letanías que se suelen decir á los presos honrados, y de camino avisarán á la Beltrana, á ver si tiene remedio esta desgracia. Me recomiendo, reyes míos: no haya lloros, lágrimas ni barahundas; que me voy á poner bien con el Sempiterno.

(Vanse el Paisano y el Alcaide.)

SOL.—Por Dios, seor Barragán, que si el Paisano muere, que no queda hombre que sepa dar un antubión de noche. ¿Digo algo, seor mío?

BARR.—Por cierto, seor Solapo, que si Paisano muere, que pierde Barragán el mayor amigo del mundo, porque era grande archivo y cubil de flores para pobretos. Oiga lo que faltará si muere: la corónica de los jayanes, murcios, madrugones, cerdas, calabazas, águilas, aguiluchos, levas, chanzas, descuernos, clareos, guzpátaros, traineles;

y al fin, para desconsuelo
que nos aumenta el dolor,
faltará un difinidor
al trato airado y al duelo.

GARÁY.—No queda hombre honrado en todo el mundo, en faltando el Paisano.

Sale TORBELLINA y BELTRANA, mujeres de la casa, con mantos doblados y mandiles blancos, y su PROCURADOR con ellas.

BELT.—Déjame, hermana, con este ladrón de procurador; que yo le arañaré toda la cara.

TORB.—Tente, hermana, mal haya yo, y vamos á lo que importa.

BELT.—¡Ay, hermana! que yo me tengo la culpa, que

me he dejado engañar deste ladrón de procurador, pues me ha traído engañada, diciendo que había de meter un escrito; y agora le mete, agora le saca, y ¡está el Paisano condenado á muerte! Déjame que le haga rajas entre estas manos.

PROC.—Tente, mujer de los diablos; que te quebraré la cabeza con estas escribanías.

BELT.—¡Ay, hermana! ¿Qué es esto? ¡Jesús, que me muero! (Desmáyase.)

TORB.— Téngala, señor procurador; mire que se ha desmayado.

PROC.—Tente, mujer de los diablos: ¿aun no basta tener el pleito á cuestas, sino servir de rodrigón?

Sale EL PAISANO, vestido de ahorcado, y una cruz en la mano, y EL ALCAIDE con él.

ALC.—¡Ea, Paisano!, llamad á Dios, que os ayude en este trance.

BELT.—¡Ay, sentenciado de mis ojos! ¿Qué es esto?

ALC.—¡Hola! ¡hola!

Voces. (Dentro.)—¡Hola! ¡hola!

ALC.—¿Quién ha dejado entrar aquí estas mujeres? Echadlas fuera; si no, por vida de quien soy, que las deje presas.

BELT.—¡Ay, sentenciado de mi ánima y de mi vida! (Llora.)

PAIS.—¿Quién me ha traído aquí estas ayudas de costa de mal morir?

TORB.—¿Qué es esto, Paisano de mis ojos? (Llora.)

PAIS.—¿Quién ha traído aquí estos teatinos infernales?

BELT.—¡Ay, que se acaba ya mi regocijo!

TORB.—¡Ay, que no tendremos quien nos consuele ya en nuestras borrascas y naufragios!

PAIS.—Hoïos, bujarras; no me estéis ladrando á las orejas.

ALC.—Salíos allá fuera noramala.

PAIS.—Beltrana, no me digas nada. El alma te encargo, pues el cuerpo te ha servido en tantas ocasiones; y una de tus amigas (no lo hagas tú, por el escándalo que puede haber), cuando estuviere ahorcado, me limpiará el rostro, porque no quede feo como otros probetos. Y me traerás un cuello almidonado y más de la marca, y advierto, con bolo y puntas y todo negocio; que quiero ver, antes que deste mundo vaya, quién hace esta denunciación.

BELT.—Aun hasta en la muerte fué limpio mi amor; yo apostaré que no ha habido mejor ahorcado en el mundo.

TORB.—¡Oh, qué de envidiosos ha de haber!

PAIS.—Seora Torbellina, voacé será testigo ó testiga, lo que mejor le pareciere, cómo á esta mujer la hago heredera de todos mis bienes, muebles y raíces, de mi calabozo. Item, de cuatro ó cinco platos y escudillas, taladro, barreno, un candelero de barro, una sartén y un asador. Item, una manta y un jergón servicio y pulidor.

Quien te lo quitare, hija,
La mi maldición le caiga.

TORB.—Muy bueno ha andado el seor Paisano.

PAIS.—Beltrana, antes que deste mundo vaya, te quiero dejar acomodada. Solapo es mi amigo, hame pedido que te hable; es hombre que pelea y peleará, y te defenderá. En rindiendo yo el alma, le entregarás tú el cuerpo.

BELT.—Hermano de mi vida, eso hiciera yo muy de buena gana por mandármelo tú; pero tengo dada la palabra á otro.

PAIS.—Pues, badana, ¡aun no he salido deste mundo, y das la palabra á otro! No te lograrás; ¿tú no ves que éste es desposorio clandestino?

ALC.—Ea, echad esas mujeres de ahí, vayan noramala.

(Vanse las mujeres.)

PAIS.—Seor procurador, ¿qué haremos si este juez me quisiese ahorcar tan de repente, sin oirme mi apelación?

PROC.—Calle, que no hará. No tenga pena de nada dello, que nunca el derecho quedó sin él; y pluviese á Dios que le ahorcase, que yo le haría...

PAIS.—¿Y si me ahorcase?

PROC.—Pues, señor Paisano, déjese ahorcar; que aquí quedo yo.

PAIS.—¡Mejor puñalada le den!

(Cantan dentro la letanía, y responden todos.)

ALC.—Eso me parece que es lo que importa: vuestros amigos son, que os vienen á decir las letanías.

PAIS.—En la muerte se echan de ver los que son amigos.

(Salgan todos los que pudieren, en orden de figurillas, con velas encendidas en las manos, y cantando las letanías.)

PAIS.—Vénme aquí cercado de grajos gallegos.

GARÁY.—Hable el seor Barragán, que es más honrado y más antiguo.

BARR.—Yo no haré: hable el seor Solapo.

SOL.—Así me vea en aquella calle con libertad, que no diga palabra: hable el seor Cuatro.

CUATRO.—El Cuatro no lo hará: hable el seor Garáy.

GARÁY.—Garáy no lo hará; no hay que decir.

PAIS.—No es este tiempo de rumbos ni alborotos.

Hable el más cercano opositor á esta cátedra de la muerte, y guárdensele sus preeminencias.

SOL.—Por no perder la costumbre antigua que se tiene con los presos honrados, digo así: que en estos luctos echará de ver voacé que lo sienten sus camaradas. Plega á Dios lo seamos en el cielo. Y mal haya el diablo, que dos sentencias tengo de muerte; ¿por qué no vino la otra, para acompañar á voacé?

PAIS.—¡Oh, qué desgraciado ando! ¡Mal haya el diablo, que nos fuéramos de venta en venta, echando una y otra: que fuera para mí de gran contento ir acompañado de un par de consortes como vuesas mercedes!

SOL.—Y ¡el corchete que prendió á voacé! Si yo salgo, no digo nada.

PAIS.—Ese corchete es oficial ventoso, hizo su oficio; voacé me hará merced de soterralle un puñal en las entrañas, y con esto iré muy contento desta vida.

BARR.—So Paisano, cosuélese voacé con que la Justicia lo hace; que otro no podía con voacé en el mundo. Y ésta puede dar pesadumbre á voacé y á todo el mundo. Voacé déjelos, que no digo nada.

PAIS.—Ninguno, en socolor de amigo, piense encargarme en este despidimiento. Quiero saber si es cargo lo que dijo el seor Barragán, en decirme que la Justicia me puede dar pesadumbre.

GARÁY.—No es carga lo que dijó Barragán; esto á pagar de mi honra.

PAIS.—Esa vaya en aumento. Y pues que toma á cargo lo de los testigos, me hará favor voacé de cortar al uno las orejas y al otro las narices, y á los demás borrajarles las caras con una daga; y con esto iré contento para la otra vida.

ESCARR.—Voacé tenga la muerte como ha tenido

la vida; pues ninguno se la hizo, que no se la pagase.

PAIS.—Aun bien que voacé es testigo de lo que yo he peleado en esta vida, y muertes que tengo á cargo, sin mancos ni perniquebrados, que éstos, no han tenido número.

ESCARR.—Y si al bajar lloraren las personas. no las vuelva el rostro ni sea predicador en el sitio desta desgracia; que es hijo de vecino de Sevilla, y no ha de mostrar punto de cobardía.

PAIS.—No hay que tratar deso, ni decir: «Madres, las que tenéis hijos, mirad cómo los adotrináis y enseñáis»; que todo es borrachería y barahunda.

ESCARR.—Y al verdugo que apretó tanto las cuerdas á voacé, que le hizo decir lo que no había hecho, si yo salgo, no digo nada.

PAIS.—Ese verdugo, ¿me hará voacé merced de vendimialle la vida con otro verdugo?

ESCARR.—Eso haré yo de muy buena gana.

CUATRO.—Mucha pesadumbre me ha dado la Beltrana, que en mi presencia se arañó la cara.

PAIS.—Crea voacé que ha sentido la mujer en el alma esta pesadumbre que me quiere dar la Justicia, pues se arañó el retablo.

CUATRO.—Díjome que cuando voacé pasase por Gradas, volviera el rostro; que más preciaría verle con una soga á la garganta, que con una cadena de oro de cuatro vueltas.

PAIS.—Créolo yo; que ha sido mujer de gran ser, amiga del esparto: acostábala yo con soga de esparto, llámanla sus amigas la Espartera, y así tiene metido el esparto en las entrañas.

CUATRO.—Y al secretario, si yo salgo, no digo nada. Pero esto para mí y voacé: este hombre que mató voacé, ¿era hombre de cuenta?

PAIS.—Era un probeto, boquirrubio. Pensó que era yo algún lanudo, fuése derribando en segunda; ya sabe voacé qué suelo hacer con la de ganchos: desvío y doyle, y allá va el probeto, que se venía á la boca del león, siendo cordero.

CUATRO.—Seor Paisano, no haga de la cruz daga; que es indecencia.

PAIS.—No había mirado en tanto.

Salen el ALCAIDE, y músicos, y las mujeres.

ALC.—Albricias, Paisano; que ya os oyen esos señores.

PAIS.—¿Ya me oyen? No son cuerdos.

BELT.—Parece que no te has alegrado con la nueva tan buena.

PAIS.—Hay causa para ello.

BELT.—¿Qué causa puede ser, hígados de perro?

PAIS.—Has de saber que me huelgo por ti, que quedabas huérfana y sola; y pésame por estos señores, que tenían hecho ya el gasto de cera y lutos. Y no sé con qué gana tengo de andar por la cárcel.

BELT.—Ea, que no faltará otra ocasión.

PAIS.—Seor Alcaide, tome voacé esta cruz, y póngala en el altar para otra ocasión que se me ofrezca. Y voacedes se regocijen y alegren, y gástese todo mi rancho.

(Tañen, cantan y bailan.)

BELT. *Pues que ya está libre*
Mi sentenciado,
Gástese mi saya
Y lo que he ganado.
Gástese mi rancho todo,
Aunque me quede sin rancho,
Pues mi navío y rodancho

A tan buen gusto acomodo.
Sacúdase el polvo y lodo;
Y el Mellado y Garrampiés
Gocen de aqueste interés,
Por su valor esforzado.

MÚS. *Pues que ya está libre*
Mi sentenciado, etc.

BELT. Díganla luego á la Helipa
Las nuevas desta sentencia,
Y gástense en mi presencia
Dos jamones y una pipa;
Y beba, pues participa
Deste bien tan soberano.

MÚS. *Pues que ya está libre*
Mi sentenciado, etc.

(Éntranse con chacota y grita, con que se da fin.)

FIN DE ESTE ENTREMÉS.

EL JUEZ DE LOS DIVORCIOS

Los que hablan en él son los siguientes:

EL JUEZ.
EL ESCRIBANO.
EL PROCURADOR.
UN VEJETE y su mujer MARIANA.
UN GANAPÁN.
Un soldado y su mujer DOÑA GUIOMAR.
UN CIRUJANO, y su mujer ALDONZA DE MINJACA.
Dos músicos.

Sale EL JUEZ, y otros dos con él, que son EL ESCRIBANO y EL PROCURADOR, y siéntase en una silla; salen EL VEJETE y MARIANA, su mujer.

MAR.—Aun bien que está ya el señor juez de los Divorcios sentado en la silla de su audiencia. De esta vez tengo de quedar dentro ó fuera; desta vegada tengo de quedar libre de pedido y alcabala, como el gavilán.

VEJ.—Por amor de Dios, Mariana, que no almodonees tanto tu negocio; habla paso, por la pasión que Dios pasó; mira que tienes atronada á toda la vecindad con tus gritos; y pues tienes delante al señor Juez, con menos voces le puedes informar de tu justicia.

JUEZ.—¿Qué pendencia traéis, buena gente?

MAR.—Señor, divorcio, divorcio, y más divorcio, y otras mil veces divorcio.

JUEZ.—¿De quién, ó por qué, señora?

MAR.—¿De quién? Deste viejo, que está presente.

JUEZ.—¿Por qué?

MAR.—Porque no puedo sufrir sus impertinencias, ni estar contino atenta á curar todas sus enfermedades, que son sin número; y no me criaron á mí mis padres para ser hospitalera ni enfermera. Muy buen dote llevé al poder desta espuerta de huesos, que me tiene consumidos los días de la vida; cuando entré en su poder me relumbraba la cara como un espejo, y agora la tengo con una vara de frisa encima. Vuesa merced, señor Juez, me descase, si no quiere que me ahorque; mire, mire los surcos que tengo por este rostro, de las lágrimas que derramo cada día por verme casada con esta anatomía.

JUEZ.—No lloréis, señora; bajad la voz y enjugad las lágrimas, que yo os haré justicia.

MAR.—Déjeme vuesa merced llorar, que con esto descanso. En los reinos y en las repúblicas bien ordenadas había de ser limitado el tiempo de los matrimonios, y de tres en tres años se habían de deshacer, ó confirmarse de nuevo, como cosas de arrendamiento, y no que hayan de durar toda la vida, con perpetuo dolor de entrambas partes.

JUEZ.—Si ese arbitrio se pudiera ó debiera poner en práctica, y por dineros, ya se hubiera hecho; pero especificad más, señora, las ocasiones que os mueven á pedir divorcio.

MAR.—El invierno de mi marido, y la primavera de mi edad; el quitarme el sueño, por levantarme á media noche á calentar paños y saquillos de salvado para ponerle en la ijada; el ponerle ora aquesto, ora aquella ligadura, que ligado le vea yo á un palo por justicia; el cuidado que tengo de ponerle de noche alta la cabecera de la cama, jarabes lenitivos, porque no se ahogue del

pecho; y el estar obligada á sufrirle el mal olor de la boca, que le huele mal á tres tiros de arcabuz.

Esc.—Debe de ser de alguna muela podrida.

Vej.—No puede ser, porque lleve el diablo la muela ni diente que tengo en toda ella.

Proc.—Pues ley hay, que dice (según he oído decir) que por sólo el mal olor de la boca se puede descasar la mujer del marido, y el marido de la mujer.

Vej.— En verdad, señores, que el mal aliento que ella dice que tengo, no se engendra de mis podridas muelas, pues no las tengo, ni menos procede de mi estómago, que está sanísimo, sino desa mala intención de su pecho. Mal conocen vuestras mercedes á esta señora; pues á fe que si la conocieran, que la ayunarían, ó la santiguarían. Veinte y dos años ha que vivo con ella mártir, sin haber sido jamás confesor de sus insolencias, de sus voces y de sus fantasías, y ya va para dos años que cada día me va dando vaivenes y empujones hacia la sepultura, á cuyas voces me tiene medio sordo, y á puro reñir, sin juicio. Si me cura, como ella dice, cúrame á regañadientes; habiendo de ser suave la mano y la condición del médico. En resolución, señores, yo soy el que muero en su poder, y ella es la que vive en el mío, porque es señora, con mero mixto imperio, de la hacienda que tengo.

Mar.—¿Hacienda vuestra? y ¿qué hacienda tenéis vos, que no la hayáis ganado con la que llevasteis en mi dote? Y son mios la mitad de los bienes gananciales, mal que os pese; y dellos y de la dote, si me muriese agora, no os dejaría valor de un maravedí, porque veáis el amor que os tengo.

Juez.—Decid, señor: cuando entrastes en poder de vuestra mujer, ¿no entrastes gallardo, sano, y bien acondicionado?

Vej.—Ya he dicho que ha veinte y dos años que entré en su poder, como quien entra en el de un cómitre calabrés á remar en galeras de por fuerza, y entré tan sano, que podía decir y hacer como quien juega á las pintas.

Mar.—Cedacico nuevo, tres días en estaca.

Juez.—Callad, callad, nora en tal mujer de bien, y andad con Dios; que yo no hallo causa para descasaros; y pues comisteis las maduras, gustad de las duras; que no está obligado ningún marido á tener la velocidad y corrida del tiempo, que no pase por su puerta y por sus días; y descontad los malos que ahora os da, con los buenos que os dió cuando pudo; y no repliquéis más palabra.

Vej.—Si fuese posible, recibiría gran merced que vuestra merced me la hiciese de despenarme, alzándome esta carcelería; porque dejándome así, habiendo ya llegado á este rompimiento, será de nuevo entregarme al verdugo que me martirice; y si no, hagamos una cosa: enciérrese ella en un monesterio, y yo en otro; partamos la hacienda, y desta suerte podremos vivir en paz y en servicio de Dios lo que nos queda de la vida.

Mar.—¡Malos años! Bonica soy yo para estar encerrada. No sino llegaos á la niña, que es amiga de redes, de tornos, rejas y escuchas; encerraos vos, que lo podréis llevar y sufrir, que ni tenéis ojos con qué ver, ni oídos con qué oir, ni pies con qué andar, ni manos con qué tocar: que yo, que estoy sana, y con todos mis cinco sentidos cabales y vivos, quiero usar dellos á la descubierta, y no por brújula, como quínola dudosa.

Esc.—Libre es la mujer.

Proc.—Y prudente el marido; pero no puedo más.

Juez.—Pues yo no puede hacer este divorcio, *quia nullam invenio causam.*

Entra UN SOLDADO bien aderezado, y su mujer DOÑA GUIOMAR.

GUIOM.—¡Bendito sea Dios!, que se me ha cumplido el deseo que tenía de verme ante la presencia de vuestra merced, á quien suplico, cuan encarecidamente puedo, sea servido de descasarme déste.

JUEZ.— ¿Qué cosa es *déste*? ¿No tiene otro nombre? Bien fuera que dijérades siquiera, «déste hombre».

GUIOM.—Si él fuera hombre, no procurara yo descasarme.

JUEZ.—Pues ¿qué es?

GUIOM.—Un leño.

SOLD. (Para sí.)—Por Dios, que he de ser leño en callar y en sufrir. Quizá con no defenderme, ni contradecir á esta mujer, el Juez se inclinará á condenarme; y pensando que me castiga, me sacará de cautiverio, como si por milagro se librase un cautivo de las mazmorras de Tetuán.

PROC.—Hablad más comedido, señora, y relatad vuestro negocio, sin improperios de vuestro marido, que el señor Juez de los Divorcios, que está delante, mirará rectamente por vuestra justicia.

GUIOM.—Pues ¿no quieren vuestras mercedes que llame leño á una estatua, que no tiene más acciones que un madero?

MAR.—Ésta y yo nos quejamos sin duda de un mismo agravio.

GUIOM.—Digo, en fin, señor mío, que á mí me casaron con este hombre, ya que quiere vuesa merced que así lo llame, pero no es este hombre con quien yo me casé.

JUEZ.—¿Cómo es eso? que no os entiendo.

GUIOM.—Quiero decir, que pensé que me casaba con

un hombre moliente y corriente, y á pocos días hallé que me había casado con un leño, como tengo dicho; porque él no sabe cuál es su mano derecha, ni busca medios ni trazas para granjear un real con que ayude á sustentar su casa y familia. Las mañanas se le pasan en oir misa y en estarse en la puerta de Guadalajara murmurando, sabiendo nuevas, diciendo y escuchando mentiras; y las tardes, y aun las mañanas también, se va de casa en casa de juego, y allí sirve de número á los mirones, que según he oído decir, es un género de gente á quien aborrecen en todo extremo los gariteros. A las dos de la tarde viene á comer, sin que le hayan dado un real de barato, porque ya no se usa el darlo; vuélvese á ir; vuelve á media noche; cena si lo halla; y si no, santíguase, bosteza y acuéstase; y en toda la noche no sosiega, dando vueltas. Pregúntole qué tiene. Respóndeme que está haciendo un soneto en la memoria para un amigo que se le ha pedido; y da en ser poeta, como si fuese oficio con quien no estuviese vinculada la necesidad del mundo.

Sold.—Mi señora doña Guiomar en todo cuanto ha dicho no ha salido de los límites de la razón; y si yo no la tuviera en lo que hago, como ella la tiene en lo que dice, ya había yo de haber procurado algún favor de palillos de aquí ó de allí, y procurar verme, como se ven otros hombrecitos aguditos y bulliciosos, con una vara en las manos, y sobre una mula de alquiler, pequeña, seca y maliciosa, sin mozo de mulas que le acompañe; porque las tales mulas nunca se alquilan sino á faltas, y cuando están de nones; sus alforjitas á las ancas, en la una un cuello y una camisa, y en la otra su medio queso y su pan y su bota; sin añadir á los vestidos que trae de rúa, para hacellos de camino, sino unas polainas y una sola espuela; y con una comisión

y aun comezón en el seno, sale por esa puente toledana raspahilando, á pesar de las malas mañas de la harona, y á cabo de pocos días envía á su casa algún pernil de tocino, y algunas varas de lienzo crudo; en fin, de aquellas cosas que valen baratas en los lugares del distrito de su comisión, y con esto sustenta su casa como el pecador mejor puede; pero yo, que no tengo oficio, no sé qué hacerme, porque no hay señor que quiera servirse de mí, porque soy casado; así que, me será forzoso suplicar á vuestra merced, señor Juez, pues ya por pobres son tan enfadosos los hidalgos, y mi mujer lo pide, que nos divida y aparte.

Guiom.—Y hay más en esto, señor Juez; que como yo veo que mi marido es tan para poco, y que padece necesidad, muérome por remedialle, pero no puedo, porque en resolución, soy mujer de bien, y no tengo de hacer vileza.

Sold.—Por esto sólo merecía ser querida esta mujer; pero debajo deste pundonor tiene encubierta la más mala condición de la tierra; pide celos sin causa; grita sin por qué; presume sin hacienda; y como me ve pobre, no me estima en el baile del Rey Perico; y es lo peor, señor Juez, que quiere, que á trueco de la fidelidad que me guarda, le sufra y disimule millares de millares de impertinencias y desabrimientos que tiene.

Guiom.—¿Pues no? ¿Y por qué no me habéis vos de guardar á mí decoro y respeto, siendo tan buena como soy?

Sold. — Oíd, señora doña Guiomar: aquí delante destos señores os quiero decir esto: ¿Por qué me hacéis cargo de que sois buena, estando vos obligada á serlo, por ser de tan buenos padres nacida, por ser cristiana, y por lo que debéis á vos misma? Bueno es que quieran las mujeres que las respeten sus maridos porque

son castas y honestas; como si en sólo esto consistiese, de todo en todo, su perfección; y no echan de ver los desaguaderos por donde desaguan la fineza de otras mil virtudes que les faltan. ¿Qué se me da á mí que seáis casta con vos misma, puesto que se me da mucho, si os descuidáis de que lo sea vuestra criada, y si andáis siempre rostrituerta, enojada, celosa, pensativa, manirrota, dormilona, perezosa, pendenciera, gruñidora, con otras insolencias de este jaez, que bastan á consumir las vidas de doscientos maridos? Pero, con todo esto, digo, señor Juez, que ninguna cosa destas tiene mi señora doña Guiomar; y confieso que yo soy el leño, el inhábil, el dejado y el perezoso; y que por ley de buen gobierno, aunque no sea por otra cosa, está vuesa merced obligado á descasarnos; que desde aquí digo que no tengo ninguna cosa que alegar contra lo que mi mujer ha dicho, y que doy el pleito por concluso, y holgaré de ser condenado.

Guiom.—¿Qué hay que alegar contra lo que tengo dicho? Que no me dáis de comer á mí, ni á vuestra criada, y monta que no son muchas, sino una, y aun esa sietemesina, que no come por un grillo.

Esc.—Sosiéguense; que vienen nuevos demandantes.

Entra UNO vestido de médico, y es cirujano; y ALDONZA DE MINJACA, su mujer.

Cir.—Por cuatro causas bien bastantes vengo á pedir á vuestra merced, señor Juez, haga divorcio entre mí y la señora doña Aldonza de Minjaca, mi mujer, que está presente.

Juez.—Resoluto venís; decid las cuatro causas.

Cir.—La primera, porque no la puedo ver más que á todos los diablos; la segunda, por lo que ella se sabe; la tercera, por lo que yo me callo; la cuarta, porque no

me lleven los demonios, cuando desta vida vaya, si he de durar en su compañía hasta mi muerte.

PROC.—Bastantísimamente ha probado su intención.

MINJ.—Señor Juez, vuestra merced me oiga, y advierta que si mi marido pide por cuatro causas divorcio, yo le pido por cuatrocientas. La primera, porque cada vez que le veo, hago cuenta que veo al mismo Lucifer; la segunda, porque fuí engañada cuando con él me casé; porque él dijo que era médico de pulso, y remaneció cirujano, y hombre que hace ligaduras y cura otras enfermedades, que va á decir de esto á medico la mitad del justo precio; la tercera, porque tiene celos del sol que me toca; la cuarta, que como no le puedo ver, querría estar apartada dél dos millones de leguas.

ESC.—¿Quién diablos acertará á concertar estos relojes, estando las ruedas tan desconcertadas?

MINJ.—La quinta...

JUEZ.—Señora, señora, si pensáis decir aquí todas las cuatrocientas causas, yo no estoy para escuchallas, ni hay lugar para ello; vuestro negocio se recibe á prueba, y andad con Dios; que hay otros negocios que despachar.

CIR.—¿Qué más pruebas, sino que yo no quiero morir con ella, ni ella gusta de vivir conmigo?

JUEZ.—Si eso bastase para descasarse los casados, infinitísimos sacudirían de sus hombros el yugo del matrimonio.

Entra UNO vestido de ganapán, con su caperuza cuarteada.

GAN.—Señor Juez: ganapán soy, no lo niego, pero cristiano viejo, y hombre de bien á las derechas; y si no fuese que alguna vez me tomo del vino, ó él me toma á mí, que es lo más cierto, ya hubiera sido prioste en

la cofradía de los hermanos de la carga; pero, dejando esto aparte, porque hay mucho que decir en ello, quiero que sepa el señor Juez, que estando una vez muy enfermo de los vaguidos de Baco, prometí de casarme con una mujer errada: volví en mí, sané y cumplí la promesa, y caséme con una mujer que saqué de pecado; púsela á ser placera; ha salido tan soberbia y de tan mala condición, que nadie llega á su tabla con quien no riña, ora sobre el peso falto, ora sobre que le llegan á la fruta, y á dos por tres les da con una pesa en la cabeza, ó adonde topa, y los deshonra hasta la cuarta generación, sin tener hora de paz con todas las sus vecinas y apaceras, y yo tengo de tener todo el día la espada más lista que un sacabuche para defendella; y no ganamos para pagar penas de pesos no maduros, ni de condenaciones de pendencias. Querría, si vuesa merced fuese servido, ó que me apartase della, ó por lo menos le mudase la condición acelerada que tiene, en otra más reportada y más blanda; y prométole á vuesa merced de descargalle de balde todo el carbón que comprare este verano; que puedo mucho con los hermanos mercaderes de la costilla.

Cir.—Ya conozco yo la mujer deste buen hombre, y es tan mala como mi Aldonza; que no lo puedo más encarecer.

Juez.—Mirad, señores; aunque algunos de los que aquí estáis habéis dado algunas causas que traen aparejada sentencia de divorcio, con todo eso, es menester que conste por escrito, y que lo digan testigos; y así á todos os recibo á prueba. Pero ¿qué es esto? ¿Música y guitarras en mi audiencia? Novedad grande es esta.

Entran dos músicos.

Mús.--Señor Juez, aquellos dos casados tan desavenidos que vuesa merced concertó, redujo y apaciguó el otro día, están esperando á vuestra merced con una gran fiesta en su casa; y por nosotros le envían á suplicar sea servido de hallarse en ella y honrallos.

Juez.—Eso haré yo de muy buena gana, y pluguiese á Dios que todos los presentes se apaciguasen como ellos.

Proc.—De esa manera moriríamos de hambre los escribanos y procuradores desta audiencia; que no, no, sino todo el mundo ponga demandas de divorcios; que al cabo, al cabo, los más se quedan como se estaban, y nosotros habemos gozado del fruto de sus pendencias y necedades.

Mús.—Pues en verdad que desde aquí hemos de ir regocijando la fiesta.

(Cantan los músicos.)

Entre casados de honor,
Cuando hay pleito descubierto,
Más vale el peor concierto,
Que no el divorcio mejor.
Donde no ciega el engaño
Simple, en que algunos están,
Las riñas de por San Juan
Son paz para todo el año.
Resucita allí el honor,
Y el gusto, que estaba muerto,
Donde vale el peor concierto
Más que el divorcio mejor.
Aunque la rabia de celos

Es tan fuerte y rigurosa,
Si los pide una hermosa,
No son celos, sino cielos.
Tiene esta opinión amor,
Que es el sabio más esperto;
Que vale el peor concierto
Más que el divorcio mejor.

FIN DE ESTE ENTREMÉS.

EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS

Los que hablan en él son los siguientes:

CHANFALLA.
EL RABELÍN.
EL GOBERNADOR.
BENITO REPOLLO, alcalde.
JUAN CASTRADO, regidor.
PEDRO CAPACHO, escribano.
LA CHIRINOS.
UN FURRIER.
JUANA CASTRADA Y TERESA REPOLLA, labradoras.
EL AUTOR.
LA AUTORA.
UNO que baila, sobrino de Benito.
UN MÚSICO.
Gente del pueblo.

Salen CHANFALLA y los CHIRINOS.

CHANF.—No te se pasen de la memoria, Chirinos, mis advertimientos, principalmente los que te he dado para este nuevo embuste, que ha de salir tan á luz como el pasado del *No visto*.

CHIR.—Chanfalla ilustre, lo que en mí fuere, tenlo como de molde; que tanta memoria tengo como entendimiento, á quien se junta una voluntad de acertar á satisfacerte, que excede á las demás potencias; pero dime: ¿de qué sirve este Rabelín, que hemos tomado? Nosotros dos solos, ¿no pudiéramos salir con esta empresa?

CHANF.—Habiámosle menester, como el pan de la boca, para tocar en los espacios que tardaren en salir las figuras del Retablo de las Maravillas.

CHIR.—Maravilla será si no nos apedrean por sólo el Rabelín; porque tan desventurada criaturilla no la he visto en todos los días de mi vida.

Sale EL RABELÍN.

RAB.—¿Háse de hacer halgo en este pueblo, señor Autor? Que ya me muero porqne vuesa merced vea que no me tomó á carga cerrada.

CHIR.—Cuatro cuerpos de los vuestros no harán un tercio, cuanto más una carga; si no sois más gran músico que grande, medrados estamos.

RAB.—Ello dirá; que en verdad que me han escrito para entrar en una compañia de partes, por chico que soy.

CHANF.—Si os han de dar la parte á medida del cuerpo, casi será invisible.—Chirinos, poco á poco estamos ya en el pueblo, y estos que aquí vienen, deben de ser, como lo son sin duda, el Gobernador y los Alcaldes. Salgámosles al encuentro, y date un filo á la lengua en la piedra de la adulación; pero no despuntes de aguda.

Salen el GOBERNADOR, y BENITO REPOLLO, alcalde, JUAN CASTRADO, regidor, y PEDRO CAPACHO, escribano.

Beso á vuesas mercedes las manos: ¿quién de vuesas mercedes es el Gobernador de este pueblo?

GOB.—Yo soy el Gobernador; ¿qué es lo que queréis, buen hombre?

CHANF.—Á tener hoy dos onzas de entendimiento, hubiera echado de ver que esa peripatética y anchuro-

sa presencia no podía ser de otro que del dignísimo Gobernador de este honrado pueblo; que con venirlo á ser de Algarrobillas, lo deseche vuestra merced.

CHIR.—En vida de la señora y de los señoritos, si es que el señor Gobernador los tiene.

CAP.—No es casado el señor Gobernador.

CHIR.—Para cuando lo sea: que no se perderá nada.

GOB.—Y bien, ¿qué es lo que queréis, hombre honrado?

CHIR.—Honrados días viva vuesa merced, que así nos honra; en fin, la encina da bellotas, el pero peras, la parra uvas, y el honrado honra, sin poder hacer otra cosa.

BEN.—Sentencia ciceronianca, sin quitar ni poner un punto.

CAP.—*Ciceroniana* quiso decir el señor alcalde Benito Repollo.

BEN.—Siempre quiero decir lo que es mejor, sino que las más veces no acierto; en fin, buen hombre, ¿qué queréis?

CHANF.—Yo, señores míos, soy Montiel, el que trae el Retablo de las Maravillas: hanme enviado á llamar de la corte los señores cofrades de los hospitales, porque no hay autor de comedias en ella, y perecen los hospitales, y con mi ida se remediará todo.

GOB.—Y ¿qué quiere decir Retablo de las Maravillas?

CHANF.— Por las maravillosas cosas que en él se enseñan y muestran, viene á ser llamado Retablo de las Maravillas; el cual fabricó y compuso el sabio Tontonelo, debajo de tales paralelos, rumbos, astros y estrellas, con tales puntos, caracteres y observaciones, que ninguno puede ver las cosas que en el se muestran, que tenga alguna raza de confeso, ó no sea habido y procreado de sus padres de legítimo matrimonio; y el bue fuere contagiado de estas dos tan usadas enferme-

dades, despídase de ver las cosas, jamás vistas ni oídas, de mi retablo.

Ben.—Ahora echo de ver que cada día se ven en el mundo cosas nuevas. Y ¡qué! ¿se llamaba Totonelo el sabio que el Retablo compuso?

Chir.—Tontonelo se llamaba, nacido en la ciudad de Tontonela: hombre de quien hay fama que le llegaba la barba á la cintura.

Ben.—Por la mayor parte, los hombres de grandes barbas son sabiondos.

Gob.—Señor regidor Juan Castrado, yo determino, debajo de su buen parecer, que esta noche se despose la señora Teresa de Castrada, su hija, de quien yo soy padrino, y en regocijo de la fiesta, quiero que el señor Montiel muestre en vuestra casa su Retablo.

Juan.—Eso tengo yo por servir al señor Gobernador, con cuyo parecer me convengo, entablo y arrimo, aunque haya otra cosa en contrario.

Chir.—La cosa que hay en contrario es, que si no se nos paga primero nuestro trabajo, así verán las figuras como por el cerro de Úbeda. ¿Y vuesas mercedes, señores Justicias, tienen conciencia y alma en esos cuerpos? Bueno sería que entrase esta noche todo el pueblo en casa del señor Juan Castrado, ó como es su gracia, y viese lo contenido en el tal Retablo, y mañana, cuando quisiésemos mostralle al pueblo, no hubiese ánima que le viese: no, señores, no, señores; *ante omnia* nos han de pagar lo que fuere justo.

Ben.—Señora Autora, aquí no os ha de pagar ninguna Antona, ni ningún Antoño; el señor regidor Juan Castrado os pagará más que honradamente, y si no el Concejo. ¡Bien conocéis el lugar por cierto! Aquí, hermana, no aguardamos á que ninguna Antona pague por nosotros.

CAP. — ¡Pecador de mí, señor Benito Repollo, y qué lejos da del blanco! No dice la señora Autora que pague ninguna Antona, sino que le paguen adelantado, y ante todas cosas, que eso quiere decir *ante omnia.*

BEN.—Mirad, escribano Pedro Capacho, haced vos que me hablen á derechas, que yo entenderé á pie llano; vos, que sois leído y escribido, podéis entender esas algaravías de allende, que yo no.

JUAN.—Ahora bien; ¿conténtase ha el señor Autor con que yo le dé adelantados media docena de ducados? Y más, que se tendrá cuidado que no entre gente del pueblo esta noche en mi casa.

CHANF.—Soy contento; porque yo me fío de la diligencia de vuesa merced y de su buen término.

JUAN.—Pues véngase conmigo, recibirá el dinero, y verá mi casa, y la comodidad que hay en ella para mostrar ese Retablo.

CHANF.—Vamos, y no se les pase de las mientes las calidades que han de tener los que se atrevieren á mirar el maravilloso Retablo.

BEN.—Á mi cargo queda eso, y séle decir que por mi parte puede ir seguro á juicio, pues tengo el padre alcalde; cuatro dedos de enjundia de cristiano viejo rancioso tengo sobre los cuatro costados de mi linaje: miren si veré el tal Retablo.

CAP.—Todos le pensamos ver, señor Benito Repollo.

JUAN.—No nacimos acá en las malvas, señor Pedro Capacho.

GOB.—Todo será menester, según voy viendo, señores Alcalde, Regidor y Escribano.

JUAN.—Vamos, Autor, y manos á la obra; que Juan Castrado me llamo, hijo de Antón Castrado, y de Juana Macha; y no digo más, en abono y seguro que podré

ponerme cara á cara y á pie quedo delante del referido Retablo.

CHIR.—Dios lo haga.

(Éntranse Juan Castrado y Chanfalla.)

GOB.—Señora Autora, ¿qué poetas se usan ahora en la corte, de fama y rumbo, especialmente de los llamados cómicos? Porque yo tengo mis puntas y collar de poeta, y pícome de la farándula y carátula. Veinte y dos comedias tengo, todas nuevas, que se ven las unas á las otras; estoy aguardando coyuntura para ir á la corte y enriquecer con ellas media docena de autores.

CHIR.—Á lo que vuesa merced, señor gobernador, me pregunta de los poetas, no le sabré responder; porque hay tantos, que quitan el sol; y todos piensan que son famosos. Los poetas cómicos son los ordinarios y que siempre se usan, y así no hay para qué nombrallos. Pero dígame vuesa merced, por su vida: ¿cómo es su buena gracia? ¿Cómo se llama?

GOB.—Á mí, señora Autora, me llaman el Licenciado Gomecillos.

CHIR.—¡Válame Dios! ¿Y qué, vuesa merced es el señor Licenciado Gomecillos, el que compuso aquellas coplas tan famosas de *Lucifer estaba malo,* y *Tómale mal de fuera?*

GOB.—Malas lenguas hubo que me quisieron ahijar esas coplas, y así fueron mías como del Gran Turco. Las que yo compuse, y no lo quiero negar, fueron aquellas que trataron del diluvio de Sevilla; que puesto que los poetas son ladrones unos de otros, nunca me precié de hurtar nada á nadie: con mis versos me ayude Dios, y hurte el que quisiere.

Vuelve CHANFALLA.

CHANF.—Señores, vuesas mercedes vengan, que todo está á punto, y no falta más que comenzar.

CHIR.—¿Está ya el dinero *in corbona?*

CHANF.—Y aun entre las telas del corazón.

CHIR.—Pues doite por aviso, Chanfalla, que el Gobernador es poeta.

CHANF.—¿Poeta? ¡Cuerpo del mundo! Pues dale por engañado, porque todos los de humor semejante son hechos á la mazacona, gente descuidada, crédula y nonada maliciosa.

BEN.—Vamos, Autor; que me saltan los pies por ver esas maravillas.

(Éntranse todos.)

Salen JUANA CASTRADA y TERESA REPOLLA, labradoras: la una como desposada, que es la Castrada.

CAST.—Aquí te puedes sentar, Teresa Repolla amiga, que tendremos el Retablo enfrente; y pues sabes las condiciones que han de tener los miradores del Retablo, no te descuides, que sería una gran desgracia.

TER.—Ya sabes, Juana Castrada, que soy tu prima, y no digo más. Tan cierto tuviera yo el cielo como tengo cierto ver todo aquello que el Retablo mostrare. Por el siglo de mi madre, que me sacase los mismos ojos de mi cara, si alguna desgracia me aconteciese. ¡Bonita soy yo para eso!

CAST.—Sosiégate, prima; que toda la gente viene.

Entran el GOBERNADOR, BENITO REPOLLO, JUAN CASTRADO, PEDRO CAPACHO, EL AUTOR y LA AUTORA, y EL MÚSICO, y otra gente del pueblo, y UN SOBRINO de Benito, que ha de ser aquel gentil hombre que baila.

CHANF.—Siéntense todos; el Retablo ha de estar de-

trás de este repostero, y la Autora también, y aquí el músico.

Ben.—¿Músico es éste? Métanle también detrás del repostero, que á trueco de no velle, daré por bien empleado el no oílle.

Chanf.—No tiene vuesa merced razón, señor alcalde Repollo, de descontentarse del músico, que en verdad que es muy buen cristiano, y hidalgo de solar conocido.

Gob.—Calidades son bien necesarias para ser buen músico.

Ben.—De solar, bien podrá ser; mas de sonar, *abrenuncio*.

Rab.—Eso se merece el bellaco que se viene á sonar delante de...

Ben.—Pues por Dios, que hemos visto aquí sonar á otros músicos tan...

Gob.—Quédese esta razón en el *de* del señor Rabel, y en el *tan* del Alcalde, que será proceder en infinito; y el señor Montiel comience su obra.

Ben.—Poca balumba trae este Autor para tan gran Retablo.

Juan.—Todo debe de ser de maravillas.

Chanf.—Atención, señores, que comienzo.—¡Oh tú, quien quiera que fuiste, que fabricaste este Retablo con tan maravilloso artificio, que alcanzó el renombre de *las Maravillas:* por la virtud que en él se encierra! te conjuro, apremio y mando que luego incontinente muestres á estos señores algunas de las tus maravillosas maravillas, para que se regocijen y tomen placer, sin escándalo alguno. Ea, que ya veo que has otorgado mi petición, pues por aquella parte asoma la figura del valentísimo Sansón, abrazado con las columnas del templo, para derriballe por el suelo, y tomar venganza de sus enemigos. ¡Tente, valeroso caballero, tente, por la

gracia de Dios Padre; no hagas tal desaguisado, porque no cojas debajo y hagas tortilla tanta y tan noble gente como aquí se ha juntado!

BEN.—¡Téngase, cuerpo de tal, conmigo! Bueno sería que, en lugar de habernos venido á holgar, quedásemos aquí hechos plasta. ¡Téngase, señor Sansón, pesia á mis males! que se lo ruegan buenos.

CAP.—¿Véisle vos, Castrado?

JUAN.—Pues ¿no le había de ver? ¿Tengo yo los ojos en el colodrillo?

CAP.—Milagroso caso es éste: así veo yo á Sansón ahora como el Gran Turco. Pues en verdad que me tengo por legítimo y cristiano viejo.

CHIR.—¡Guárdate, hombre, que sale el mesmo toro que mató al Ganapán en Salamanca! ¡Échate, hombre; échate, hombre; Dios te libre, Dios te libre!

CHANF.—¡Échense todos, échense todos! ¡Húcho ho! ¡húcho ho!, ¡húcho ho!

(Échanse todos, y alborótanse.)

BEN.—El diablo lleva en el cuerpo el torillo; sus partes tiene de hosco y de bragado; si no me tiendo, me lleva de vuelo.

JUAN.—Señor Autor, haga, si puede, que no salgan figuras que nos alboroten; y no lo digo por mí, sino por estas mochachas, que no les ha quedado gota de sangre en el cuerpo, de la ferocidad del toro.

CAST.—Y ¡cómo, padre! No pienso volver en mí en tres días; ya me vi en sus cuernos, que los tiene agudos como una lesna.

JUAN.—No fueras tú mi hija, y no lo vieras.

GOB.—Basta, que todos ven lo que yo no veo; pero al fin habré de decir que lo veo, por la negra honrilla.

CHIR.—Esa manada de ratones que allá va, descien-

de por línea recta de aquellos que se criaron en el arca de Noé; dellos son blancos, dellos albarazados, dellos jaspeados, y dellos azules; y finalmente, todos son ratones.

CAST.—¡Jesús! ¡ay de mí! ¡ténganme, que me arrojaré por aquella ventana! ¿Ratones? ¡Desdichada! Amiga, apriétate las faldas, y mira no te muerdan; y ¡monta que son pocos! por el siglo de mi abuela, que pasan de milenta.

REP.—Yo sí soy la desdichada, porque se me entran sin reparo ninguno; un ratón morenico me tiene asida de una rodilla: ¡socorro venga del cielo, pues en la tierra me falta!

BEN.—Aun bien que tengo gregüescos: que no hay ratón que se me entre, por pequeño que sea.

CHANF.—Esta agua, que con tanta priesa se deja descolgar de las nubes, es de la fuente que da origen y principio al río Jordán; toda mujer á quien tocare en el rostro, se le volverá como de plata bruñida, y á los hombres se les volverán las barbas como de oro.

CAST.—¿Oyes, amiga? descubre el rostro, pues ves lo que te importa. ¡Oh qué licor tan sabroso! Cúbrase, padre, no se moje.

JUAN.—Todos nos cubrimos, hija.

BEN.—Por las espaldas me ha calado el agua hasta la canal maestra.

CAP.—Yo estoy más seco que un esparto.

GOB.—¿Qué diablos puede ser esto, que aun no me ha tocado una gota, donde todos se ahogan? Mas ¿si viniera yo á ser bastardo entre tantos legítimos?

BEN.—Quítenme de allí aquel músico, si no, voto á Dios, que me vaya sin ver más figura. ¡Válgate el diablo por músico aduendado, y que hace de menudear sin cítola y sin son!

RAB.—Señor alcalde, no tome conmigo la hincha; que yo toco como Dios ha sido servido de enseñarme.

BEN.—¿Dios te había de enseñar, sabandija? Métete tras la manta; si no, por Dios que te arroje este banco.

RAB.—El diablo creo que me ha traído á este pueblo.

CAP.—Fresca es el agua del santo río Jordán; y aunque me cubrí lo que pude, todavía me alcanzó un poco en los bigotes, y apostaré que los tengo rubios como un oro.

BEN.—Y aun peor cincuenta veces.

CHIR.—Allá van hasta dos docenas de leones rapantes y de osos colmeneros; todo viviente se guarde; que, aunque fantásticos, no dejarán de dar alguna pesadumbre, y aun de hacer las fuerzas de Hércules, con espadas desenvainadas.

JUAN.—Ea, señor Autor, ¡cuerpo de nosla! ¿y agora nos quiere llenar la casa de osos y de leones?

BEN.—¡Mirad qué ruiseñores y calandrias nos envía Tontonelo, sino leones y dragones! Señor Autor, ó salgan figuras más apacibles, ó aquí nos contentamos con las vistas, y Dios le guíe, y no pare más en el pueblo un momento.

CAST.—Señor Benito Repollo, deje salir ese oso y esos leones, siquiera por nosotras, y recibiremos mucho contento.

JUAN.—Pues, hija, de antes te espantabas de los ratones, ¿y agora pides osos y leones?

CAST.—Todo lo nuevo place, señor padre.

CHIR.—Esa doncella, que agora se muestra tan galana y tan compuesta, es la llamada Herodías, cuyo baile alcanzó en premio la cabeza del Precursor de la vida; si hay quien la ayude á bailar, verán maravillas.

BEN.— Esta sí ¡cuerpo del mundo! que es figura hermosa, apacible y reluciente! ¡Hi de puta, y cómo que se

vuelve la mochacha!—Sobrino Repollo, tú, que sabes de achaque de castañetas, ayúdala, y será la fiesta de cuatro capas.

SOB.—Que me place, tío Benito Repollo.

(Tocan la Zarabanda.)

CAP.— ¡Toma mi abuelo, si es antiguo el baile de la Zarabanda, y de la Chacona!

BEN.—Ea, sobrino, ténselas tiesas á esa bellaca jodía; pero si ésta es jodía, ¿cómo ve estas maravillas?

CHANF.—Todas las reglas tienen excepción, señor Alcalde.

Suena una trompeta. ó corneta dentro del teatro, y entra UN FURRIER de compañías.

FURR.—¿Quién es aquí el señor Gobernador?

GOB.—Yo soy; ¿qué manda vuesa merced?

FURR.—Que luego, al punto, mande hacer alojamiento para treinta hombres de armas, que llegarán aquí dentro de media hora, y aun antes, que ya suena la trompeta, y adiós.

(Vase.)

BEN.—Yo apostaré que los envía el sabio Tontonelo.

CHANF.—No hay tal; que esta es una compañía de caballos, que estaba alojada dos leguas de aquí.

BEN.—Ahora yo conozco bien á Tontonelo, y sé que vos y él sois unos grandísimos bellacos, no perdonando al músico; y mira que os mando que mandéis á Tontonelo no tenga atrevimiento de enviar estos hombres de armas, que le haré dar doscientos azotes en las espaldas, que se vean unos á otros.

CHANF.—Digo, señor alcalde, que no los envía Tontonelo.

BEN.—Digo que los envía Tontonelo, como ha enviado las otras sabandijas que yo he visto.

CAP.—Todos las habemos visto, señor Benito Repollo.

BEN.—No digo yo que no, señor Pedro Capacho.—No toques más, músico de entre sueños, que te romperé la cabeza.

Vuelve á entrar el FURRIER.

FURR.—Ea, ¿está ya hecho el alojamiento? que ya están los caballos en el pueblo.

BEN.—¿Qué, todavía ha salido con la suya Tontonelo? Pues yo os voto á tal, Autor de humos y de embelecos, que me lo habéis de pagar.

CHANF.—Séanme testigos, que me amenaza el Alcalde.

CHIR.—Séanme testigos, que dice el Alcalde que lo que manda S. M., lo manda el sabio Tontonelo.

BEN.—Atontonelada te vean mis ojos, plega á Dios Todopoderoso.

GOB.—Yo para mí tengo que verdaderamente estos hombres de armas no deben de ser de burlas.

FURR.—¿De burlas habían de ser, señor Gobernador? ¿Está en su seso?

JUAN.—Bien pudieran ser atontonelados; como esas cosas habemos visto aquí. Por vida del Autor, que haga salir otra vez á la doncella Herodías, porque vea este señor lo que nunca ha visto; quizá con esto le cohecharemos para que se vaya presto del lugar.

CHANF.—Eso en buen hora, y véisla aquí á do vuelve, y hace señas á su bailador á que de nuevo le ayude.

SOB.—Por mí no quedará, por cierto.

BEN.—Eso sí, sobrino, cánsala, cánsala; vueltas y más vueltas; ¡vive Dios, que es un azogue la muchacha! ¡Al hoyo, al hoyo! ¡Á ello, á ello!

FURR.—¿Está loca esta gente? ¿Qué diablos de doncella es ésta, y qué baile, y qué Tontonelo?

CAP.—Luego ¿no ve la doncella herodiana el señor Furrier?

FURR.—¿Qué diablos de doncella tengo de ver?

CAP.—Basta: de *ex illis* es.

GOB.—De *ex illis* es, de *ex illis* es.

JUAN.—Dellos es, dellos el señor Furrier, dellos es.

FURR.—Soy de la mala puta que los parió; y por Dios vivo, que si echo mano á la espada, que los haga salir por las ventanas, que no por la puerta.

CAP.—Basta: de *ex illis* es.

BEN.—Basta: dellos es, pues no ve nada.

FURR.—Canalla barretina; si otra vez me dicen que soy dellos, no les dejaré hueso sano.

BEN.—Nunca los confesos ni bastardos fueron valientes; y por eso no podemos dejar de decir: dellos es, dellos es.

FURR.—¡Cuerpo de Dios con los villanos! Esperad.

(Mete mano á la espada, y acuchillase con todos; y el Alcalde aporrea al Rabelejo; y la Chirinos descuelga la manta y dice:)

El diablo ha sido la trompeta y la venida de los hombres de armas; parece que los llamaron con campanilla.

CHANF.—El suceso ha sido extraordinario; la virtud del Retablo se queda en su punto, y mañana lo podemos mostrar al pueblo; y nosotros mismos podemos cantar en triunfo desta batalla, diciendo: ¡Vivan Chirinos y Chanfalla!

FIN DE ESTE ENTREMÉS.

EL HOSPITAL DE LOS PODRIDOS

Los que hablan en él son los siguientes:

LEIVA.	MARISANTOS.
RECTOR.	Dos pícaros.
PERO DÍAZ.	GÁLVEZ.
SECRETARIO.	CLARA.
DOCTOR.	VILLAVERDE.
CAÑIZARES.	VALENZUELA.

Salen LEIVA, el RECTOR y el SECRETARIO.

LEIVA.—¡Jesús, Jesús! ¡Qué hospital se ha hecho de forma!

RECTOR.—Era tanta la pudrición que había en ete lugar, que corría gran peligro de engendrarse una peste, que muriera más gente que el año de las landres; y así, han acordado en la república, por vía de buen gobierno, de fundar un hospital para que se curen los heridos desta enfermedad ó pestilencia, y á mí me han hecho rector.

SEC.—Después que hay galera para las mujeres y hospital para los que se pudren, anda el lugar más concertado que un reloj.

RECTOR.—No quiera vuesa merced saber más, señor

Leiva, que había hombre que ni comía ni dormía en siete horas, haciendo discursos; y cuando via á uno con una cadena ó vestido nuevo, decía: «¿Quién te lo dió, hombre? ¿dónde le hubiste? ¿de dónde lo pudiste sacar? Tú no tienes hacienda más que yo; con tener más que tú, apenas puedo dar unas cintas á mi mujer.» Y desvanecidos en esto, se les hace una ponzoña y polilla. Mas pongámonos aquí, y veremos salir á los enfermos.

Entra EL DOCTOR tomando el pulso á CAÑIZARES.

DOCTOR.—Señor Cañizares, yo no hallo á vuesa merced enfermedad.

CAÑ.—¿Cómo no, pues que traigo conmigo un recocimiento y una desesperación y rabia intrínseca y es de suerte, que se me hace una postema recocida en el corazón?

DOCTOR.—Pues ¿de qué le viene á vuesa merced tanta pesadumbre?

CAÑ.—De ver solamente un hombre; y es de manera lo que le aborrezco, que el día que le topo en la calle, me vuelvo á mi casa y me estoy sin salir della todo aquel día, metido en un rincón, pensando que me ha de suceder una desgracia.

DOCTOR.—Por cierto que vuesa merced tiene razón, que hay hombres que con su vista pronostican eso, y de balde se dejan querer mal.

CAÑ.—Pues ¿no quiere vuesa merced que me pudra y me haga una ponzoña y cruel polilla, si éste es un hombre que trae por los caniculares chinelas, y la espada á zurdas?

DOCTOR.—Pues ¿qué se le da á vuesa merced que el otro traiga la espada á zurdas, ni por los caniculares chinelas?

CAÑ.—Pues ¿no se me ha de dar, pesia á mí, si envían á este hombre por gobernador de uno de los mejores lugares desta tierra?

DOCTOR.—Ya yo entiendo su pudrición de vuesa merced, y es que pretende vuesa merced el mismo oficio.

CAÑ.—¿Cómo pretender? Ni por pensamiento me ha pasado en toda mi vida; sino sólo me pudro de ver aquellos que han de ser gobernados por mano deste hombre, que en tal tiempo trae chinelas, que mal podrá despachar los negocios con brevedad, y si es zurdo, no podrá hacer cosa á derechas.

RECTOR.—Ea, Doctor, haced meter allá ese podrido, y salgan los demás.

DOCTOR.—Venid, hermano, y curaros han.

LEIVA.—¡Hay tal cosa, y de lo que se pudre!

Entran los ministros, que son unos pícaros, y salen PERO DÍAZ y MARISANTOS.

PERO DÍAZ.—Ea, dejadme, Marisantos, que no tengo de beber, ni comer, ni dormir, ni sosegar un punto viendo estas cosas.

MAR.—Pues, Pero Díaz, un hombre como vos y de vuestro entendimiento, ¿se ha de pudrir de manera que pierda el comer, ni tomar tanta pena?

PERO DÍAZ.—Pues ¿no me la ha de dar, si hubo poeta que tuviese atrevimiento de escribir esta copla?

Jugando estaban, jugando,
Y aun al ajedrez, un día
El famoso Emperador
Y el rey moro de Almería.

MAR.—Pues ¿qué os va á vos en que el otro escribiese eso?

PERO DÍAZ.—Mucho; porque es muy gran testimonio que levantaron al Emperador; porque un príncipe de

tanta majestad y tan colérico, no se había de sentar á jugar á las tablas, juego de tanta flema, y más con un rey moro de Almería. Yo tengo, si este poeta es vivo, de hacerle que se desdiga; y si fuere muerto, ver en su testamento si dejó alguna cláusula que declare esto.

MAR.—Por cierto, ¡lindo disparate! ¿Deso no podéis comer ni dormir? ¡Gracioso cuidado habéis tomado!

RECTOR.—Venid acá, hermano; ¿de qué es vuestra pudrición?

PERO DÍAZ.—Con los poetas.

RECTOR.—¿Podrido estáis de poetas? Harto trabajo tenéis. ¿Y con qué poetas os pudrís?

PERO DÍAZ.—Con estos que hacen vellancicos la noche de Navidad, que dicen mil disparates, con mezcla de herejía. Y mire vuesa merced que dándole á uno aquella octava de Garcilaso, que dice:

Cerca del Tajo, en soledad amena,
De verdes sauces hay una espesura;

volvió esto:

Cerca de Dios, en soledad amena,
De verdes santos hay una espesura.

Y preguntando quién eran estos santos, dijo que San Felipe y Santiago, y otros santos que caen por la primavera.

RECTOR.—Por cierto, ¡gracioso disparate!

PERO DÍAZ.—Pues una noche de Navidad entré en una iglesia deste lugar, y hallé cantando este motete:

Cuando sale Jesús á sus corredores,
Bercebú no parece, y Satán se esconde.

Y preguntando cúyo era, respondió: «Mío,» muy satisfecho, como si hubiera hecho una gran cosa. Y otro estaba también cantando esto:

¿Qué hacéis en este portal,

Mi Dios, por el hombre ingrato?
¡Zape de un gato, zape de un gato!

RECTOR.—No os maravilléis; porque son esos poetas invernizos, como melones.

PERO DÍAZ.—También me pudro con otros poetas, que piensan que saben, y no saben; y otros que saben y no piensan.

RECTOR.—Decláreme eso: ¿qué quiere decir que saben, y no piensan?

PERO DÍAZ.—Que hay poetas que saben lo que hacen, y por no pensarlo bien, se van despeñando en cas de todos los diablos.

RECTOR.—Este tiene gran necesidad de remedio; y así, ¿será bien entregárselo á los malos poetas, para que ellos le curen?

PERO DÍAZ.—No, por amor de Dios.

RECTOR.—¡Hola, ministros! Meted allá ese podrido.

(Métenlo.)

LEIVA.—¡Hay tal cosa como la pudrición déste!

RECTOR.—Pues otro viene, que no dará menos en qué entender.

Entra VALENZUELA.

VAL.—¡Hay tal cosa como ésta, que sea un hombre tan dichoso, que en cuanto mano pone, todo le sucede bien! Hecho estoy un veneno de ponzoña, y por mil partes destilando materia.

RECTOR.—¿De qué es la pudrición déste?

SEC.—Señor, éste es un podrido furioso; y dale gran pesadumbre ver á un vecino suyo, que todas las cosas le suceden bien.

RECTOR.— Ese es mal caso; y es más envidia que pudrición.

VAL.—¿Cómo envidia? Los diablos me arrebaten si tal es, señor Rector; si no que es éste un hombre muy avariento y miserable, que por ser tal, nada le había de suceder bien.

RECTOR.—Tiene razón; que á los tales poca ventura les había de ayudar. Y si alguno tiene razón de pudrirse, es este hombre; y así, se le puede dar tres días en la semana para que se pudra.

VAL.—¿Cómo tres días? Más me pudriré de no pudrirme.

RECTOR.—Anda con Dios, y podríos todo el tiempo que os diere gusto.

VAL. — Beso las manos de vuesa merced por la merced.

Vase Valenzuela y sale GÁLVEZ.

GÁLVEZ.—¡Que haya mujer de tan mal gusto! Por ésta se debió de decir que hay ojos que de legañas se enamoran.

RECTOR.—¿De qué se pudre este hermano?

SEC.—Este hermano se pudre de que una dama muy hermosa deste lugar está enamorada de un. hombre calvo y que mira con un antojo

RECTOR.—Pues ¿deso os pudrís, hermano? Pues ¿qué os va á vos en que la otra tenga mal gusto?

GÁLVEZ.—Pues ¿no me ha de ir? Que más quisiera verla enamorada de un demonio. ¿Por qué una mujer tan hermosa ha de favorecer á un hombre antojicalvo?

RECTOR.—¡Y con la cólera que lo toma!

GÁLVEZ.—¿No lo he de tomar con cólera? Dígame vuestra merced, ¿qué ha de hacer una mujer cuando despierte y vea que tiene á su lado un hombre calvo (ó calavera, ó calabaza, que tal parece un calvo), ni cómo le puede mirar con buenos ojos, teniéndolos él tan malos?

Rector.—Ea, vos estáis podrido.—¡Hola, ministros, meted allá ese podrido.

Gálvez.—¡Á mí, señor! ¿Por qué?

(Métenle.)

Leiva.—¡Los podridos que se van desmoronando! Y si no se pone remedio, en pocos días se multiplicarán tantos, que sea menester que haya otro nuevo mundo, donde habiten.

Rector.—Lea vuesa merced esa relación, señor Secretario.

(Saca el Secretario unos papeles y lee.)

Sec.—«Asimismo, hay aquí alguno que se pudre con los que tienen las narices muy grandes.»

Rector.—¡Válgale el diablo! Pues ¿qué le va á él en que otros las tengan grandes ó pequeñas?

Sec.—Dice que suele un narigón destos pasar por una calle angosta, y que ocupa tanto la calle, que es menester ir de medio lado para que pasen los que van por ella; y fuera deste inconveniente, hay otro mayor, que es gastar pañizuelos disformes en tanta manera, que pueden servir de velas de navíos.

Rector.—Podrido de humor es éste.

Sec.—«Otro se pudre de que hay algunos que comen con babadores.»

Rector.—Y no va muy fuera de camino: porque los tales parecen guitarras de ébano con tapas blancas, y se hacen ahembrados. Pero notifíquesele que dentro de tres días esté sano de su pudrición; y si no, que le echarán una melecina de esdrújulos de poetas, que le harán echar el ánima, si fuere necesario, preparada con sesos de los dichos poetas.

Sec.—Pues ¿hay en todo el mundo sesos de poetas

para henchir media cáscara de avellana, cuanto y más para preparar una melecina? Por lo menos ha de llevar cuatro onzas de todos matalotajes que concurren en el arte melecinal.

RECTOR.—Pasa adelante.

SEC.—«Otro se pudre de los médicos, que cuando les van á dar el récipe de la cura, van diciendo: «No lo quiero, no lo quiero», y van poniendo la mano atrás, como cucharón.»

RECTOR.—Ese se pudre justamente. ¿De qué sirven los melindres donde hay tan buenas ganas de más, si más les diesen?

SEC.—«Otro se pudre de que por haber tan pocos discretos, hay tantos sastres y zapateros.»

RECTOR.—Pues ¿qué quería que hubiese?

SEC.—Albéitares y oficiales de jalmas asnátiles.

RECTOR.—Ese podrido se va á satírico. Pónganle en la boca del estómago, porque detenga, un emplasto de mozos de sastres, y sahúmenle con diez pelos de las cejas de Celestina, pues de aquí veo yo más de cuatro.

SEC.—«Aquí hay ciertas viejas que se pudren de que las gallinas de sus vecinas ponen más gordos huevos y crían mejores pollos».

RECTOR.—Esas son pudriciones baladíes; y á esas viejas échenles unos polvos de higos pajizos.

SEC.—«También hay dos casados, que el marido se pudre porque su mujer tiene los ojos azules, y ella se pudre porque el marido tiene la boca grande.»

RECTOR.—Gente debe ser de buen humor; salgan aquí, que los quiero ver.

Salen CLARA y VILLAVERDE.

CLARA.—Acabad, señor; harto mejor fuera que os pudriérades de ver vuestra disforme boca, que no pare-

ce sino boca de alnafe, y dejarme á mí con mis ojos, azules ó verdes.

RECTOR.—Pues vení acá, hermano, ¿deso os pudrís, porque vuestra mujer tenga los ojos azules?

VILL.—Sí, señor; que no se usan agora, sino negros.

RECTOR.—¡Hay tal desatino! Pues si Dios se los ha dado así, ¿qué los ha de hacer?

VILL.—Para eso es el habilidad; que se los tiña; que de puro reñir esto se me ha desgajado la boca.

RECTOR.—¡Gracioso disparate, si yo le he visto en mi vida! Y así es menester que se os den unos botones de fuego con yerros de médicos y boticarios.

VILL.—Aun esos son peores que los de los letrados; porque los unos paran en las bolsas, y los otros paran en la salud y en la vida.

LEIVA.—Señor secretario, ¿esta señora es mujer deste hombre?

SEC.—¿No lo ve vuesa merced?

LEIVA.—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús mil veces!

SEC.—¿De qué se santigua vuesa merced?

LEIVA.—¿No me tengo de santiguar, que una mujer tan hermosa esté casada con un hombre tan feo como es éste, que no parece sino un escarabajo?

SEC.—Pues ¿deso se pudre vuesa merced?

LEIVA.—Pues ¿no quiere vuesa merced que me pudra y me haga una ponzoña viendo cosa semejante, que merezca esta señora un príncipe por marido, y que fuese un ángel en condición y en presencia?

SEC.—¡Rematado está!—¡Hola, ministros! ¡Meté allá ese podrido!

LEIVA.—¿Á mí? ¿Por qué razón?

(Métenlo.)

RECTOR.—Señor secretario, ¿ha visto vuesa merced

que un hombre de tan buen entendimiento haya disparatado desta suerte?

SEC.—Pues ¿eso le ha de dar á vuesa merced pena?

RECTOR.—Pues ¿no me ha de dar, pesia mí, el ver que haya perdido el juicio un hombre que yo tenía en tan buena reputación, y por muy cuerdo y prudente?

SEC.—Pudrido está vuesa merced.—¡Hola, ministros!

RECTOR.—¿Á mí, señor Secretario?

(Métenlo.)

CLARA.—Señor Secretario, mucho me maravillo de que un hombre como vuesa merced no haya tenido mejor término con el señor Rector.

SEC.—Pues ¿deso se pudre vuesa merced?

CLARA.—Pues ¿no me tengo de pudrir, viendo la obligación que vuesa merced le tiene, y no guardarle más respeto al señor Rector, siendo superior en todo? Y bastaba ser autoridad para tenérsele, y no tenerle de la manera que vuesa merced le tiene.

SEC.—¡Oigan, oigan, y qué perdida está la hermana, y qué perdida!—Ministros, metan allá esta hermana.

CLARA.—¿Á mí, señor? Mire vuesa merced...

(Métenla.)

SEC.—Señor Villaverde, ¿esta señora es mujer de vuesa merced?

VILL.—¿Si es mi mujer? ¿Por qué lo pregunta vuestra merced?

SEC.—Pregúntolo, porque la ve llevar presa vuesa merced, y se está con esa flema.

VILL.—Pues ¿no tengo de estar?

SEC.—¿Cómo estar, pesia á mi? No me diga eso, que arrojaré los papeles y me hará perder la paciencia. Pues un hombre como vuesa merced, tan honrado, ¿no tiene obligación de sentir la desgracia de su mujer?

VILL.—Podrido está el amigo; no os escaparéis del hospital.—¡Hola, ministro!

(Métenle los ministros, y saca Villaverde una guitarra y canta.)

No se pudra nadie
De lo que otros hacen.
Pues que toda vuestra vida
Es como juego de naipes,
Donde todas son figuras,
Y el mejor, mejor lo hace;
Dejemos á cada uno
Viva en la ley que gustare,
Aunque su vida juguemos
Á Ginebra semejante.
Presuma de que á las Musas
Ya vació los orinales
Quien puede ser compañero
De los que alcázares pacen;
Que es valiente el que, enseñado
Á más robustos manjares,
No se halla sin gallina,
Porque consigo la trae;
Y que á poder de arrebol,
Del solimán y albayalde,
La que es demonio en figura,
Quiera parecer un ángel.
Vea del modo que van
Los que reciben pesares,
Y les enfada y da pena
Las ajenas necedades.
No se pudra nadie
De lo que otros hacen.
Tomen ejemplo en mí mismo,

Que cuando encuentro en la calle
Acuchillándose dos,
Echo á mi espada una llave;
  Y pues miro con antojos,
Si el astrólogo arrogante
En su repertorio miente,
Nunca procuro enfadarme.
  Salga el sol al mediodía;
Y cuando nuevos me calce
Los zapatos, llueva luego,
Que es desgracia bien notable;
  Y después de haberme hurtado
La mitad del paño el sastre,
No salga bueno el vestido,
Viniéndome estrecho ó grande;
  Parezca bien la comedia,
Ó digan que es disparate;
Venga ó no venga la gente,
Oigan con silencio ó parlen,
  Yo no me pienso pudrir,
Ni que el contento me acabe,
Aunque abadejo me digan
Y auque bacallao me llamen.

FIN DE ESTE ENTREMÉS.

LA CUEVA DE SALAMANCA

Los que hablan en él son los siguientes:

PANCRACIO.
CARRAOLANO, estudiante.
REPONCE, sacristán.
EL BARBERO.
LEONISO, compadre de Pancracio.
LEONARDA.
CRISTINA.

Salen PANCRACIO, LEONARDA y CRISTINA.

PANC.—Enjugad, señora, esas lágrimas, y poned pausa á vuestros suspiros, considerando que cuatro días de ausencia no son siglos: yo volveré, á lo más largo, á los cinco, si Dios no me quita la vida; aunque será mejor, por no turbar la vuestra, romper mi palabra, y dejar esta jornada; que sin mi presencia se podrá casar mi hermana.

LEONARDA.—No quiero yo, mi Pancracio y mi señor, que por respeto mío vos parezcáis descortés; id, en hora buena, y cumplid con vuestras obligaciones, pues las que os llevan son precisas: que yo me apretaré con mi llaga, y pasaré mi soledad lo menos mal que pudiere: sólo os encargo la vuelta, y que no paséis del término que habéis puesto.—Tenme, Cristina, que se me aprieta el corazón.

(Desmáyase.)

CRIST.—¡Oh, que bien hayan las bodas, y las fiestas! En verdad, señor, que si yo fuera que vuesa merced, que nunca allá fuera.

PANC.—Entra, hija, por un vidro de agua, para echársela en el rostro. Mas espera; diréle unas palabras que sé al oído, que tienen virtud para hacer volver de los desmayos.

Dícele las palabras: vuelve LEONARDA diciendo:

LEONARDA.—Basta: ello ha de ser forzoso; no hay sino tener paciencia, bien mío; cuanto más os detuviéredes, más dilatáis mi contento. Vuestro compadre Leoniso os debe de aguardar ya en el coche. Andad con Dios: que él os vuelva tan presto y tan bueno como yo deseo.

PANC.—Mi ángel, si gustas que me quede, no me moveré de aquí más que una estatua.

LEONARDA.—No, no, descanso mío; que mi gusto está en el vuestro; y por agora más que os váis, que no os quedéis, pues es vuestra honra la mía.

CRIST.—¡Oh espejo de matrimonio! A fe que si todas las casadas quisiesen tanto á sus maridos como mi señora Leonarda quiere al suyo, que otro gallo les cantase.

LEONARDA. — Entra, Cristinica, y saca mi manto; que quiero acompañar á tu señor hasta dejarle en el coche.

PANC.—No, por mi amor; abrazadme, y quedaos, por vida mía.—Cristinica, ten cuenta de regalar á tu señora, que yo te mando un calzado cuando vuelva, como tú le quisieres.

CRIST.—Vaya, señor, y no lleve pena de mi señora, porque la pienso persuadir de manera á que nos holguemos, que no imagine en la falta que vuesa merced le ha de hacer.

LEONARDA.—¿Holgar yo? ¡Qué bien estás en la cuenta, niña! porque ausente de mi gusto, no se hicieron los placeres ni las glorias para mí; penas y dolores, sí.

PANC.—Ya no la puedo sufrir. Quedad en paz, lumbre de estos ojos, los cuales no verán cosa que les dé placer, hasta volveros á ver.

(Éntrase.)

LEONARDA.—Allá darás, rayo, en casa de Ana Díaz. Vayas, y no vuelvas; la ida del humo. Por Dios, que esta vez no os han de valer vuestras valentías ni vuestros recatos.

CRIST.—Mil veces temí que con tus extremos habías de estorbar su partida y nuestros contentos.

LEONARDA.—¿Si vendrán esta noche los que esperamos?

CRIST.—¿Pues no? Ya los tengo avisados, y ellos están tan en ello, que esta tarde enviaron con la lavandera, nuestra secretaria, como que eran paños, una canasta de colar, llena de mil regalos y de cosas de comer, que no parece sino uno de los serones que da el Rey el Jueves Santo á sus pobres; sino que la canasta es de Pascua, porque hay en ella empanadas, fiambreras, manjar blanco, y dos capones que aun no están acabados de pelar, y todo género de fruta de la que hay ahora; y sobre todo, una bota de hasta una arroba de vino, de lo de una oreja, que huele que trasciende.

LEONARDA.—Es muy cumplido, y lo fué siempre, mi Reponce, sacristán de las telas de mis entrañas.

CRIST.—Pues ¿qué le falta á mi maese Nicolás? Barbero de mis hígados y navaja de mis pesadumbres, que así me las rapa y quita cuando le veo, como si nunca las hubiera tenido.

LEONARDA.—¿Pusiste la canasta en cobro?

CRIST.—En la cocina la tengo, cubierta con un cernadero, por el disimulo.

(Llama á la puerta el ESTUDIANTE CARRAOLANO, y en llamando, sin esperar que le respondan, entra.)

LEONARDA.—Cristina, mira quién llama.

EST.—Señoras, yo soy un pobre estudiante.

CRIST.—Bien se os parece que sois pobre y estudiante, pues lo uno muestra vuestro vestido, y el ser pobre vuestro atrevimiento. ¡Cosa extraña es esta, que no hay pobre que espere á que le saquen la limosna á la puerta, sino que se entran en las casas hasta el último rincón, sin mirar si despiertan á quien duerme, ó si no!

EST.—Otra más blanda respuesta esperaba yo de la buena gracia de vuesa merced; cuanto más que yo no quería, ni buscaba otra limosna, sino alguna caballeriza ó pajar donde defenderme esta noche de las inclemencias del cielo, que, según se me trasluce, parece que con grandísimo rigor á la tierra amenazan.

LEONARDA.—¿Y de dónde bueno sois, amigo?

EST.—Salamantino soy, señora mía; quiero decir, que soy de Salamanca. Iba á Roma con un tío mío, el cual murió en el camino, en el corazón de Francia. Vine solo; determiné volverme á mi tierra: robáronme los lacayos ó compañeros de Roque Guinarde, en Cataluña, porque él estaba ausente; que á estar allí, no consintiera que se me hiciera agravio; porque es muy cortés y comedido y además limosnero. Hame tomado á estas santas puertas la noche, que por tales las juzgo, y busco mi remedio.

LEONARDA.—En verdad, Cristina, que me ha movido á lástima el estudiante.

CRIST.—Ya me tiene á mí rasgadas las entrañas. Tengámosle en casa esta noche, pues de las sobras del cas-

tillo se podrá mantener el real; quiero decir, que en las reliquias de la canasta habrá en quien adore su hambre; y más, que me ayudará á pelar la volatería que viene en la cesta.

LEONARDA.—Pues ¿cómo, Cristina, quieres que metamos en nuestra casa testigos de nuestras liviandades?

CRIST.—Así tiene él talle de hablar por el colodrillo como por la boca.—Venga acá, amigo: ¿sabe pelar?

EST.—¿Cómo si sé pelar? No entiendo eso de saber pelar, si no es que quiere vuesa merced motejarme de pelón; que no hay para qué, pues yo me confieso por el mayor pelón del mundo.

CRIST.—No lo digo yo por eso, en mi ánima, sino por saber si sabría pelar dos ó tres pares de capones.

EST.—Lo que sabré responder es, que yo, señoras, por la gracia de Dios, soy graduado de bachiller por Salamanca, y no digo...

LEONARDA. — Desa manera, ¿quién duda, sino que sabrá pelar, no solo capones, sino gansos y abutardas? Y en esto del guardar secreto, ¿cómo le va? y á dicha, ¿es tentado de decir todo lo que ve, imagina ó siente?

EST.—Así pueden matar delante de mí más hombres que carneros en el Rastro, que yo desplegue mis labios para decir palabra alguna.

CRIST.—Pues atúrese esa boca, y cósase esa lengua con una agujeta de dos cabos, y amuélese esos dientes, y éntrese con nosotras, y verá misterios y cenará maravillas, y podrá medir en un pajar los pies que quisiere para su cama.

EST.—Con siete tendré demasiado; que no soy nada codicioso ni regalado.

Entran el SACRISTÁN REPONCE y el BARBERO.

SAC.—¡Oh, que en hora buena estén los automedontes y guías de los carros de nuestros gustos, las luces de nuestras tinieblas, y las dos recíprocas voluntades que sirven de basas y colunas á la amorosa fábrica de nuestros deseos!

LEONARDA.—Esto sólo me enfada de él, Reponce mío: habla, por tu vida, á lo moderno y de modo que te entienda, y no te encarames donde no te alcance.

BARB.—Eso tengo yo bueno, que hablo más llano que una suela de zapato; pan por vino y vino por pan, ó como suele decirse.

SAC. Sí, que diferencia ha de haber de un sacristán gramático á un barbero romancista.

CRIST.—Para lo que yo he menester á mi barbero, tanto latín sabe, y aun más que supo Antonio de Nebrija; y no se dispute agora de ciencia, ni de modos de hablar: que cada uno habla, si no como debe, á lo menos como sabe; y entrémonos, y manos á la labor, que hay mucho que hacer.

EST.—Y mucho que pelar.

SAC.—¿Quién es este buen hombre?

LEONARDA.—Un pobre estudiante salamanqueso, que pide albergo para esta noche.

SAC.—Yo le daré un par de reales para cena y para lecho, y váyase con Dios.

EST.—Señor sacristán Reponce, recibo y agradezco la merced y la limosna; pero yo soy mudo, y pelón además, como ha menester esta señora doncella, que me tiene convidado; y voto á... de no irme esta noche desta casa, si todo el mundo me lo manda. Confiese vuesa merced, mucho de enhoramala de un hombre de mis prendas, que se contenta de dormir en un pajar; y

si lo han por sus capones. péleselos el Turco y cómanselos ellos y nunca del cuero les salgan.

BARB.—Este más parece rufian que pobre; talle tiene de alzarse con toda la casa.

CRIST.—No medre yo, si no me contenta el brío. Entrémonos todos, y demos orden en lo que se ha de hacer; que el pobre pelará y callará como en misa.

EST.—Y aun como en vísperas.

SAC.—Puesto me ha miedo el pobre estudiante; yo apostaré que sabe más latín que yo.

LEONARDA.—De ahí le deben de nacer los bríos que tiene; pero no te pese, amigo, de hacer caridad, que vale para todas las cosas.

Éntranse todos y sale LEONISO, compadre de Pancracio, y PANCRACIO.

COMP.—Luego lo vi yo que nos había de faltar la rueda; no hay cochero que no sea temático; si él rodeara un poco y salvara aquel barranco, ya estuviéramos dos leguas de aquí.

PANC.—Á mí no se me da nada; que antes gusto de volverme á pasar esta noche con mi esposa Leonarda, que en la venta; porque la dejé esta tarde casi para expirar, del sentimiento de mi partida.

COMP.—¡Gran mujer! ¡De buena os ha dado el cielo, señor compadre! Dadle gracias por ello.

PANC.—Yo se las doy como puedo, y no como debo; no hay Lucrecia que se le llegue, ni Porcia que se le iguale: la honestidad y el recogimiento han hecho en ella su morada.

COMP.—Si la mía no fuese celosa, no tenía yo más que desear. Por esta calle está más cerca mi casa: tomad, compadre, por estas, y estaréis presto en la vues-

tra; y veámonos mañana, que no me faltará coche para la jornada. Adiós.

PANC.—Adiós.

(Éntranse los dos.)

Vuelven á salir el SACRISTÁN y el BARBERO, con sus guitarras: LEONARDA, CRISTINA y el ESTUDIANTE. Sale el sacristán con la sotana alzada y ceñida al cuerpo, danzando al son de su misma guitarra; á cada cabriola vaya diciendo estas palabras:

SAC.—¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

CRIST.—Señor sacristán Reponce, no es tiempo de danzar; dése orden en cenar, y en las demás cosas, y quédense las danzas para mejor coyuntura.

SAC.—¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

LEONARDA.—Déjale, Cristina; que en extremo gusto de ver su agilidad.

(Llama Pancracio á la puerta, y dice:)

PANC.—Gente dormida, ¿no oís? ¡Cómo! ¿Y tan temprano tenéis atrancada la puerta? Los recatos de mi Leonarda deben de andar por aquí.

LEONARDA.—¡Ay, desdichada! Á la voz y á los golpes, mi marido Pancracio es éste; algo le debe de haber sucedido, pues él se vuelve. Señores, á recogerse á la carbonera: digo al desván, donde está el carbón.—Corre, Cristina y llévalos; que yo entretendré á Pancracio de modo que tengas lugar para todo.

EST.—¡Fea noche, amargo rato, mala cena y peor amor!

CRIST.—¡Gentil relente, por cierto! Ea, vengan todos.

PANC.—¿Qué diablos es esto? ¿Cómo no me abrís, lirones?

EST.—Es el toque, que yo no quiero correr la suerte de estos señores; escóndanse ellos donde quisieren, y llévenme á mí al pajar, que si allí me allan, antes pareceré pobre que adúltero.

CRIST.—Caminen, que se hunde la casa á golpes.

SAC.—El alma llevo en los dientes.

BARB.—Y yo en los carcañares.

Éntranse todos, y asómase LEONARDA á la ventana.

LEONARDA.—¿Quién está ahí? ¿Quién llama?

PANC.—Tu marido soy, Leonarda mía; ábreme, que ha media hora que estoy rompiendo á golpes estas puertas.

LEONARDA.—En la voz bien me parece á mí que oigo á mi cepo Pancracio; pero la voz de un gallo se parece á la de otro gallo, y no me aseguro.

PANC.—¡Oh recato inaudito de mujer prudente! Que yo soy, vida mía, tu marido Pancracio: ábreme con toda seguridad.

LEONARDA.—Venga acá, yo lo veré agora. ¿Qué hice yo cuando él se partió esta tarde?

PANC.—Suspiraste, lloraste, y al cabo te desmayaste.

LEONARDA.—Verdad; pero con todo esto, dígame: ¿qué señales tengo yo en uno de mis hombros?

PANC.—En el izquierdo tienes un lunar del grandor de medio real, con tres cabellos como tres mil hebras de oro.

LEONARDA.—Verdad; pero ¿cómo se llama la doncella de casa?

PANC.—Ea, boba, no seas enfadosa: Cristinica se llama; ¿qué más quieres?

LEONARDA.—Cristinica, Cristinica, tu señor es; ábrele, niña.

CRIST.—Ya voy, señora; que él sea muy bien venido.

—¿Qué es esto, señor de mi alma? ¿Qué acelerada vuelta es ésta?

LEONARDA.—¡Ay, bien mío! Decídnoslo presto, que el temor de algún mal suceso me tiene ya sin pulsos.

PANC.—No ha sido otra cosa sino que en un barranco se quebró la rueda del coche, y mi compadre y yo determinamos volvernos, y no pasar la noche en el campo; y mañana buscaremos en qué ir, pues hay tiempo. Pero ¿qué voces hay?

(Dentro, y como de muy lejos, diga el estudiante:)

EST.—Ábranme aquí, señores; que me ahogo.

PANC.—¿Es en casa, ó en la calle?

CRIST.—Que me maten si no es el pobre estudiante que encerré en el pajar, para que durmiese esta noche.

PANC.—¿Estudiante encerrado en mi casa, y en mi ausencia? ¡Malo! En verdad, señora, que si no me tuviera asegurado vuestra mucha bondad. que me causara algún recelo este encerramiento. Pero ve, Cristina, y ábrele; que se le debe haber caído toda la paja acuestas.

CRIST.—Ya voy. (Vase.)

LEONARDA.—Señor, que es un pobre salamanqueso, que pidió que le acogiésemos esta noche, por amor de Dios, aunque fuese en el pajar; y ya sabes mi condición, que no puedo negar nada de lo que se me pide, y encerrámosle; pero vesle aquí y mirad cuál sale.

Sale el ESTUDIANTE y CRISTINA; él lleno de paja las barbas, cabeza y vestido.

EST.—Si yo no tuviera tanto miedo, y fuera menos escrupuloso, yo hubiera excusado el peligro de ahogarme en el pajar, y hubiera cenado mejor, y tenido más blanda y menos peligrosa cama.

PANC.—Y ¿quién os había de dar, amigo, mejor cena y mejor cama?

EST.—¿Quién? mi habilidad; sino que el temor de la justicia me tiene atadas las manos.

PANC.—Peligrosa habilidad debe de ser la vuestra, pues os teméis de la justicia.

EST.—La ciencia que aprendí en la Cueva de Salamanca, de donde yo soy natural, si se dejara usar sin miedo de la Santa Inquisición, yo sé que cenara y recenara á costa de mis herederos; y aun quizá no estoy muy fuera de usalla, siquiera por esta vez, donde la necesidad me fuerza y me disculpa; pero no sé yo si estas señoras serán tan secretas como yo lo he sido.

PANC.—No se cure de ellas, amigo, sino haga lo que quisiere, que yo les haré que callen; y ya deseo en todo extremo ver alguna destas cosas que dicen que se aprenden en la Cueva de Salamanca.

EST.—¿No se contentará vuesa merced con que le saque aquí dos demonios en figuras humanas, que traigan acuestas una canasta llena de cosas fiambres y comederas?

LEONARDA.—¿Demonios en mi casa y en mi presencia? ¡Jesús! librada sea yo de lo que librarme no sé.

CRIST.—El mismo diablo tiene el estudiante en el cuerpo: ¡plega á Dios que vaya á buen viento esta parva! Temblándome está el corazón en el pecho.

PANC.—Ahora bien; si ha de ser sin peligro y sin espantos, yo me holgaré de ver esos señores demonios y á la canasta de las fiambreras; y torno á advertir, que las figuras no sean espantosas.

EST.—Digo que saldrán en figura del sacristán de la parroquia, y en la del barbero su amigo.

CRIST.—¿Mas qué, lo dice por el sacristán Reponce, y por maese Roque, el barbero de casa? ¡Desdichados de-

llos, que se han de ver convertidos en diablos!—Y dígame, hermano, ¿y éstos han de ser diablos bautizados?

Est.—¡Gentil novedad! ¿Á dónde diablos hay diablos bautizados, ó para qué se han de bautizar los diablos? Aunque podrá ser que éstos lo fuesen, porque no hay regla sin excepción; y apártense, y verán maravillas.

Leonarda.—¡Ay, sin ventura! aquí se descose; aquí salen nuestras maldades á plaza; aquí soy muerta.

Crist.—Ánimo, señora; que buen corazón quebranta mala ventura.

Est. Vosotros, mezquinos, que en la carbonera
Hallastes amparo á vuestra desgracia,
Salid, y en los hombros, con priesa y con gracia,
Sacad la canasta de la fiambrera;
No me incitéis á que de otra manera
Más dura os conjure. Salid; ¿qué esperáis?
Mirad que si á dicha el salir rehusáis,
Tendrá mal suceso mi nueva quimera.

Ora bien; yo sé cómo me tengo de haber con estos demonicos humanos: quiero entrar allá dentro y á solas hacer un conjuro tan fuerte, que los haga salir más que de paso; aunque la calidad de estos demonios, más está en sabellos aconsejar, que en conjurallos.

(Éntrase.)

Panc.—Yo digo que si éste sale con lo que ha dicho, que será la cosa más nueva y más rara que se haya visto en el mundo.

Leonarda.—Sí saldrá, ¿quién lo duda? pues ¿habíanos de engañar?

Crist.—Ruido anda allá dentro; yo apostaré que los saca; pero ve aquí do vuelve con los demonios y el apatusco de la canasta.

Salen el ESTUDIANTE, el SACRISTÁN y el BARBERO.

LEONARDA.—¡Jesús! ¡qué parecidos son los de la carga al sacristán Reponce y el barbero de la plazuela!

CRIST.—Mira, señora, que donde hay demonios no se ha de decir Jesús.

SAC.—Digan lo que quisieren; que nosotros somos como los perros del herrero, que dormimos al son de las martilladas: ninguna cosa nos espanta ni turba.

LEONARDA.—Lléguense á que yo coma de lo que viene de la canasta, no tomen menos.

EST.—Yo haré la salva y comenzaré por el vino. (Bebe.) Bueno es: ¿es de Esquivias, señor sacridiablo?

SAC.—De Esquivias es, juro á...

EST.—Téngase, por vida suya, y no pase adelante; amiguito soy yo de diablos juradores. Demonico, demonico, aquí no venimos á hacer pecados mortales, sino á pasar una hora de pasatiempo y cenar, y irnos con Cristo.

CRIST.—¿Y éstos han de cenar con nosotros?

PANC.—Sí, que los diablos no comen.

BARB.—Sí comen algunos, pero no todos; y nosotros somos de los que comen.

CRIST.—¡Ay, señores! quédense acá los pobres diablos, pues han traído la cena; pues sería poca cortesía dejarlos ir muertos de hambre, y parecen diablos muy honrados y muy hombres de bien.

LEONARDA.—Como no nos espanten, y si mi marido gusta, quédense en buen hora.

PANC. — Queden; que quiero ver lo que nunca he visto.

BARB.—Nuestro Señor pague á vuesas mercedes la buena obra, señores míos.

CRIST.—¡Ay, qué bien criados, qué corteses! nunca

medre yo, si todos los diablos son como éstos, si no han de ser mis amigos de aquí adelante.

SAC.—Oigan, pues, para que se enamoren de veras.

(Toca el Sacristán, y canta; ayúdale el Barbero con el último verso no más.)

SAC. Oigan los que poco saben
Lo que con mi lengua franca
Digo del bien que en sí tiene
BARB. *La Cueva de Salamanca.*
SAC. Oigan lo que dejó escrito
Della el bachiller Tudanca
En el cuero de una yegua
Que dicen que fué potranca,
En la parte de la piel
Que confina con el anca,
Poniendo sobre las nubes
BARB. *La Cueva de Salamanca.*
SAC. En ella estudian los ricos
Y los que no tienen blanca,
Y sale entera y rolliza
La memoria que está manca.
Siéntanse los que allí enseñan
De alquitrán en una banca,
Porque estas bombas encierra
BARB. *La Cueva de Salamanca.*
SAC. En ella se hacen discretos
Los moros de la Palanca;
Y el estudiante más burdo
Ciencias de su pecho arranca.
Á los que estudian en ella
Ninguna cosa les manca;
Viva, pues, siglos eternos
BARB. *La Cueva de Salamanca.*

SAC. Y nuestro conjurador,
Si es á dicha de Loranca,
Tenga en ella cien mil vides
De uva tinta y de uva blanca;
Y al diablo que le acusare,
Que le den con una tranca,
Y para el tal jamás sirva
BARB. *La Cueva de Salamanca.*

CRIS.—Basta; que también los diablos son poetas.

BARB.—Y aun todos los poetas son diablos.

PANC.—Dígame, señor mío, pues los diablos lo saben todo, ¿dónde se inventaron todos estos bailes de las *Zarabandas, Zambapalo*, y *Dello me pesa* con el famoso del nuevo *Escarramán?*

BARB. —¿Adónde? en el infierno; allí tuvieron su origen y principio.

PANC —Yo así lo creo.

LEONARDA.—Pues en verdad, que tengo yo mis puntas y collar escarramanesco; sino que mi honestidad y por guardar el decoro á quien soy, no me atrevo á bailarle.

SAC.—Con cuatro mudanzas que yo le enseñase á vuesa merced cada día en una semana, saldría única en el baile; que sé que le falta bien poco.

EST.—Todo se andará; por agora entrémonos á cenar, que es lo que importa.

PANC.—Entremos; que quiero averiguar si los diablos comen ó no, con otras cien mil cosas que dellos cuentan; y por Dios, que no han de salir de mi casa hasta que me dejen enseñado en la ciencia y ciencias que se enseñan en *la Cueva de Salamanca.*

FIN DE ESTE ENTREMÉS.

EL RUFIÁN VIUDO

Los que hablan en él son los siguientes:

TRAMPAGOS, CHIQUIZNAQUE y JUAN CLAROS, rufianes.
VADEMECUM, criado de Trampagos.
LA REPULIDA.
LA PIZPITA.
LA MOSTRENCA.
ESCARRAMÁN, cautivo.
Dos músicos.

Sale TRAMPAGOS con un capuz de luto, y con él, VADEMECUM, su criado, con dos espadas de esgrima.

TRAMP. ¿Vademecum?
VAD. ¿Señor?
TRAMP. ¿Traes las morenas?
VAD. Tráigolas.
TRAMP. Está bien: muestra y camina,
Y saca aquí la silla de respaldo,
Con los otros asientos de por casa.
VAD. ¿Qué asientos? ¿Hay alguno por ventura?
TRAMP. Saca el mortero puerco, el broquel saca,
Y el banco de la cama.
VAD. Está impedido;
Fáltale un pie.
TRAMP. ¿Y es tacha?
VAD. Y no pequeña.

(Éntrase Vademecum.)

TRAMP. ¡Ah Pericona, Pericona mía,
Y aun de todo el concejo! En fin, llegóse
El tuyo: yo quedé. tú te has partido,
Y es lo peor que no imagino á dónde,
Aunque, según fué el curso de tu vida,
Bien se puede creer piadosamente
Que estás en parte... aun no me determino
De señalarte asiento en la otra vida.
Tendréla yo, sin ti, como de muerte.
¡Que no me hallara yo á tu cabecera
Cuando diste el espíritu á los aires,
Para que le acogiera entre mis labios,
Y en mi estómago limpio le envasara!
¡Miseria humana! ¿Quién de ti confía?
Ayer fuí Pericona, hoy tierra fría,
Como dijo un poeta celebérrimo.

Entra CHIQUIZNAQUE, rufián.

CHIQ. Mi so Trampagos, ¿es posible sea
Vuesa merced tan enemigo suyo,
Que se entumbe, se encumbra y se trasponga
Debajo desa sombra bayetuna
El sol hampesco? So Trampagos, basta
Tanto gemir, tantos suspiros bastan;
Trueque voacé las lágrimas corrientes
En limosnas y en misas y oraciones
Por la gran Pericona, que Dios haya;
Que importan más que llantos y sollozos.

TRAMP. Voacé ha parlado como un tólogo,
Mi señor Chiquiznaque; pero en tanto
Que encarrilo mis cosas de otro modo,
Tome vuesa merced, y platiquemos
Una levada nueva.

CHIQ. So Trampagos,

No es este tiempo de levadas: llueven,
Ó han de llover hoy pésames adunia,
Y ¿hémonos de ocupar en levadicas?

Entra Vademecum con la silla muy vieja y rota.

VAD. Bueno, por vida mía: quien le quita
Á mi señor de líneas y posturas,
Le quita de los días de la vida.

TRAMP. Vuelve por el mortero y por el banco,
Y el broquel no se olvide, Vademecum.

VAD. Y aun trairé el asador, sartén y platos.

(Vuélvese á entrar.)

TRAMP. Después platicaremos una treta,
Única, á lo que creo, y peregrina;
Que el dolor de la muerte de mi ángel,
Las manos ata y el sentido todo.

CHIQ. ¿De qué edad acabó la mal lograda?

TRAMP. Para con sus amigas y vecinas,
Treinta y dos años tuvo.

CHIQ. Edad lozana.

TRAMP. Si va á decir verdad, ella tenía
Cincuenta y seis; pero de tal manera
Supo encubrir los años, que me admiro.
¡Oh qué teñir de canas! ¡Oh qué rizos,
Vueltos de plata en oro los cabellos!
Á seis del mes que viene hará quince años,
Que fué mi tributaria, sin que en ellos
Me pusiese en pendencia ni en peligro
De verme palmeadas las espaldas.
Quince cuaresmas, si en la cuenta aeierto,
Pasaron por la pobre desde el día
Que fué mi cara agradecida prenda,
En las cuales sin duda susurraron

Á sus oídos treinta y más sermones,
Y en todos ellos, por respeto mío,
Estuvo firme, cual está á las olas
Del mar movible la inmovible roca.
¡Cuántas veces me dijo la probeta,
Saliendo de los trances rigurosos
De gritos y plegarias y de ruegos,
Sudando y trasudando: «Plega al cielo,
Trampagos mío, que en descuento vaya
De mis pecados lo que aquí yo paso
Por ti, dulce bien mío!»

CHIQ. ¡Bravo triunfo!
¡Ejemplo raro de inmortal firmeza!
Allá lo habrá hallado.

TRAMP. ¿Quién lo duda?
Ni aun una sola lágrima vertieron
Jamás sus ojos en las sacras pláticas,
Cual si de esparto ó pedernal su alma
Formada fuera.

CHIQ. ¡Oh hembra, benemérita
De griegas y romanas alabanzas!
¿De qué murió?

TRAMP. ¿De qué? Casi de nada:
Los médicos dijeron que tenía
Malos los hipocondrios y los hígados,
Y que con agua de taray pudiera
Vivir, si la bebiera, setenta años.

CHIQ. ¿No la bebió?

TRAMP. Murióse.

CHIQ. Fué una necia;
Bebiérala hasta el día del juïcio,
Que hasta entonces viviera. El yerro estuvo
En no hacerla sudar.

TRAMP. Sudó once veces.

(Entra VADEMECUM con los asientos referidos.)

CHIQ. ¿Y aprovechóle alguna?
TRAMP. Casi todas:
Siempre quedaba como un ginjo verde.
Sana como un peruétano ó manzana.
CHIQ. Dícenme que tenía ciertas fuentes
En las piernas y brazos.
TRAMP. La sin dicha
Era un Aranjüez; pero con todo,
Hoy come en ella lo que llaman tierra,
De las más blancas y hermosas carnes
Que jamás encerraron sus entrañas;
Y si no fuera porque habrá dos años
Que comenzó á dañársele el aliento,
Era abrazarla, como quien abraza
Un tiesto de albahaca ó clavellinas.
CHIQ. Neguijón debió ser, ó corrimiento,
El que dañó las perlas de su boca;
Quiero decir, sus dientes y sus muelas.
TRAMP. Una mañana amaneció sin ellos.
VAD. Así es verdad; mas fué deso la causa
Que anocheció sin ellos; de los finos
Cinco acerté á contarle; de los falsos,
Doce disimulaba en la covacha.
TRAMP. ¿Quién te mete á ti en eso, mentecato?
VAD. Acredito verdades.
TRAMP. Chiquiznaque,
Ya se me ha reducido á la memoria
La treta de denantes; toma, y vuelve
Al ademán primero.
VAD. Pongan pausa,
Y quédese la treta en ese punto;
Que acuden moscovitas al reclamo.

La Repulida viene y la Pizpita,
Y la Mostrenca y el jayán Juan Claros.

TRAMP. Vengan en hora buena: vengan ellos
En cien mil norabuenas.

Entra LA REPULIDA, LA PIZPITA, LA MOSTRENCA, y el rufián JUAN CLAROS.

JUAN. En las mismas
Esté mi sor Trampagos.

REP. Quiera el cielo
Mudar su escuridad en luz clarísima.

PIZP. Desollado le viesen ya mis lumbres
De aquel pellejo lóbrego y escuro.

MOST. ¡Jesús, y qué fantasma noturnina!
Quítenmele delante.

VAD. ¿Melindricos?

TRAMP. Fuera yo un Polifemo, un antropófago,
Un troglodita, un bárbaro Zoilo,
Un caimán, un caribe, un come-vivos,
Si de otra suerte me adornara en tiempo
De tamaña desgracia.

JUAN. Razón tiene.

TRAMP. He perdido una mina potosisca,
Un muro de la hiedra de mis faltas,
Un árbol de la sombra de mis ansias.

JUAN. Era la Pericona un pozo de oro.

TRAMP. Sentarse á prima noche y á las horas
Que se echa el golpe, hallarse con sesenta.
Numos en cuartos, ¿por ventura es barro?
Pues todo esto perdí en lo que ya pudre.

REP. Confieso mi pecado; siempre tuve
Envidia á su no vista diligencia.
No puedo más; yo hago lo que puedo,

Pero no lo que quiero.

PIZP. No te penes,
Pues vale más aquel que Dios ayuda,
Que el que mucho madruga: ya me entiendes.

VAD. El refrán vino aquí como de molde;
Tal os dé Dios el sueño, mentecatas.

MOST. Nacidas somos; no hizo Dios á nadie
Á quien desamparase. Poco valgo;
Pero en fin, como y ceno, y á mi cuyo
Le traigo más vestido que un palmito.
Ninguna es fea, como tenga bríos;
Feo es el diablo.

VAD. Alega la Mostrenca
Muy bien de su derecho, y alegara
Mejor, si se añadiera el ser muchacha,
Y limpia, pues lo es por todo extremo.

CHIQ. En el que está Trampagos me da lástima.

TRAMP. Vestíme este capuz: mis dos lanternas
Convertí en alquitaras.

VAD. ¿De aguardiente?

TRAMP. Pues ¿tanto cuelo yo, hi de malicias?

VAD. Á cuatro lavanderas de la puente
Puede dar quince y falta en la colambre;
Miren que ha de llorar, sino agua-ardiente.

JUAN. Yo soy de parecer que el gran Trampagos
Ponga silencio á su continuo llanto,
Y vuelva al *sicut erat in principio:*
Digo á sus olvidadas alegrías,
Y tome prenda, que las suyas quite,
Que es bien que el vivo vaya á la hogaza,
Como el muerto se va á la sepultura.

REP. Zonzorino Catón es Chiquiznaque.

PIZP. Pequeña soy, Trampagos, pero grande
Tengo la voluntad para servirte;

No tengo cuyo, y tengo ochenta cobas.

REP. Yo ciento, y soy dispuesta y nada lerda.

MOST. Veinte y dos tengo yo, aun veinte y cuatro,
Y no soy mema.

REP. ¡Oh mi Jesús! ¿Qué es esto?
¿Contra mí la Pizpita y la Mostrenca?
¿En tela quieres competir conmigo,
Culebrilla de alambre, y tú, pazguata?

PIZP. Por vida de los huesos de mi abuela,
Doña Mari-Bobales, monda-níspolas,
Que no la estimo en un feluz morisco.
¡Han visto el ángel tonto almidonado,
Cómo quiere empinarse sobre todas!

MOST. Sobre mí no, á lo menos, que no sufro
Carga que no me ajuste y me convenga.

JUAN. Adviertan que defiendo á la Pizpita.

CHIQ. Considera que está la Repulida
Debajo de las alas de mi amparo.

VAD. Aquí fué Troya, aquí se hacen rajas;
Los de las cachas amarillas salen;
Aquí, otra vez, fué Troya.

REP. Chiquiznaque,
No he menester que nadie me defienda;
Aparta, tomaré yo la venganza,
Rasgando con mis manos pecadoras
La cara de membrillo cuartanario.

JUAN. Repulida, respeto al gran Juan Claros.

PIZP. Déjala, venga: déjala que llegue
Esa cara de masa mal sobada.

Entra UNO muy alborotado.

UNO. Juan Claros, ¡la justicia, la justicia!
El alguacil de la justicia viene

La calle abajo.

(Éntrase luego.)

JUAN. ¡Cuerpo de mi padre!
No paro más aquí.

TRAMP. Ténganse todos:
Ninguno se alborote: que es mi amigo
El alguacil, no hay que tenerle miedo.

(Torna á entrar.)

UNO. No viene acá, la calle abajo cuela. (Vase.)

CHIQ. El alma me temblaba ya en las carnes,
Porque estoy desterrado.

TRAMP. Aunque viniera.
No nos hiciera mal, yo lo sé cierto;
Que no puede chillar, porque está untado.

VAD. Cese, pues, la pendencia, y mi sor sea
El que escoja la prenda que le cuadre,
Ó le esquine mejor.

REP. Yo soy contenta.

PIZP. Y yo también.

MOST. Y yo

VAD. Gracias al cielo,
Que he hallado á tan gran mal, tan gran re-
[medio.

TRAMP. Abúrrome y escojo.

MOST. Dios te guíe.
Si te aburres, Trampagos, la escogida
También será aburrida.

TRAMP. Errado anduve;
Sin aburrirme escojo.

MOST. Dios te guíe.

TRAMP. Digo que escojo aquí á la Repulida.

JUAN. Con su pan se la coma, Chiquiznaque.

Y aun sin pan, que es sabrosa en cualquier [modo.

REP. Tuya soy: pónme un clavo y una S
En estas dos mejillas.

PIZP. ¡Oh hechicera!

MOST. No es sino venturosa: no la envidies,
Porque no es muy católico Trampagos;
Pues ayer enterró á la Pericona,
Y hoy la tiene olvidada.

REP. Muy bien dices.

TRAMP. Este capuz arruga, Vademecum,
Y dile al padre, que sobre él te preste
Una docena de rëales

VAD. Creo
Que tengo yo catorce.

TRAMP. Luego, luego,
Parte y trae seis azumbres de lo caro.
Alas pon en los pies

VAD. Y en las espaldas.

(Éntrase Vademecum con el capuz, y queda en cuerpo Trampagos.)

TRAMP. Por Dios, que si durara la bayeta,
Que me pudieran enterrar mañana.

REP. ¡Ay lumbre destas lumbres, que son tuyas
Y cuán mejor estás en este traje,
Que en el otro sombrío y melancólico!

Entran dos músicos, sin guitarras.

MÚS. 1.º Tras el olor del jarro nos venimos
Yo y mi compadre.

TRAMP. En hora buena sea;
¿Y las guitarras?

MÚS. 1.º En la tienda quedan;

Vaya por ellas Vademecum.

Mús. 2.º ¡Vaya:
Mas yo quiero ir por ellas.

Mús. 1.º De camino.

(Éntrase el músico 2.º)

Diga á mi oislo que si viene alguno
Al *rapio rapis*, que me aguarde un poco;
Que no haré sino colar seis tragos,
Y cantar dos tonadas y partirme;
Que ya el señor Trapagos, según muestra,
Está para tomar armas de gusto.

Vuelve VADEMECUM.

VAD. Ya está en el antesala el jarro.

TRAMP. Traile.

VAD. No tengo taza.

TRAMP. Dios te la depare:
El cuerno de orinar no está estrenado;
Tráele, que te maldiga el cielo santo;
Que eres bastante á deshonrar á un duque.

VAD. Sosiéguese; que no ha de faltar copa,
Y aun copas, aunque sean de sombreros.
Á buen seguro que éste es churrullero.

Entra UNO, como cautivo, con una cadena al hombro, y pónese á mirar á todos muy atento, y todos á él.

REP. ¡Jesús! ¿es visión ésta? ¿qué es aquésto?
¿No es este Escarramán? El es sin duda.—
¡Escarramán del alma, dame amores,
Esos brazos, coluna de la hampa!

TRAMP. ¡Oh Escarramán, Escarramán amigo!
¿Cómo es esto? ¿Á dicha eres estatua?

Rompe el silencio, y habla á tus amigos.

PIZP. ¿Qué traje es éste y qué cadena es ésta?
¿Eres fantasma á dicha? Yo te toco,
Y eres de carne y hueso.

MOST. Él es. amiga;
No lo puede negar, aunque más calle.

ESC. Yo soy Escarramán, y estén atentos
Al cuento breve de mi larga historia.

Vuelve EL BARBERO con dos guitarras, y da la una al compañero.

Dió la galera al traste en Berbería,
Donde la furia de un jüez me puso
Por espalder de la siniestra banda;
Mudé de cautiverio y de ventura;
Quedé en poder de turcos por esclavo;
De allí á dos meses, como al cielo plugo,
Me levanté con una galeota;
Cobré mi libertad y ya soy mío.
Hice voto y promesa invïolable
De no mudar de ropa ni de carga
Hasta colgarla de los muros santos
De una devota ermita, que en mi tierra
Llaman de San Millán de la Cogolla;
Y este es el cuento de mi extraña historia,
Digna de atesorarla en la memoria.
La Mendez no estará ya de provecho;
¿Vive?

JUAN. Y está en Granada á sus anchuras.

CHIQ. Allí le duele al pobre todavía.

ESC. ¿Qué se ha dicho de mí en aqueste mundo,
En tanto que en el otro me han tenido
Mis desgracias y gracia?

MOST. Cien mil cosas:

Ya te han puesto en la horca los farsantes.

PIZP. Los muchachos han hecho pepitoria
De todas tus medúlas y tus huesos.

REP. Hante vuelto divino; ¿qué más quieres?

CHIQ. Cántante por las plazas, por las calles;
Báilante en los teatros y en las casas;
Has dado que hacer á los poetas,
Mas que dió Troya al mantuano Títiro.

JUAN. Óyente resonar en los establos.

REP. Las fregonas te lavan en el río,
Los mozos de caballos te almohazan.

CHIQ. Túndete el tundidor con sus tijeras:
Muy más que el potro rucio eres famoso.

MOST. Han pasado á las Indias tus palmeos,
En Roma se han sentido tus desgracias,
Y hante dado botines *sine número.*

VAD. Por Dios que te han molido como alheña,
Y te han desmenuzado como flores,
Y que eres más sonado y más mocoso
Que un relox y que un niño de doctrina.
De ti han dado querella todos cuantos
Bailes pasaron en la edad del gusto,
Con apretada y dura residencia;
Pero llevóse el tuyo la excelencia.

ESC. Tenga yo fama, y hágame pedazos:
De Efeso el templo abrasaré por ella.

(Tocan de improviso los músicos y comienzan á cantar este romance:)

MÚS. «Ya salió de las gurapas
El valiente Escarramán,
Para asombro de la gura
Y para bien de su mal.»

ESC. ¿Es aquesto brindarme por ventura?

¿Piensan se me ha olvidado el regodeo?
Pues más ligero vengo que solía;
Si no toquen, y vaya, y fuera ropa.

PIZP. ¡Oh flor y fruto de los bailarines!
Y ¡qué bueno has quedado!

VAD. Suelto y limpio.

JUAN. Él honrará las bodas de Trampagos.

ESC. Toquen; verán que soy hecho de azogue.

MÚS. Váyanse todos por lo que cantare,
Y no será posible que se yerren.

ESC. Toquen; que me deshago y que me bullo.

REP. Ya me muero por verle en la estacada.

MÚS. Estén alerta todos.

CHIQ. Ya lo estamos.

(Cantan.)

«Ya salió de las gurapas
El valiente Escarramán,
Para asombro de la gura,
Y para bien de su mal.
Ya vuelve á mostrar al mundo
Su felice habilidad,
Su ligereza y su brío,
Y su presencia rëal.
Pues falta la Coscolina,
Supla agora en su lugar
La Repulida, olorosa
Más que la flor de azahar,
Y en tanto que se remonda
La Pizpita sin igual,
De la gallarda el paseo
Nos muestre aquí Escarramán.

(Tocan la gallarda, dánzala Escarramán; y en habiendo hecho una mudanza, prosíguese el romance.)

La Repulida comience
Con su brío, á rastrear,
Pues ella fué la primera
Que nos le vino á mostrar.
Escarramán la compañe,
La Pizpita otro que tal,
Chiquiznaque y la Mostrenca,
Con Juan Claros el galán.
¡Vive Dios que va de perlas!
No se puede desear
Más ligereza ó más garbo,
Más certeza ó más compás.
Á ello, hijos, á ello;
No se pueden alabar
Otras ninfas, ni otros rufos
Que os puedan igualar.
¡Oh, qué desmayar de manos!
¡Oh, qué huir y qué juntar!
¡Oh, qué nuevos laberintos,
Donde hay salir y hay entrar!
Muden el baile á su gusto,
Que yo le sabré tocar:
El canario ó las gambetas,
Ó *Al villano se lo dan,*
Zarabanda, ó zambapalo,
El pésame de ello y más;
El rey don Alonso el Bueno,
Gloria de la antigüedad.»

Esc. El canario, si le tocan,
Á solas quiero bailar.

Mús. Tocaréle yo de plata,
Tú de oro le bailarás.

(Toca el canario, y baila solo Escarramán; y en habiéndole bailado, diga:)

Esc. Vaya *El villano á lo burdo,*
Con la cebolla y el pan,
Y acompáñenme los tres.

Mús. Que te bendiga San Juan.

(Bailan el villano, como bien saben; y acabado el villano, pida Escarramán el baile que quisiere, y acabado, diga Trampagos:)

TRAMP. Mis bodas se han celebrado
Mejor que las de Roldán;
Todos digan, como digo:
¡Viva, viva Escarramán!

TODOS. ¡Viva, viva!

FIN DE ESTE ENTREMÉS.

EL VIZCAÍNO FINGIDO

Los que hablan en él son los siguientes:

SOLÓRZANO.	DOÑA BRÍGIDA.
QUIÑONES.	UN PLATERO.
DOÑA CRISTINA.	Dos músicos.

Salen SOLÓRZANO y QUIÑONES.

SOL.—Estas son las bolsas, y á lo que parecen, son bien parecidas, y las cadenas que van dentro, ni más ni menos; no hay sino que vos acudáis con mi intento; que á pesar de la taimería desta sevillana, ha de quedar esta vez burlada.

QUIÑ.—¿Tanta honra se adquiere, ó tanta habilidad se muestra en engañar á una mujer, que lo tomáis con tanto ahínco, y ponéis tanta solicitud en ello?

SOL.—Cuando las mujeres son como éstas, es gusto el burlallas; cuanto más, que esta burla no ha de pasar de los tejados arriba; quiero decir, que ni ha de ser con ofensa de Dios, ni con daño de la burlada; que no son burlas las que redundan en desprecio ajeno.

QUIÑ.—Alto, pues vos lo queréis, sea así; digo que yo os ayudaré en todo cuanto me habéis dicho, y sabré fingir tan bien como vos, que no lo puedo más encarecer. ¿Adónde vais agora?

SOL.—Derecho en casa de la ninfa, y vos no salgáis de casa; que yo os llamaré á su tiempo.

QUIÑ.—Allí estaré clavado, esperando.

(Entranse los dos.)

Salen DOÑA CRISTINA y DOÑA BRÍGIDA: Cristina sin manto y Brígida con él, toda asustada y turbada.

CRIST.—¡Jesús! ¿Qué es lo que traes, amiga doña Brígida, que parece que quieres dar el alma á su Hacedor?

BRÍG.—Doña Cristina amiga, hazme aire, rocíame con un poco de agua este rostro, que me muero, que me fino, que se me arranca el alma. Dios sea conmigo; confesión á toda priesa.

CRIST.—¿Qué es esto? ¡Desdichada de mí! ¿No me dirás, amiga, lo que te ha sucedido? ¿Has visto alguna mala visión? ¿Hante dado alguna mala nueva de que es muerta tu madre, ó de que viene tu marido, ó hante robado tus joyas?

BRÍG.—Ni he visto visión alguna, ni se ha muerto mi madre, ni viene mi marido, que aun le faltan tres meses para acabar el negocio donde fué, ni me han robado mis joyas; pero hame sucedido otra cosa peor.

CRIST.—Acaba, dímela, doña Brígida mía; que me tienes turbada y suspensa hasta saberla.

BRÍG.—¡Ay, querida! que también te toca á ti parte deste mal suceso. Límpiame este rostro, que él y todo el cuerpo tengo bañado en sudor más frío que la nieve. ¡Desdichadas de aquellas que andan en la vida libre, que si quieren tener algún poquito de autoridad, granjeada de aquí ó de allí, se la desjarretan y se la quitan al mejor tiempo!

CRIST.—Acaba, por tu vida, amiga, y dime lo que te

ha sucedido, y qué es la desgracia de quien yo también tengo de tener parte.

BRIG.—Y ¡cómo si tendrás parte! y mucha, si eres discreta, como lo eres. Has de saber, hermana, que viniendo agora á verte, al pasar por la puerta de Guadalajara, oí que en medio de infinita justicia y gente, estaba un pregonero, pregonando que quitaban los coches, y que las mujeres descubriesen los rostros por las calles.

CRIST.—Y ¿esa es la mala nueva?

BRIG.—Pues para nosotras, ¿puede ser peor en el mundo?

CRIST.— Yo creo, hermana, que debe de ser alguna reformación de los coches: que no es posible que los quiten de todo punto; y será cosa muy acertada, porque, según he oído decir, andaba muy de caída la caballería en España, porque se empanaban diez ó doce caballeros mozos en un coche, y azotaban las calles de noche y de día, sin acordárseles que había caballos y jineta en el mundo; y como les falte la comodidad de las galeras de la tierra, que son los coches, volverán al ejercicio de la caballería, con quien sus antepasados se honraron.

BRIG.—¡Ay, Cristina de mi alma! que también oí decir que, aunque dejan algunos, es condición que no se presten, ni que en ellos ande ninguna... ya me entiendes

CRIST.—Ese mal nos hagan: porque has de saber, hermana, que está en opinión entre los que siguen la guerra, cuál es mejor, la caballería ó la infantería, y hase averiguado que la infantería española lleva la gala á todas las naciones, y agora podremos las alegres mostrar á pie nuestra gallardía, nuestro garbo y nuestra bizarría, y más yendo descubiertos los rostros, qui-

tando la ocasión de que ninguno se llame á engaño si nos sirviese, pues nos ha visto.

Brig.—¡Ay, Cristina! no me digas eso; ¡qué linda cosa era ir sentada en la popa de un coche, llenándola de parte á parte, dando rostro á quien y como y cuando quería! Y en Dios y en mi ánima te digo, que cuando alguna vez me le prestaban, y me veía sentada en él con aquella autoridad, me desvanecía tanto, que creía bien y verdaderamente que era mujer principal, y que más de cuatro señoras de título pudieran ser mis criadas.

Crist.—¿Veis doña Brígida, cómo tengo yo razón en decir que ha sido bien quitar los coches, siquiera por quitarnos á nosotras el pecado de la vanagloria? Y más, que no era bien que un coche igualase á las no tales con las tales; pues viendo los ojos extranjeros á una persona en un coche, pomposa por galas, reluciente por joyas, echaría á perder la cortesía, haciéndosela á ella como si fuera á una principal señora; así que, amiga, no debes congojarte, sino acomoda tu brío y tu limpieza, y tu manto de soplillo sevillano, y tus nuevos chapines, en todo caso, con las virillas de plata, y déjate ir por esas calles; que yo te aseguro que no falten moscas á tan buena miel, si quisieres dejar que á ti se lleguen; y el daño en más va que en besarla durmiendo.

Brig.—Dios te lo pague, amiga, que me has consolado con tus advertimientos y consejos; y en verdad que los pienso poner en práctica, y pulirme y repulirme, y dar rostro á pie y pisar el polvico á tan menudico, pues no tengo quien me corte la cabeza; que ese que piensan que es mi marido, no lo es, aunque me ha dado la palabra de serlo.

Entra SOLÓRZANO.

CRIST.—¡Jesús! ¿tan á la sorda y sin llamar se entra en mi casa, señor? ¿Qué es lo que vuesa merced manda?

SOL.—Vuesa merced perdone el atrevimiento, que la ocasión hace al ladrón: hallé la puerta abierta, y entréme, dándome ánimo al entrarme, venir á servir á vuesa merced, y no con palabras, sino con obras; y si es que puedo hablar delante desta señora, diré á lo que vengo, y la intención que traigo.

CRIST.—De la buena presencia de vuesa merced no se puede esperar, sino que han de ser buenas sus palabras y sus obras. Diga vuesa merced lo que quisiere; que la señora doña Brígida es tan mi amiga, que es otra yo misma.

SOL.—Con ese seguro y con esa licencia hablaré con verdad; y con verdad, señora, soy un cortesano, á quien vuesa merced no conoce.

CRIST.—Así es la verdad.

SOL.—Y ha muchos días que deseo servir á vuesa merced, obligado á ello de su hermosura, buenas partes y mejor término; pero estrechezas, que no faltan, han sido freno á las obras hasta agora, que la suerte ha querido que de Vizcaya me enviase un grande amigo mío á un hijo suyo, vizcaíno, muy galán, para que yo le lleve á Salamanca y le ponga de mi mano en compañía que le honre y le enseñe. Porque, para decir la verdad á vuesa merced, él es un poco burro, y tiene algo de mentecato; y añádesele á esto una tacha, que es lástima decirla, cuanto más tenerla, y es que se toma algún tanto, un si es no es, del vino; pero no de manera que de todo en todo pierda el juicio, puesto que se le turba; y cuando está asomado y aun casi todo el cuerpo fuera de la ventana, es cosa maravillosa

su alegría y su liberalidad: da todo cuanto tiene á quien se lo pide y á quien no se lo pide; y yo querría, ya que el diablo se ha de llevar cuanto tiene, aprovecharme alguna cosa, y no he hallado mejor medio que traerle á casa de vuesa merced, porque es muy amigo de damas, y aquí le desollaremos cerrado como á gato; y para principio traigo aquí á vuesa merced esta cadena en este bolsillo, que pesa ciento y veinte escudos de oro, la cual tomará vuesa merced y me dará diez escudos agora, que yo he menester para ciertas cosillas, y gastará otros veinte en una cena esta noche, que vendrá acá nuestro burro ó nuestro búfalo, que le llevo yo por el naso, como dicen, y á dos idas y venidas se quedará vuesa merced con toda la cadena, que yo no quiero más que los diez escudos de ahora. La cadena es bonísima, y de muy buen oro, y vale algo de hechura: héla aquí, vuesa merced la tome.

Crist.—Beso á vuesa merced las manos por la que me ha hecho en acordarse de mí en tan provechosa ocasión; pero si he de decir lo que siento, tanta liberalidad me tiene algo confusa y algún tanto sospechosa.

Sol.—Pues ¿de qué es la sospecha, señora mía?

Crist—De qué prodrá ser esta cadena de alquimia; que se suele decir que no es oro todo lo que reluce.

Sol.—Vuesa merced habla discretísimamente, y no en balde tiene vuesa merced fama de la más discreta dama de la corte, y hame dado mucho gusto el ver cuán sin melindres ni rodeos me ha descubierto su corazón; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte. Vuesa merced se cubra su manto, ó envíe, si tiene de quien fiarse, y vaya á la platería, y en el contraste se pese y toque esa cadena, y cuando fuere fina, y de la bondad que yo he dicho, entonces vuesa merced

me dará los diez escudos, harále una regalaría al borrico, y se quedará con ella.

CRIST.—Aquí pared en medio tengo yo un platero mi conocido, que con facilidad me sacará de duda.

SOL.—Eso es lo que yo quiero y lo que amo y lo que estimo; que las cosas claras, Dios las bendijo.

CRIST.—Si es que vuesa merced se atreve á fiarme esta cadena, en tanto que me satisfago, de aquí á un poco podrá venir, que yo tendré los diez escudos de oro.

SOL.—¡Bueno es eso! fío mi honra de vuesa merced; ¿y no le había de fiar la cadena? Vuesa merced la haga tocar y retocar; que yo me voy, y volveré de aquí á media hora.

CRIST.—Y aun antes, si es que mi vecino está en casa.

(Éntrase Solórzano.)

BRÍG.—Esta, Cristina mía, no sólo es ventura, sino venturón llovido. ¡Desdichada de mí!, y ¡qué desgraciada que soy, que nunca topo quien me dé un jarro de agua, sin que me cueste mi trabajo primero! Sólo me encontré el otro día en la calle á un poeta, que de bonísima voluntad y con mucha cortesía me dió un soneto de la historia de Píramo y Tisbe, y me ofreció trescientos en mi alabanza.

CRIS.—Mejor fuera que te hubieras encontrado con un ginovés que te diera trecientos reales.

BRÍG.—Sí por cierto; ahí están los ginoveses de manifiesto y para venirse á la mano, como halcones al señuelo: andan todos malencónicos y tristes con el decreto.

CRIST.—Mira, Brígida, desto quiero que estés cierta; que vale más un ginovés quebrado que cuatro poetas

enteros: mas ¡ay! el viento corre en popa; mi platero es éste. Y ¿qué quiere mi buen vecino? que á fe que me ha quitado el manto de los hombros, que ya me le quería cubrir para buscarle.

Entra el PLATERO.

PLAT.—Señora doña Cristina, vuesa merced me ha de hacer una merced, de hacer todas sus fuerzas por llevar mañana á mi mujer á la comedia, que me conviene y me importa quedar mañana en la tarde libre de tener quien me siga y me persiga.

CRIST.—Eso haré yo de muy buena gana; y aun si el señor vecino quiere mi casa y cuanto hay en ella, aquí la hallará sola y desembarazada; que bien sé en qué caen estos negocios.

PLAT.—No, señora; entretener á mi mujer me basta. Pero ¿qué quería vuesa merced de mí, que quería ir á buscarme?

CRIST.—No más, sino que me diga el señor vecino qué pesará esta cadena, y si es fina, y de qué quilates.

PLAT.—Esta cadena he tenido yo en mis manos muchas veces, y sé que pesa ciento y cincuenta escudos de oro de á veinte y dos quilates; y que si vuesa merced la compra y se la dan sin hechura, no perderá nada en ella.

CRIST.—Alguna hechura me ha de costar, pero no mucha.

PLAT.—Mire cómo la concierta la señora vecina; que yo le haré dar, cuando se quisiere deshacer de ella, diez ducados de hechura.

CRIST.—Menos me ha de costar, si yo puedo; pero mire el vecino no se engañe en lo que dice de la fineza del oro y cantidad del peso.

PLAT.—¡Bueno sería que yo me engañase en mi ofi-

cio! Digo, señora, que dos veces la he tocado eslabón por eslabón, y la he pesado, y la conozco como á mis manos.

BRIG.—Con eso nos contentamos.

PLAT.—Y por más señas, sé que le ha llegado á pesar y á tocar un gentil hombre cortesano, que se llama Tal de Solórzano.

CRIST.—Basta, señor vecino; vaya con Dios, que yo haré lo que me deja mandado; yo la llevaré, y entretendré dos horas más, si fuere menester; que bien sé que no podrá dañar una hora más de entretenimiento.

PLAT.—Con vuesa merced me entierren, que sabe de todo, y adiós, señora mía.

(Éntrase.)

BRÍG.—¿No haríamos con este cortesano Solórzano, que así se debe de llamar sin duda, que trujese con el vizcaíno para mí alguna ayuda de costa, aunque fuese de algún borgoñón más borracho que un zaque?

CRIST.—Por decírselo no quedará; pero vesle, aquí vuelve: priesa trae, diligente anda. sus diez escudos le aguijan y espolean.

Entra SOLÓRZANO.

SOL.—Pues señora doña Cristina, ¿ha hecho vuesa merced sus diligencias? ¿Está acreditada la cadena?

CRIST. ¿Cómo es el nombre de vuesa merced, por su vida?

SOL.—Don Estéban de Solórzano me suelen llamar en mi casa; pero ¿por qué me lo pregunta vuesa merced?

CRIST.—Por acabar de echar el sello á su mucha verdad y cortesía. Entretenga vuesa merced un poco á la señora doña Brígida, en tanto que entro por los diez escudos.

(Éntrase.)

Brig.—Señor don Solórzano, ¿no tendrá usted por ahí algún mondadientes para mí? Que en verdad no soy para desechar, y que tengo yo tan buenas entradas y salidas en mi casa como la señora doña Cristina; que á no temer que nos oyera alguna, le dijera yo al señor Solórzano más de cuatro tachas suyas: que sepa que tiene los pechos como dos alforjas vacías y que no le huele muy bien el aliento, porque se afeita mucho; y con todo eso la buscan, solicitan y quieren; que estoy por arañarme esta cara, más de rabia que de envidia, porque no hay quien me dé la mano, entre tantos que me dan del pie; en fin, la ventura de las feas.

Sol.—No se desespere vuesa merced, que si yo vivo, otro gallo cantará en su gallinero.

Vuelve á entrar CRISTINA.

Crist.—He aquí, señor don Estéban, los diez escudos, y la cena se aderezará esta noche como para un príncipe.

Sol.—Pues nuestro burro está en la puerta de la calle, quiero ir por el; vuesa merced me le acaricie, aunque sea como quien toma una píldora. (Vase.)

Brig.—Ya le dije, amiga, que trujese quien me regalase á mí, y dijo que sí haría, andando el tiempo.

Crist.—Andando el tiempo en nosotras, no hay quien nos regale; amiga, los pocos años traen la mucha ganancia, y los muchos, la mucha pérdida.

Brig.—También le dije cómo vas muy limpia, muy linda y muy agraciada, y que toda eras ámbar, almizcle y algalia entre algodones.

Crist.—Ya yo sé, amiga, que tienes muy buenas ausencias.

Brig.—(Para sí.) Mirad quién tiene amartelados; que vale más la suela de mi botín, que las arandelas de

su cuello; otra vez vuelvo á decir: la ventura de las feas.

Entran QUIÑONES y SOLÓRZANO.

QUIÑ.— Vizcaíno, manos bésame vuesa merced, que mándeme.

SOL.—Dice el señor vizcaíno, que besa las manos de vuesa merced, y que le mande.

BRÍG.—¡Ay, qué linda lengua! Yo no la entiendo á lo menos, pero paráceme muy linda.

CRIST.—Yo beso las de mi señor vizcaíno, y más adelante.

QUIÑ.—Pareces buena, hermosa; también noche ésta cenamos; cadena quedas, duermas nunca, basta que doyla.

SOL.—Dice mi compañero que vuesa merced le parece buena y hermosa; que se apareje la cena: que él da la cadena: aunque no duerma acá, que basta que una vez la haya dado.

BRIG.—¿Hay tal Alejandro en el mundo? Venturón, venturón, y cien mil veces venturón.

SOL.—Si hay algún poco de conserva y algún traguito del devoto para el señor vizcaíno, yo sé que nos valdrá por uno ciento.

CRIST.—Y ¡cómo si lo hay! Y yo entraré por ello, y se lo daré mejor que al Preste Juan de las Indias.

(Éntrase.)

QUIÑ.—Dama que quedaste, tan buena como entraste.

BRIG.—¿Qué ha dicho, señor Solórzano?

SOL.—Que la dama que se queda, que es vuesa merced, es tan buena como la que se ha entrado.

BRIG.—Y ¡cómo que está en lo cierto el señor vizcaíno! Á fe que en este parecer que no es nada burro.

QUIÑ. — Burro el diablo; vizcaíno ingenio queréis cuando tenerlo.

BRIG.—Ya le entiendo qué dice: que el diablo es el burro, y que los vizcaínos, cuando quieren tener ingenio, le tienen.

SOL.—Así es, sin faltar un punto.

Vuelve á salir CRISTINA con un criado ó criada, que trae una caja de conserva, una garrafa con vino, su cuchillo y servilleta.

CRIST.—Bien puede comer el señor vizaíno, y sin asco: que todo cuanto hay en esta casa es la quinta esencia de la limpieza.

QUIÑ.—Dulce conmigo, vino y agua llamas bueno, santo le muestras, ésta le bebo y otra también.

BRIG.—¡Ay Dios, y con qué donaire lo dice el buen señor, aunque no le entiendo!

SOL.—Dice que con lo dulce también bebe vino con agua; y que este vino es de San Martín, y que beberá otra vez.

CRIST.—Y aun otras ciento; su boca puede ser medida.

SOL.—No le den más, que le hace mal, y ya se le va echando de ver; que le he dicho yo al señor Azcaray que no beba vino en ningún modo, y no aprovecha.

QUIÑ.—Vamos, que vino que subes y bajas, lengua es grillos y corma es pies; tarde vuelvo, señora, Dios que te guárdate.

SOL.—Miren lo que dice, y verán si tengo yo razón.

CRIST.—¿Qué es lo que ha dicho, señor Solórzano?

SOL.—Que el vino es grillo de su lengua y corma de sus pies; que vendrá esta tarde, y que vuesas mercedes se queden con Dios.

BRIG.—¡Ay pecadora de mí, y cómo que se le turban

los ojos y se trastraba la lengua! ¡Jesús! ¡Que ya va dando traspiés, pues monta que ha bebido mucho! La mayor lástima es ésta que he visto en mi vida; miren qué mocedad y qué borrachera.

SOL.—Ya venía él refrendado de casa. Vuesa merced, señora Cristina, haga aderezar la cena, que yo le quiero llevar á dormir el vino, y seremos temprano esta tarde.

(Éntranse el vizcaíno y Solórzano.)

CRIST.—Todo estará como de molde; vayan vuesas mercedes en hora buena.

BRÍG.—Amiga Cristina, muéstrame esa cadena, y déjame dar con ella dos filos al deseo. ¡Ay qué linda, qué nueva, qué reluciente y qué barata! Digo, Cristina, que sin saber cómo ni cómo no, llueven los bienes sobre ti, y se te entra la ventura por las puertas, sin solicitalla. En efecto, eres venturosa sobre las venturosas; pero todo lo merecen tu desenfado, tu limpieza y tu magnífico término: hechizos bastantes á rendir las más descuidadas y exentas voluntades; y no como yo, que no soy para dar migas á un gato. Toma tu cadena, hermana, que estoy para reventar en lágrimas, y no de envividia que á ti te tengo, sino de lástima que me tengo á mí.

Vuelve á entrar SOLÓRZANO.

SOL. — La mayor desgracia nos ha sucedido del mundo.

BRÍG.—¡Jesús! ¿Desgracia? ¿Y qué es, señor Solórzano?

SOL.—Á la vuelta de esta calle, yendo á la casa, encontramos con un criado del padre de nuestro vizcaíno,

el cual trae cartas y nuevas de que su padre queda á punto de expirar, y le manda que al momento se parta, si quiere hallarle vivo. Trae dinero para la partida, que sin duda ha de ser luego. Yo le he tomado diez escudos para vuesa merced, y vélos aquí, con los diez que vuesa merced me dió denantes, y vuélvaseme la cadena; que si el padre vive, el hijo volverá á darla, ó yo no seré don Estéban de Solórzano.

Crist.—En verdad, que á mí me pesa; y no por mi interés, sino por la desgracia del mancebo, que ya le había tomado afición.

Brig.—Buenos son diez escudos ganados tan holgando; tómalos, amiga, y vuelve la cadena al señor Solórzano.

Crist.—Vela aquí, y venga el dinero; que en verdad que pensaba gastar más de treinta en la cena.

Sol.—Señora Cristina, al perro viejo nunca tus tus; estas tretas con los de las galleruzas, y con este hueso á otro perro.

Crist.—¿Para qué son tantos refranes, señor Solórzano?

Sol.—Para que entienda vuesa merced que la codicia rompe el saco. ¿Tan presto se desconfió de mi palabra, que quiso usted curarse en salud, y salir al lobo al camino, como la gansa de Cantipalos? Señora Cristina, señora Cristina, lo bien ganado se pierde, y lo malo ello y su dueño. Venga mi cadena verdadera, y tómese vuesa merced su falsa, que no ha de haber conmigo transformaciones de Ovidio en tan pequeño espacio. ¡Oh hi de puta, y qué bien que la amoldaron, y qué presto!

Crist.—¿Qué dice vuesa merced, señor mío, que no lo entiendo?

Sol.—Digo que no es ésta la cadena que yo dejé á

usted, aunque le parece; que esta es de alquimia, y la otra es de oro de á veinte y dos quilates.

BRIG.—En mi ánima, que así lo dijo el vecino, que es platero.

CRIST.—¿Aun el diablo sería eso?

SOL.—El diablo ó la diabla, mi cadena venga, y dejémonos de voces, y excúsense juramentos y maldiciones.

CRIST.—El diablo me lleve, lo cual querría que no me llevase, si no es esa la cadena que vuesa merced me dejó, y que no he tenido otra en mis manos. ¡Justicia de Dios, si tal testimonio se me levantase!

SOL.—Que no hay para qué dar gritos, y más estando ahí el señor Corregidor, que guarda su dereho á cada uno.

CRIST.—Si á las manos del Corregidor llega este negocio, yo me doy por condenada; que tiene de mí tan mal concepto, que ha de tener mi verdad por mentira, y mi virtud por vicio. Señor mío, si yo he tenido otra cadena en mis manos, sino aquesta, de cáncer las vea yo comidas.

Entra UN ALGUACIL.

ALG.—¿Qué voces son estas, qué gritos, qué lágrimas y qué maldiciones?

SOL.—Vuesa merced, señor Alguacil, ha venido aquí como de molde. A esta señora del rumbo sevillano le empeñé una cadena, habrá una hora, en diez ducados, para cierto efecto; vuelvo agora á desempeñarla, y en lugar de una que le di, que pesaba ciento y cincuenta ducados de oro de veinte y dos quilates, me vuelve esta de alquimia, que no vale dos ducados; y quiere poner mi justicia á la venta de la Zarza, á voces y á gritos, sabiendo que será testigo desta verdad esta misma señora, ante quien ha pasado todo.

BRÍG.—Y ¡cómo si ha pasado! y aun repasado; y en Dios y en mi alma, que estoy por decir que este señor tiene razón; aunque no puedo imaginar dónde se pueda haber hecho el trueco, porque la cadena no ha salido de aquesta sala.

SOL.—La merced que el señor Alguacil me ha de hacer, es llevar á la señora al Corregidor; que allá nos averiguaremos.

CRIST.—Otra vez torno á decir, que si ante el Corregidor me lleva, me doy por condenada.

BRIG.—Sí, porque no está bien con sus huesos.

CRIST.—Desta vez me ahorco. Desta vez me desespero. Desta vez me chupan brujas.

SOL.—Ahora bien, yo quiero hacer una cosa por vuesa merced, señora Cristina, siquiera porque no la chupen brujas, ó por lo menos se ahorque: esta cadena se parece mucho á la fina del vizcaíno; él es mentecato y algo borrachuelo; yo se la quiero llevar, y darle á entender que es la suya, y usted contente aquí al señor Alguacil, y gaste la cena desta noche, y sosiegue su espíritu, pues la pérdida no es mucha.

CRIST.—Páguesele á vuesa merced todo el cielo; al señor Alguacil daré media docena de escudos, y en la cena gastaré uno, y quedaré por esclava perpetua del señor Solórzano.

BRÍG —Y yo me haré rajas bailando en la fiesta.

ALG.—Vuesa merced ha hecho como liberal y buen caballero, cuyo oficio ha de ser servir á las mujeres.

SOL.—Vengan los diez escudos que di demasiados.

CRIST.—Hélos aquí, y más los seis para el señor Alguacil.

Entran dos MÚSICOS y QUIÑONES el vizcaíno.

MÚS.—Todo lo hemos oído, y acá estamos.

QUIÑ.—Ahora si que puedo decir á mi señora Cristina: mamóla una y cien mil veces.

BRIG.—¿Han visto qué claro que habla el vizcaíno?

QUIÑ.—Nunca hablo yo turbio, sino es cuando quiero.

CRIST.—Que me maten si no me la han dado á tragar estos bellacos.

QUIÑ.—Señores músicos, el romance que les di y que saben, ¿para qué se hizo?

MÚS. *La mujer más avisada,*
Ó sabe poco ó nonada.
La mujer que más presume
De cortar como navaja
Los vocablos repugados,
Entre las godeñas pláticas:
La que sabe de memoria,
Á *Lo Fraso* y á *Diana,*
Y al *Caballero del Febo*
Con *Olivante de Laura;*
La que seis veces al mes
Al Gran *Don Quijote* pasa,
Aunque más sepa de aquesto,
Ó sabe poco ó nonada.
La que se fía en su ingenio,
Lleno de fingidas trazas,
Fundadas en interés
Y en voluntades tiranas;
La que no sabe guardarse,
Cual dicen, del agua mansa,
Y se arroja á las corrientes
Que ligeramente pasan;
La que piensa que ella sola
Es el colmo de la nata,
En esto del trato alegre,
Ó sabe poco ó nonada.

Crist.—Ahora bien, yo quedo burlada, y con todo esto, convido á vuesas mercedes para esta noche.

Quiñ.—Aceptamos el convite, y todo saldrá en la colada.

FIN DE ESTE ENTREMES.

LA GUARDA CUIDADOSA

Los que hablan en él son los siguientes:

UN SOLDADO.
EL SACRISTÁN PASILLAS.
UN MOZO, demandadero.
OTRO, que vende telas.
CRISTINA.
SU AMO.
SU AMA.
UN ZAPATERO.
Otro sacristán, llamado GRAJALES.
Músicos.

Sale UN SOLDADO á lo picaro, con una muy mala banda y un antojo, y detrás de él UN MAL SACRISTÁN

SOLD.—¿Qué me quieres, sombra vana?

SAC.—No soy sombra vana, sino cuerpo macizo.

SOLD.—Pues, con todo eso, por la fuerza de mi desgracia, te conjuro que me digas quién eres, y qué es lo que buscas por esta calle.

SAC.—A eso te respondo, por la fuerza de mi dícha, que soy Lorenzo Pasillas, sota-sacristán de esta parroquia, y busco en esta calle lo que hallo, y tú buscas y no hallas.

SOLD.—¿Buscas por ventura á Cristinica, la fregona de esta casa?

SAC.—*Tu dixisti.*

Sol.—Pues ven acá, sota-sacristán de Satanás.

Sac.—Pues voy allá, caballo de Ginebra.

Sold.—Bueno: sota y caballo; no falta si no el rey para tomar las manos. Ven acá, digo otra vez, ¿y tú no sabes, Pasillas, que pasado te vea yo con un chuzo, que Cristinica es prenda mía?

Sac.—¿Y tú no sabes, pulpo vestido, que esa prenda la tengo yo rematada, que está por sus cabales y por mía?

Sold.—¡Vive Dios, que te dé mil cuchilladas, y que te haga la cabeza pedazos!

Sac.—Con los que le cuelgan desas calzas, y con los dese vestido, se podrá entretener, sin que se meta con los de mi cabeza.

Sold.—¿Has hablado alguna vez á Cristina?

Sac.—Cuando quiero.

Sold.—¿Qué dádivas le has hecho?

Sac.—Muchas.

Sold.—¿Cuántas y cuáles?

Sac.—Dile una destas cajas de carne de membrillo muy grande, llena de cercenaduras de hostias blancas como la misma nieve, y de añadidura cuatro cabos de velas de cera, asimismo blancas como un armiño.

Sold.—¿Qué más le has dado?

Sac.—En un billete envueltos cien mil deseos de servirla.

Sold.—Y ella, ¿cómo te ha correspondido?

Sac.—Con darme esperanzas propincuas de que ha de ser mi esposa.

Sold.—Luego ¿no eres de epístola?

Sac.—Ni aun de completas; motilón soy y puedo casarme cada y cuando me viniere en voluntad, y presto lo veredes.

Sold.—Ven acá, motilón arrastrado; respóndeme á

esto que preguntarte quiero. Si esta mochacha ha correspondido tan altamente, lo cual yo no creo, á la miseria de tus dádivas, ¿cómo corresponderá á la grandeza de las mías? Que el otro día le envié un billete amoroso, escrito por lo menos en un revés de un memorial que di á su Majestad, significándole mis servicios y mis necesidades presentes; que no cae en mengua el soldado que dice que es pobre; el cual memorial salió decretado y remitido al Limosnero mayor; y sin atender á que sin duda alguna me podía valer cuatro ó seis reales, con liberalidad increíble, y con desenfado notable, escribí en el revés dél, como he dicho, mi billete; y sé que de mis manos pecadoras llegó á las suyas casi santas.

SAC.—¿Hasle enviado otra cosa?

SOLD. — Suspiros, lágrimas, sollozos, parasismos, desmayos, con toda la caterva de las demostraciones necesarias que para descubrir su pasión los buenos enamorados usan, y deben usar en todo tiempo y sazón.

SAC.—¿Hasle dado alguna música concertada?

SOLD.—La de mis lamentos y congojas, las de mis ánsias y pesadumbres.

SAC.—Pues á mí me ha acontecido dársela con mis campanas á cada paso; y tanto, que tengo enfadada á toda la vecindad con el continuo ruido que con ellas hago, sólo por darle contento y porque sepa que estoy en la torre, ofreciéndome á su servicio; y aunque haya de tocar á muerto, repico á vísperas solenes.

SOLD.—En eso me llevas ventaja, porque no tengo que tocar, ni cosa que lo valga.

SAC.—¿Y de qué manera ha correspondido Cristina á la infinidad de tantos servicios como le has hecho?

SOLD.—Con no verme, con no hablarme, con malde-

cirme cuando me encuentra por la calle, con derramar sobre mí las lavazas cuando jabona, y el agua de fregar cuando friega; y esto es cada día, porque todos los días estoy en esta calle y á su puerta; porque soy su guarda cuidadosa; soy en fin, el perro del hortelano, etcétera. Yo no la gozo, ni ha de gozarla ninguno mientras yo viviere: por eso, váyase de aquí el señor sota-sacristán; que por haber tenido y tener respeto á las órdenes que tiene, no le tengo ya rompidos los cascos.

SAC.—A rompérmelos como están rotos esos vestidos, bien rotos estuvieran.

SOLD.—El hábito no hace al monje; y tanta honra tiene un soldado rato por causa de la guerra, como la tiene un colegial con el manto hecho añicos, porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios; y váyase, que haré lo que dicho tengo.

SAR.—¿Es porque me ve sin armas? Pues espérese aquí, señor guarda cuidadosa, y verá quién es Callejas,

SOLD.—¿Qué puede ser un Pasillas?

SAC.—Agora lo veredes, dijo Agrajes.

(Éntrase.)

SOLD.—¡Oh mujeres, mujeres, todas ó las más, mudables y antojadizas! ¿Dejas, Cristina, á esta flor, á este jardín de la soldadesca, y acomódaste con el muladar de un sota-sacristán pudiendo acomodarte con un sacristán entero, y aun con un canónigo; pero yo procuraré que te entre en mal provecho, si puedo, aguando tu gusto con ojear desta calle y de tu puerta los que imaginare que por alguna vía pueden ser tus amantes; y así vendré á alcanzar nombres de la guarda cuidadosa.

Entra UN MOZO con su caja y ropa verde, como estos que piden limosna para alguna imagen.

Mozo.—Den por Dios, para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía, que les guarde la vista de los ojos. ¡Ha de casa! ¿Dan la limosna?

Sold.—Hola, amigo Santa Lucía, venid acá: ¿qué es lo que queréis en esa casa?

Mozo.—¿Ya vuesa merced no lo ve? Limosna para la lámpara del aceite de la señora Santa Lucía.

Sold.—¿Pedís para la lámpara, ó para el aceite de la lámpara? Que como decís limosna para la lámpara del aceite, parece que la lámpara es del aceite y no el aceite de la lámpara.

Mozo.—Ya todos entienden que pido para el aceite de la lámpara, y no para la lámpara del aceite.

Sold.—¿Y suelen-os dar limosna en esta casa?

Mozo.—Cada día dos maravedís.

Sold.—¿Y quién sale á dároslo?

Mozo.—Quien se halla más á mano; aunque las más veces sale una fregoncita que se llama Cristina, bonita como un oro.

Sold.—Así que ¿es la fregoncita bonita como un oro?

Mozo.—Y como unas perlas.

Sold.—¿De modo que no os parece mal á vos la mochacha?

Mozo.—Pues aunque yo fuera hecho de leño, no pudiera parecerme mal.

Sold.—¿Cómo os llamáis? Que no querría volveros á llamar Santa Lucía.

Mozo.—Yo, señor, Andrés me llamo.

Sold.—Pues señor Andrés, esté en lo que quiero decirle: tome este cuarto de á ocho, y haga cuenta que va pagado por cuatro días de la limosna que le dan en

esta casa, y suele recibir por mano de Cristina; y váyase con Dios, y séale aviso que por cuatro días no vuelva á llegar á esta puerta ni por lumbre, que le romperé las costillas á coces.

Mozo.—Ni aun volveré en este mes, si es que me acuerdo; no tome vuesa merced pesadumbre, que ya me voy. (Vase.)

Sold.—No, sino dormíos, guarda cuidadosa.

Entra OTRO MOZO vendiendo y pregonando tranzederas, holanda de Cambray, randas de Flandes, é hilo portugués.

Uno.— ¿Compran tranzederas, randas de Flandes, Holanda, Cambray, hilo portugués?

CRISTINA, á la ventana.

Crist.—Hola, Manuel: ¿traes vivos para unas camisas?

Uno.—Sí traigo, y muy buenos.

Crist.—Pues entra; que mi señora los ha menester.

Sold.—¡Oh estrella de mi perdición, antes que norte de mi esperanza!—Tranzaderas, ó como os llamáis, ¿conocéis aquella doncella que os llamó desde la ventana?.

Uno.—Sí, conozco; ¿pero por qué me lo pregunta vuesa merced?

Sol. — ¿No tiene muy buen rostro y muy buena gracia?

Uno.—A mí así me lo parece.

Sold.—Pues también me parece á mí que no entre dentro desa casa, si no, ¡por Dios juro de molelle los huesos sin dejarle ninguno sano!

Uno.— Pues ¿no puedo yo entrar adonde me llaman para comprar mi mercadería?

SOLD.—Vaya, no me replique, que haré lo que digo, y luego.

UNO.—¡Terrible caso! Pasito, señor soldado, que ya me voy. (Vase.)

CRISTINA á la ventana.

CRIST.—¿No entras, Manuel?

SOLD.—Ya se fué Manuel, señora la de los vivos, y aun señora la de los muertos, porque á muertos y á vivos tienes debajo de tu mano y señorío.

CRIST.—¡Jesús, y qué enfadoso animal! ¿Qué quieres en esta calle y en esta puerta?

(Entrase.)

SOLD.—Encubrióse, y púsose mi sol detrás de las nubes.

Entra UN ZAPATERO con unas chinelas pequeñas nuevas en la mano, y yendo á entrar en casa de Cristina, detiénele el soldado.

SOLD.—Señor bueno, ¿busca usted algo en esta casa?

ZAP.—Sí busco.

SOLD.—¿Y quién, si fuere posible saberlo?

ZAP.—¿Por qué no? Busco á una fregona que está en esta casa, para darle estas chinelas que me mandó hacer.

SOLD.—¿De manera que vuesa merced es su zapatero?

ZAP.—Muchas veces la he calzado,

SOLD.—¿Y hale de calzar ahora estas chinelas?

ZAP.—No será menester; si fueran zapatillos de hombre, como ella los suele traer, sí calzara.

SOLD.—¿Y están pagadas, ó no?

ZAP.—No están pagadas: que allí me las ha de pagar agora.

SOLD.—¿No me haría vuesa merced una merced, que sería para mí muy grande, y es, que me fiase estas chinelas, dándole yo prendas que lo valiesen, hasta desde aquí á dos días, que espero tener dineros en abundancia?

ZAP.—Si haré, por cierto: venga la prenda, que como soy pobre oficial, no puedo fiar á nadie.

SOLD.—Yo le daré á vuesa merced un monda-dientes, que le estimo en mucho, y no le dejaré por un escudo. ¿Dónde tiene vuesa merced la tienda, para que vaya á quitarle?

ZAP.—En la calle Mayor, en un poste de aquéllos, y llámome Juan Juncos.

SOLD.—Pues, señor Juan Juncos, el monda-dientes es éste, y estímele vuesa merced mucho, porque es mío.

ZAP.—Pues, una viznaga que apenas vale dos maravedís, ¿quiere vuesa merced que estime en mucho?

SOLD.—¡Oh pecador de mí! no la doy yo sino para recuerdo de mí mismo; porque cuando vaya á echar mano á la faldriquera, y no halle la viznaga, me venga á la memoria que la tiene vuesa merced y vaya luego á quitalla; sí, á fe de soldado, que no la doy por otra cosa; pero, si no está contento con ella, añadiré esta banda y este antojo; que al buen pagador no le duelen prendas.

ZAP.—Aunque zapatero, no soy tan descortés que tengo de despojar á vuesa merced de sus joyas y preseas; vuesa merced se quede con ellas, que yo me quedaré con mis chinelas, que es lo que me está más á cuento.

SOLD.—¿Cuantos puntos tienen?

ZAP.—Cinco escasos.

SOLD.—Más escaso soy yo, chinelas de mis entrañas, pues no tengo seis reales para pagaros.—Escuche vue-

sa merced, señor zapatero, que quiero glosar aquí de repente este verso, que me ha salido medido.

Chinelas de mis entrañas.

ZAP.—¿Es poeta vuesa merced?

SOLD.—Famoso, y agora lo verá, estéme atento.

Chinelas de mis entrañas.

GLOSA.

Es amor tan gran tirano,
Que olvidado de la fe
Que le guardo siempre en vano,
Hoy con la funda de un pie,
Da á mi esperanza de mano.
Estas son vuestras hazañas,
Fundas pequeñas y hurañas;
Que ya mi alma imagina
Que sois, por ser de Cristina,
Chinelas de mis entrañas.

ZAP.—Á mí poco se me entiende de trovas; pero éstas me han sonado tan bien, que me parecen de Lope, como lo son todas las cosas que son ó parecen buenas.

SOLD.—Pues, señor, ya que no lleva remedio de fiarme estas chinelas, que no fuera mucho, y más sobre tan dulces prendas, por mi mal halladas, llévelo, á lo menos, de que vuesa merced me las guarde hasta desde aquí á dos días, que yo vaya por ellas; y por ahora digo por esta vez al señor zapatero, no ha de ver ni hablar á Cristina.

ZAP.—Yo haré lo que me manda el señor soldado, porque se me trasluce de qué pies cojea, que son dos, el de la necesidad y el de los celos.

SOLD.—Ese no es ingenio de zapatero, sino de colegial trilingüe.

ZAP.—¡Oh celos, celos, cuán mejor os llamaran, duelos, duelos!

(Éntrase.)

Sold.—No, sino no seáis guarda, y guarda cuidadosa, y veréis cómo se os entran mosquitos en la cueva donde está el licor de vuestro contento; pero ¿qué voz es ésta? sin duda es la de mi Cristina, que se desenfada cantando, cuando barre ó friega.

(Suenan dentro platos, como que friegan, y cantan:)

Sacristán de mi vida, tenme por tuya,
Y fiado en mi fe, canta *alleluya.*

Sold.—¡Oídos que tal oyen! sin duda el sacristán debe de ser el brinco de su alma. ¡Oh platera la más limpia que tiene, tuvo ó tendrá el calendario de las fregonas! ¿Por qué, así como limpias esa loza talaveril que traes entre las manos, y la vuelves en bruñida y tersa plata, no limpias esa alma de pensamientos bajos y sota-sacristaniles?

Entra EL AMO de Cristina.

Amo.—Galán, ¿qué quiere ó qué busca á esta puerta?

Sold.—Quiero más de lo que sería bueno, y busco lo que no hallo; pero ¿quién es vuesa merced que me lo pregunta?

Amo.—Soy el dueño de esta casa.

Sold.—¿El amo de Cristinica?

Amo.—El mismo.

Sold.—Pues lléguese vuesa merced á esta parte, y tome este envoltorio de papeles; y advierta que ahí dentro van las informaciones de mis servicios, con veintidós fees de veintidós generales, debajo de cuyos estandartes he servido, amen de otras treinta y cuatro de otros tantos maestres de campo, que se han dignado de honrarme con ellos.

Amo.—Pues no ha habido, á lo que yo alcanzo, tantos

Ya te han puesto en la horca los farsantes.

PIZP. Los muchachos han hecho pepitoria
De todas tus medúlas y tus huesos.

REP. Hante vuelto divino; ¿qué más quieres?

CHIQ. Cántante por las plazas, por las calles;
Báilante en los teatros y en las casas;
Has dado que hacer á los poetas,
Mas que dió Troya al mantuano Títiro.

JUAN. Óyente resonar en los establos.

REP. Las fregonas te lavan en el río,
Los mozos de caballos te almohazan.

CHIQ. Túndete el tundidor con sus tijeras;
Muy más que el potro rucio eres famoso.

MOST. Han pasado á las Indias tus palmeos,
En Roma se han sentido tus desgracias,
Y hante dado botines *sine número.*

VAD. Por Dios que te han molido como alheña,
Y te han desmenuzado como flores,
Y que eres más sonado y más mocoso
Que un relox y que un niño de doctrina.
De ti han dado querella todos cuantos
Bailes pasaron en la edad del gusto,
Con apretada y dura residencia;
Pero llevóse el tuyo la excelencia.

ESC. Tenga yo fama, y hágame pedazos:
De Efeso el templo abrasaré por ella.

(Tocan de improviso los músicos y comienzan á cantar este romance:)

MÚS. «Ya salió de las gurapas
El valiente Escarramán,
Para asombro de la gura
Y para bien de su mal.»

ESC. ¿Es aquesto brindarme por ventura?

¿Piensan se me ha olvidado el regodeo?
Pues más ligero vengo que solía;
Si no toquen, y vaya, y fuera ropa.

PIZP. ¡Oh flor y fruto de los bailarines!
Y ¡qué bueno has quedado!

VAD. Suelto y limpio.

JUAN. Él honrará las bodas de Trampagos.

ESC. Toquen; verán que soy hecho de azogue.

MÚS. Váyanse todos por lo que cantare,
Y no será posible que se yerren.

ESC. Toquen; que me deshago y que me bullo.

REP. Ya me muero por verle en la estacada.

MÚS. Estén alerta todos.

CHIQ. Ya lo estamos.

(Cantan.)

«Ya salió de las gurapas
El valiente Escarramán,
Para asombro de la gura,
Y para bien de su mal.
Ya vuelve á mostrar al mundo
Su felice habilidad,
Su ligereza y su brío,
Y su presencia rëal.
Pues falta la Coscolina,
Supla agora en su lugar
La Repulida, olorosa
Más que la flor de azahar,
Y en tanto que se remonda
La Pizpita sin igual,
De la gallarda el paseo
Nos muestre aquí Escarramár.

(Tocan la gallarda, dánzala Escarramán; y en habiendo hecho una mudanza, prosíguese el romance.)

La Repulida comience
Con su brío, á rastrear,
Pues ella fué la primera
Que nos le vino á mostrar.
Escarramán la compañe,
La Pizpita otro que tal,
Chiquiznaque y la Mostrenca,
Con Juan Claros el galán.
¡Vive Dios que va de perlas!
No se puede desear
Más ligereza ó más garbo,
Más certeza ó más compás.
Á ello, hijos, á ello;
No se pueden alabar
Otras ninfas, ni otros rufos
Que os puedan igualar.
¡Oh, qué desmayar de manos!
¡Oh, qué huir y qué juntar!
¡Oh, qué nuevos laberintos,
Donde hay salir y hay entrar!
Muden el baile á su gusto,
Que yo le sabré tocar:
El canario ó las gambetas,
Ó *Al villano se lo dan,*
Zarabanda, ó zambapalo,
El pésame de ello y más;
El rey don Alonso el Bueno,
Gloria de la antigüedad.»

Esc. El canario, si le tocan,
Á solas quiero bailar.

Mús. Tocaréle yo de plata,
Tú de oro le bailarás.

(Toca el canario, y baila solo Escarramán; y en habiéndole bailado, diga:)

Esc. Vaya *El villano á lo burdo,*
Con la cebolla y el pan,
Y acompáñenme los tres.

Mús. Que te bendiga San Juan.

(Bailan el villano, como bien saben; y acabado el villano, pida Escarramán el baile que quisiere, y acabado, diga Trampagos:)

Tramp. Mis bodas se han celebrado
Mejor que las de Roldán;
Todos digan, como digo:
¡Viva, viva Escarramán!

Todos. ¡Viva, viva!

FIN DE ESTE ENTREMÉS.

EL VIZCAÍNO FINGIDO

Los que hablan en él son los siguientes:

SOLÓRZANO.	DOÑA BRÍGIDA.
QUIÑONES.	UN PLATERO.
DOÑA CRISTINA.	Dos músicos.

Salen SOLÓRZANO y QUIÑONES.

SOL.—Estas son las bolsas, y á lo que parecen, son bien parecidas, y las cadenas que van dentro, ni más ni menos; no hay sino que vos acudáis con mi intento; que á pesar de la taimería desta sevillana, ha de quedar esta vez burlada.

QUIÑ.—¿Tanta honra se adquiere, ó tanta habilidad se muestra en engañar á una mujer, que lo tomáis con tanto ahínco, y ponéis tanta solicitud en ello?

SOL.—Cuando las mujeres son como éstas, es gusto el burlallas; cuanto más, que esta burla no ha de pasar de los tejados arriba; quiero decir, que ni ha de ser con ofensa de Dios, ni con daño de la burlada; que no son burlas las que redundan en desprecio ajeno.

QUIÑ.—Alto, pues vos lo queréis, sea así; digo que yo os ayudaré en todo cuanto me habéis dicho, y sabré fingir tan bien como vos, que no lo puedo más encarecer. ¿Adónde vais agora?

SOL.—Derecho en casa de la ninfa, y vos no salgáis de casa; que yo os llamaré á su tiempo.

QUIÑ.—Allí estaré clavado, esperando.

(Éntranse los dos.)

Salen DOÑA CRISTINA y DOÑA BRÍGIDA: Cristina sin manto y Brígida con él, toda asustada y turbada.

CRIST.—¡Jesús! ¿Qué es lo que traes, amiga doña Brígida, que parece que quieres dar el alma á su Hacedor?

BRÍG.—Doña Cristina amiga, hazme aire, rocíame con un poco de agua este rostro, que me muero, que me fino, que se me arranca el alma. Dios sea conmigo; confesión á toda priesa.

CRIST.—¿Qué es esto? ¡Desdichada de mí! ¿No me dirás, amiga, lo que te ha sucedido? ¿Has visto alguna mala visión? ¿Hante dado alguna mala nueva de que es muerta tu madre, ó de que viene tu marido, ó hante robado tus joyas?

BRÍG.—Ni he visto visión alguna, ni se ha muerto mi madre, ni viene mi marido, que aun le faltan tres meses para acabar el negocio donde fué, ni me han robado mis joyas; pero hame sucedido otra cosa peor.

CRIST.—Acaba, dímela, doña Brígida mía; que me tienes turbada y suspensa hasta saberla.

BRÍG.—¡Ay, querida! que también te toca á ti parte deste mal suceso. Límpiame este rostro, que él y todo el cuerpo tengo bañado en sudor más frío que la nieve. ¡Desdichadas de aquellas que andan en la vida libre, que si quieren tener algún poquito de autoridad, granjeada de aquí ó de allí, se la desjarretan y se la quitan al mejor tiempo!

CRIST.—Acaba, por tu vida, amiga, y dime lo que te

ha sucedido, y qué es la desgracia de quien yo también tengo de tener parte.

BRÍG.—Y ¡cómo si tendrás parte! y mucha, si eres discreta, como lo eres. Has de saber, hermana, que viniendo agora á verte, al pasar por la puerta de Guadalajara, oí que en medio de infinita justicia y gente, estaba un pregonero, pregonando que quitaban los coches, y que las mujeres descubriesen los rostros por las calles.

CRIST.—Y ¿esa es la mala nueva?

BRÍG.—Pues para nosotras, ¿puede ser peor en el mundo?

CRIST.— Yo creo, hermana, que debe de ser alguna reformación de los coches: que no es posible que los quiten de todo punto; y será cosa muy acertada, porque, según he oído decir, andaba muy de caída la caballería en España, porque se empanaban diez ó doce caballeros mozos en un coche, y azotaban las calles de noche y de día, sin acordárseles que había caballos y jineta en el mundo; y como les falte la comodidad de las galeras de la tierra, que son los coches, volverán al ejercicio de la caballería, con quien sus antepasados se honraron.

BRÍG.—¡Ay, Cristina de mi alma! que también oí decir que, aunque dejan algunos, es condición que no se presten, ni que en ellos ande ninguna... ya me entiendes

CRIST.—Ese mal nos hagan: porque has de saber, hermana, que está en opinión entre los que siguen la guerra, cuál es mejor, la caballería ó la infantería, y hase averiguado que la infantería española lleva la gala á todas las naciones, y agora podremos las alegres mostrar á pie nuestra gallardía, nuestro garbo y nuestra bizarría, y más yendo descubiertos los rostros, qui-

tando la ocasión de que ninguno se llame á engaño si nos sirviese, pues nos ha visto.

BRIG.—¡Ay, Cristina! no me digas eso; ¡qué linda cosa era ir sentada en la popa de un coche, llenándola de parte á parte, dando rostro á quien y como y cuando quería! Y en Dios y en mi ánima te digo, que cuando alguna vez me le prestaban, y me veía sentada en él con aquella autoridad, me desvanecía tanto, que creía bien y verdaderamente que era mujer principal, y que más de cuatro señoras de título pudieran ser mis criadas.

CRIST.—¿Veis doña Brígida, cómo tengo yo razón en decir que ha sido bien quitar los coches, siquiera por quitarnos á nosotras el pecado de la vanagloria? Y más, que no era bien que un coche igualase á las no tales con las tales; pues viendo los ojos extranjeros á una persona en un coche, pomposa por galas, reluciente por joyas, echaría á perder la cortesía, haciéndosela á ella como si fuera á una principal señora; así que, amiga, no debes congojarte, sino acomoda tu brío y tu limpieza, y tu manto de soplillo sevillano, y tus nuevos chapines, en todo caso, con las virillas de plata, y déjate ir por esas calles; que yo te aseguro que no falten moscas á tan buena miel, si quisieres dejar que á ti se lleguen; y el daño en más va que en besarla durmiendo.

BRIG.—Dios te lo pague, amiga, que me has consolado con tus advertimientos y consejos; y en verdad que los pienso poner en práctica, y pulirme y repulirme, y dar rostro á pie y pisar el polvico á tan menudico, pues no tengo quien me corte la cabeza; que ese que piensan que es mi marido, no lo es, aunque me ha dado la palabra de serlo.

Entra SOLÓRZANO.

CRIST.—¡Jesús! ¿tan á la sorda y sin llamar se entra en mi casa, señor? ¿Qué es lo que vuesa merced manda?

SOL.—Vuesa merced perdone el atrevimiento, que la ocasión hace al ladrón: hallé la puerta abierta, y entréme, dándome ánimo al entrarme, venir á servir á vuesa merced, y no con palabras, sino con obras; y si es que puedo hablar delante desta señora, diré á lo que vengo, y la intención que traigo.

CRIST.—De la buena presencia de vuesa merced no se puede esperar, sino que han de ser buenas sus palabras y sus obras. Diga vuesa merced lo que quisiere; que la señora doña Brígida es tan mi amiga, que es otra yo misma.

SOL.—Con ese seguro y con esa licencia hablaré con verdad; y con verdad, señora, soy un cortesano, á quien vuesa merced no conoce.

CRIST.—Así es la verdad.

SOL.—Y ha muchos días que deseo servir á vuesa merced, obligado á ello de su hermosura, buenas partes y mejor término; pero estrechezas, que no faltan, han sido freno á las obras hasta agora, que la suerte ha querido que de Vizcaya me enviase un grande amigo mío á un hijo suyo, vizcaíno, muy galán, para que yo le lleve á Salamanca y le ponga de mi mano en compañía que le honre y le enseñe. Porque, para decir la verdad á vuesa merced, él es un poco burro, y tiene algo de mentecato; y añádesele á esto una tacha, que es lástima decirla, cuanto más tenerla, y es que se toma algún tanto, un si es no es, del vino; pero no de manera que de todo en todo pierda el juicio, puesto que se le turba; y cuando está asomado y aun casi todo el cuerpo fuera de la ventana, es cosa maravillosa

su alegría y su liberalidad: da todo cuanto tiene á quien se lo pide y á quien no se lo pide; y yo querría, ya que el diablo se ha de llevar cuanto tiene, aprovecharme alguna cosa, y no he hallado mejor medio que traerle á casa de vuesa merced, porque es muy amigo de damas, y aquí le desollaremos cerrado como á gato; y para principio traigo aquí á vuesa merced esta cadena en este bolsillo, que pesa ciento y veinte escudos de oro, la cual tomará vuesa merced y me dará diez escudos agora, que yo he menester para ciertas cosillas, y gastará otros veinte en una cena esta noche, que vendrá acá nuestro burro ó nuestro búfalo, que le llevo yo por el naso, como dicen, y á dos idas y venidas se quedará vuesa merced con toda la cadena, que yo no quiero más que los diez escudos de ahora. La cadena es bonísima, y de muy buen oro, y vale algo de hechura: héla aquí, vuesa merced la tome.

Crist.—Beso á vuesa merced las manos por la que me ha hecho en acordarse de mí en tan provechosa ocasión; pero si he de decir lo que siento, tanta liberalidad me tiene algo confusa y algún tanto sospechosa.

Sol.—Pues ¿de qué es la sospecha, señora mía?

Crist—De qué prodrá ser esta cadena de alquimia; que se suele decir que no es oro todo lo que reluce.

Sol.—Vuesa merced habla discretísimamente, y no en balde tiene vuesa merced fama de la más discreta dama de la corte, y hame dado mucho gusto el ver cuán sin melindres ni rodeos me ha descubierto su corazón; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte. Vuesa merced se cubra su manto, ó envíe, si tiene de quien fiarse, y vaya á la platería, y en el contraste se pese y toque esa cadena, y cuando fuere fina, y de la bondad que yo he dicho, entonces vuesa merced

me dará los diez escudos, harále una regalaría al borrico, y se quedará con ella.

CRIST.—Aquí pared en medio tengo yo un platero mi conocido, que con facilidad me sacará de duda.

SOL.—Eso es lo que yo quiero y lo que amo y lo que estimo; que las cosas claras, Dios las bendijo.

CRIST.—Si es que vuesa merced se atreve á fiarme esta cadena, en tanto que me satisfago, de aquí á un poco podrá venir, que yo tendré los diez escudos de oro.

SOL.—¡Bueno es eso! fío mi honra de vuesa merced; ¿y no le había de fiar la cadena? Vuesa merced la haga tocar y retocar; que yo me voy, y volveré de aquí á media hora.

CRIST.—Y aun antes, si es que mi vecino está en casa.

(Éntrase Solórzano.)

BRÍG.—Esta, Cristina mía, no sólo es ventura, sino venturón llovido. ¡Desdichada de mí!, y ¡qué desgraciada que soy, que nunca topo quien me dé un jarro de agua, sin que me cueste mi trabajo primero! Sólo me encontré el otro día en la calle á un poeta, que de bonísima voluntad y con mucha cortesía me dió un soneto de la historia de Píramo y Tisbe, y me ofreció trescientos en mi alabanza.

CRIS.—Mejor fuera que te hubieras encontrado con un ginovés que te diera trecientos reales.

BRÍG.—Sí por cierto; ahí están los ginoveses de manifiesto y para venirse á la mano, como halcones al señuelo: andan todos malencónicos y tristes con el decreto.

CRIST.—Mira, Brígida, desto quiero que estés cierta: que vale más un ginovés quebrado que cuatro poetas

enteros: mas ¡ay! el viento corre en popa; mi platero es éste. Y ¿qué quiere mi buen vecino? que á fe que me ha quitado el manto de los hombros, que ya me le quería cubrir para buscarle.

Entra el PLATERO.

PLAT.—Señora doña Cristina, vuesa merced me ha de hacer una merced, de hacer todas sus fuerzas por llevar mañana á mi mujer á la comedia, que me conviene y me importa quedar mañana en la tarde libre de tener quien me siga y me persiga.

CRIST.—Eso haré yo de muy buena gana; y aun si el señor vecino quiere mi casa y cuanto hay en ella, aquí la hallará sola y desembarazada; que bien sé en qué caen estos negocios.

PLAT.—No, señora; entretener á mi mujer me basta. Pero ¿qué quería vuesa merced de mí, que quería ir á buscarme?

CRIST.—No más, sino que me diga el señor vecino qué pesará esta cadena, y si es fina, y de qué quilates.

PLAT.—Esta cadena he tenido yo en mis manos muchas veces, y sé que pesa ciento y cincuenta escudos de oro de á veinte y dos quilates; y que si vuesa merced la compra y se la dan sin hechura, no perderá nada en ella.

CRIST.—Alguna hechura me ha de costar, pero no mucha.

PLAT.—Mire cómo la concierta la señora vecina; que yo le haré dar, cuando se quisiere deshacer de ella, diez ducados de hechura.

CRIST.—Menos me ha de costar, si yo puedo; pero mire el vecino no se engañe en lo que dice de la fineza del oro y cantidad del peso.

PLAT.—¡Bueno sería que yo me engañase en mi ofi-

cio! Digo, señora, que dos veces la he tocado eslabón por eslabón, y la he pesado, y la conozco como á mis manos.

BRÍG.—Con eso nos contentamos.

PLAT.—Y por más señas, sé que le ha llegado á pesar y á tocar un gentil hombre cortesano, que se llama Tal de Solórzano.

CRIST.—Basta, señor vecino; vaya con Dios, que yo haré lo que me deja mandado; yo la llevaré, y entretendré dos horas más, si fuere menester; que bien sé que no podrá dañar una hora más de entretenimiento.

PLAT.—Con vuesa merced me entierren, que sabe de todo, y adiós, señora mía.

(Éntrase.)

BRÍG.—¿No haríamos con este cortesano Solórzano, que así se debe de llamar sin duda, que trujese con el vizcaíno para mí alguna ayuda de costa, aunque fuese de algún borgoñón más borracho que un zaque?

CRIST.—Por decírselo no quedará; pero vesle, aquí vuelve: priesa trae, diligente anda. sus diez escudos le aguijan y espolean.

Entra SOLÓRZANO.

SOL.—Pues señora doña Cristina, ¿ha hecho vuesa merced sus diligencias? ¿Está acreditada la cadena?

CRIST. ¿Cómo es el nombre de vuesa merced, por su vida?

SOL.—Don Estéban de Solórzano me suelen llamar en mi casa; pero ¿por qué me lo pregunta vuesa merced?

CRIST.—Por acabar de echar el sello á su mucha verdad y cortesía. Entretenga vuesa merced un poco á la señora doña Brígida, en tanto que entro por los diez escudos.

(Éntrase.)

Brig.—Señor don Solórzano, ¿no tendrá usted por ahí algún mondadientes para mí? Que en verdad no soy para desechar, y que tengo yo tan buenas entradas y salidas en mi casa como la señora doña Cristina; que á no temer que nos oyera alguna, le dijera yo al señor Solórzano más de cuatro tachas suyas: que sepa que tiene los pechos como dos alforjas vacías y que no le huele muy bien el aliento, porque se afeita mucho; y con todo eso la buscan, solicitan y quieren; que estoy por arañarme esta cara, más de rabia que de envidia, porque no hay quien me dé la mano, entre tantos que me dan del pie; en fin, la ventura de las feas.

Sol.—No se desespere vuesa merced, que si yo vivo, otro gallo cantará en su gallinero.

Vuelve á entrar CRISTINA.

Crist.—He aquí, señor don Estéban, los diez escudos, y la cena se aderezará esta noche como para un príncipe.

Sol.—Pues nuestro burro está en la puerta de la calle, quiero ir por el; vuesa merced me le acaricie, aunque sea como quien toma una píldora. (Vase.)

Brig.—Ya le dije, amiga, que trujese quien me regalase á mí, y dijo que sí haría, andando el tiempo.

Crist.—Andando el tiempo en nosotras, no hay quien nos regale; amiga, los pocos años traen la mucha ganancia, y los muchos, la mucha pérdida.

Brig.—También le dije cómo vas muy limpia, muy linda y muy agraciada, y que toda eras ámbar, almizcle y algalia entre algodones.

Crist.—Ya yo sé, amiga, que tienes muy buenas ausencias.

Brig.—(Para sí.) Mirad quién tiene amartelados; que vale más la suela de mi botín, que las arandelas de

su cuello; otra vez vuelvo á decir: la ventura de las feas.

Entran QUIÑONES y SOLÓRZANO.

QUIÑ.— Vizcaíno, manos bésame vuesa merced, que mándeme.

SOL.—Dice el señor vizcaíno, que besa las manos de vuesa merced, y que le mande.

BRÍG.—¡Ay, qué linda lengua! Yo no la entiendo á lo menos, pero paráceme muy linda.

CRIST.—Yo beso las de mi señor vizcaíno, y más adelante.

QUIÑ.—Pareces buena, hermosa; también noche ésta cenamos; cadena quedas, duermas nunca, basta que doyla.

SOL.—Dice mi compañero que vuesa merced le parece buena y hermosa; que se apareje la cena: que él da la cadena: aunque no duerma acá, que basta que una vez la haya dado.

BRIG.—¿Hay tal Alejandro en el mundo? Venturón, venturón, y cien mil veces venturón.

SOL.—Si hay algún poco de conserva y algún traguito del devoto para el señor vizcaíno, yo sé que nos valdrá por uno ciento.

CRIST.—Y ¡cómo si lo hay! Y yo entraré por ello, y se lo daré mejor que al Preste Juan de las Indias.

(Éntrase.)

QUIÑ.—Dama que quedaste, tan buena como entraste.

BRIG.—¿Qué ha dicho, señor Solórzano?

SOL.—Que la dama que se queda, que es vuesa merced, es tan buena como la que se ha entrado.

BRIG.—Y ¡cómo que está en lo cierto el señor vizcaíno! Á fe que en este parecer que no es nada burro.

QUIÑ. — Burro el diablo; vizcaíno ingenio queréis cuando tenerlo.

BRIG.—Ya le entiendo qué dice: que el diablo es el burro, y que los vizcaínos, cuando quieren tener ingenio, le tienen.

SOL.—Así es, sin faltar un punto.

Vuelve á salir CRISTINA con un criado ó criada, que trae una caja de conserva, una garrafa con vino, su cuchillo y servilleta.

CRIST.—Bien puede comer el señor vizaíno, y sin asco: que todo cuanto hay en esta casa es la quinta esencia de la limpieza.

QUIÑ.—Dulce conmigo, vino y agua llamas bueno, santo le muestras, ésta le bebo y otra también.

BRIG.—¡Ay Dios, y con qué donaire lo dice el buen señor, aunque no le entiendo!

SOL.—Dice que con lo dulce también bebe vino con agua; y que este vino es de San Martín, y que beberá otra vez.

CRIST.—Y aun otras ciento; su boca puede ser medida.

SOL.—No le den más, que le hace mal, y ya se le va echando de ver; que le he dicho yo al señor Azcaray que no beba vino en ningún modo, y no aprovecha.

QUIÑ.—Vamos, que vino que subes y bajas, lengua es grillos y corma es pies; tarde vuelvo, señora, Dios que te guárdate.

SOL.—Miren lo que dice, y verán si tengo yo razón.

CRIST.—¿Qué es lo que ha dicho, señor Solórzano?

SOL.—Que el vino es grillo de su lengua y corma de sus pies; que vendrá esta tarde, y que vuesas mercedes se queden con Dios.

BRIG.—¡Ay pecadora de mí, y cómo que se le turban

generales ni maestres de campo de infantería española de cien años á esta parte.

SOLD.—Vuesa merced es hombre pacifico, y no está obligado á entendérsele mucho de las cosas de la guerra; pase los ojos por esos papeles, y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestres de campo que he dicho.

AMO.—Yo los doy por pasados y vistos; pero ¿de qué sirve darme cuenta de esto?

SOLD.—De que hallará vuesa merced por ellos posible ser verdad una que agora diré, y es, que estoy consultado en uno de tres castillos y plazas, que están vacas en el reino de Nápoles; conviene á saber: Gaeta, Barleta y Rijobes.

AMO.—Hasta agora ninguna cosa me importan á mí estas relaciones que vuesa merced me da.

SOLD.—Pues yo sé que le han de importar, siendo Dios servido.

AMO.—¿En qué manera?

SOLD.—En que por fuerza, si no se cae el cielo, tengo de salir proveído en una destas plazas, y quiero casarme agora con Cristinica; y siendo yo su marido, puede vuesa merced hacer de mi persona y de mi mucha hacienda, como de cosa propia; que no tengo de mostrarme desagradecido á la crianza que vuesa merced ha hecho á mi querida y amada consorte.

AMO.—Vuesa merced lo ha de los cascos, más que de otra parte.

SOLD.—Pues ¿sabe cuánto le va, señor dulce? Que me la ha de entregar luego, luego, ó no ha de atravesar los umbrales de su casa.

AMO.—¡Hay tal disparate! ¿Y quién ha de ser bastante para quitarme que no entre en mi casa?

Vuelve el SOTA-SACISTÁN PASILLAS, armado con un tapador de tinaja y una espada muy mohosa; viene con él OTRO SACRISTÁN, con un morrión y una vara ó palo, atado á él un rabo de zorra.

SAC.—Ea, amigo Grajales, que éste es el turbador de mi sosiego.

GRAJ.—No me pesa sino que traigo las armas endebles y algo tiernas; que ya le hubiera despachado al otro mundo á toda diligencia.

AMO.—Ténganse, gentiles hombres; ¿qué desmán y qué acecinamiento es éste?

SOL.—Ladrones, ¿á traición y en cuadrila? Sacristanes falsos, voto á tal que os tengo de horadar, aunque tengáis más órdenes que un ceremonial. Cobarde, ¿á mí con rabo de zorra? ¿Es notarme de borracho, ó piensas que estás quitando el polvo á alguna imagen de bulto?

GRAJ.—No pienso sino que estoy ojeando los mosquitos de una tinaja de vino.

A la ventana CRISTINA Y SU AMA.

CRIST.—¡Señora, señora, que matan á mi señor! Más de dos mil espadas están sobre él, que relumbran, que me quitan la vista.

ELLA.—Dices verdad, hija mía; Dios sea con el; santa Úrsula, con las once mil vírgenes, sea en su guarda. Ven, Cristina, y vajemos á socorrerle como mejor pudiéremos.

AMO.—Por vida de vuesas mercedes, caballeros, que se tengan, y miren que no es bien usar de superchería con nadie.

SOLD.—Tente, rabo, y tente, tapadorcillo; no acabéis de despertar mi cólera, que si la acabo de despertar, os

mataré, y os comeré y os arrojaré por la puerta falsa dos leguas más allá del infierno.

AMO.—Ténganse, digo; si no, por Dios que me descomponga de modo que pese á alguno.

SOLD.—Por mí, tenido soy; que te tengo respeto, por la imagen que tienes en tu casa.

SAC.—Pues, aunque esa imagen haga milagros, no os ha de valer esta vez.

SOLD.— ¿Han visto la desvergüenza deste bellaco, que me viene á hacer cocos con un rabo de zorra, no habiéndome espantado ni atemorizado tiros mayores que el de Dio, que está en Lisboa?

Salen CRISTINA y su SEÑORA.

ELLA.—¡Ay, marido mío! ¿Estáis, por desgracia, herido, bien de mi alma?

CRIST.—¡Ay desdichada de mi! Por el siglo de mi padre, que son los de la pendencia mi sacristán y mi soldado.

SOLD.—Aun bien que voy á la parte con el sacristán; que también dijo «mi soldado».

AMO.—No estoy herido, señora; pero sabed que toda esta pendencia es por Cristinica.

ELLA.—¿Cómo por Cristinica?

AMO.—Á lo que yo entiendo, estos galanes andan celosos por ella.

ELLA.—Y ¿esto es verdad, muchacha?

CRIST.—Sí, señora.

ELLA.—¡Mirad con qué poca vergüenza lo dice! y ¿háte deshonrado alguno de ellos?

CRIST.—Sí, señora.

ELLA.—¿Cuál?

CRIST.—El sacristán me deshonró el otro día, cuando fuí al Rastro.

Ella.—¿Cuántas veces os he dicho yo, señor, que no saliese esta mochacha fuera de casa, que ya era grande, y no convenía apartarla de nuestra vista? ¿Qué dirá ahora su padre, que nos la entregó limpia de polvo y de paja? Y ¿dónde te llevó, traidora, para deshonrarte?

Crist.—A ninguna parte, sino allí en mitad de la calle

Ella.—¿Cómo en mitad de la calle?

Crist.—Allí, en mitad de la calle de Toledo, á vista de Dios y de todo el mundo, me llamó de sucia y de deshonesta, de poca vergüenza, y menos miramiento, y otros muchos baldones de este jaez, y todo por estar celoso de aquel soldado.

Amo.—Luego ¿no ha pasado otra cosa entre ti ni él, sino esa deshonra que en la calle te hizo?

Crist.—No por cierto, porque luego se le pasó la cólera.

Ella.—El alma se me ha vuelto al cuerpo, que le tenía ya casi desamparado.

Crist.—Y más, que todo cuanto me dijo fué confiado en esta cédula, que me ha dado de ser mi esposo, que la tengo guardada como oro en paño.

Amo.—Muestra, veamos.

Ella.—Leedla alto, marido.

Amo.—Así dice: «Digo yo, Lorenzo Pasillas, sota-»sacristán desta parroquia, que quiero bien, y muy »bien, á la señora Cristina de Parrazes; y en fe desta »verdad, le di ésta, firmada de mi nombre, fecha en »Madrid, en el cimenterio de San Andrés, á seis de »Mayo, deste presente año de mil y seiscientos y once. »Testigos: mi corazón, mi entendimiento, mi voluntad »y mi memoria.—Lorenzo Pasillas.»

¡Gentil manera de cédula de matrimonio!

Sac.—Debajo de decir que la quiero bien, se incluye

todo aquello que ella quisiere que yo haga por ella, porque quien da la voluntad, lo da todo.

Amo. — Luego si ella quisiese bien ¿os casaríades con ella?

Sac.—De bonísima gana, aunque perdiese la espectativa de tres mil maravedís de renta, que ha de fundar agora sobre mi cabeza una agüela mía, según me han escrito de mi tierra.

Sold.—Si voluntades se toman en cuenta, treinta y nueve días hace hoy que al entrar de la puente segoviana di yo á Cristina la mía, con todos los anejos á mis tres potencias; y si ella quisiere ser mi esposa, algo irá á decir de ser castellano de un famoso castillo, á un sacristán no entero, sino medio, y aun de la mitad le debe de faltar algo.

Amo.—¿Tienes deseo de casarte, Cristinica?

Crist.—Sí tengo.

Amo.—Pues escoge, destos dos que se te ofrecen, el que más te agradare.

Crist.—Tengo vergüenza.

Ella.—No la tengas, porque el comer y el casar ha de ser á gusto propio, y no á voluntad ajena.

Crist.—Vuesas mercedes, que me han criado, me darán marido como me convenga; aunque todavía quisiera escoger.

Sold.—Niña, échame el ojo, mira mi garbo; soldado soy, castellano pienso ser, brío tengo de corazón: soy el más galán hombre del mundo; y por el hilo deste vestidillo podrás sacar el ovillo de mi gentiliza.

Sac.—Cristina, yo soy músico, aunque de campanas; para adornar una tumba y colgar una iglesia para fiestas solenes, ningún sacristán me puede llevar ventaja; y estos oficios bien los puedo ejercitar casado y ganar de comer como un príncipe.

AMO.—Ahora bien, muchacha: escoge de los dos el que te agrada; que yo gusto dello, y con esto pondrás paz entre dos tan fuertes competidores.

SOLD.—Yo me allano.

SAC.—Y yo me rindo.

CRIST.—Pues escojo al sacristán.

(Han entrado los músicos.)

AMO.—Pues llamen esos oficiales de mi vecino el barbero, para que con sus guitarras y voces nos entremos á celebrar el desposorio, cantando y bailando; y el señor soldado será mi convidado.

SOLD.—Acepto:

Que donde hay fuerza de hecho
Se pierde cualquier derecho.

MÚS.—Pues hemos llegado á tiempo, este será el estribillo de nuestra letra.

(Cantan el estribillo.)

Siempre escogen las mujeres
Aquello que vale menos,
Porque excede su mal gusto
Á cualquier merecimiento.
Ya no se estima el valor,
Porque se estima el dinero,
Pues un sacristán prefieren
Á un roto soldado lego;
Mas no es mucho, que ¿quien vió
Que fué su voto tan necio,
Que á sagrado se acogiese,
Que es de delincuentes puerto?
Que á donde hay fuerza, etc.
Como es propio de un soldado.
Que es sólo en los años viejo,

Y se halla sin un cuarto
Porque ha dejado su tercio,
Imaginar que ser puede
Pretendiente de Gaiferos,
Conquistando por lo bravo
Lo que yo por manso adquiero,
No me afrentan tus razones,
Pues has perdido en el juego;
Que siempre un picado tiene
Licencia para hacer fieros.
Que á donde, etc.

(Éntranse cantado y bailando.)

FIN DE ESTE ENTREMÉS

EL VIEJO CELOSO

Los que hablan en él son los siguientes:

CAÑIZARES.
SU COMPADRE.
DOÑA LORENZA.
CRISTINA, criada.
HORTIGOSA, vecina.
UN GALÁN, que no habla.
UN ALGUACIL.
UN BAILARÍN.
Músicos.

Salen DOÑA LORENZA, y CRISTINA su criada, y HORTIGOSA, su vecina.

LOR.—Milagro ha sido éste, señora Hortigosa, el no haber dado la vuelta á la llave mi duelo, mi yugo y mi desesperación; este es el primero día, después que me casé con él, que hablo con persona de fuera de casa; que fuera le vea yo desta vida á él y á quien con él me casó.

HORT.—Ande, mi señora doña Lorenza, no se queje tanto; que con una caldera vieja se compra otra nueva.

LOR.—Y aun con esos y otros semejantes villancicos ó refranes me engañaron á mí; que malditos sean sus dineros, fuera de las cruces; malditas sus joyas, malditas sus galas, y maldito todo cuando me da y promete. ¿De qué me sirve á mí todo aquesto, si en mitad de la

riqueza estoy pobre, y en medio de la abundancia, con hambre?

Crist.—En verdad, señora tía, que tienes razón; que más quisiera yo andar con un trapo atrás y otro delante, y tener un marido mozo, que verme casada y enlodada con ese viejo podrido que tomaste por esposo.

Lor.—¿Yo le tomé, sobrina? A la fe diómele quien pudo; y yo, como muchacha, fuí más presta al obedecer, que al contradecir; pero si yo tuviera tanta experiencia destas cosas, antes me tarazara la lengua con los dientes, que pronunciar aquel sí, que se pronuncia con dos letras y da que llorar dos mil años; pero yo imagino que no fué otra cosa sino que había de ser ésta, y que las que han de suceder forzosamente, no hay prevención ni diligencia humana que las prevenga.

Crist.—¡Jesús, y del mal viejo! toda la noche. Daca el orinal, toma el orinal; levántate, Cristinica, y caliéntame unos paños, que me muero de la ijada: dame aquellos juncos, que me fatiga la piedra; con más ungüentos y medicinas en el aposento que si fuera una botica; y yo, que apenas sé vestirme, tengo de servirle de enfermera. Pux, pux, pux, viejo clueco tan potroso como celoso, y el más celoso del mundo.

Lor.—Dice la verdad mi sobrina.

Crist.—¡Pluguiera á Dios que nunca yo la dijera en esto!

Hort.—Ahora bien, señora doña Lorenza; vuesa merced haga lo que le tengo aconsejado, y verá cómo se halla muy bien con mi consejo. El mozo es como un ginjo verde; quiere bien, sabe callar y agradecer lo que por él se hace; y pues los celos y el recato del viejo no nos dan lugar á demandas ni á respuestas, resolución y buen ámimo: que la orden que hemos dado, yo le

pondré al galán en su aposento de vuesa merced y le sacaré, si bien tuviese el viejo más ojos que Argos, y viese más que un zahorí, que dicen que ve siete estados debajo de la tierra.

LOR.—Como soy primeriza, estoy temerosa, y no querría, á trueco del gusto, poner á riesgo la honra.

CRIST.—Eso me parece, señora tía, á lo del cantar de Gómez Arias:

Señor Gómez Arias,
Doleos de mí;
Soy niña y muchacha,
Nunca en tal me vi.

LOR.—Algún espíritu malo debe de hablar en ti, sobrina, según las cosas que dices.

CRIST.—Yo no sé quién habla; pero yo sé que haría todo aquello que la señora Hortigosa ha dicho, sin falfaltar punto.

LOR.--¿Y la honra, sobrina?

CRIST.—¿Y el holgarnos, tía?

LOR.—¿Y si se sabe?

CRIST.—¿Y si no se sabe?

LOR.—Y ¿quién me asegurará á mí que no se sepa?

HORT —¿Quién? La buena diligencia, la sagacidad, la industria; y sobre todo, el buen ánimo y mis trazas.

CRIST.—Mire, señora Hortigosa, tráyanosle galán, limpio, desenvuelto, un poco atrevido, y sobre todo, mozo.

HORT.—Todas esas partes tiene el que he propuesto, y otras dos más, que es rico y liberal.

LOR.—Que no quiero riquezas, señora Hortigosa; que me sobran las joyas, y me ponen en confusión las diferencias de colores de mis muchos vestidos; hasta eso no tengo que desear, que Dios le dé salud á Cañizares; más vestida me tiene que un palmito, y con más

joyas que la vidriera de un platero rico. No me clavara él las ventanas, cerrara las puertas, visitará á todas horas la casa, desterrara della los gatos y los perros, solamente porque tienen nombre de varón; que á trueco de que no hiciera esto y otras cosas no vistas en materia de recato, yo le perdonara sus dávidas y mercedes.

Hort.—¡Qué! ¿tan celoso es?

Lor.—¡Digo! que le vendían el otro día una tapicería á bonísimo precio, y por ser de figuras no la quiso, y compró otra de verduras, por mayor precio, aunque no era tan buena. Siete puertas hay antes que se llegue á mi aposento, fuera de la puerta de la calle, y todas se cierran con llave; y las llaves no me ha sido posible averiguar dónde las esconde de noche.

Crist.—Tía, la llave de loba creo que se la pone entre las faldas de la camisa.

Lor.—No lo creas, sobrina; que yo duermo con él, y jamás le he visto ni sentido que tenga llave alguna.

Hort.—Y más, que toda la noche anda como trasgo por toda la casa; y si acaso dan alguna música en la calle, les tira de pedradas porque se vayan: es un malo, es un brujo, es un viejo, que no tengo más que decir.

Lor.—Señora Hortigosa, váyase, no venga el gruñidor y la halle conmigo, que sería echarlo á perder todo; y lo que ha de hacer, hágalo luego; que estoy tan aburrida, que no me falta sino echarme una soga al cuello por salir de tan mala vida.

Hort.—Quizá con esta que ahora se comenzará, se le quitará toda esa mala gana y le vendrá otra más saludable, y que más la contente.

Crist.—Así suceda, aunque me costase á mí un dedo de la mano: que quiero mucho á mi señora tía, y me

muero de verla tan pensativa y angustiada en poder de este viejo y reviejo, y más que viejo; y no me puedo hartar de decille viejo.

LOR.—Pues en verdad que te quiere bien, Cristina.

CRIST.—¿Deja por eso de ser viejo? Cuando más, que yo he oído decir que siempre los viejos son amigos de niñas.

HORT.—Así es la verdad, Cristina, y adiós, que en acabando de comer doy la vuelta. Vuesa merced esté muy en lo que dejamos concertado y verá cómo salimos y entramos bien en ello.

CRIST.—Señora Hortigosa, hágame merced de traerme á mí un frailecico pequeñito, con quien yo me huelgue.

HORT.—Yo se le traeré á la niña pintado.

CRIST.—Que no le quiero pintado, sino vivo, vivo, chiquito, como unas perlas.

LOR.—¿Y si lo ve tío?

CRIST.—Diréle yo que es un duende, y tendrá dél miedo, y holgaréme yo.

HORT.—Digo que yo le trairé, y adiós. (Vase.)

CRIST.—Mire, tía; si Hortigosa trae al galán y á mí el frailecico, y si el señor los viere, no tenemos más que hacer, sino cogerle entre todos y ahogarle, y echarle en el pozo ó enterrarle en la caballeriza.

LOR.—Tal eres tú, que creo lo harías mejor que lo dices.

CRIST.—Pues no sea él viejo celoso, y déjenos vivir en paz, pues no le hacemos mal alguno, y vivimos como unas santas.

(Éntranse.)

Salen CAÑIZARES, viejo, y UN COMPADRE suyo.

CAÑ.—Señor compadre, señor compadre; el setentón que se casa con quince, ó carece de entendimiento, ó tiene gana de visitar el otro mundo lo más presto que le sea posible. Apenas me casé con doña Lorencica, pensando tener en ella compañía y regalo, y persona que se hallase en mi cabecera, y me cerrase los ojos al tiempo de mi muerte, cuando me embistieron una turba multa de trabajos y desasosiegos; tenía casa y busqué casar; estaba posado, y desposéme.

COMP.—Compadre, error fué, pero no muy grande; porque, según el dicho del Apóstol, mejor es casarse que abrasarse.

CAÑ.—¡Qué! no había que abrasar en mí, señor compadre, que con la menor llamarada quedara hecho ceniza. Compañía quise, compañía busqué, compañía hallé; pero Dios lo remedie, por quien él es.

COMP.—¿Tiene celos, señor compadre?

CAÑ.—Del sol que mira á Lorencita, del aire que la toca, de las faldas que la vapulean.

COMP.—¿Dale ocasión?

CAÑ.—Ni por pienso, ni tiene por qué, ni cómo, ni cuándo, ni á dónde: las ventanas, amén de estar con llave, las guarnecen rejas y celosías; las puertas jamás se abren: vecina no atraviesa mis umbrales, ni los atravesará mientras Dios me diere vida. Mirad, compadre, no les vienen los malos aires á las mujeres de ir á los jubileos ni á las procesiones, ni á todos los actos de regocijos públicos; donde ellas se mancan, donde ellas se estropean, y adonde ellas se dañan, es en casa de las vecinas y las amigas; más maldades encubre una mala amiga, que la capa de la noche; más conciertos

se hacen en su casa y más se concluyen, que en una semblea.

COMP.—Yo así lo creo; pero si la señora doña Lorenza no sale de casa, ni nadie entra en la suya, ¿de qué vive descontento mi compadre?

CAÑ.—De que no pasará mucho tiempo en que no caya Lorencica en lo que le falta; que será un mal caso, y tan malo, que en sólo en pensallo le temo, y de temerle me desespero, y de desesperarme vivo con disgusto.

COMP.—Y con razón se puede tener ese temor; porque las mujeres querrían gozar enteros los frutos del matrimonio.

CAÑ.—La mía los goza doblados.

COMP.—Ahí está el daño, señor compadre.

CAÑ.—No, no, ni por pienso; porque es más simple Lorencica que una paloma, y hasta agora no entiende nada desas filaterias; y adiós, señor compadre, que me quiero entrar en casa.

COMP.—Yo quiero entrar allá, y ver á mi señora doña Lorenza.

CAÑ.—Habéis de saber, compadre, que los antiguos latinos usaban de un refrán, que decía: *Amicus usque ad aras,* que quiere decir: «El amigo hasta el altar»; infiriendo que el amigo ha de hacer por su amigo todo aquello que no fuere contra Dios; y yo digo que mi amigo *usque ad portam,* hasta la puerta; que ninguno ha de pasar mis quicios; y adiós, señor compadre, y perdóneme.

(Éntrase.)

COMP.—En mi vida he visto hombre más recatado, ni más celoso, ni más impertinente; pero éste es de aquellos que traen la soga arrastrando, y de los que siempre vienen á morir del mal que temen.

(Éntrase.)

Salen DOÑA LORENZA y CRISTINA.

CRIST.—Tía, mucho tarda tío, y más tarda Hortigosa.

LOR.—Mas que nunca él acá viniese, ni ella tampoco, porque él me enfada, y ella me tiene confusa.

CRIST.—Todo es probar, señora tía; y cuando no saliere bien, darle del codo.

LOR.—¡Ay, sobrina! que estas cosas, ó yo sé poco, ó sé que todo el daño está en probarlas.

CRIST.—A fe, señora tía, que tiene poco ánimo, y que si yo fuera de su edad, que no me espantaran hombres armados.

LOR.—Otra vez torno á decir, y diré cien mil veces, que Satanás habla en tu boca: mas ¡ay! ¿cómo se ha entrado señor?

CRIST.—Debe de haber abierto con la llave maestra.

LOR.—Encomiendo yo al diablo sus maestrías y sus llaves.

Sale CAÑIZARES.

CAÑ.—¿Con quién hablábades, doña Lorenza?

LOR.—Con Cristinica hablaba.

CAÑ.—Miradlo bien, doño Lorenza.

LOR.—Digo que hablaba con Cristinica: ¿con quién había de hablar? ¿Tengo yo, por ventura, con quién?

CAÑ.—No querría que tuviésedes algún soliloquio con vos misma, que redundase en mi perjuicio.

LOR.—Ni entiendo esos circunloquios que decís, ni aun los quiero entender; y tengamos la fiesta en paz.

DAÑ.— Ni aun las vísperas no querría yo tener en guerra con vos; pero ¿quién llama á aquella puerta con tanta priesa? Mira, Cristinica, quién es, y si es pobre, dale limosna y despídele.

CRIST.—¿Quién está ahí?

HORT.—La vecina Hortigosa es, señora Cristina.

CAÑ.—¿Hortigosa y vecina?—Dios sea conmigo. Pregúntale, Cristina, lo que quiere, y dáselo, con condición que no atraviese estos umbrales.

CRIST.—¿Y qué quiere, señora vecina?

CAÑ.—El nombre de vecina me turba y sobresalta: llámala por su propio nombre, Cristina.

CRIST —Responda: ¿y qué quiere, señora Hortigosa?

HORT.—Al señor Cañizares quiero suplicar un poco, en que me va la honra, la vida y el alma.

CAÑ.—Decidle, sobrina, á esa señora, que á mí me va todo eso y más en que no entre acá dentro.

LOR.—¡Jesús, qué condición tan extravagante! ¿Aquí no estoy delante de vos? ¿Hánme de comer de ojo? ¿Hánme de llevar por los aires?

CAÑ.—Entre con cien mil Bercebuyes, pues vos lo queréis.

CRIST.—Entre, señora vecina.

CAÑ.—Nombre fatal para mí es el de vecina.

Entra HORTIGOSA, y trae un guadameci, y en las pieles de las cuatro esquinas han de venir pintados Rodamonte, Mandricardo, Rugero y Gradaso: y Rodamonte venga pintado como arrebozado.

HORT.—Señor mío de mi alma, movida y incitada de la buena fama de vuesa merced, de su gran caridad y de sus muchas limosnas, me he atrevido de venir á suplicar á vuesa merced me haga tanta merced, caridad y limosna y buena obra de comprarme este guadamecí, porque tengo un hijo preso por unas heridas que dió á un tundidor, y ha mandado la Justicia que declare el cirujano, y no tengo con qué pagalle, y corre peligro no le echen otros embargos, que podrían ser mucho á causa que es muy travieso mi hijo; y querría echarle

hoy ó mañana, si fuese posible, de la cárcel. La obra es buena, el guadamecí nuevo, y con todo eso, le daré por lo que vuesa merced quisiere darme por él, que en más está la monta. y como esas cosas he perdido yo en esta vida. Tenga vuesa merced de esa punta, señora mía, y descojámosle, porque no vea el señor Cañizares que hay engaño en mis palabras; alce más, señora mía, y mire cómo es bueno de caída, y las pinturas de los cuadros parece que están vivas.

Al alzar y mostrar el guadamecí, entra por detrás de él UN GALÁN; y como Cañizares ve los retratos, dice:

CAÑ.—¡Oh qué lindo Rodamonte! ¿Y qué quiere el señor rebozadito en mi casa? Aun si supiese que tan amigo soy yo destas cosas y destos rebocitos, espantarse hía.

CRIST.—Señor tío, yo no sé nada de rebozados; y si él ha entrado en casa, la señora Hortigosa tiene la culpa; que á mí el diablo me lleve si dije ni hice nada para que él entrase; no, en mi conciencia, aun el diablo sería, si mi señor tío me echase á mí la culpa de su entrada.

CAÑ.—Ya yo lo veo, sobrina, que la señora Hortigosa tiene la culpa; pero no hay de qué maravillarme, porque ella no sabe mi condición, ni cuán enemigo soy de aquestas pinturas.

LOR.—Por las pinturas lo dice, Cristinica, y no por otra cosa.

CRIST.—Pues por esas digo yo. ¡Ay, Dios sea conmigo! Vuelto se me ha el ánima al cuerpo, que ya andaba por los aires.

LOR.—Quemado vea yo ese pico de once varas: en fin, quien con muchachos se acuesta, etc.

CRIST.—¡Ay, desgraciada, y en qué peligro pudiera haber puesto toda esta baraja!

CAÑ.—Señora Hortigosa, yo no soy amigo de figuras rebozadas ni por rebozar; tome este doblón, con el cual podrá remediar su necesidad, y váyase de mi casa lo más presto que pudiere, y ha de ser luego, y llévese su guadamecí.

HORT.—Viva vuesa merced más años que Matute el de Jerusalem, en vida de mi señora doña... no sé cómo se llama, á quien suplico me mande, que la serviré de noche y de día, con la vida y con el alma, que la debe de tener ella como la de una tortolica simple.

CAÑ.—Señora Hortigosa, abrevie y váyase, y no se esté agora juzgando almas ajenas.

HORT.—Si vuesa merced hubiere menester algún pegadillo para la madre, téngolos milagrosos, y si para mal de muelas, sé unas palabras que quitan el dolor como con la mano.

CAÑ.—Abrevie, señora Hortigosa; que doña Lorenza ni tiene madre, ni dolor de muelas; que todas las tiene sanas y enteras, que en su vida se ha sacado muela alguna.

HORT.—Ella se las sacara, placiendo al cielo, porque le dará muchos años de vida; y la vejez es la total destrucción de la dentadura.

CAÑ.—¡Aquí de Dios! ¿Que no será posible que me deje esta vecina? Hortigosa, ó diablo, ó vecina, ó lo que eres, vete con Dios y déjame en mi casa.

HORT.—Justa es la demanda, y vuesa merced no se enoje, que ya me voy. (Vase.)

CAÑ.—¡Oh vecinas, vecinas! Escaldado quedo aún de las buenas palabras desta vecina, por haber salido por boca de vecina.

LOR.—Digo que tenéis condición de bárbaro y de sal-

vaje; y ¿qué ha dicho esta vecina para que quedéis con la ojeriza contra ella? Todas vuestras buenas obras las hacéis en pecado mortal: dístesle dos docenas de reales, acompañados con otras dos docenas de injurias, boca de lobo, lengua de escorpión y silo de malicias.

CAÑ.—No, no, á mal viento va esta parva; no me parece bien que volváis tanto por vuestra vecina.

CRIST.—Señora tía, éntrese allá dentro y desenójese, y deje á tío, que parece que está enojado.

LOR.—Así lo haré, sobrina; y aun quizá no me verá la cara en estas dos horas; y á fe que yo se la dé á beber por más que la rehuse.

(Éntrase.)

CRIST.—Tío, ¿no ve cómo ha cerrado de golpe? Y creo que va á buscar una tranca para asegurar la puerta.

(Doña Lorenza por dentro.)

LOR.—¿Cristina? ¿Cristina?

CRIST.—¿Qué quiere, tía?

LOR.— ¡Si supieses qué galán me ha deparado la buena suerte! Mozo, bien dispuesto, pelinegro y que le huele la boca á mil azahares.

CRIST.—¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! ¿Está loca, tía?

LOR.—No estoy sino en todo mi juicio; y en verdad, que si le vieses, que se te alegrase el alma.

CRIST.—¡Jesús y qué locuras, y qué niñerías! Ríñala, tío, porque no se atreva, ni aun burlando, á decir deshonestidades.

CAÑ.—¿Bobeas, Lorenza? Pues á fe que no estoy yo de gracia para sufrir esas burlas.

LOR.—Que no son sino veras, y tan veras, que en este género no pueden ser mayores.

CRIST.—¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Y dígame, tía, ¿está ahí también mi frailecito?

LOR.—No, sobrina; pero otra vez vendrá, si quiere Hortigosa la vecina.

CAÑ.—Lorenza, di lo que quisieres, pero no tomes en tu boca el nombre de vecina, que me tiemblan las carnes en oirle.

LOR.—También me tiemblan á mí por amor de la vecina.

CRIST.—¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías!

LOR.—Ahora echo de ver quién eres, viejo maldito, que hasta aquí he vivido engañada contigo.

CRIST.—Ríñala, tío, ríñala tío; que se desvergüenza mucho.

LOR.—Lavar quiero á un galán las pocas barbas que tiene con una bacía llena de agua de ángeles, porque su cara es como la de un ángel pintado.

CRIST.—¡Jesús, qué locuras y qué niñerías! Despedácela, tío.

CAÑ.—No la despedazaré yo á ella, sino á la puerta que la encubre.

LOR.—No hay para qué, vela aquí abierta; entre, y verá cómo es verdad cuanto le he dicho.

CAÑ.—Aunque sé que te burlas, sí entraré para desenojarte.

(Al entrar Cañizares dánle con una bacía de agua en los ojos: él vase á limpiar: acuden sobre él Cristina y doña Lorenza, y en éste interin sale el galán y vase.)

CAÑ.—¡Por Dios, que por poco me cegaras, Lorenza! Al diablo se dan las burlas que se arremeten á los ojos.

LOR.—¡Mirad con quien me casó mi suerte, sino con el hombre más malicioso del mundo! ¡Mirad cómo dió crédito á mis mentiras, por su..., fundadas en materia

de celos, que menoscabada y asendereada sea mi ventura! Pagad, vosotros, cabellos, las deudas deste viejo; llorad vosotros, ojos, las culpas deste maldito: mirad en lo que tiene mi honra y mi crédito, pues de las sospechas hace certezas, de las mentiras verdades, de las burlas veras, y de los entretenimientos maldiciones. ¡Ay, que se me arranca el alma!

CRIST.—Tía, no dé tantas voces, que se juntará la vecindad.

ALG.—(De dentro.) ¡Abran esas puertas! Abran luego, si no, echarélas en el suelo.

LOR.—Abre, Cristinica, y sepa todo el mundo mi inocencia y la maldad deste viejo.

CAÑ.—¡Vive Dios, que creí que te burlabas, Lorenza! Calla.

Entran el ALGUACIL y los MÚSICOS y EL BAILARÍN y HORTIGOSA.

ALG.—¿Qué es esto? ¿Qué pendencia es ésta? ¿Quién daba aquí voces?

CAÑ.—Señor, no es nada; pendencias son entre marido y mujer, que luego se pasan.

MÚS.—¡Por Dios, que estábamos mis compañeros y yo, que somos músicos, aquí pared en medio, en un desposorio, y á las voces hemos acudido, con no pequeño sobresalto, pensando que era otra cosa!

HOR.—Y yo también, en mi ánima pecadora.

CAÑ.—Pues en verdad, señora Hortigosa, que si no fuera por ella, que no hubiera sucedido nada de lo sucedido.

HOR.—Mis pecados lo habrán hecho; que soy tan desdichada, que sin saber por dónde ni por dónde no, se me echan á mí las culpas que otros cometen.

CAÑ.—Señores, vuesas mercedes todos se vuelvan

norabuena, que yo les agradezco su buen deseo; que ya yo y mi esposa quedamos en paz.

LOR.—Sí, quedaré, como le pida perdón primero á la vecina, si alguna cosa mala pensó contra ella.

CAÑ.—Si á todas las vecinas de quien yo pienso mal hubiese de pedir perdón, sería nunca acabar; pero, con todo eso, yo se le pido á la señora Hortigosa.

HOR.—Y yo le otorgo para aquí y para delante de Pero-García.

MÚS.—Pues en verdad, que no habemos de haber venido en balde: toquen mis compañeros, y baile el bailarín, y regocíjense las paces con esta canción.

CAÑ.—Señores, no quiero música: yo la doy por recibida.

MÚS.—Pues aunque no la quiera.

CANTAN.

El agua de por San Juan
Quita vino y no da pan.
Las riñas de por San Juan,
Todo el año paz nos dan.
Llover el trigo en las eras,
Las viñas estando en cierne,
No hay labrador que gobierne
Bien sus cubas y paneras;
Mas las riñas más de veras,
Si suceden por San Juan,
Todo el año paz nos dan.
Por la canícula ardiente
Está la cólera á punto;
Pero pasando aquel punto,
Menos activa se siente.
Y así el que dice, no miente,

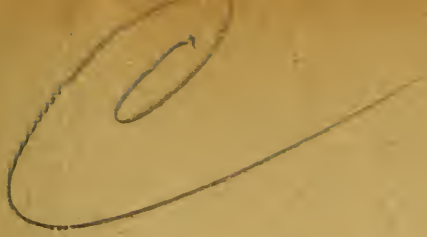
Que las riñas por San Juan,
Todo el año paz nos dan.

(Baila el bailarín.)

Las riñas de los casados,
Como aquesta siempre sean,
Para que después se vean,
Sin pensar, regocijados.
Sol que sale tras nublados
Es contento tras afán:
Las riñas de por San Juan,
Todo el año paz nos dan.

CAÑ.—Porque vean vuesas mercedes las vueltas y revueltas en que me ha puesto una vecina, y si tengo razón de estar mal con las vecinas.

LOR.—Aunque mi esposo está mal con las vecinas, yo beso á vuesas mercedes las manos, señoras vecinas.

CRIST.—Y yo también; más si mi vecina me hubiera traído mi frailecico, yo la tuviera por mejor vecina; y adiós, señoras vecinas.

FIN DE LOS ENTREMESES Y DEL TOMO III